VIRGINIA YAGÜE

# La ÚLTIMA PRINCESA del PACÍFICO

Era su tierra. Una colonia tan hambrienta de emociones como su alma.

*La última princesa del Pacífico* narra el camino hacia la madurez de Carlota Díaz de la Fuente, de origen español aunque crecida en la colonia más lejana y olvidada por todos: Filipinas.

El destino quiere que Carlota cumpla su mayoría de edad y formalice su matrimonio en 1896, cuando las alarmas de una posible revolución comienzan a despuntar y el movimiento de insurgencia pugna por la independencia de la metrópoli española.

Durante los dos años siguientes, Carlota vivirá un proceso de revelación que la llevará a ser consciente de la realidad política y social que le rodea, los cambios de un siglo agonizante y su propia insatisfacción como mujer. Un recorrido que culminará con el encuentro de un amor inesperado y una pérdida tan dolorosa como definitiva que tendrá como colofón el dramático asedio que vivirá Manila y que concluirá con la pérdida definitiva de la colonia, que será entregada a Estados Unidos.

Evocadora, de prosa sugerente y repleta de emociones llevadas al límite, *La última princesa del Pacífico* está llamada a ser el nuevo éxito de la narrativa colonial española.

También se incluye *Filipinas, la colonia olvidada*, de Ángel Yagüe.

*Filipinas, la colonia olvidada* nos descubre la fascinante historia de la colonia española más lejana y exótica. Un singular recorrido histórico que saca a la luz un episodio olvidado de nuestra historia y que complementa la lectura de la evocadora *La última princesa del Pacífico*.

Lectulandia

Virginia Yagüe

# La última princesa del Pacífico

**ePub r1.0**
**Titivillus** 02.03.15

Título original: *La última princesa del Pacífico*
Virginia Yagüe, 2014
*Filipinas, la colonia olvidada*: Ángel Yagüe, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



*A Pablo, por salvarme de intramuros*

**PRIMERA PARTE**

# INCONSCIENCIA

# 1

Comenzaba a clarear cuando salí de casa con cuidado de que nadie me viera y enfilé hacia San Juan de Letrán con la firme decisión de llegar al revellín de la muralla. Quería aprovechar las primeras luces de la mañana para hacer desde allí unas fotografías del paseo de Magallanes con el Pasig de fondo. Conseguir el permiso de mi madre para hacerlo hubiera resultado inútil, así que había decidido ponerme en pie cuando todos en la casa aún dormían. Me hubiera gustado tener los fuertes brazos de nuestro criado Basilio para transportar la caja donde guardaba mi cámara fotográfica y el trípode que siempre la acompañaba, pero, a pesar de contar con la fidelidad del servicio de mi casa, no quise involucrarlos en mis planes.

Sabía que los soldados que hacían guardia en la muralla eran hombres curtidos y tendría que desplegar una buena batería de justificaciones para conseguir que me dejaran acceder al revellín. Lo había previsto y, por si mi empeño no fuera suficiente, llevaba preparados en los bolsillos de la chaqueta unos dulces y unas cuantas monedas para sobornarlos.

Casi había llegado a mi destino cuando una mano aferró mi hombro y me detuvo en seco. El inesperado tirón hizo que mi peso se descompensara hacia atrás y el trípode estuvo a punto de caer al suelo. No tardé demasiado en equilibrarme y, asustada, me di la vuelta de inmediato. Frente a mí se encontraba un soldado alto y corpulento que al ver mi cara sonrió mostrándome una dentadura sucia y desafortunadamente despoblada.

—Eres más guapa que las otras.

Su aliento apestaba a alcohol y resultaba evidente que estaba borracho. Comenzó a acercarse hacia mí tambaleándose. Retrocedí, incapaz de articular palabra. Nunca antes había sentido aquel miedo atenazante, que parecía recorrerme de pies a cabeza y me impedía gritar. Pensé que sería incapaz de moverme, pero no tardé en notar cómo mi cuerpo reaccionaba, haciéndome girar y salir corriendo por la calle. El peso que arrastraba ralentizaba mi huida y al soldado no le costó darme alcance, acorralándome contra una de las paredes de la muralla. Traté de zafarme golpeándole con el trípode, pero su corpulencia se impuso sin dejarme opciones. Una vez que me tuvo completamente inmóvil, acercó su cara a la mía mientras su sonrisa se acompañaba de aquel aliento pestilente.

—Ya está bien de juegos. Tú eres para mí.

A la humedad de su lengua en mi cuello le siguió una profunda náusea que supuso la inmediata liberación de mi garganta. Mis gritos no tardaron en auparse por encima del repicar de las campanas de San Juan de Letrán. Asustado por el jaleo, el soldado se separó de mí y salió corriendo lo más rápido que pudo. Noté cómo mi

cuerpo perdía la fuerza y mis sentidos se fijaban en detalles sin importancia como el repiqueteo de las suelas en el adoquinado del grupo de dominicos que vino a atenderme. Mientras trataban de incorporarme alcancé a ver cómo un par de soldados detenían a mi perseguidor. Sus gritos, maldiciendo aquella tierra y su mísera fortuna, es lo último que recuerdo.

Cuando me desperté en mi cama pregunté por la suerte de mi cámara Merveilleux, que afortunadamente resultó ilesa. Después de aquello, mi madre no me dirigió la palabra en tres semanas y del soldado no volví a tener noticia. A partir de ese momento todo empezó a cambiar.

No quería culpar al soldado de lo sucedido. Ningún español recién llegado a las islas sabía lo que significaba el *tag-ulan*, pero cuando comenzaba a llover con aquella virulencia, sin un minuto de pausa, llenando la selva y la vida entera de los que vivíamos en aquellas islas, todo comenzaba a percibirse de otra manera. Durante años, con la llegada constante de reemplazos de funcionarios y militares, había observado cómo aquellas miradas nuevas se dirigían al cielo, pasmadas por la tibieza del agua y aquel bochorno que la lluvia no aplacaba. Los recién llegados trataban de teñirlo todo de una agradecida sorpresa aunque no pasaban demasiados días hasta que ese esfuerzo era evidente y la inicial simpatía se convertía en una pesada carga. Confirmar que la lluvia seguiría siendo torrencial durante meses significaba entender que ya nada sería igual. Enfrentados a aquella realidad, había visto a hombres fornidos llorando como niños o caminando borrachos junto a las murallas, intentando adaptarse a aquella inesperada vida que les había tocado en suerte y que, como aquel soldado que se me había echado encima, les sumía en la angustia de saberse cercados, aislados al otro lado del mundo, en la perdida y última colonia de Oriente.

Desde que tenía recuerdo la lluvia ocupaba Manila la mayor parte del año y con cada gota se había ido acumulando un sedimento de consciencia que había terminado por hacerme más filipina que española.

Solía imaginar a muy distinta gente entregándose al mismo ritual, a la necesidad tantas veces olvidada de algo tan primario como oler. La misma que llevaba a las mujeres a acercarse hasta la piel de su recién nacido como si reconocieran un exclusivo perfume o la que generaba la repulsa de los indígenas al considerar malolientes a los peninsulares y que me recordaba los insultos recibidos durante mis juegos de infancia —«Marumi kastila! Marumi kastila!»—. Tras los gritos, yo me refugiaba en los brazos de mi padre hasta que mi *baba-babae*, mi niñera querida, me llevaba a mi cuarto y me metía en la cama mientras yo lloraba con desconsuelo. Bernardita tuvo que lidiar conmigo en varias ocasiones de desesperación, como esa ocasión en que el arrebato me llevó a cortarme la melena.

—¿Por qué has hecho algo así? —me preguntó, una vez que la furia de mi madre se hubo aplacado—. ¿No ves que no servirá de nada? El pelo volverá a crecer y

volverá a ser como siempre fue.

—No quiero ser como soy. —Lloraba inconsolable—. Quiero ser como tú. Como las mujeres de la cordillera.

La ternura y paciencia de Bernardita eran infinitas. Me acarició el pelo corto mientras el tono de su voz aterciopelada me envolvía.

—Tonterías, niña. Cada uno nacemos para algo.

—¿Y yo? ¿Para qué he nacido, Bernardita? ¿Para que los demás se rían de mí?

—No, princesa…

Recordaba cómo su mano se había deslizado en busca de mi barbilla, obligándome a incorporarme y mirarla fijamente.

—La vida entera se trata de eso. Averiguar para qué estamos en este mundo. ¿Y sabes una cosa? —Hizo una pausa mientras yo dejaba de llorar y ensanchaba mis ojos de niña—. El que no se atreve a vivirla nunca resuelve el misterio.

A pesar de haber dejado hace tiempo de ser una niña, mi habitación, situada en la segunda planta de la casa, todavía mantenía aquellas paredes azules decoradas con cenefas florales y querubines mofletudos que remataban el artesonado de madera. Solo se tenía la sensación de estar en el cuarto de una joven de diecisiete años cuando se reparaba en el vestidor de pie junto al armario de dos lunas, traído ex profeso apenas un año antes cuando el volumen de mis vestidos necesitó mayor espacio para su almacenaje, o el pequeño pero exclusivo tocador con las tenacillas para domar el pelo y los juegos de peine y cepillo de plata que habían sido regalo de mis diecisiete.

Nuestra casa estaba situada en la calle Legazpi y, como casi todas las casas de españoles, se encontraba dentro de la ciudad murada. Solía escucharse el ajetreo del exterior, cercana como estaba la casa a la siempre agitada y comercial Puerta del Parian, con el río Pasig a la izquierda y de camino, una vez atravesado el paseo de Magallanes y el puente de España, hacia el movido barrio de Binondo. Todo ese trajín de las calles quedaba sumido en un extraño limbo durante la hora de la siesta. Nada reseñable podía ocurrir en ese tiempo de encierro obligado que yo aprovechaba para escapar al sótano, el lugar que años después marcaría mi vida por motivos muy distintos, y que en aquellos días escogía para revelar las imágenes que quedaban capturadas en las placas de mi cámara. La oscuridad del sótano lo convertía en el lugar perfecto para el proceso de revelado que, tras años de práctica, había conseguido dominar con soltura. Había adaptado aquel espacio y me gustaba disfrutar de aquellos momentos de soledad donde, en casi total oscuridad, pasaba las placas del chasis de la cámara al tanque de revelado. Era un proceso pulcro, que exigía concentración y movimientos eficaces para sujetar las placas dentro del tanque y después introducir los distintos líquidos químicos del revelado. Aquella cámara había sido el regalo de un amigo francés de la familia. Consciente de mi carácter curioso, mi padre me alentó a estudiar y practicar la fotografía, regalándome material y permitiendo que le acompañara en sus viajes para tomar distintas imágenes de las islas. Supongo que por aquel entonces no era capaz de imaginar las dimensiones que

alcanzaría aquella sugerencia que más pronto que tarde se convertiría en mi vida, llenaría mi tiempo y mis inquietudes y, sobre todo y para escándalo de mi madre, me serviría para escapar de la monotonía a la que se veía obligada una joven española en aquellas islas.

Hasta medio año antes yo sabía que, escudada por el mar de China y la inmensa tierra de Asia, nada podía competir con la temporada de lluvias, donde el tiempo quedaba suspendido y solo importaba la subida del río, las inundaciones y, en especial, los poderosos tifones. Sin embargo, a mediados del año anterior todo había comenzado a cambiar. Mi despreocupación y libertad habían empezado a desvanecerse al tiempo que se acercaba mi mayoría de edad y el incidente con el soldado fue la gota que colmó el vaso. Nunca se habló de forma expresa, pero supongo que fue aquella situación la que armó de razones a mi madre y supuso que mi padre se alejara de mí cediéndole a ella las riendas. El cambio fue gradual, casi inapreciable, con los primeros regalos de tocador, los vestidos largos que llegaban de Madrid, las negativas para acompañar a mi padre en sus viajes… Lo cierto es que, poco a poco, había dejado de hacer las cosas que antes solía hacer, y mis salidas y entradas eran mucho más escasas y siempre pasaban por una estricta supervisión. Conforme esto ocurría, una riada de pretendientes había comenzado a visitar mi casa a la hora de la merienda. Mi madre había sido clara al respecto.

—Debes mostrarte radiante y educada en la antesala. Mientras yo espero con el chocolate, tú subirás por las escaleras dejando que la cola de los vestidos luzca. Y, sobre todo, Carlota, tienes que prestar especial atención a no decir ningún inconveniente. Eres demasiado impulsiva. Mil veces le dije a tu padre que no podía educarte para decir lo que piensas. Él no me escuchaba, y ahora tendremos que desandar lo andado.

Mi misión era comprometerme y casarme. Era lo previsible si hubiera encajado dentro de los parámetros de lo corriente, pero como mi madre me recordaba sin parar, ese no era el caso. Sin embargo, pese a no ser una joven al uso, no podía evitar ponerme nerviosa cada vez que se acercaba la hora de la exhibición, presa de una sensación tan amarga como desesperanzadora.

Entré en mi cuarto antes de que hubiera terminado el tiempo de la siesta, pero de nada me sirvió porque mi madre ya se encontraba allí, esperándome.

—Vienes del sótano, sucia y sin haber descansado. ¿Cuántas veces te he dicho que la siesta es buena para la piel y la figura? —Me miró de arriba abajo, tajante, con ese aire de superioridad y decepción constante que parecía ya impreso en su rostro a la hora de dirigirse a mí—. Ahora tendrás mala cara. Y esta tarde tenemos que salir.

—¿Salir? ¿Dónde? —Mi corazón comenzó a excitarse. Por lo menos había cierta variación sobre el plan esperado.

—Una recepción en el Cabildo. Tu padre insiste en que vayamos y me parece un momento estupendo para que te dejes ver. Quiero que te pongas el vestido azul. Te sienta especialmente bien y resalta tu pelo.

—Me pondré el negro.

Miré a mi madre con un aire nuevo, copiando las maneras que ella misma utilizaba conmigo. Noté su sorpresa ante mi contestación. Sabía que en mi réplica había un desafío consciente y que esto la irritaría. Pero no me importaba. Era mi pequeña rebelión ante un destino trazado y la pérdida de mi libertad. Sabía que ella desaprobaría el gesto pero que finalmente transigiría, así que decidí apuntalar mi decisión.

—Descuida. También resalta mi pelo —dije con una voz más grave de lo habitual.

—Bernardita vendrá ahora mismo para ayudarte con el aseo y el vestido. Pero que no se te olvide. Te debes a tus apellidos.

No hubo más réplica y cuando salió del cuarto me sentí aliviada aunque también algo culpable. No quería ser una mala hija aunque mi nombre completo resonaba en su voz como una pesada losa. Me negaba a convertirme en una mujer amarga como ella, pero ¿qué más podía hacer? ¿Qué otra opción me quedaba más allá de esas pequeñas respuestas? Pequeños momentos para hacer oír mi voz; en ningún caso la solución al problema. Me sentí tonta y enrabietada. ¿Por qué no podía darme todo igual? ¿Por qué no podía, simplemente, aceptar mi destino como todas las españolas solteras de las islas? ¿Por qué tenía yo que ser tan distinta? Me acerqué al tocador junto al jarrón de sampaguitas. Desde que tenía memoria, Bernardita siempre las colocaba sobre mi tocador. Las flores de Sampaga eran mis favoritas; pequeñas, modestas, blancas y parecidas al jazmín; habían estado presentes en mi vida desde que tenía recuerdo, como una educación exclusiva para mis sentidos. Según contaban las antiguas leyendas, las sampaguitas crecían al amparo de las hadas para invocar al amor verdadero, la única razón por la que se debía estar dispuesta a poner del revés la vida si fuera necesario, una versión que contrastaba con la opinión de mi madre, para quien el amor era algo completamente prescindible a la hora de pactar matrimonio. Me había acostumbrado a que el olor de aquellas flores llenara mi vida hasta sentir cómo me desprendía de lo que había heredado, de la educación que venía de España. Madrid quedaba aún más lejos de lo que los mapas indicaban.

La memoria de una niña de cinco años resulta inconcreta y desmedida a partes iguales y de esta manera recordaba yo la calle de Serrano, donde había venido al mundo, en la planta superior de un edificio en cuyo piso principal vivía mi abuelo, Aurelio de la Fuente; distinguido juez, miembro del Tribunal Supremo y afín al partido conservador, aunque en su historia figurara una amistad directa con el general Prim más allá de sus discrepancias respecto al papel que debían ocupar los Borbones en el futuro de una convulsa España. El abuelo era un célebre magistrado, partidario de la monarquía y del orden instituido; un hombre formado, teórico y vehemente en la discusión, hasta casi extremos insoportables según decían muchos.

Existía en aquella casa un aire de respeto y cuentas pendientes del que nunca se hablaba, pero que se percibía sin demasiada complicación. Recordaba nítidamente la

sensación de temor cada vez que bajaba la escalera que separaba la casa de mis padres de la de los abuelos, un tramo interminable de peldaños y que, sin variación, yo recorría de la mano de mi niñera. Solía ir ataviada con uno de aquellos vestidos de enaguas almidonadas, zapatos acharolados que por lo general atrofiaban mis pequeños dedos y los rizos sujetos por lazos de terciopelo. Este y no otro era el cauce necesario para salir al paseo diario. Mi abuela, como después haría mi madre, debía dar el visto bueno a mi peinado y vestido, reconvenir a la niñera sobre cualquier error cometido y advertirnos sobre la corrección que yo, su única nieta, debía mostrar en el paseo.

En mi memoria aquella abuela, con su olor dulzón y llamativas anchuras, permanecía sentada en su butacón mientras pasaba revista a mi atuendo. Asunción de Urdaín y Azpirzu se había criado en una adinerada familia de la que había heredado una preocupación desmedida por la imagen que en mucho contrastaba con las hechuras de su propio cuerpo. Mantenía mi abuela una dura pugna con los nuevos estilos, donde habían empezado a valorarse demasiado, según leía en revistas de moda, las líneas verticales en contra de las formas horizontales. El polisón había comenzado a disminuir de los marcos de alambre a una pequeña almohadilla, y los vestidos de las señoras, que se habían hecho más largos por detrás, cargaban con mejor montaje sobre las caderas. Lo alto y delgado ganaba aprecio y las faldas se aferraban a la silueta con aquel amarre de piernas que causaba verdadero escándalo.

Todavía podía escuchar las conversaciones de la abuela con otras señoras, su voz alzándose sobre las de sus invitadas para criticar de forma feroz los cambios que venían de Europa y, sobre todo, de París, lugar de referencia para los más bajos instintos.

—Ni me apeo de mi entendimiento sobre esas licencias en las ropas ni me rebajaré jamás a pensar con tolerancia sobre esas costumbres por mucha moda que se nos diga que impera en medio mundo y parte del otro. Y mira que mi hija ve estas cosas de una manera mucho más relajada que yo, y hasta mi marido, que nunca se mete en estos asuntos, ha llegado a decirme que no le parece tan escandaloso lo de ceñir la falda de ese modo. Pero ya se lo tengo dicho. No hay razón alguna para asentir con una moda que no conviene, distrae y, sobre todo, confunde, disfrazando a las señoras de tiotas cualesquiera. No, señoras. ¡De ninguna forma! Hay un nombre que vigilar y cuidar y en este punto no cabe la relajación. Hay que estar bien atentas a esos aires nuevos que nos hacen llegar anunciando que son brisas cuando la única verdad es que son vendavales que arrasan con todo lo que encuentran.

Las invitadas de la abuela Asunción asentían con reverencial respeto al tiempo que se zambullían en el chocolate de la tarde. Recuerdo mirarlas con atención pensando cómo serían sus vidas en medio de tribus perdidas, sin apenas ropa, como había visto en alguna estampa de las revistas de *La ilustración española y americana* que mi padre guardaba en su despacho. Tenía que andar con cuidado con aquellos pensamientos y contener la risa que me producían. Nunca había estado bien visto reír

sin venir a cuento en aquella casa. La abuela lo atribuía a una falta de educación y, aún peor, a un desequilibrio propio de la locura. Así era mi abuela, la casa de la calle Serrano y el apellido que años más tarde mi madre me recordaría que debía vigilar. De aquellos recuerdos de ese Madrid supongo que tomaría las primeras impresiones sobre la fotografía. Sentada sobre las piernas de mi abuelo, recuerdo haber guardado reverente atención al proceso de aquella primera toma de imagen familiar en la que todos parecíamos felices. Observaba al fotógrafo afanarse en darnos indicaciones antes de esconderse debajo de la tela que cubría las placas, por aquel entonces húmedas, y que con tanto cuidado debían preservarse de la luz. Recuerdo el nerviosismo de aquel hombre por tratar de realizar el proceso rápidamente y a mí misma fascinada con aquel armatoste, asentado en aquel trípode y lleno de una insondable sorpresa como si se tratara del mismísimo caballo de Troya.

De aquella época lejana recordaba a mis abuelos, la casa de Serrano y los paseos por Madrid. Salía siempre de la mano de la niñera, Vicenta Parra, una extremeña resuelta y alegre que parecía escuchar con devoción y respeto todas las indicaciones de la abuela para luego hacer lo que le venía en gana. Ya en la calle disfrutaba escuchando el movimiento de la gente, los carruajes y las voces estridentes, tardes de cielo azul y nubes rosadas donde las flores de los mantones de las mujeres parecían acompañar la decoración de acacias plantadas en las aceras y que, según me había contado mi abuelo, el marqués de Salamanca había hecho traer de Vista Alegre. De la mano de Vicenta, bajábamos Serrano hasta llegar a la plaza de la Independencia para luego ir a las tiendas de textiles y, si se terciaba, comprar alguna prenda para casa. Si no había recados que hacer, simplemente entrábamos en los paseos del Buen Retiro, donde las niñeras se encontraban y disfrutaban el momento con charlas e indiscreciones.

Más de una vez había escuchado a mi padre hablar con familiaridad de las excelencias de Madrid, de sus veinte teatros, de las cátedras del Ateneo y de las discusiones en las sociedades científicas; de las asociaciones ilustradas que los abogados, los notarios, los procuradores y los agentes de negocios habían montado, igual que los comerciantes habían construido su Círculo y su Ateneo Mercantil. Y, por supuesto, siempre había escuchado hablar del Casino, donde cualquiera que quisiese alguna notoriedad tenía que ir y dejarse ver. Viejos, jóvenes, literatos, políticos, bolsistas, comerciantes, propietarios, empleados, representantes de todas las jerarquías sociales… Según mi padre, allí se sabía todo lo que se cocía en Madrid; los secretos de las grandes fortunas irreprochables ante la ley, pero quizá manchadas en conciencia; la miseria del que se paseaba en coche y debía todavía el carruaje que le llevaba; las críticas despiadadas al político que claudicaba ante una flaqueza, a la dama que tenía una debilidad o al potentado que protegía a los amigos de su mujer…

Ese era el Madrid que yo recordaba y que había marcado a mis padres, don Fortunato Díaz e Isabel de la Fuente, poco antes de nuestro gran viaje a las islas Filipinas.

Mi padre era el cuarto de cinco hermanos de una renombrada familia gaditana dedicada a distintos, aunque nunca demasiado concretos, negocios de importación. Las posibilidades de mis abuelos habían hecho posible que recibiera una buena educación en la Escuela Central de Agricultura, donde había terminado cuatro años de residencia en Madrid más otros dos hasta completar sus prácticas. Pero, a pesar de la seriedad con la que había afrontado sus estudios, su carácter abierto hizo que también fuera asiduo de encuentros sociales y fue en uno de estos eventos donde conoció a mi madre. Cuando pensaba en las desalentadoras opiniones que ella tenía sobre el matrimonio, me costaba llegar a la conclusión de que la suya había sido una verdadera historia de amor. Sin embargo, en apariencia por amor se habían comprometido, y en el momento en que la relación fue conocida por las familias, ninguno de mis abuelos encontró inconveniente en que el matrimonio se celebrara. Mi padre consiguió plaza fija como profesor en la Escuela, trasladándose de manera definitiva a Madrid y pasando a formar parte del cuerpo de ingenieros agrónomos. Comenzaría desde ese momento a vivir en la planta superior del edificio donde residían mis abuelos maternos, decisión que decretó el final de su pasional historia con mi madre y desentrañó las verdaderas razones de nuestro viaje.

Justo antes de casarse con mi madre, mi padre había comenzado a formar parte del Ateneo Científico y Literario, cuyo ideario se convertiría en lema de su vida. «Sin ilustración pública, no habrá verdadera libertad. De esta dependerá la consolidación y progresos del sistema constitucional y la fiel observancia de las nuevas instituciones», le había escuchado repetir hasta la saciedad. Tras este semblante no tardó en aparecer un ideario político cercano al partido demócrata que vino a afianzarse con la Primera República, quedando definitivamente servido el enfrentamiento ideológico con mi abuelo.

El recorrido de la República fue corto, sus partidarios cayeron en desgracia y la hostilidad entre mi padre y mi abuelo llegó a un punto de enrarecimiento difícil de coexistir con la vida cotidiana. Las habituales bajadas de una casa a otra dejaron de producirse y mis paseos con Vicenta ya no pasaron por la supervisión de la abuela, a la que comenzamos a ver muy de tanto en tanto. Mis recuerdos de aquellos años resultan tristes y oscuros. Me costaba conciliar el sueño y más de una vez me levanté de noche y escuché discusiones entre mis padres. De una manera callada y poco estridente mi madre le recordaba todas las ayudas que mis abuelos le habían proporcionado en Madrid, sus ascensos en la universidad y hasta la propiedad de nuestra casa. Mi padre, por su lado, le recordaba que él jamás había pedido nada y, orgulloso, esgrimía que no quería sentirse deudor de ningún favor que no se hubiera ganado con el sudor de su frente. Por lo general todas estas disputas terminaban de una forma similar, con mi madre echándose a llorar lamentándose de su suerte y mi padre solo en el despacho, hojeando sus papeles con cara de preocupación. No pasó mucho tiempo para empezar a ver que en su mesa comenzaban a amontonarse noticias sobre Filipinas. Comencé a ver revistas alusivas, ilustraciones y alguna carta

con franqueo lejano. No recuerdo muy bien cuánto tiempo transcurrió desde esta situación hasta llegar al día en que mi padre comunicó en casa que debíamos prepararnos para marchar a Manila, ya que gracias a distintos contactos del Ateneo había aceptado un puesto ofrecido por la Real Sociedad Económica de Amigos del País para poner en marcha la potenciación de la producción ganadera y agrícola a través de una iniciativa que habían decidido bautizar como *granjas modelo*. Lo que sí recuerdo fue la reacción desesperada de mi madre, incapaz de asumir que su vida entera iba a cambiar con este viaje. Obligada a despedirse de su familia y su país, tenía dos opciones; rebelarse o aceptar una vida supeditada a las decisiones de su marido, como le obligaba su matrimonio y educación. Incapaz de iniciar ninguna revolución, asumió su destino y, entre sollozos, se despidió de mis abuelos mientras yo permanecía cogida de la mano de mi padre. Creo que nunca he visto lágrimas tan amargas y sinceras como aquellas de mi madre abrazada a la abuela Asunción. Por lo demás, mi abuelo estrechó con frialdad la mano de mi padre, deseándole buena suerte. Después me miró con tristeza, como si mi destino fuera el peor que jamás hubiera imaginado para su única nieta. Mientras todo esto ocurría, mi padre mantenía mi mano bien agarrada, apretando con fuerza, como si tratara de infundirme valor para enfrentar cualquier palabra de desaliento. Aferrada a su mano me sentía segura.

Tampoco guardo un recuerdo nítido del tiempo que transcurrió para los preparativos del viaje. Sé que, una vez preparado todo el equipaje, que aparte de nuestras maletas personales implicaba el desplazamiento de enseres y muebles de la casa, emprendimos rumbo a Cádiz a casa de los abuelos paternos. Allí el abuelo Enrique, padre de mi padre, se había ocupado de organizar el viaje para la familia. Viajaríamos en el buque Viñuelas, que pertenecía a la compañía de vapores y correos del marqués de Campos, con quien mi abuelo tenía relaciones constantes por sus negocios y de quien consiguió trato de favor para el embarque. El día antes de salir de viaje no conseguí dormir bien presa de la excitación y a primera hora ya estaba lista para el traslado. Al acercarnos a puerto me sorprendió el gran buque con su casco de acero, sus dos enormes palos y su gran chimenea en el centro. No fui demasiado consciente de que esta sería nuestra casa durante más de un mes y encontraría limitaciones en lo que en ese momento me parecía inmenso.

Desde una de las cubiertas nos despedimos de los abuelos e iniciamos viaje rumbo a nuestra primera escala prevista en Barcelona. Según me había contado el abuelo Enrique, el vapor tenía la obligación de establecer comunicación entre Singapur y Manila para recoger la correspondencia española con destino a Filipinas. Para ello, tras Barcelona, haríamos escala en Port Saíd, Suez, Adén y Punta de Gales, antes de llegar a Singapur y finalmente a Manila. Recuerdo un viaje largo aunque nunca guardé la versión de pesadilla de mi madre al respecto, tan solo unos primeros días de adaptación al mar y los paseos que daba con mi padre por las cubiertas del barco mientras ella permanecía ausente en el camarote. Era la única niña y no tardé en percibir la aventura como un verdadero juego en el que los pasajeros —unos

setenta y dos entre funcionarios, religiosos y militares— me regalaban historias y apreciaciones sobre el mar Rojo, al que pronto rebautizamos como el mar de fuego, por el calor sofocante que pasamos y que se vería acrecentado tras cruzar la bahía de Suez y los fondeos obligatorios para dar paso prioritario a los buques británicos, a los que observábamos con envidia desde cubierta.

Me gustaba mirar el mar y descubrir animales en él. Recuerdo haber visto delfines tras nuestra estela, y alguien dijo ver de lejos una ballena que yo no llegué a distinguir. Pero, sobre todo, recuerdo en mi memoria las puestas de sol en la línea del horizonte que me acompañaron muchos días como un arrullo que compartía abrazada a mi padre. Todos aquellos momentos volvían a mí con esfuerzo, como si hubieran quedado diseminados en mi memoria como una amalgama indefinida del primer recuerdo infantil, tibio y cálido, más inconsciente que pleno.

Nos llevó unos treinta días alcanzar el mar de China y divisar la bahía de Manila, a la que llegamos a mediados de junio. El ajetreo de los preparativos para el desembarco, la insistencia de mi madre para tenerlo todo bajo control, puesto que en las bodegas parecía haber determinados extravíos y ella no terminaba de fiarse de la tripulación…, todo era un ir y venir incesante del que quedé aislada. Sin saber cómo, terminé sola, agarrada a mi muñeca y en medio de la cubierta principal. Nos abríamos paso con sirenas y bengalas que anunciaban la llegada del buque con correo. Y allí estaba, con su bienvenida de calor sofocante, la isla de Corregidor como primera tierra cercana ya dentro de la gran bahía de Manila. Desde la costa las palmeras y la extensa vegetación ofrecían un recibimiento similar a las lecturas de mi abuela Asunción sobre el Paraíso bíblico. Por mucho que mi madre hubiera sufrido y llorado sobre aquel viaje, yo asistía al encuentro de una tierra frondosa, verde y grandiosamente espectacular. Mientras mis ojos se ensanchaban fascinados por todo lo que estaba ocurriendo, pude ver cómo un par de vaporcitos se acercaban hasta nosotros para ayudar en el desembarque. Oficialmente habíamos concluido nuestro viaje.

—¡Fondo! —se escuchó gritar desde la cubierta. El Viñuelas había arribado a puerto y fue recibido por los oportunos cañonazos.

Aquel recuerdo sonoro se fundió con los golpes en la puerta de mi habitación, sacándome rápidamente de mi recuerdo. Por la forma de llamar sabía que se trataba de Bernardita, que, en efecto, no tardó en hacer acto de presencia. Pensé que venía, tal y como había anunciado mi madre, a ayudarme con el vestido, pero pronto advertí que sus encarnadas mejillas traían más novedades de las esperadas.

—¿No sabes quién llegó ayer mismo desde Hong Kong?

Reconozco que miré a Bernardita con cierta desgana impostada aunque en realidad ardía en deseos de recibir noticias.

—¡Felipe de Ayala, niña! Ha terminado sus estudios. Y dicen que ha vuelto hecho

todo un hombre. Irá a la fiesta del Cabildo de esta tarde.

Quedé en silencio, lo que creo que levantó la inquietud de mi fiel Bernardita, que me miró algo desconcertada.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no dices nada? Tienes todas sus cartas en el cajón.

Aparte de haber crecido juntos, durante los casi tres años de su ausencia habíamos intercambiado cartas y confidencias, y durante todo ese tiempo yo había pensado que Felipe terminaría viviendo en París y que jamás regresaría a Manila. La emoción me había paralizado y mi corazón latía con una velocidad que me hacía costosa la respiración.

—Rápido, ayúdame con el vestido. No quiero llegar tarde.

—¿El negro?

—¡No! —Abrí con ímpetu mi armario y saqué el vestido azul que me había aconsejado mi madre—. El azul.

Y con él sobre mi cuerpo me acerqué al espejo de dos lunas. Mi madre tenía razón. Resaltaba mi pelo.

# 2

Junto con sus cartas guardaba una fotografía tomada junto al malecón.

A pesar de que él era tres años mayor que yo, había sido para mí un alma cercana en la que confiar. Los Ayala tenían un solo hijo y mis padres me tenían a mí, así que los encuentros resultaron inevitables y, de aquella forma, me convertí en su querida Lota.

Asumir su ausencia, cuando casi tres años antes había salido de Filipinas para terminar de formarse en las universidades de media Europa, fue tener que aceptar que de alguna manera no solo despedía a mi amigo más preciado, sino también admitir que yo nunca podría aspirar a algo parecido. Cuando me enteré de la noticia, la rabia se acumuló en mi sangre haciendo que mis mejillas se sonrojaran y el sofoco me hiciera sudar más de lo previsto. ¿Por qué yo nunca podría recorrer medio mundo viviendo nuevas y emocionantes experiencias? ¿Por qué debía aceptar un destino lastrado por las reglas sociales impuestas? Me soliviantaba y en aquella desesperanza recordaba haber pensado en acercarme a mi padre para proponerle que en el plazo de un par de años me dejara marchar a París o a Londres para cursar estudios, si no ya en una universidad, al menos en una escuela superior. Enterado de mi idea y a finales de julio, tan solo dos días antes de marcharse, Felipe me había llevado a dar un paseo por el malecón.

Allí tomé aquella fotografía en la que aparecía con gesto serio, ese que solo ponía cuando dudaba y buscaba las palabras justas para iniciar una conversación. Me escondí tras el objetivo y, mientras esperaba el oportuno tiempo de exposición, un escalofrío punzó mi espalda. Temía lo que Felipe iba a decirme y al mismo tiempo necesitaba escucharlo. Me aparté de la cámara y busqué sus ojos con urgencia mientras reconocía que nunca antes nos habíamos visto en una situación similar. Por fin, habló.

—No tiene ningún sentido que hagas esa petición a tu padre. Eres lista.

—¿Qué quieres decir? Mi padre es un hombre culto y formado y prueba de ello es que se ha ocupado de mi educación desde que llegamos aquí. Me deja acompañarlo en sus viajes por las islas y puedo hacer fotografías de todo lo que me interesa —protesté enérgica y orgullosa—. Incluso dice que mis apuntes servirían para hacer un gran compendio antropológico.

—Todo eso está muy bien, Lota. Pero, por muy liberal que sea tu padre, el tiempo pasa, y tú vas a convertirte en una mujer.

—Y eso ¿qué significa? ¿Que se terminarán mis viajes? ¿Que no podré tener la libertad que he tenido hasta ahora? ¿Que dejaré de ser la que siempre he sido para él? —repliqué atropellada.

Tenía la necesidad de ser considerada alguien especial, alguien capaz de merecer un futuro, si no mejor, al menos distinto. Sin embargo, fue su desesperación la que llegó hasta mí a través de su reacción, harto de escucharme, como si todo lo que le había estado diciendo hasta ese momento no fuera más que el capricho de una consentida de quince años incapaz de entender que sus problemas no eran más que una minucia en medio de todo lo que estaba sucediendo.

—¡Basta ya! ¡Nadie tiene libertad en estos días, Lota! ¿Es que no sabes lo que ha pasado en Calamba? La plaga de langosta, el hambre y todos esos inquilinos expulsados de sus tierras por no poder pagar las rentas. Y para rematar lo del señor Rizal —dijo mirándome con tristeza—. Es una vergüenza que la única solución que haya encontrado Despujol haya sido doblegarse ante los frailes y deportarlo. Un error que pagaremos muy caro.

Me sentía impotente y desconcertada y una lágrima resbaló por mi mejilla al tiempo que mi garganta se cerraba y la angustia me invadía. Felipe, fraternal, acercó la mano a mi cara, tratando de contenerla.

—Siento mucho haberte asustado, Lota. Pero escúchame. Las cosas se están complicando. La Liga no va a quedarse de brazos cruzados mientras Rizal está en Dapitán. Ya está dando sus primeros pasos y te aseguro que no van a ser tan temerosos como los de antes —me dijo abatido, antes de hacer una pausa y mirarme fijamente—. Siento mucho tener que irme. De buena gana me quedaría aquí, con los míos, sobre todo en estos momentos.

—¿Yo sueño con tener tu vida y tú estarías dispuesto a rechazarla?

Me fijé en su cara. La tristeza había germinado y sus ojos estaban vidriosos.

—No tengo otra opción… No sabes lo que daría por cambiar las cosas. Por hacer que todo fuera de otra manera y evitarte este dolor —dijo con una impotencia que nunca antes había visto en su cara.

—¡No hagas eso!

Aparté bruscamente su mano de mi cara. Estaba rabiosa y me puse en pie, desmontando la cámara y guardándola en su caja de transporte, con movimientos violentos y acelerados.

—Guárdate tu compasión y llévatela con tus deseos y tus libros, donde sea que vayas a hacer la primera escala de tu dichoso viaje. Yo seguiré aquí, pase lo que pase, siendo la misma.

Felipe trató de ayudarme a coger la caja y el trípode, pero, orgullosa y colérica, me negué a aceptar su ayuda y me di media vuelta.

—¡Lota! Tú no eres un hombre. ¡Santo Dios, mejor que lo entiendas cuanto antes! —me gritó, mientras lo dejaba atrás y su voz se iba haciendo cada vez más débil—. ¡No lo eres y nunca lo serás!

Caminé por el malecón rumbo a la Puerta de Santa Lucía, con la voz de Felipe metida

en mis entrañas y sin terminar de entender del todo nuestra conversación. ¿Por qué me había hablado de la revuelta del mes de junio que había ocurrido tan lejos de Manila? Tampoco entendía por qué hablaba de las decisiones del gobernador como la mecha de una bomba que explotaría en nuestras vidas tarde o temprano. Pero, sobre todas las cosas, lo que no terminaba de entender era por qué Felipe hablaba de marcharse porque no le quedaba otro remedio, como si hubiera sido una orden más que su propia decisión. Y, sobre todo, ¿por qué tendría que ver todo aquello con el señor Rizal?

Recordaba que el señor José Rizal había estado en mi casa en varias ocasiones. Mi padre solía organizar aquellas reuniones entre los principales hombres de la ciudad y lo conocía a través de unos amigos próximos. La primera vez que lo vi yo debía de tener diez años y él estaba en nuestro patio, observando las plantas. Era un hombre menudo, de aspecto frágil y elegante. Había escuchado hablar de él y había leído su primera novela, titulada *Noli me tangere*, que mi padre había conseguido a través de una buena amiga, doña Julieta, valenciana de origen y amiga personal de Blasco Ibáñez, quien se había ofrecido a Rizal para hacer la corrección del primer texto. No me costó colarme en el despacho de mi padre y, con cuidado de no ser vista, leer a escondidas aquella historia que tanto estaba dando que hablar en las reuniones de mi casa. Aquella novela de amores imposibles me había entretenido aunque mi mente ingenua de aquellos días no terminaba de encontrar las razones que tanto escandalizaban a los adultos.

Al verme, Rizal me dedicó una franca sonrisa.

—Tú debes de ser Carlota.

Asentí con la cabeza al tiempo que observaba cómo se acercaba hasta mí. Su voz tenía una cadencia tranquila y envolvente.

—Veo que tu padre no exageraba al decir que eras muy bonita.

—¿Tanto como María Clara?

Noté cómo le sorprendía que hubiera leído su novela y la referencia a María Clara nublaba su mirada.

—María Clara se parece a una mujer que conozco… Pero no…, no es como tú. ¿No eres demasiado joven para leer ese tipo de novelas?

—Tengo casi once años —contesté con orgullo, pero inmediatamente caí en la cuenta de que acababa de revelarle mi secreto—. Aunque en casa nadie sabe que lo he hecho.

—Entonces, a partir de este momento este será nuestro secreto. ¿Quieres?

En ese instante mi padre salió al patio.

—Ah, veo que ya conoce a mi hija. Carlota, no habrás estado importunando al señor don José, ¿verdad?

Por un instante dudé. Estaba acostumbrada a que las promesas que los adultos hacían a los niños se desvanecieran con rapidez. Pero, rápidamente, el señor Rizal me sacó de dudas.

—Todo lo contrario —dijo él—. Hablábamos de las plantas que adornan el patio. Me recordaban a mi infancia en Calamba. A veces echo de menos los tiempos en que tenía la edad de esta niña y me escondía entre las camias.

—¿Quién no piensa en el pasado con nostalgia, amigo mío? Pero, por favor, pasemos a la sala. Ya está todo preparado para la merienda.

Mi padre lo invitó a entrar en la casa y él, antes de dejarme atrás, se volvió y me guiñó un ojo. Las ocasiones en las que posteriormente volví a verlo en mi casa, el señor Rizal siempre mantendría aquella contraseña que recordaba nuestro secreto. En el fondo tenía razón. Yo todavía no podía entender la dimensión de su novela, pero sí había escuchado las cosas estrambóticas que se decían de él, como que era un agente de Bismarck o un hechicero que vagaba por las noches por las calles oscuras. Por supuesto, mi padre resultaba un firme defensor del señor Rizal y se esforzaba en explicar que aquel relato suyo no tenía intenciones ocultas y que así lo había entendido el propio gobernador general. Sin embargo, poco pudo hacer la voz de mi padre cuando los dominicos de la Universidad de Santo Tomás se volvieron en su contra. Rizal terminó marchándose a Europa para continuar con su formación y yo volví a saber de él a través de Felipe, ya que, con alguno de sus amigos, leía clandestinamente y a espaldas de su padre el quincenal *La Solidaridad,* donde él escribía. Después de su estancia en Europa y su residencia en Hong Kong, Rizal había regresado a Manila y había fundado la Liga Filipina, una especie de partido político que pretendía reformas. De manera oficial no volvió a hacer ninguna visita a nuestra casa, aunque una tarde, mientras mi madre estaba en la iglesia, volví a encontrármelo en el patio. Habían pasado cinco años y había cambiado. Parecía otro hombre, más triste y grave. No había envejecido en exceso, pero su mirada se veía apagada. Pronto advirtió mi presencia. Me recordaba.

—Carlota.

Se acercó a mí y cogió mis manos con sincera alegría. Su voz seguía siendo cálida.

—Nadie me dijo que iba a venir.

—Me temo que esta vez el secreto es mío. Nadie debe saber de esta visita o sería un problema para tu familia. ¿De acuerdo?

—Un secreto es un secreto. —Asentí con complicidad.

Sonreí al tiempo que lanzaba un guiño cómplice y él apretó mis manos en señal de aprobación.

—Ojalá podamos encontrarnos en otras circunstancias. Tu padre dice que te gusta la fotografía. Algún día me encantaría ver tu trabajo.

Mi padre se asomó al umbral de la puerta y el señor Rizal dejó mis manos para ir junto a él. Decidí ser leal con su confianza y me sobrepuse a la tentación de fisgonear su conversación. No sé cuándo se marchó, pero, al volver mi madre, él ya no se encontraba en casa. Pocos días después se hacía público que había sido declarado enemigo de Estado y deportado a Dapitán, tal y como Felipe me recordó antes de

marcharse a Europa. En mi memoria el señor Rizal era un amigo de la familia, un hombre culto y refinado al que era imposible ver como un traidor. Notaba que algo se escapaba de mi entendimiento, como si no consiguiera componer las piezas del puzle. Todo aquello no encajaría hasta bastante tiempo después, aunque en ese momento de mi vida, como en mi primera lectura de aquella novela, yo todavía era incapaz de verlo y para mí seguían teniendo tan poco sentido los motivos que hacían imposible la unión de una pareja como las razones políticas que se escondían detrás de la sociedad en la que había crecido.

En sus cartas, Felipe me había mantenido al tanto de todo su recorrido por Europa. Había completado sus estudios en varias universidades, donde había terminado la carrera de arquitectura. También me había contado cómo en sus innumerables visitas a París y Barcelona había coincidido con Juan Luna, ilustrado filipino nacido en el norte y que había ganado cierta fama como pintor de renombre hasta llegar a exhibir sus obras durante la exposición de las islas Filipinas celebrada en Madrid. A través de esa amistad se había consolidado la verdadera pasión de Felipe, que no era otra que la pintura. En sus cartas me contaba que así lo había comunicado a su familia, para profundo desagrado de su padre. He de confesar que esta revelación hizo que me sintiera feliz. Felipe no se veía como futuro arquitecto, igual que yo no me reconocía en el reflejo indefinido y amargo de mi madre. Miré su fotografía y se me escapó una sonrisa. Volvíamos a confluir a través del tiempo, un lapso que nos había hecho cambiar transformándonos en dos proyectos de adultos deseosos de encontrarnos en nuestro Intramuros de siempre. Y la cita había sido fijada en el Cabildo.

Reconozco que tras vestirme y arreglarme, me vi deslumbrante. Antes de salir hacia el zaguán donde nuestro carruaje esperaba, tomé unos dulces de guayaba y santol en la cocina. Había pedido a Bernardita que apretara a conciencia el corpiño de mi vestido y no quería sentirme indispuesta en plena recepción, por lo que estaba decidida a no probar bocado en el Cabildo aunque sabía que tampoco podía permitirme el lujo de sufrir un desvanecimiento. Después bajé hacia el zaguán, donde mi madre me esperaba con impaciencia. Al ver su mirada, ratifiqué que mi primera impresión sobre mi aspecto había sido la correcta aunque, por supuesto, ella tan solo dio su aprobación a la elección de vestido, como su particular victoria ante mi desplante previo. Según me contó, había acordado con mi padre encontrarnos en el Cabildo, puesto que él iría allí directamente tras pasar la tarde tratando, según dijo, asuntos serios con varios señores principales. Cuando mi madre hablaba de señores tan importantes se refería a que, casi con toda seguridad, entre ellos se encontraba el gobernador, el general Blanco, y que los asuntos serios abordados tendrían que ver con la serie de altercados que venían produciéndose en las islas desde que Felipe se marchó a Europa y a los que nos habíamos ido acostumbrando, integrándolos en nuestras vidas como noticias cotidianas.

Mi corazón palpitaba a medida que nos íbamos acercando al lugar de la recepción. Realmente nuestra casa estaba muy cerca del Cabildo, situado en uno de los extremos de la plaza de la Catedral, pero mi madre jamás hubiera consentido hacer el trayecto andando. En vista de que no amenazaba lluvia, había solicitado un carruaje abierto, de modo que todo el mundo pudiera vernos durante el camino, aunque este fuera corto. Notaba cómo las miradas de los viandantes se posaban en nosotras al tiempo que nuestro cochero enfilaba la calle del Beaterio en dirección a la plaza de Santo Tomás, ya muy cerca de nuestra cita.

Al llegar subí las escaleras tratando de contener mis nervios. No tardaron en conducirnos a la sala de recepciones donde todo estaba listo. Tampoco tardé en descubrir a mi padre rodeado del general de la comandancia de Manila y de uno de sus ayudantes de campo. Mientras mi madre hacía un elegante y escueto gesto de saludo y se dirigía hacia donde estaban los señores, yo la seguía unos pasos por detrás, buscando con urgencia la presencia de Felipe. En un visto y no visto me salieron al paso las señoras Pacheco y Velilla, viudas de sendos funcionarios, para elogiar mi vestido y peinado hasta que mi madre solicitó mi presencia para iniciar toda una ronda de presentaciones ante los señores allí presentes. A medida que el tiempo pasaba, la sala de recepciones se iba llenando de más y más gente sin que mi búsqueda obtuviera resultado. Momentos eternos, en los que empecé a notar que poco a poco el ambiente se hacía más y más denso.

—¿Lota? —me dijo la única voz que podía pronunciar aquel nombre.

Me volví de inmediato. Allí, frente a mí estaba mi querido Felipe. Igual de delgado, pálido y rubio que antes aunque con distinto peinado, más elegante y distinguido que cuando lo despedí en el puerto, pero con la misma mirada directa y franca que tan bien podía reconocer.

—¡Madre mía! ¿De verdad eres tú? —me dijo mirándome de arriba abajo, como si le costara terminar de reconocerme—. ¡Chica, qué cambio!

Asentí tratando de ubicarme, desconcertada e incluso algo avergonzada, como si a pesar de haber estado esperando ese instante toda la tarde hubiera preferido estar muy lejos, en un lugar seguro, sin estar expuesta a aquella mirada, la única cuyo veredicto importaba. ¿Y si el tiempo lo habían convertido en distante, aburrido de las chicas como yo, sin la experiencia de las mujeres con las que se habría cruzado por Europa? ¿Habría quedado reducida a un ser pequeño e insignificante sepultado en sus recuerdos de infancia en las islas? ¿Se habría desencantado del que hasta ese momento había sido nuestro mundo?

De pronto, él mismo clarificó todas mis dudas dibujando aquella sonrisa que me trasladó inmediatamente años atrás a nuestros juegos de infancia, a las risas cómplices y a las innumerables conversaciones de paseos junto al malecón. No. Pese a mis miedos y dudas, Felipe había vuelto siendo el de siempre y, como siempre, extendió sus brazos hacia mí.

Creo que aquel fue el preciso instante en que dejé de pensar dónde y en compañía

de quién me encontraba. Porque lo siguiente que recuerdo es la cara de espanto de mi madre y todas las miradas de la sala de recepción del Cabildo clavadas sobre mí.

# 3

Lo había abrazado sin tapujos para escándalo general de todos los presentes y en particular de mi madre.

—¡¿Delante de todo el mundo?! —Sinang no daba crédito a lo que le estaba contando—. ¿Delante de tu madre y tu padre? ¡¿En el Cabildo?!

A medida que Sinang iba preguntando sobre lo que yo misma le había contado, me sentía más y más culpable, como un niño que ha cometido una falta de dimensiones inabarcables.

—¿Y qué te dijo? —Sinang ardía en deseos de saber cómo había terminado el encuentro, como si este relato fuera lo más emocionante que le había ocurrido desde que soltara de sus manos la última novelita de corte romántico—. ¿Te encontró cambiada? ¿Había cambiado él? ¡Por Dios, Carlota! ¡No me tengas en ascuas o me va a dar algo!

Tuve que contenerme unos minutos en mi explicación porque un cliente entró en ese momento en la tienda que regentaba la familia. Mientras mi amiga lo atendía, me acerqué a la entrada y observé la calle. En el barrio de Binondo las tiendas se multiplicaban como las flores tras las lluvias.

Tal y como me había enseñado Bernardita, los lunes y los sábados eran los mejores para comprar en los comercios chinos, ya que esos días vendían algo más barato, conformándose con ganar poco para cerrar sus cuentas. Me gustaba hacer aquel camino y disfrutar de la vida de aquel barrio en ebullición. Allí se encontraba la Aduana, la Dirección del Tabaco con sus almacenes y la Administración General de la Renta del Vino. Aparte de Intramuros y junto con el barrio de Santa Cruz, Binondo se había convertido en lugar de hospedaje para españoles y, además de capitanes y soldados del cuartel de infantería, era común cruzarse con pilotos y pasajeros de todas las embarcaciones que llegaban hasta el puerto de Manila y que terminaban en aquel lugar. Observar a sus vecinos siempre en imparable actividad, ya fuera en las calles o con el incesante movimiento del estero del río, me liberaba de la asfixia que sentía en Intramuros.

Cuando llegábamos cerca de la tienda de los padres de Sinang me despedía de Bernardita, que, como siempre, aprovechaba para ver a sus familiares mientras yo estaba con mi amiga. Alguna que otra vez mi madre se había puesto puntillosa sobre nuestras salidas y había solicitado que otra criada nos acompañara, pero Bernardita siempre se las arreglaba para que las chicas, si es que venían con nosotras, se dedicaran a actividades más gratas para ellas y sobre las que no debían dar parte alguno. De esta manera siempre llegábamos al barrio de los comerciantes solas y con un tiempo precioso para nuestras cosas. Mi tiempo en Binondo siempre era para

Sinang.

La tienda de telas que sus padres poseían era un estimulante reducto en el que se podía tener contacto con algunas de las sedas más exquisitas del momento, entre ellas las llegadas de Madrás, o del mismo Kanchipuram. El padre de Sinang, don Fernando Sastre, se llamaba realmente Bao Mubai y era de origen chino. El edicto de tiempo atrás había obligado a la población a castellanizar nombres y apellidos, pero todos en Binondo se llamaban por sus verdaderos nombres chinos aunque, paradójicamente, por sangre no lo fueran. Ese era el caso de la madre de Sinang, doña América Alonso, de ascendencia española, una mestiza sangley que, tras casarse con don Fernando, había tomado el nombre de Ai-Meili. Su ciudad natal estaba en el norte y, como buenos ilocanos, consideraban los lunes *buisit* o día sin suerte. Ese día no esperaban muchos compradores y por tanto yo no molestaba en exceso y podía conversar con Sinang con tranquilidad. Su familia había trabajado la tierra como inquilinos hasta que se vieron obligados a dejarla cuando fueron expulsados por los dominicos, propietarios reales de las fincas. De esta manera, Fernando y América se habían trasladado a Manila y allí se habían instalado en el barrio comercial, donde habían trabajado duro para garantizar el mantenimiento y educación de sus hijos. Sinang tenía cinco hermanos y tres hermanas, todos menores que ella.

Nos habíamos conocido justo cuando Felipe se marchó a Europa. Hasta ese momento y a pesar de la oposición de mi madre, mi padre había asumido mi educación, haciendo que institutrices y profesores visitaran mi casa y me instruyeran en distintas materias y conocimientos, al tiempo que él mismo se encargaba de completar esa educación multidisciplinar. No era algo corriente. Los colegios, algunos muy reconocidos como el de Santa Rosa, formaban a las señoritas, peninsulares o filipinas, generalmente mestizas, chinas y malayas de fortuna, con el objeto de convertirlas en perfectas casaderas. Aprendían a leer, escribir, reglas básicas de aritmética, coser, bordar, fabricar flores artificiales y, sobre todo, rezar. Pero mi padre siempre consideró que ese tipo de instrucción era limitado para mí. No se trataba de leer y escribir. Según sus propias palabras, se trataba de elegir bien lo que leía, entender las dimensiones de lo que se recibía y aprender a expresar las ideas con la mayor corrección posible, bien fuera escribiendo o hablando. Y todo ello era una cuestión personal, desligada de un posible y futuro matrimonio. En lo que tocaba al credo, y a pesar del creciente fervor religioso de mi madre, mi padre jamás insistía en alentar mi devoción, más allá de las lógicas fiestas de guardar. No consideraba necesario que tuviera un conocimiento amplio de la doctrina cristiana, la religión o la moral; solo una comprensión suficiente del Antiguo y Nuevo Testamento.

A mis quince años y según esa planificación, era una de las jóvenes con mejor formación de toda Manila. Podía mantener conversaciones con Felipe y sus amigos sobre autores literarios o noticias de medio mundo, de las que procuraba mantenerme al tanto por medio de las suscripciones de mi padre a las revistas o los periódicos, especialmente el *Diario de Manila*, que nunca faltaba en casa, aunque también caían

en mis manos artículos y noticias publicadas en *La Oceanía Española, La Voz de España* o, incluso, la *Revista Católica de Filipinas*, que por supuesto era la única que leía mi madre. Por lo demás estaba capacitada para leer en manuscrito y verso; escribía con una caligrafía probada y destacaba en aritmética, dominando el sistema decimal, los quebrados comunes, la regla de tres simple y compuesta, la directa o inversa, de interés compuesto, de aligación, compañía y la falsa posición; por no hablar de la fotografía, en la que me había refugiado con mayor ahínco desde la marcha de Felipe y que me dotaba de conocimientos adicionales sobre química y física. Aun así, según mi madre, en ese camino había descuidado un importante capítulo: no sabía coser, ni mucho menos bordar, lo que según ella resultaba claramente imperdonable. Así fue como se buscó a alguien que pudiera transmitirme esa capacidad ignorada y de esta manera Sinang entró en mi vida.

Era una chica anodina, menuda, mestiza de piel clara, ojos rasgados, labios finos y cabello negrísimo, como había visto cientos antes que a ella. Sin embargo, me sorprendió verla crecerse ante mi madre para vender sus habilidades.

—Puedo disponer por mí misma las camisas de caballero, variación de zurcidos, coser en máquina, trabajo de macramé, bordados a realce y con variación de punto sobre tela de holanda y piña. También puedo hacer calados, punto de media, principios de corte, bordado sobre raso, terciopelo, glasé, moiré y tisú con abalorio, escamas, felpones, felpillas, sedas, plata y oro; también bordados de Lausín negro y de colores, en cristal con felpillas y oro… —Sinang detuvo su larga retahíla de capacidades. Tomó aire y con gesto no demasiado orgulloso remató—: También sé algo de pasamanería…, pero tengo que reconocer que no es mi fuerte.

—Bien…, creo que para empezar será suficiente —dijo mi madre, impresionada aunque tratando de disimular.

En el acuerdo de esa misma tarde se pactó que Sinang traería las telas que utilizaríamos para mis prácticas, previo acuerdo del precio al que habría de unirse el pago de sus clases. También se ocuparía de aportar los bastidores para los bordados de al menos un juego de cama y una mantelería.

De aquella manera esa chica menuda y de habilidades probadas empezó a visitar nuestra casa todas las tardes. Al principio nuestra relación se limitó a darme pequeñas instrucciones sobre cómo debía acometer mi tarea, pero debo reconocer que mientras cosíamos yo le prestaba más atención a ella que a mi propia labor. Sinang era una auténtica especialista y sus manos tenían algo perturbador. Huesudas y largas, con aquellos dedos finísimos y unas uñas perfectas, eran las herramientas inmejorables para alguien que debía utilizarlas como utensilios de verdadera precisión. Al ver las suyas recordaba con desagrado las manos rechonchas y amorcilladas de mi abuela, heredadas en menor proporción por mi madre. Y después miraba las mías, que, aunque no eran tan anchas ni tendentes a la redondez, tampoco gozaban de la elegancia natural de las de mi profesora. Supongo que mi distracción constante en estos y otros pensamientos resultaba tan evidente que Sinang pronto tuvo claro que la

costura no me interesaba lo más mínimo.

—Si quieres, yo puedo coser y bordar la mantelería y el juego de cama. Será tan fácil como decirle a tu madre que lo has hecho tú. Basta con que sepas coger la aguja y dar alguna puntada con soltura. No creo que tu madre te exija nada más.

—Supongamos que acepto el trato. ¿Qué querrás a cambio de no contarle nada? —repliqué desconfiada.

Sinang me miró fijamente para después girar la vista hacia las novelas que estaban sobre mi mesa.

—Mientras yo coso, tú puedes leerme.

Imagino que hasta ese momento no había sido consciente de mi suerte. En efecto, Sinang, más allá de unas reglas básicas, no sabía leer bien. En su casa eran demasiados y sus padres habían tenido que tomar decisiones al respecto. De esta manera, las chicas quedaron fuera del privilegio de la educación completa, mientras que los hermanos habían podido ir a la escuela. Para ellas habían quedado las labores del hogar, la cocina y, por supuesto, la costura, cuyas habilidades habían sido transmitidas por la señora Alonso, educada con rigor por madres dominicas en el colegio de Santa Catalina… Aun así, Sinang había mostrado inquietud por aprender y pegada a los libros de sus hermanos y robando horas a la noche, conseguía leer algunas palabras, aunque de manera muy limitada.

A partir de ese momento, todo cobró sentido. Comencé a leerle cuentos sencillos, historias fáciles y emocionantes. Sinang cosía, embobada con los relatos, fascinada con los personajes, quejosa de tal o cual acción que no compartía o consideraba ridícula, increíblemente receptiva ante las sorpresas que las situaciones inesperadas del propio relato iban desvelando poco a poco. De la gran biblioteca de mi padre fui eligiendo lecturas cada vez más complicadas y, sin concretarlo con ella, comencé a desarrollar una estrategia que tenía por objetivo último que Sinang pudiera terminar leyendo sola. Primero me sentaba enfrente y leía. Después mi posición se colocó a su izquierda, donde no molestara el movimiento de su brazo al coser. Leía al tiempo que dejaba que Sinang observara las páginas del libro. No tardé mucho tiempo en conseguir que ella misma olvidara la labor y se dedicara a tratar de seguir conmigo la lectura. Al terminar la tarde cogía las telas y se las llevaba discretamente a su casa, de tal forma que al día siguiente volvía a la mía con la faena avanzada, como si de verdad hubiéramos rentabilizado el tiempo de las clases pactadas. Y así, en el tiempo que se cose y borda una mantelería y un juego de cama, Sinang aprendió a leer más que correctamente y nuestra amistad quedó sellada para siempre.

Mis padres aceptaron la amistad sin mucha preocupación. Supongo que les hubiera costado asumirla si Sinang no hubiera sido mestiza, pero lo cierto es que su familia había ido acumulando prestigio, e incluso uno de sus hermanos se había ordenado sacerdote en Vigan, con lo que, al menos en lo que correspondía a mi madre, sus credenciales morales estaban aseguradas. De esta manera Sinang se hizo asidua de mi casa, nos visitaba siempre que podía a la hora de la merienda y mis días

se convirtieron en los plácidos momentos de charla, lectura y confidencias compartidas con mi querida amiga, heredera emocional del vacío que había dejado Felipe.

Con estos antecedentes, no me costó demasiado convencer a mis padres para que Sinang nos acompañara al estreno del teatro Zorrilla, que se inauguró ese mismo año, para gran alboroto de toda la ciudad. Cualquier nuevo evento que nos conectara con el viejo continente, por pequeño cambio en la rutina que supusiese, era siempre acogido con alborozo dentro de una comunidad que cada vez se sentía más alejada de España, aislada de su cultura y costumbres por mucho que estas trataran de preservarse. No recuerdo con especial interés la obra que sirvió para inaugurar el teatro aunque sí guardo memoria de los mosquitos, debido al calor y la proximidad del río, la emoción sincera de Sinang y la exhibición constante de todos los asistentes al acto, más interesados por dejarse ver que por la obra en sí. Estaban todos los representantes del Gobierno y también las familias principales, tanto las españolas como las mestizas. Era divertido observar aquella exótica mezcla de colores y razas. Los españoles llamativamente pálidos con nuestra vestimenta que, a pesar de tender a los tonos claros y a las telas ligeras, no tenía el atrevido colorido de las sayas de las filipinas. Llegaban estas hasta los pies y se adornaban con un tapis superpuesto que las mujeres plegaban con gracia en la cintura para recogerlo detrás formando una prominente cola. Los llamativos coloridos y estampados de esas faldas combinaban con las blusas de tela de piña y ricos franjones, algunos incluso tejidos con oro. La mantilla de Sinang era de una bonita seda carmesí y resaltaba una larguísima melena negra que, como casi todas las filipinas principales en un acto como aquel, no recogía más que en los laterales del rostro, para dejar bien despejada la cara.

Recordaba también que entre todos los asistentes me llamó la atención la presencia de un extranjero. No fue difícil distinguirlo porque era bastante más alto y corpulento que cualquiera de los allí presentes. Su pelo moreno y ensortijado me hizo descartar casi de inmediato su posible ascendencia alemana, pero su aspecto no me sugería que pudiera tratarse de un belga o un inglés. Tampoco su forma de vestir era la que se esperaba de un occidental, puesto que lucía una bonita chaqueta de satén de corte oriental abotonada al frente, como la que solían vestir los chinos ricos. Lo perdí de vista durante la representación aunque más tarde sospeché que ni siquiera debía de haber entrado al teatro porque a la salida del mismo volví a encontrarlo rodeado del gobernador y sus ayudantes, que tan solo habían ocupado sus palcos brevemente. Curiosa, pregunté a mi padre si lo conocía, y en un gesto de evidente desprecio él me contó que era un hombre que se vendía al mejor postor, ya fuera comerciante o político. Si estaba en Manila, es que tenía algo que ofrecer o algo que conseguir. De camino a casa, en nuestro carruaje, Sinang se acercó para asegurarme que aquel hombre era español. Aquella presencia en aquella tarde de inauguración sería el único recuerdo vivo que mi mente decidió guardar y que el tiempo y el destino volverían a traer a mi memoria.

Esa era la historia de nuestra amistad y por supuesto, como cabe esperar de la mejor amiga, Sinang estaba al tanto del intercambio de cartas con Felipe y de lo que este suponía en mi vida.

—Me dijo que se encontraba bien y que, aunque ha disfrutado su estancia en Europa, quería volver. —Por fin le proporcioné a Sinang la respuesta esperada. Sin embargo, no tardé en percibir su decepción—. ¿Qué ocurre?

—¿Nada más? ¿No te dijo que había vuelto por ti?

—¿De dónde te sacas tú eso?

Escuchando a Sinang, realmente parecía que mi relación con Felipe iba mucho más lejos de lo que en verdad llegaba. Felipe y yo jamás habíamos concertado forma alguna para nuestros encuentros, que siempre se habían producido de manera natural. El señor Ayala visitaba con frecuencia nuestra casa, invitado a las tertulias que organizaba mi padre y en la que se reunían importantes hombres de la ciudad. Felipe, como siempre, venía junto a él, pero cuando le aburría la charla solía escaparse a tomar conmigo la merienda y, si el clima lo permitía, salíamos a pasear. Con el tiempo y las visitas fuimos intimando, sincerándonos el uno con el otro sin llegar a nada más. No podía decir que se tratara de un asunto sentimental, no sentía ese tipo de inclinación hacia él o, mejor dicho, hasta ese momento en que Sinang lo había insinuado, no me había parado a pensarlo.

Comencé a entender la dimensión que tenía un abrazo en público; el abrazo entre un hombre y una mujer. Comprendí que mi nerviosismo y excitación tampoco habían sido gratuitos. De alguna manera había esperado la vuelta de Felipe y mis intenciones no eran las de la niña del pasado. Sinang, como siempre hacía, pareció leer mis pensamientos.

—Has guardado sus cartas y lo has esperado. ¿Ahora vas a decirme que no sientes nada por él? ¿Que no se te salía el corazón camino del Cabildo? —dijo sorprendida.

—Sí…, pero era lógico. Hacía casi tres años que no lo veía. Quería comprobar que seguía siendo el mismo, que a pesar de todo nos reconoceríamos… —Mis argumentos se agotaban ahogados en mis propias dudas—. Estaba tan nerviosa solo por eso…

—¿De verdad no has pensado que casarte con él sería la solución a todos tus problemas?

Me quedé paralizada frente a la mirada fija de Sinang. Nuevamente aquella figura delgada, casi diminuta, parecía multiplicarse cobrando una dimensión inesperada. Noté cómo mi sorpresa ante sus palabras generaba su inmediata vergüenza. Me pidió disculpas por si el comentario había resultado impertinente y me prometió que, si yo no quería, jamás volvería a hablar de aquello. En ese momento, la entrada de Bernardita salvó la situación. Se hacía tarde y teníamos que volver a casa.

Durante el camino de vuelta me mantuve en silencio, reflexionando sobre lo que mi amiga se había atrevido a nombrar y lo que quizá yo misma no había querido ver. Simplemente, hasta ese momento no me había parado a pensarlo. Felipe no era como

aquellos pretendientes que mi madre traía a casa, había sido mi amigo, casi mi hermano… Pero también era cierto que nos habíamos separado cuando todavía éramos jóvenes y nuestras realidades habían cambiado. Caminaba tan ensimismada en mis pensamientos que apenas me di cuenta de que el gesto de Bernardita era grave, demasiado serio para haber pasado la tarde en Binondo. Ella tenía familia allí y, en nuestras escapadas de los lunes, aprovechaba para visitar a los suyos mientras yo estaba con Sinang. Esto hacía que mi *baba-babae* siempre volviera con alguna historia de la familia que no dudaba en contarme, por lo general anécdotas divertidas o llamativas. Pero esta vez era distinto. Parecía una tumba y no supe qué ocurría hasta que llegamos a nuestra puerta.

No tuvimos más que entrar en el zaguán y acceder al patio para advertir que un par de guardias civiles esperaban en la entrada; mi padre salió inmediatamente a nuestro encuentro. Tras él estaba Antonio Campos, capitán amigo de la familia y por el que mi padre sentía un especial aprecio. Por el gesto de mi padre enseguida supe que algo no iba bien. Pero mi sorpresa fue mayúscula al ver que se acercaba a Bernardita y no a mí.

—Bernarda, vas a tener que acompañar a estos hombres. Han venido a buscarte para llevarte al fuerte. Tienen que hacerte algunas preguntas.

Noté cómo Bernardita temblaba. Muchas veces habíamos hablado de los altercados que tenían lugar en los últimos tiempos y corrían rumores terribles sobre los interrogatorios que se llevaban a cabo en las celdas del fuerte de Santiago. Incluso sabíamos de la historia de la propia madre del señor Rizal, a quien habían llevado allí bajo una acusación falsa y carente de pruebas y que, aun así, pasó retenida largo tiempo. Me adelanté hacia mi padre.

—Pero ¿de qué se trata? ¿Por qué quieren hablar con Bernardita? ¿Por qué no pueden preguntarle lo que sea necesario aquí mismo?

—Carlota, será mejor que no te metas en esto —dijo mi padre, en el mismo tono serio que había empleado desde que llegamos a casa.

—Tranquila, niña. No tardaré en volver.

Bernardita me cogió del brazo para impedir que siguiera replicando, de la misma manera que siempre había hecho para preservarme de problemas mayores. Así que no tuve más remedio que permanecer callada.

—Le aseguro, Bernarda, que estaré muy al tanto. Y para que así conste les acompañará el capitán Campos, amigo de mi plena confianza —dijo mi padre a Bernardita, tratando de infundir una calma que ya no existía—. No tiene usted nada que temer.

Mientras Bernardita me entregaba la cesta que habíamos comprado en Binondo, el capitán y los guardias civiles se acercaban hacia ella.

—Solo queremos que nos cuente todo lo que sabe. Debe entender que ahora mismo esa información es de relevante importancia para la seguridad de este territorio. Si colabora, todo irá bien —dijo el capitán Campos, al que jamás antes

había visto con gesto tan grave.

No entendía nada. ¿Qué podía saber Bernardita que comprometiera la seguridad hasta el punto de salir de casa escoltada por el capitán y dos guardias civiles veteranos? Sin embargo, algo había llamado mi atención. El silencio y Bernardita no eran amigos. Se trataba de una mujer de carácter, acostumbrada a expresarse con libertad, siempre dentro de los justos límites del debido trato. Pero ante la petición de mi padre, había callado, como si otorgara las razones que hacían que se la llevaran para interrogarla.

Sin oponer resistencia, Bernardita se prestó a caminar escoltada por los rayados, como familiarmente llamábamos a los guardias civiles que se ocupaban del orden público. Mientras salía de nuestra casa, volvió la vista atrás para dedicarme una última mirada. En ese momento entendí que sabía algo que no me había contado.

# 4

Cuando entramos en la casa, mi madre estaba perfectamente enterada de todo lo ocurrido aunque no tenía mi urgencia por comprender cuáles eran las verdaderas razones que rodeaban la detención de Bernardita. Unir en tan breve espacio de tiempo mi impúdico abrazo a Felipe y ser testigo de cómo se llevaban a la jefa de los criados al fuerte para ser interrogada era bastante más de lo que ella estaba dispuesta a tolerar. Por si fuera poco, el servicio en pleno andaba sublevado con la noticia, dado que la actuación de Bernarda siempre había sido impecable desde que llegamos a aquella casa y comenzó a trabajar para nosotros. Bernardita prácticamente me había criado y conciliaba como nadie las posibles rabietas de mi madre relativas a cualquier detalle que quedara fuera de lo que ella consideraba correcto. Lidiaba a la perfección con su mal humor y urdía las estrategias necesarias para proteger al resto del servicio, incluida yo misma, sin acudir nunca al enfrentamiento, más bien al contrario: manejando las cartas con tal maestría que siempre parecía que mi madre tomaba la última decisión en todo. Era ella la que mantenía el control del servicio impidiendo, entre otras cosas, que se incorporaran tradiciones que nos eran especialmente desagradables como aquella de masticar buyo, aquellas hojas espolvoreadas con cal fina de concha que los indígenas envolvían y masticaban sin freno para eliminar el mal aliento, pero que también coloreaban de rojo los labios y, sobre todo, ennegrecían los dientes, ofreciendo a juicio de mi madre una imagen tan lamentable como nauseabunda.

Tan solo una vez había visto una situación de evidente tensión entre Bernardita y mi madre, justo cuando una de las doncellas de la casa, una dagala robusta y joven, fue acusada de haber robado una cantidad de dinero que mi madre aseguraba haber dejado dentro de su caja de costura. Alentada por el padre Fermín, su confesor, mi madre quería despedir a la criada y denunciarla ante la guardia civil para que la detuviesen por ladrona. Sus lloros y negaciones fueron secundados por Bernardita, y mi padre, desatendiendo su costumbre de no inmiscuirse en temas domésticos, se vio obligado a intervenir. Bernardita aseguraba haber estado pendiente de la chica en todo momento. Al fin la controversia se resolvió cuando el dinero perdido se encontró en un sobre en el despacho. Mi madre interpretó la denodada defensa de Bernardita sobre el honor de aquella joven criada como un cuestionamiento a su persona, una ofensa enquistada que jamás olvidaría. Desde aquel incidente, las relaciones habían sido correctas aunque, de alguna manera, todo el mundo sabía que mi madre esperaría el fallo de Bernardita para lanzarse sobre ella. Ese momento había llegado y mi madre no perdió el tiempo.

—Tenemos que despedir a esa mujer, Fortunato.

—¡¿Qué?! ¡No podemos hacer eso! Bernardita lleva con nosotros desde siempre. —Ahora era yo la que se abalanzaba sobre mi madre en defensa de nuestra más antigua y fiel criada—. Ni siquiera sabemos por qué se la han llevado.

—Tu padre ha estado hablando toda la tarde con el capitán y las razones que él le ha dado son más que preocupantes, Carlota. Además, no creo que este sea un asunto que te incumba.

No sabía qué pesaba más en la réplica de mi madre, si la necesidad urgente de recibir la oportuna explicación a través de mi padre o el veto que ella misma otorgaba a cualquier tipo de opinión por mi parte. En cualquier caso, me era imposible quedar callada.

—¿Y cómo puede no incumbirme lo que le pase a Bernardita si me ha cuidado desde que tenía cinco años? —protesté.

—No creo que estés en disposición, ni por lo más remoto, de replicarme, Carlota —dijo mi madre verdaderamente enfadada—. Mucho menos después del escándalo que te encargaste de organizar en el Cabildo.

Por supuesto, nada tenía que ver una cosa con otra, pero el enfrentamiento a costa de la detención de Bernardita había sido el pretexto perfecto para reprocharme lo que había ocurrido con Felipe. Estaba dispuesta a contestarle, a revolverme contra ella con toda la fuerza que mi rabia pudiera infundirme, en contra de su decisión de despedir a Bernardita, en contra de su búsqueda incesante del perfecto marido entre los jóvenes solteros, en contra de su vida entera y a favor de mi libertad. Lo habría hecho si mi padre no hubiera llegado al límite de su paciencia.

—¡Ya está bien!

Mi padre era un hombre apacible y raramente alzaba la voz. Pero cuando lo hacía no cabía mayor reacción que un silencio absoluto y respetuoso. Transcurrieron tan solo unos instantes antes de que se acercara a mí.

—No puedo darte más explicaciones que las que Campos me ha dado a mí mismo. Parece que Bernarda es prima lejana por parte de padre de un hombre que está conspirando contra el Gobierno. Capitanía General ha dado instrucciones precisas para que cualquier iniciativa de este tipo sea atajada. Es lógico que traten de averiguar qué intenciones tiene ese hombre.

—¡Pero es imposible que Bernardita sepa nada de todo eso! —repliqué armándome de toda la seguridad y convicción que me fue posible.

—¡Por Dios, Carlota! Son familia. Y Bernardita se mueve libre por todo Manila. ¿Quién te dice a ti que no ha tenido información sobre lo que hace o deja de hacer un familiar? ¿Me puedes asegurar tú que no ha tenido ningún contacto con ningún miembro de su familia? ¿Que no está colaborando con ellos?

Estaba claro que no podía asegurarlo, más bien al contrario tras el inesperado silencio a la vuelta de Binondo. Sin embargo, mis sospechas eran difícilmente conciliables con la figura de Bernardita vinculada a los mismos hombres que, esgrimiendo como causa la deportación del señor Rizal, provocaban incidentes en

Cavite, Las Piñas o Santa Cruz.

—Esos hombres persiguen la independencia —ratificó mi padre, con tono serio, tratando sin éxito de ocultar su gesto fúnebre—. Como en Cuba.

En aquella sentencia podía rastrearse la confirmación de un temor larvado durante mucho tiempo. Las noticias que nos llegaban desde Cuba eran desastrosas. Desde febrero de ese mismo año los independentistas habían iniciado una guerra abierta contra España y el tiempo unido al desgaste del ejército español les estaba dando la razón. Era imposible no escuchar nada al respecto en los corrillos de las meriendas y, sobre todo, en las reuniones de mi padre con cualquier miembro del Gobierno de las islas. El temor de terminar como Cuba era una realidad cada vez más cercana. Sin embargo, nadie iba tan lejos en aquellas insinuaciones como si simplemente nombrar el hecho hubiera traído la mala suerte y un destino funesto.

Reconozco que hasta ese momento no había sido consciente de un posible riesgo sobre nuestra situación, pero la preocupación que trasladaba el rostro de mi padre me infundió temor.

—¿Crees que estamos en peligro? —pregunté a tientas, buscando una respuesta paternal, como aquellos brazos que me arrullaban en nuestro largo viaje de llegada a las islas.

—¿Crees tú que lo estamos? —me contestó él, supongo que buscando hacerse una idea de lo que conocía sobre la situación.

—Nunca he tenido esa sensación —dije sin mentir—. El ejército vigila por nuestros intereses y si llegara el caso, nos protegería… como siempre ha hecho.

Mi padre asintió, como si estuviera tomándome la lección y yo hubiera dado la respuesta correcta.

—Sinceramente, no creo que esto llegue más lejos que una simple algarada que tendrá sofoco sin más cuento —sentenció mi padre, con un tono tajante que daba por concluida la conversación—. No te preocupes, que para eso ya está tu madre, hija mía.

Tras sus palabras me dedicó una sonrisa y cacheteó levemente mi mejilla, gestos suficientes para entender que había poca verdad en lo que acababa de transmitir. Sin embargo, preferí darle a entender que lo que me había dicho me tranquilizaba. En ese momento, Adoración, una de las chicas del servicio, anunció la llegada de Felipe y su padre. Por poco el corazón se me sale del pecho ante la inesperada visita.

Los Ayala no tardaron en entrar en el despacho. Mientras mi padre saludaba afectuosamente a don Francisco, Felipe se aproximaba hacia mí, dedicándome un saludo escueto y formal mientras yo me volvía a quedar paralizada. Después se acercó con disimulo, bajando su tono de voz.

—¿Confías en mí, Lota? —me preguntó en un susurro.

No entendía a qué se refería y estaba demasiado nerviosa como para establecer hipótesis sobre el posible motivo de la visita. Pero sí, confiaba plenamente en Felipe y solo acerté a asentir con la cabeza.

Felipe era hijo de Francisco de Ayala, vinculado a una de las familias más poderosas y adineradas de la colonia y emparentado con uno de los ministros de Ultramar, lazos que bajo todos los supuestos habían facilitado el ascenso y poder de la familia en las islas.

Don Francisco había jugado con maestría sus bazas y había sacado partido de casi todas ellas, en particular y primer lugar, su participación en la Compañía General de Tabacos. Era poseedor de varias e inmensas haciendas de norte a sur de Luzón, donde no solo se trabajaba el cultivo estrella que desde las islas había generado riqueza para España durante siglos, sino también la producción de azúcar, abacá y copra. También tenía acciones mayoritarias en una de las más importantes compañías de transportes fluviales y de navegación interinsular. La ambición de don Francisco era tan amplia como sus posesiones, negocios y cultivos, así que cuando uno estaba frente a él se encontraba ante una de las fortunas más contundentes de las islas.

Desde el primer momento que pisamos Manila, y enterado de la formación de mi padre y su misión para desarrollar y potenciar las explotaciones del país con las granjas modelo, el de Ayala se ocupó de estar muy cerca de nosotros. Aunque a través de la Real Sociedad Económica mi padre ya había hecho gestiones para apalabrar una casa dignamente acomodada en Intramuros, don Francisco se encargó en persona de, según su criterio, reubicarnos en una villa de mejor calidad cuyo solar había pertenecido al Gobierno municipal y que, tras el pago del oportuno canon de ocupación por parte del anterior procurador de San Agustín, había pasado a titularidad privada para posteriormente ser adquirida por el señor Ayala, en un ajuste de pagos con el citado procurador tras el gran terremoto del 63 que casi había destrozado la ciudad. A pesar de que la casa era mucho más grande y bonita que la que habíamos concertado de antemano, los manejos de Ayala despertaron los recelos iniciales de mi padre, que, si bien sabía que parte de su trabajo y responsabilidad era establecer relaciones con los hacendados del país, se resistía a verse forzado a deber favores que pudieran atar su libertad como de alguna forma le había ocurrido con mi abuelo. En este sentido, don Francisco fue lo bastante listo como para estar siempre presente y darle espacio, lo que poco a poco fue granjeando una auténtica amistad que hizo que ambas familias alcanzaran un trato grato, sincero y constante.

—Pues sí, querido Fortunato —rugió la voz de don Francisco, alzándose para que todos pudiéramos escucharla—. Parece que nuestros hijos han crecido. Felipe ha vuelto de sus estudios más decidido que nunca a formar parte de los negocios familiares.

—Brindo por ello —dijo mi padre, volviéndose hacia Felipe—. Aunque sé que a tu padre le hubiera gustado recibirte convertido en todo un arquitecto, también sé que no puede haber más honra para un padre que el ver que su hijo sigue con el camino que él inició en su día.

—Paso a paso. Por lo pronto, Felipe se hará cargo de La Clementina para

bandearse en los negocios, que dominar el asunto no es cosa de un día. Después, ya veremos. Pero, desde luego y como comprenderás, lo que nos ha traído hasta aquí esta tarde no es hacer un repaso de las nuevas ocupaciones de mi hijo.

Se hizo un incómodo silencio, y tanto mi padre como yo aguardamos expectantes. Por supuesto, a Adoración le había faltado tiempo para notificar a mi madre la presencia de los Ayala. Tomó la palabra Felipe.

—Señora, me alegro de que esté presente porque lo que tengo que decir requiere de su presencia tanto como de la de su marido.

El tono respetuoso fue del agrado de mi madre.

—Y, por supuesto, la de mi querida Carlota —dijo Felipe mientras se acercaba a mí y cogía mi mano—, con la que, como ya sabrán, he mantenido cumplida correspondencia desde que dejé las islas.

Mientras Felipe me sujetaba, notaba cómo mis mejillas se encendían y las piernas me temblaban al mismo tiempo que mis padres, serios, escuchaban con sus miradas fijas en el joven Ayala.

—Esa correspondencia y el tiempo transcurrido ha permitido que Carlota y yo nos conozcamos mejor y ganemos en confianza. Quizá fueron estas mismas razones las que nos llevaron a fundirnos en un abrazo en nuestro reencuentro. Acto que debo aclarar que, aunque tal vez no sucediera en la mejor de las situaciones, respondía únicamente al sincero y profundo anhelo que nos invadía al vernos después de tanto tiempo.

—Pero me temo que tanto circunloquio no es solo para pedir disculpas por un abrazo en público —arremetió mi padre, algo harto del paseo que Felipe estaba dando para llegar a sus verdaderas razones—. ¿Me equivoco?

—No, señor. Aunque me interesaría dejar claro que quiero solventar de un plumazo cualquier rumor ocurrido después de la recepción del Cabildo y así limpiar el buen nombre de Carlota. Y para que no quede duda, quiero aprovechar esta visita para solicitarles su mano.

Me dejó paralizada. La pregunta de Felipe ahora cobraba sentido y también la reflexión que Sinang había hecho esa misma tarde. A pesar de que la idea de un compromiso con Felipe podía haberme rondado inconscientemente y que, como bien había dicho Sinang, era la solución a todos mis problemas, no me gustó recibirla como sorpresa. Consideraba que tendría que haber hablado del asunto con él y no estar ajena del mismo, tanto como antes había estado ausente de la decisión de los pretendientes que venían a casa auspiciados por mi madre. Sin embargo, me reconfortaba la idea de la pequeña pregunta lanzada por Felipe, como si a él tampoco le hubiera quedado otra opción y este pacto fuera el mejor para ambos. Esta dualidad me procuró cierto equilibrio que no dudé en destinar al análisis de la situación. Por supuesto, la presencia de don Francisco y su sonrisa ratificaban un beneplácito sobre el asunto. Por su parte, había observado cómo mi padre disfrutaba de los nervios de Felipe en su intervención, lo que también hablaba de una buena disposición. Solo

tenía dudas sobre la posición de mi madre porque a esas alturas ya sabía que sin su aprobación no habría forma de concertar un compromiso. Y, efectivamente, fue mi madre la primera en hablar.

—Al menos parece que el bochorno del otro día tiene justificación. Aunque he de decir que hubiera preferido un trámite menos arriesgado, joven.

—Pero mujer. Estamos muy lejos de España. ¿No pretenderás que las maneras se conserven entre estos calores y lluvias? —dijo don Francisco tratando de aliviar la tensión. Por supuesto, sus palabras fueron oportunamente ignoradas por mi madre—. Además, llevan casi tres años carteándose. ¿Cabe mayor prueba de que se conocen y saben lo que se traen entre manos?

—En cualquier caso —afirmó mi madre clavando su severidad en Felipe—, será mi hija y no nosotros la que deba dar el beneplácito a su petición. Carlota ha gozado y goza de libertad y no se casará con quien no quiera. Es ella y solo ella la que debe dar una contestación.

En realidad esa fue la sorpresa. No sabía si lo que mi madre acababa de decir era una auténtica lección de cinismo o una verdadera demostración de fidelidad pública hacia el predicamento ilustrado de mi padre, por mucho que en tantísimas ocasiones lo hubiera criticado abiertamente.

En ese momento todas las miradas, incluida la de Felipe, se clavaron en mí a la espera de una respuesta que aclarara mi posición y he de reconocer que todo lo anterior —la detención de Bernardita y la posibilidad de un peligro inminente para nuestro futuro— quedó sepultado ante mis crecientes palpitaciones. Fijé mi mirada en mis padres y después me volví hacia Felipe.

—Nada me haría más feliz que aceptar esta petición.

Felipe me sonrió ampliamente y don Francisco abrazó con efusión a mi padre al tiempo que con su bronca voz aseguraba que este era uno de los mejores acuerdos que había alcanzado en su vida de empresario.

—Y que lo diga usted, don Francisco. ¿Es que no podemos comportarnos por una vez a la antigua usanza y brindar donde y como es debido?

—Señora mía, tiene usted toda la razón.

Siguiendo la petición de mi madre, todos nos prestamos a abandonar el despacho para brindar por mi futuro enlace. Mi padre y Francisco salieron primero y un gesto de mi madre impidió que Felipe se quedara rezagado conmigo para explicarme los pormenores del asunto. Contra todo pronóstico los señores salieron y mi madre se acercó hasta mí. Me miró a los ojos y luego me abrazó.

—Solo espero que hayas sido sincera. Que quieras a ese hombre y que esta decisión te traiga la felicidad.

Después se separó y pude ver sus ojos plenos de lágrimas.

—Y que esa felicidad nunca termine —dijo bajando la vista, sin apenas mirarme y tratando de recomponerse—. Ahora debo darme prisa. Tenemos que brindar y hay mucho que concretar.

Me dejó sola y, de pronto, ante mí se abrió el inmenso y desconocido espacio que era el corazón de mi madre. No había mentido al cederme la última palabra sobre mi matrimonio con Felipe y tampoco lo había hecho como una concesión a las ideas de mi padre. Al otorgarme aquella decisión me proporcionaba la misma libertad que ella había tenido años antes al casarse. Con sus toscas maneras, secas e impositivas, solo había querido protegerme en ese camino, seleccionando bien los candidatos, observando sus ideas y analizando sus posibilidades. Todo ello orientado a un único fin: que una vez que la decisión fuera tomada no hubiera equivocación posible. Bajo ese nuevo prisma me enterneció la figura de mi madre, preocupada en último caso por garantizar mi felicidad, maternalmente equivocada en su demostración de amor.

A pesar de su propia experiencia, lo que mi madre no había llegado a entender todavía era que, aun tomada la decisión con la persona aparentemente correcta, el camino hacia nuestra felicidad es largo y no estamos libres de error.

# 5

Desde la llegada de Felipe todo parecía haberse precipitado. Después de la visita a casa, mi madre entró en una espiral incesante de preparativos. Dado que Felipe había llegado en junio, habría que esperar al *tag-lamig* para celebrar la boda. Los meses ideales para hacerlo serían enero o febrero, con un clima lo suficientemente seco y templado para garantizar la fiesta. Esto dejaba a mi madre un corto plazo para coordinar todas las decisiones de la celebración, de tal manera que los nervios y la actividad se habían instaurado en ella. Mi padre, por supuesto, delegaba y estaba ajeno a esa tensión. Parecía de buen humor tras la noticia de mi matrimonio, lo que había renovado la calma en casa tras lo sucedido con Bernardita. Siendo fiel a su palabra, mi padre se mantuvo al tanto a través del capitán Campos y, antes de salir hacia Las Piñas, donde tenía que reconocer la evolución de una de las granjas, me prometió que según le había dicho el capitán solo era cuestión de jornadas que Bernardita volviera a casa. Reconozco que, en tal situación, ver marcharse a mi padre no me produjo más que inquietud. Había dicho algo parecido cuando el señor Rizal fue deportado a Dapitán y yo comenzaba a no confiar en la suerte de nuestra Bernardita si él no estaba.

Tras mi anuncio de compromiso con Felipe todo se había teñido de una formalidad a la que no estábamos acostumbrados. Al anunciar su llegada, mi madre insistió para que me peinara y revisara mi atuendo antes de salir a la sala donde él esperaba. La mesa había sido dispuesta con café, chocolate y dulces. Aunque mi madre nos acompañó en un principio, en un momento dado decidió que sobraba y debía dejarnos. Era nuestro primer rato a solas tras la gran noticia. Se hizo el silencio. Nos miramos fijamente para no tardar en estallar en una carcajada conjunta. Tras aquellas risas, Felipe me dio las oportunas explicaciones sobre su inesperada decisión. Estaba algo avergonzado por haberlo hecho sin contar conmigo, pero según él las circunstancias se habían precipitado. No me ocultó que tras su petición de matrimonio había una intención abierta de calmar a su padre después del anuncio de que cambiaba la carrera de Arquitectura por la pintura. Don Francisco se vio obligado a comulgar con la decisión sólida y contundente de Felipe, pero, espantado ante la idea de que su único hijo se convirtiera en un mantenido sin más expectativa que gastar lo que él llevaba tanto tiempo acumulando, lo puso al frente de una de sus empresas menores y de reciente adquisición, La Clementina, dedicada a la producción de vino de palma. Felipe podía combinar esa actividad con su recién adquirida faceta de pintor, pero, sobre todo, debía demostrar que podía gestionar la empresa. Hasta ahí llegaba la aspiración legítima de don Francisco por hacer de su hijo un hombre de provecho que se construyera a sí mismo sin contar con los

algodones que él pudiera proporcionarle. Pero Felipe sabía que eso no era todo y que la prueba exigida iba más lejos que la simple constatación de su transformación en un hombre por derecho. Don Francisco quería comprobar si realmente Felipe había dejado atrás ciertas tendencias peligrosas del pasado.

—No lo entiendo. ¿Qué temor tiene tu padre? —pregunté, todavía ingenua.

—¿Recuerdas nuestra conversación en el malecón? ¿Recuerdas cuando te dije que era un mal momento para irme y que de buena gana me hubiera quedado? Pues realmente era así. Mi padre me obligó a marcharme a Europa. Más bien, me obligó a separarme de lo que él consideraba malas influencias.

Ahora completaba parte de la información que no había terminado de entender en aquella charla en el malecón.

—Tras la detención del profesor Rizal estuve en varias reuniones. Muchos querían refundar la Liga; sin embargo, no todos teníamos las mismas ideas. Lota, a día de hoy esas ideas siguen siendo distintas para unos y otros. Los cambios en esta tierra son posibles, pero no a través de la imposición y la violencia. Como dice el señor Rizal, eso solo nos llevará a la guerra y al desastre. Deberíamos tratar de construir lo que no ha sido posible lograr en España. Una tierra de avances y oportunidades. Un lugar donde los privilegios no sean solo para unos pocos, donde se asimilen los derechos de la Península, donde las órdenes religiosas no impongan su criterio y determinen el gobierno…

A medida que Felipe hablaba notaba cómo la emoción encendía su piel. Resultaba apasionado y vehemente, más de lo que nunca lo había visto antes, como si esa fuera su verdadera razón de ser.

—Mi padre averiguó con quién me encontraba en aquellas reuniones clandestinas y no me dejó más opción que marcharme a Europa, con la esperanza de que el tiempo y la distancia pondrían freno a estas ideas. Pero no me fue difícil coincidir con amigos fuera. En París estaban Juan y Manuel Luna. Sobre todo Juan me ayudó a comprender que en la pintura estaba mi única y verdadera expresión y que todas nuestras aspiraciones para hacer de esta tierra un lugar mejor eran más que legítimas —afirmó con arranque.

Y, de pronto, aquella sensación que tenía desde hacía tiempo, aquel presentimiento de que algo bullía alrededor sin nunca confirmarse, comenzó a tomar forma.

—Has vuelto por lo mismo por lo que se han llevado a Bernardita de esta casa: porque esos con los que te reunías siguen conspirando y tú no has conseguido olvidarte de esas ideas —dije algo asustada.

—Escucha, Lota. Presta atención. Tengo que demostrar a mi padre que soy un hombre y que, a pesar de no haberme licenciado, he sentado la cabeza. Si mi padre está tranquilo, nosotros también lo estaremos. Yo podré seguir mi camino, tratando de evitar la locura a la que nos quieren arrastrar. Somos muchos los españoles comprometidos y debemos trabajar para que entiendan que una lucha entre nosotros

no nos ayudará —Felipe trató de calmarme—. Esos que dices que conspiran se equivocan.

—Como en Cuba —susurré, recordando el temor de mi padre—. ¿Podemos terminar como en Cuba?

—Podemos, pero debemos poner de nuestra parte para que eso no ocurra. Por eso mismo pensé que estarías de mi lado. Por una parte, nuestro matrimonio haría que mi padre estuviera tranquilo, y por otra, en lo que a ti respecta, dejarías de sentirte a merced de decisiones en las que no has tenido nada que ver. Compartir o no mis ideas es tu elección. Yo no soy quién para obligarte a pensar de una manera u otra. Lo único que te garantizo es que, conmigo como marido, tendrás libertad.

Miré a Felipe con cierta distancia. Era un hombre muy elegante. Sus palabras te envolvían como un dulce arrullo y terminaban embargándote como un suave licor. Me gustaba su consideración, su forma de tratarme, su propuesta para sentar nuestro pacto. Sin embargo, algo se nos escapaba en este acuerdo. Sentía algo de vergüenza al expresarlo sin tapujos, pero las confidencias que previamente había hecho Felipe me dieron arrojo.

—¿Y… el amor? —Mi voz sonó como la de una niña perdida.

Felipe me miró contrariado. Supongo que dentro de su medida planificación, este pequeño detalle no había sido contemplado y no sabía muy bien qué decirme. Mi ingenua pregunta había conseguido ponerle nervioso.

—Bueno…, nosotros nos queremos, Lota —acertó a decir al fin—. Siempre nos hemos querido, ¿no es así? —me preguntó en busca de una urgente afirmación.

—Sí…, como amigos, casi como hermanos…, pero ahora todo es distinto. Todo ha cambiado —dije buscando una respuesta íntima entre mis titubeos.

—Y tú, ¿qué es lo que tú quieres?

Reconozco que no estaba preparada para esa pregunta. Ni sabía por qué hablaba de amor, ni sabía muy bien lo que esto suponía para Felipe y para mí. Supongo que lacerada por la búsqueda incesante de un candidato para mí en ese último año solo entendía que, ajeno de intereses o acuerdos, el amor debía ser la razón última que impulsara la unión en matrimonio entre un hombre y una mujer. Ante la pregunta directa de Felipe solo pude poner en mi boca las palabras de mi madre.

—Alguien que me quiera y me haga feliz —dije con toda la convicción que pude encontrar dentro de mí.

Felipe sonrió, seguro de sí mismo, y se acercó hasta mí, como tantas otras veces había hecho al abrazarme. Sin embargo, en esta ocasión colocó sus manos en mis brazos y se agachó, acercándose a mi cara. Cerré los ojos y noté cómo mi cuerpo se estremecía ante el inminente beso. En efecto, sus labios no tardaron en rozar los míos. Fue algo suave y amable. Fugaz.

—Te quiero y haré todo lo necesario para que seas feliz, Lota.

Como si hubiera estado observándonos, cosa que no hubiera sido extraña, mi madre reapareció en ese justo momento. Mientras Felipe y ella se distraían en varios

comentarios sobre los preparativos del enlace, mi mente vagaba muy lejos de allí, pensando en todo lo que me había contado el que iba a ser mi futuro marido. Si desde su marcha las ansias independentistas habían ido creciendo dando aliento a grupos revolucionarios, los nervios del Gobierno y el ejército habrían aumentado en proporción directa. Y si los militares consideraban que Bernardita tenía información clave sobre el asunto, no la iban a dejar salir del fuerte con tanta facilidad como mi padre había advertido. Hubiera podido poner la mano en el fuego por ella, pero no podía asegurar que no hubiera recibido noticias de sus familiares en nuestras repetidas visitas a Binondo. Tampoco cabía en mi mente considerar a nuestra fiel criada como una colaboradora de grupos revolucionarios que nos querían ver fuera de las islas. La recordaba peinando mi pelo, mientras yo seguía con los dedos las ondas de las conchas de capiz que adornaban casi todas nuestras ventanas. Podía escuchar su voz, mezclándose con la tibieza de la tarde y el repiqueteo de la lluvia en la calle, contestando con paciencia a mis preguntas infantiles.

—¿Por qué no puedo cortar una flor sin pedir perdón?

—Porque puedes estar quitándole la casa a un anito. Y sería peor para ti.

—¿Qué me haría?

—Te podría arrastrar por el suelo cuando estés dormida. O llevarte lejos, muy lejos de aquí, donde no pudiéramos encontrarte.

—Por eso los hombres piden perdón si orinan en el camino, por si ahogan a alguno, para que luego no la tome con ellos. Y por eso pones un cuenquito de sal en la puerta de mi habitación todas las noches. Porque la sal no les gusta a los anitos.

—Eso es.

—Pero ¿cómo puedes creer en ellos si nunca has visto uno?

—Porque no hace falta ver para creer. Mira lo que le pasó a santo Tomás.

—Mi padre tampoco ha visto nunca a Dios y por eso no cree en Él. ¿Tú crees que mi madre sí lo habrá visto?

—¡No digas eso, niña! De eso no debes hablar.

—Pero es la verdad. Mi padre no cree en Dios… y creo que yo tampoco. Ni siquiera en los anitos.

—¡Se acabó! No quiero escucharte una palabra más. No quiero que enfades a uno de esos envidiosos y venga a quitarle esta melena tan preciosa a mi princesa.

Y, mientras seguía cepillándome el pelo, cantaba una cancioncilla ilocana que le había enseñado su abuela y que, a fuerza de haberla escuchado de su boca día tras día, yo también me sabía de corrido y cantaba con distintas entonaciones.

*María, María sabong,*
*Sabong ti lubong;*
*Isu ti namañgon*
*Ti bandera ti taltalon.*

Bernardita eran mis horas junto a las ventanas, las calles, los barrios de Manila y

las costumbres de aquella nueva tierra que gracias a ella yo ya consideraba mía. Por eso me era imposible imaginarla envuelta en una conspiración. Sin embargo, no podía apartarme de los recuerdos de nuestra vuelta desde la tienda de Sinang. Quizá ella sabía algo, algo que no había contado y que justificaría su silencio en nuestro camino hacia casa. Y lo que era peor: tanto si tenía información de su primo como si no, estaba convencida de que los militares no iban a dejarla salir del fuerte.

Aquella tarde, mientras Felipe y mi madre hablaban de triviales detalles sobre la celebración de nuestra futura boda, mi corazón sufría pensando en que quizá no volvería a ver a Bernardita. Tras acompañarnos en la merienda, Felipe se disculpó: debía atender sus nuevos quehaceres como presidente de La Clementina. Agradecida por la visita, mi madre se retiró discretamente, dejándonos solos en la patio para así permitir lo que supongo que ella consideraba una romántica despedida. Una vez a solas con Felipe, pude decir lo que llevaba pensando toda la tarde.

—Comparto tus mismas ideas y me casaré contigo, pero, si de verdad quieres hacerme feliz, tendrás que ayudarme.

# 6

Aquella noche no pude dormir bien. Soñé que la guardia civil detenía a Felipe y lo conducía al fuerte de Santiago. En mi desesperación trataba inútilmente de acercarme a su celda, mientras los guardias me recordaban que estaba acusado de sedición. En otro momento del sueño yo misma caminaba escoltada por mis padres. No quería caminar, pero ellos me obligaban a seguir hasta una zona verde de Bagumbayan. Allí se encontraba Felipe frente a su pelotón de fusilamiento. Todo parecía dispuesto para su ejecución. Me lanzaba una última mirada y mi horror y angustia crecían. Comenzaba a gritar, pero mi voz no se escuchaba. Trataba de moverme, pero mis piernas parecían ancladas a la tierra. En medio de este forcejeo incesante estaba cuando los disparos sonaron en un estallido espantoso haciendo que los pájaros alzaran el vuelo en los árboles. Justo en ese instante mi propio grito hizo que me despertara entre sudores.

Me levanté temprano y me vestí con las ropas más sobrias que encontré en mi armario. Un vestido azul oscuro de paño ligero y el pelo recogido en un moño alto para dar una impresión seria y formal. No quería que mi madre estuviera al tanto de nada, así que me cuidé de no elevar en exceso mi voz. La noche anterior había avisado a uno de los cocheros para que estuviera preparado. El servicio estaba ocupado en sus labores en la cocina y no me costó salir sin ser vista. Tan solo la joven Adoración fue testigo de mi salida, y con un gesto le impedí que dijera ni media palabra.

—No quiero que mi madre se entere de que me marcho —le expliqué con urgencia y en voz tenue. Por unos momentos, seguro que temerosa de mi madre, la chica dudó en replicarme, pero, nuevamente, me adelanté—: Tú solo encárgate de que no se preocupe. ¿Me has entendido?

Tal y como estaba previsto, Basilio me esperaba en el zaguán. Me acerqué a él y cogí sus manos para reclamar su atención, tratando de transmitirle tranquilidad. Después me subí en el carruaje y tomamos rumbo a la calle del Beaterio mientras recordaba la conversación que había mantenido con Felipe días antes.

—No puedo dejarte que vayas sola, Carlota. ¿Es que no lo entiendes? De ninguna manera —me había dicho, disgustado y tajante.

—Escúchame, Felipe. Lo he pensado mucho y no queda otra —dije tratando de resultar convincente—. Mientras yo voy al fuerte, tú tendrás que hablar con tu padre y contarle lo que pretendo. Tu padre tiene amistad directa con Blanco y es el único que puede llegar mucho más lejos de lo que llegó el mío.

—Entonces, hablemos con él y expongamos el caso. Nos ayudará.

—Me dará largas como el capitán Campos ha hecho con mi padre. Hay que

forzarles a hacer algo, algo que jamás harían por una simple criada —dije completamente convencida—. ¿Es que no lo ves? El tiempo seguirá pasando y ella seguirá retenida en el fuerte.

—Pero ¿no te das cuenta de que es muy peligroso? ¿Y si mi padre no reacciona como tú pretendes? ¡¿Y si decide no hacer nada por ti?!

—Tu padre no va a dejar que tu futura esposa se vea implicada en un escándalo, si en su mano está evitarlo. Tienes que ayudarme.

—¡Santo Dios! ¡Voy a casarme con una terrible tozuda!

El plan era arriesgado, pero estaba convencida de que era el único posible. Estaba segura de que él y yo podríamos llegar bastante más lejos que nuestros propios padres. Ellos, debido a su posición, tenían que guardar distancias y formas ante las instituciones, especialmente el ejército. Nosotros, por lo contrario y dada nuestra juventud, podíamos pecar de impulsivos y exhibir nuestros apellidos para conseguir un trato de favor que quizá ellos no se hubieran obligado a imponer. Y de entre todas las personas, yo era la que menos sospechas levantaría. Una mujer joven e ingenua que no sabía de política y que solo quería recuperar a su criada. De todas las opciones que había barajado, estaba segura de que esta era la más acertada, la que dejaba a nuestros padres liberados de responsabilidades aunque a mí me expusiera a cierto peligro. Y estaba dispuesta a correr el riesgo.

Al pasar junto a los muros de la catedral sus campanas repiquetearon a un ritmo parecido al de mi excitación, sin embargo, cuando su sonido se apagó, mi corazón seguía latiendo con una exaltación que creció al enfilar la calle del Arzobispo hasta por fin llegar a la plaza del General Moriones, antesala necesaria para acceder al fuerte de Santiago. Para no generar problemas, ordené a Basilio que parara allí.

—Ahora espera a verme entrar. Una vez que esté dentro, ve a casa de los Ayala y pide hablar con el señor Felipe. Él te estará esperando para que le confirmes que he entrado en el fuerte. Después vuelve a este mismo lugar y espérame el tiempo que haga falta. ¿Me has entendido? —ordené con decisión mientras apretaba los brazos de un Basilio que me miraba con desconcierto—. La suerte de Bernardita depende de nosotros.

Mientras enfilaba el recorrido de entrada hacia el fuerte masajeaba mis manos tratando de calmar mi nerviosismo, repasando una y otra vez lo planeado, recordando la voz que debía poner, en un medido tono de exigencia, a medio camino entre el orgullo y el respeto. Si quería que todo saliera bien, mi actuación tenía que ser perfecta. A pesar de ser temprano había visto ajetreo en las calles; sin embargo, el tránsito disminuía al llegar a la plaza colindante con el fuerte, rodeada de edificios militares. Avancé con decisión, predispuesta a ser interceptada en cualquier momento. Aun así, pasé el baluartillo de San Francisco Javier sin que nada ocurriera. De este modo llegué hasta la puerta principal, escoltada por dos grandes fosos. Una vez allí los guardias me dieron el alto.

—Me llamo Carlota Díaz de la Fuente y tengo permiso del capitán Campos para

visitar a una mujer que tienen aquí retenida. Su nombre es Bernarda Bonifacio y es mi criada.

Los soldados parecieron sorprenderse ante mi decisión. Eran jóvenes humildes, sin experiencia militar, labriegos en su mayoría y reclutados para el servicio obligatorio desde distintas partes de España. En su mirada se mezclaba el temor y la rabia, las penurias y el orgullo y, por supuesto, la añoranza de una tierra dejada atrás y sustituida por aquel vergel paradisiaco que a muchos afectaba hasta la locura o la fiebre y que la mayoría mitigaba en su contacto con las dagalas. El español buscaba en sus besos la extraña experiencia de recibir de su boca el sapá, que no era otra cosa que aquel inmundo buyo masticado que las jóvenes tenían por costumbre pasar a la boca de su amante. Aquellos mismos soldados eran los que tenían todo el derecho, por no decir el deber, de negarme el acceso al fuerte. Sin embargo, tras varias consultas, uno de los guardias se acercó hasta mí y se ofreció a indicarme el camino. La invocación del capitán Campos había dado el resultado que cabía esperar.

No volví la vista atrás, dando por supuesto que Basilio me habría visto entrar y había emprendido el camino hacia casa de Felipe, que a esas alturas estaría aguardando su llegada con ansia. El plan se dividía en dos en ese preciso momento. Mientras yo me internaba en el fuerte, Felipe debía cumplir con su parte informando a su padre de mi situación e intenciones. Sin la doble jugada, tal y como había meditado con detenimiento, no conseguiría sacar a Bernardita de allí.

Conforme me internaba en el fuerte notaba cómo las miradas curiosas y sorprendidas de los soldados no me perdían de vista. Una vez dentro, la plaza de armas abría un espacio triangular ante mí. Continué caminando al tiempo que recordaba las muchas veces que el capitán Campos había cantado las excelencias de aquel bastión como una de nuestras principales plazas de defensa. Situado en un punto estratégico, a orillas del Pasig y enfilando la bahía, era la atalaya clave dispuesta, incluso mucho antes de la llegada de los españoles a las islas, para la defensa de la ciudad ante cualquier posible ataque. Y así había cumplido el fuerte su destino durante varios siglos. Sin embargo, los años habían determinado los emplazamientos militares para otros menesteres tales como la puesta a disposición de las autoridades de todos aquellos que quebrantaran la ley. En una de esas celdas se encontraba Bernardita y lo primero que yo debía hacer era hablar con ella.

El soldado que me acompañaba me condujo hasta la oficina del teniente de guardia, que al verme entrar en la dependencia no disimuló su sorpresa. Volví a invocar el nombre del capitán Campos como valedor de mi visita y mi intención de visitar a mi criada. Al principio el teniente se mostró algo reacio, así que, tratando de dominar mis nervios, rebajé el tono, para dejar paso a la súplica de una joven temerosa y preocupada por la suerte de la mujer que la había cuidado desde niña. Imposté aquella aparente fragilidad, que reconozco desplegué sin recato, temiendo incluso haberme excedido. Sin embargo, mi actuación no tardó en dar frutos. El teniente e incluso el soldado que me había acompañado parecían conmovidos ante mi

relato y las razones que hasta allí me habían llevado.

—Cálmese usted, señorita. Si alguien puede comprender lo que usted siente somos todos nosotros, créame. Hace ya tiempo que dejamos atrás a nuestras familias y no pasa un solo día sin que soñemos con ellos.

Sabía que aquellas palabras eran mi salvoconducto para conseguir el primer paso de mi plan y, efectivamente, logré que el soldado me acompañara a los calabozos que, como tenía entendido, estaban cercanos al muro junto al río, en la parte soterrada del fuerte. Era fácil localizar el río al norte, por el bochorno y los mosquitos que colmaban sus orillas. Se trataba de un camino angosto, húmedo y oscuro, que daba paso a unas pequeñísimas celdas en las que entraba algo de luz cenital a través de las rejillas del techo. Apenas se veía a dos palmos, lo que facilitó mi intención de no fijarme en las personas que allí se encontraban, centrada como estaba en reunirme con Bernardita; no había tiempo que perder. Al cabo de unos pocos instantes el soldado se detuvo frente a una de las celdas. Me asomé con miedo. En el fondo de aquel espacio cuadrado y minúsculo se hallaba sentada Bernardita, que rápidamente esbozó un gesto de alegría al verme. No pasaron ni cinco segundos hasta que se abrió la puerta y por fin pude reencontrarme con ella. Discreto y sin duda todavía conmovido por mi relato anterior, el soldado nos dejó solas. Nos fundimos en un esperado abrazo acompañado por lágrimas y sollozos, mientras tocaba su cara y su pelo, como si necesitara confirmar que estaba entera y que nada malo le había ocurrido. Estaba algo sucia y olía mucho peor que de costumbre, aunque me confortó comprobar que se encontraba bien. No pasó mucho tiempo antes de que Bernardita me apartara para mirarme fijamente.

—¿Cómo has venido aquí tú sola? ¡¿Te has vuelto loca?! —me increpó, incapaz de olvidar su ascendente tutorial sobre mí.

—Escúchame, Bernarda, porque hoy mismo te saco de aquí, así me llamo Carlota. Solo quería ver que estabas bien.

—¿Qué estás diciendo, niña? Vete ahora mismo. Ya has visto que estoy bien y no hay más que hablar. ¡Vete antes de que tus padres se enteren!

—Ni hablar. No voy a dejarte sola. ¿Me has oído? No voy a permitir que pases aquí ni un día más. Pero antes necesito que me digas qué les has contado. ¿Sabías algo de todo eso que te han estado preguntando, lo de ese primo tuyo?

Bernardita me miró de forma seca y con ojos arrasados.

—Me han preguntado por mi primo Andrés día y noche desde que llegué. Pero nada sabía de su vida, así que nada he podido decir —me dijo seria y tajante.

Sostuve su mirada y extendí mis manos, buscando las suyas.

—Mucho mejor. Ahora espera a que te vengan a buscar. Si todo sale como he pensado, dentro de un par de horas estaremos en casa.

—No, niña. No puedo permitir que te mezcles en esto. Estoy convencida de que saldré muy pronto de aquí. La Virgen cuida de mí y seguro que hace caso de mis oraciones.

—Escúchame. Tengo que sacarte de aquí antes de que las cosas se pongan más difíciles y eso es precisamente lo que voy a hacer —dije con decisión, mientras notaba que Bernardita me miraba con otros ojos, como si descubriera una persona distinta a la niña a la que ella misma había criado—. Tú solo tienes que estar preparada.

Me abracé a ella de forma instintiva, tratando de calmar mis nervios al tiempo que le infundía un valor que yo misma debía recabar en mi interior. Después, me acerqué a la puerta y llamé al guardia para que me llevara fuera. Antes de salir intercambié una última mirada con Bernardita, que allí, en el fondo de la celda, parecía una figura empequeñecida y sombría, como nunca hubiera imaginado.

Agradecí la luz del exterior y el aire, que, aunque húmedo, era renovado. Con decisión, cogí el brazo del soldado, reclamando su atención.

—Lléveme a las dependencias del teniente. Tengo que hablar con él.

Hasta ese momento mi plan se desarrollaba según lo previsto. Solo tenía que llegar a la oficina del oficial al mando, al que yo había identificado como el teniente que me había recibido, para exigirle la puesta en libertad de Bernardita. Por supuesto, la negativa sería su respuesta obvia. A partir de ese instante mis esperanzas estaban puestas en Felipe y, más en concreto, en su padre. A esas alturas don Francisco ya estaría al tanto de que mi intención era no salir del fuerte hasta que liberaran a Bernardita, consciente de que mi grado de desesperación y convencimiento eran tales que podían llevar a mi propia detención, si llegaba el caso. Por supuesto, si don Francisco no hacía nada, mi cochero daría aviso de lo sucedido y en pocas horas todo Intramuros sabría de la situación. El escándalo se haría público y yo, futura mujer de Felipe, quedaría manchada con aquel incidente, que de alguna manera apuntaría a un desequilibrio nervioso, impropio de los apellidos que iba a portar en el futuro. Todo por una tontería tan liviana como no dejar en libertad a una simple criada.

Realmente yo no creía que don Francisco pusiera mucho inconveniente para solucionar un asunto a todas luces sencillo. Se limitaría a mandar recado al gobernador notificándole el caso y el general Blanco, que me constaba tenía un sincero aprecio por el señor Ayala, no dudaría en dar un aviso al fuerte ordenando que Bernardita saliera del mismo en mi compañía. Al fin y al cabo, el nombre de mi padre me protegía y garantizaba que yo misma y mi familia nos hacíamos responsables de todos y cada uno de los criados que trabajaban bajo nuestro techo.

Solo tenía que ganar ese tiempo precioso hasta que el gobernador, o cualquiera de sus adjuntos, hiciera llegar el aviso que confirmara la puesta en libertad de Bernardita. Tenía que volver a ganarme al teniente… Sin embargo, no contaba con el mayor de los imprevistos.

Una voz conocida no tardó en revelarse a mi espalda.

—Teniente, me temo que quizá la señorita Díaz de la Fuente hizo una libre interpretación de un leve encuentro en casa de su padre.

El corazón me dio un vuelco al tiempo que guardaba las fuerzas necesarias para

girarme y encontrar frente a mí al capitán Campos.

—Si no le importa, me gustaría que me dejara a solas con ella, por favor.

El teniente asintió de inmediato, cuadrándose ante el capitán y dejándonos solos. Mi respiración se hacía cada vez más acelerada, aunque no quería delatar mi estado de nervios. Antes de la marcha de mi padre a Las Piñas, él mismo me había contado que Campos se había desplazado al sur, a Mindanao, para coordinar la llegada de un nuevo regimiento de reemplazo. Pero, o Campos jamás había llegado a irse, o su vuelta se había acelerado más de lo previsto. Estaba acorralada, pero debía mantener mi pundonor, el rigor que me había llevado hasta allí. El capitán dio unos pasos hasta colocarse junto a mí.

—Sinceramente, querida niña, últimamente debo de tener fallos de memoria porque no recuerdo el momento en que di mi visto bueno para que visitase usted a su criada.

No tenía escapatoria y, aun así, encontré que sería un error mentir. Campos era un hombre curtido, un militar de carrera, demasiado inteligente para despreciar una excusa.

—No…, no me lo dio —respondí con sinceridad, convencida de que era el único camino para enfrentar la situación—. Lo dije para poder entrar y ver a Bernardita.

El capitán se apoyó sobre la mesa del despacho, colocándose a mi altura. Dibujó una leve sonrisa y después buscó en el interior de su chaqueta, de la que sacó una bonita pitillera de plata repujada. Recuerdo con angustia cada uno de los parsimoniosos golpes que dio en la tapa de la misma con objeto no sé si de apelmazar el tabaco del cigarrillo o de poner a prueba mis nervios.

—Me gusta la sinceridad, jovencita. Y también los arrestos. Porque hay que echarle valor para venir sola hasta aquí para visitar a una simple criada.

—No solo he venido para verla… —dije sin saber dónde encontraba la fuerza suficiente para enfrentarme al capitán de aquella manera—. He venido porque no pienso irme sin ella.

No podía entender cómo aquella afirmación había salido de mi boca. Mi corazón estaba a punto de saltar de mi pecho y mis piernas temblaban sin control. Sin embargo, mis palabras habían sonado rotundamente sinceras, escudadas en un matiz de pundonor y orgullo que ni yo misma esperaba.

—Me gustan las mujeres con carácter. Mi madre era así. Y mi mujer también lo es. Es un rasgo que me agrada, lo reconozco —dijo con una convicción nostálgica—. Las mujeres de esta tierra son más dóciles…, complacientes. Muy distintas a las castellanas.

El capitán encendió su cigarrillo y me miró fijamente, como si pudiera penetrarme con la mirada. Era un hombre de unos cincuenta años, iniciado en la carrera militar como opción alternativa a los míseros trabajos del campo. Como otros muchos militares de renombre, se había hecho a sí mismo a fuerza de aceptar múltiples destinos, donde había dado más que probado cumplimiento de su disciplina

y valor. Según me había contado mi padre, también era un hombre cultivado o al menos sensible, interesado por la política y las aspiraciones de todos los lugares en los que había estado como una alternativa a la nostalgia de su tierra. Campos había vivido eternamente apartado de una familia que no había visto crecer, aislado entre campaña y campaña, siempre anhelando una vuelta a casa que a esas alturas, después de haber construido su vida entera en las distintas plazas de destino, ya no sabía si era un deseo impuesto al que jamás podría dar cumplimiento, incapacitado para la vida normal tras años de ejercicio.

—Creo que mi segunda hija debe de tener más o menos la edad que tiene usted y espero que no tarde en hacerme abuelo.

El capitán se levantó de la mesa y caminó con la intención de ocupar la silla que otorgaba la posición principal en el despacho. Después, con un gesto de las manos, me invitó a sentarme frente a él.

—¿Sabe por qué está aquí su criada?

Dudé por unos instantes y luego asentí rápidamente.

—Entonces sabrá usted que Andrés Bonifacio es el líder del grupo violento que se hace llamar Katipunan y que busca expulsar a los españoles de Filipinas. Y también sabrá que sería de vital importancia obtener cualquier información de la que ella disponga. Y que cualquier ocultación de la misma podría considerarse alta traición.

—Bernardita no sabe nada de esa conspiración.

—Su Bernardita sabe más de lo que cuenta. ¿Y sabe por qué lo sé? Lo sé porque ella no es como otras mujeres que he visto por aquí. Lo sé porque es fría como una piedra y se dejaría matar antes de declarar algo contra los suyos.

—Bernardita lleva con nosotros desde que llegamos y estoy convencida…

—Está usted convencida de lo que ella quiere que esté. —Campos me interrumpió tajante—. No se engañe. Esa mujer no ha contado todo lo que sabe. Vivimos un tiempo en el que no podemos fiarnos de nadie. Créame. Lo he visto antes, en lugares muy distintos. Las conspiraciones van gestándose poco a poco, se extienden como una enfermedad que empieza apenas con pequeños síntomas. Para cuando quieres darte cuenta, el cuerpo entero está infectado y ya no se puede hacer nada.

Por unos instantes sentí que me derrumbaba. Toda mi fachada de mujer parecía desplomarse ante las palabras del capitán Campos, que me hacía sentir una niña minúscula e inconsciente en medio de un mundo fuera de control. Bernardita era una presa que no iba a dejar escapar y mi plan, poco a poco, iba viniéndose abajo.

—Espero que sea usted muy consciente de lo que está ocurriendo y de la dimensión que todo esto puede entrañar. Porque hace tiempo que los que estamos aquí nos desgastamos en el trabajo inútil de mantener una colonia que hace mucho dejó de tener un valor estratégico.

Sus palabras se clavaron en mí como una punzada seca y dolorosa. De pronto, su mirada se perdió, amarga y ausente, como una fiebre que se lleva dentro, recurrente y

siempre viva y que a la fuerza remitía a todo lo que estaba pasando en Cuba.

—Quizá nuestro tiempo está tocando a su fin y no hemos tenido el valor de enfrentarlo —dijo con una gravedad que lindaba lo profético—. Quizá ese ha sido nuestro principal fallo, nuestro único pecado…

Sus oscuras reflexiones se perdían en mi mente, ocupada tan solo en asumir que todas las opciones para liberar a Bernardita habían desaparecido de un plumazo. Aunque llegara un aviso del propio general Blanco, el capitán se las compondría para replicar la orden, pidiendo más información y ganando un tiempo que yo no tenía. Había perdido la jugada y había arriesgado, en el camino, la integridad de Felipe y su padre. Sin embargo, nada iba a salir como yo pensaba.

—Ya he solicitado que Bernardita Bonifacio sea puesta en libertad y no tardarán en llevarla a la entrada del fuerte. Será mejor que la espere allí.

Supongo que mi gesto de sorpresa fue evidente. Necesitaba entender por qué después de haber acusado a Bernardita de saber mucho más de lo que había declarado disponía su libertad sin mayor problema.

—Ha soportado estoicamente los interrogatorios y no hemos sacado de ella ninguna información relevante. No tiene sentido seguir empleando recursos en una vía muerta.

En ese momento el teniente volvió a entrar en el despacho. Traía un mensaje en la mano y se acercó con gesto preocupado al capitán.

—Señor, ha llegado este recado de Gobernación. Acaban de traerlo.

Campos desplegó el mensaje y leyó deprisa. Después me miró fijamente.

—Así que es usted valiente, pero no tan insensata como para entrar en el fuerte sin haber previsto la defensa de su retaguardia.

Por unos instantes pensé que el aviso de Gobernación podría hacer enfadar al capitán. Sin embargo, pronto advertí que mi plan le hacía especial gracia.

—¿Lo ve, teniente? Esto prueba lo que le tengo más que dicho. Que nunca hay que hacer de menos a una mujer española. Son listas y, sobre todo, no hacen ruido.

Por supuesto, el teniente, más preocupado por el mensaje recibido desde Gobernación que por las insinuaciones encubiertas del capitán, se mantuvo mudo y estático.

—Mande recado al gobernador diciéndole que la señorita Díaz de la Fuente abandonó el fuerte en compañía de su criada. Encárguese de guiar a la señorita a la entrada —dijo de corrido el capitán, antes de dedicarme una mirada cargada de intención—. Y con esto supongo que el gobernador no tardará en recibir notificación de que el trato dispensado a la señorita Díaz ha sido del todo complaciente. ¿Me equivoco?

—No lo dude, capitán —dije con solemnidad.

—El teniente la acompañará hasta la entrada, señorita. Será un placer volver a encontrarla en alguna merienda en casa de sus padres.

Asentí agradecida y salí del despacho, escoltada por el teniente. Poco a poco

notaba cómo, tras la tensión vivida, las fuerzas me abandonaban. Sin embargo, debía mantenerme entera. Esperé a Bernardita en la entrada y, una vez que los soldados la condujeron hasta mí, ambas nos miramos con algo de embarazo, como si sobraran las explicaciones y lo único urgente fuera salir de aquel lugar. En silencio, caminamos hacia donde el cochero esperaba. Bernardita avanzaba de una forma extraña, supongo que debido a los días de encierro en la minúscula celda. También acusaba la excesiva luminosidad del sol. Abrí mi sombrilla y la protegí hasta llegar al carruaje. En el camino de vuelta a casa tampoco cruzamos ni una sola palabra. Sus ojos estaban enrojecidos y llorosos, no sabría decir si de emoción o por el impacto directo de la luz de esa mañana de junio. Por supuesto, no pregunté.

Una vez en casa, el servicio la recibió con alegría e inmediatamente la llevaron hacia sus dependencias. Mientras se alejaba, Bernardita me dedicó una mirada agradecida. Al elevar la mirada reparé en que mi madre me observaba desde la ventana del salón principal, con un gesto de notable desaprobación. Por supuesto, Felipe había venido a esperarme y salió a mi encuentro.

—¡Ya estáis aquí! En cuanto le conté a mi padre la situación, mandó recado a Blanco para solucionar el asunto. ¿Tardó mucho en llegar el aviso?

Miré a Felipe con ternura. Estaba agotada pero satisfecha.

# 7

A pesar de conocer mi papel en la liberación de Bernardita, mi madre decidió callarse lo que pensaba. Mi padre aún no había vuelto de su viaje y ella optó por no abrir una grieta, consciente de que Felipe había estado de mi lado en todo aquel asunto. Sin esperarlo, había salido vencedora de aquella descabellada aventura, aunque todavía me perseguía la sospecha de que Bernardita no había contado todo lo que sabía sobre las acciones de su primo Andrés con los katipuneros. También comencé a temer por el propio pasado de Felipe, vinculado a las iniciativas germinadoras de todo aquel proceso revolucionario que corría el riesgo de estallarnos en las manos como el capitán me había señalado. Por supuesto, no revelé ninguno de esos miedos, aunque a partir de entonces empezaron a acompañarme, siempre presentes y tenaces como si las palabras de Campos se hubieran instalado en mi interior y se negaran a abandonarme.

Al cabo de pocos días, Bernardita se había recuperado de su reclusión y había vuelto a sus dominios como si nada hubiera pasado. Sin embargo, yo la conocía bien. Sabía cuándo guardaba las formas y se colocaba una máscara de aparente normalidad. Notaba sus manos temblorosas al servir el café y la respiración difícil de su pecho al situarse a mi espalda para cepillarme la melena, pero por más que le preguntaba, ella no quería hablar sobre lo que había sucedido tras los muros de la prisión del fuerte; le quitaba importancia y cambiaba de conversación con rapidez. Conociendo a Bernardita, aquella mirada esquiva con la que había vuelto a casa podría dilatarse meses, un tiempo en el que seguiría completamente muda, sin soltar prenda de nada de lo ocurrido, pero distinta por dentro y, aunque no quisiese, también por fuera. Nunca me contaría lo que había vivido en aquel encierro, y al cerrarme esa puerta abriría para siempre otra mucho más peligrosa: la de mi miedo.

Puede que fuera este temor el que aceleró mi madurez o, simplemente, la situación que vivíamos comenzó a revelarse como nunca antes lo había hecho. En cualquier caso, empecé a reconocerme como la figura de una joven que había vivido aislada, en apariencia segura y protegida tras su cámara, igual que se sentían a salvo nuestros vecinos y compatriotas dentro de la ciudad murada, ajenos a lo que bullía fuera, inconscientes de lo que se estaba gestando. Aquellos muros diseñados para protegernos, esos tras los que nos blindábamos cada noche después de las salvas que anunciaban el cierre de puertas, se habían convertido en nuestro principal lastre y la causa de nuestra ceguera. Ahora entendía por qué mis escapadas a Binondo me daban el aire que me faltaba dentro de Intramuros. Necesitaba iniciar mi camino hacia la madurez, y había elegido hacerlo de la mano de Felipe.

En aquellos días la boda lo ocupó todo. Nuestros padres intervenían de forma activa en los preparativos mientras, en paralelo, Felipe y yo pactábamos nuestro particular acuerdo para construir nuestro propio escenario.

—Intramuros está muerto, Carlota. Debemos encontrar un lugar fuera en el que podamos desarrollar nuestra vida. San Nicolás o Santa Cruz serían buenas opciones —me dijo convencido.

—En San Miguel está la fábrica de La Clementina. Será más fácil convencerlos a todos si les hacemos ver que de esta manera estaremos más cerca de tu trabajo, donde puedas supervisar la producción —afirmé segura de que era la mejor opción—. Pero tendremos que buscar una casa, un lugar que les parezca adecuado.

—Deja eso de mi cuenta. Buscaré una casa grande y luminosa donde yo pueda colocar mi taller y tú tengas espacio para tu fotografía.

San Miguel era un barrio del norte, situado junto al Pasig. Sus terrenos carecían de tierras de labranza debido a que el río se apoderaba de ellos y hacía que fueran mayoritariamente pantanosos. Aparte de ser el enclave elegido para levantar varias fábricas, como la de La Clementina o la de las cervezas que tomaban el nombre del propio barrio, era un lugar bello y seguro donde se encontraba el palacio de Malacañán, en principio diseñado como estancia de verano para el gobernador, pero que desde el último terremoto se había convertido en su residencia habitual, lo que hacía que nuestra protección estuviera garantizada. Felipe parecía feliz y sus ojos brillaban como los de un niño ante la expectativa de aquella futura libertad, fuera de la continua presencia de nuestros padres. Pero el miedo volvió a apoderarse de mí.

Desde su llegada, Felipe me había prestado su apoyo incondicional y sentía que podía confiar en él como un baluarte seguro en el que refugiarme. Sin embargo, su propuesta de matrimonio había sido inesperada y en realidad no habíamos tenido tiempo de hablar de nuestros planes. Es cierto que le percibía de mi lado, pero también tenía la sensación de que, sin saber muy bien por qué motivo, yo corría del suyo. Mientras los demás preparaban nuestro enlace, todavía quedaban demasiados interrogantes, demasiadas dudas, algunas demasiado sustanciales.

—Felipe, yo quiero seguir viajando como hacía antes con mi padre… Quiero seguir haciendo mis fotografías y si eso es un problema para ti…

Una carcajada escapó de la boca de Felipe y me interrumpió cuando daba voz a mis temores.

—¿Piensas que te voy a meter en una jaula de oro y tirar la llave? ¿Que espero que te conviertas en una mujer que sé que no eres? —me preguntó más divertido que indignado.

—La verdad…, no sé lo que piensas… y tampoco podría hablar de lo que esperas —contesté con toda sinceridad.

Mientras yo permanecía sentada, Felipe se colocó frente a mí, se arrodilló y me cogió las manos.

—Escúchame, Carlota. Mi única ambición es que los dos seamos felices. Ya te lo dije. Esa felicidad pasa por nuestra libertad, y nuestra libertad está unida a nuestro matrimonio. Nos respetamos y sabemos que siempre cuidaremos el uno del otro. ¿Todavía dudas que esto significa que podrás hacer todo lo que quieras hacer?

Mientras besaba mis manos, yo pensaba en cuánto me reconfortaban aquellas palabras. Realmente la propuesta de Felipe parecía colmar mi felicidad: una vida junto a alguien que me quería y que garantizaba mi libertad. ¿Qué más podía pedir?

Tanto mi madre como la madre de Felipe parecían encantadas de asumir los preparativos del enlace y yo, tranquila tras sentir que el camino hacia mi libertad se acortaba conforme pasaban los días, no tenía más que asumir el papel de dócil novia. Tan solo había pedido a mi madre que dejara que Bernardita me acompañara a mi nueva vida. Por supuesto, sabía que, tras el incidente de su detención, lejos de oponerse a mi petición, celebraría deshacerse de ella. Que Basilio fuera parte de aquel trato quedaba implícito. Definitivamente, mi preocupación discurría por un sendero distinto a la de mi madre, lo que hacía que todo fuera mucho más fácil.

En este renovado ánimo sumiso previo a mi enlace ocupó un lugar predominante aceptar la presencia de Fermín Costa, sacerdote que había sido confesor de mi madre casi desde nuestra llegada a Filipinas. Don Fermín era un hombre pequeño y enjuto, que siempre parecía serio y pertenecía a una de las órdenes con más poder en las islas: los dominicos del Rosario, que junto a los recoletos de San Nicolás de Tolentino, los franciscanos de San Gregorio Magno y los agustinos del Santísimo Nombre de Jesús formaban las cuatro importantes provincias misioneras. Por supuesto, había otras órdenes religiosas —como los paules, los capuchinos o los benedictinos—, pero eran mucho menores y, sobre todo, contaban con menos poder y propiedades.

Los comentarios sobre sus rivalidades y luchas eran habituales en nuestras vidas. Los dominicos, aunque predominantes, no podían presumir de administrar el pasto espiritual de tantas almas como los agustinos, aunque eran muy considerados en Manila sobre todo porque dominaban la Universidad de Santo Tomás y algunos principales colegios, como el de San Juan de Letrán. Sus caminos no interferían con los de los jesuitas, que solo se ocupaban de la dirección de la educación secundaria en el Ateneo municipal y por lo demás, y según mi padre, su provincial se movía por libre demostrando que la orden estaba desligada de las demás; no poseían haciendas y solo parecían interesados en su actividad misional.

La mano de Costa se había dejado notar sobre todo en la Universidad de Santo Tomás, donde se había doctorado en Cánones para luego convertirse en un reputado profesor. Fue allí donde entabló una rentabilísima amistad con Bernardino Nozaleda, antes de que este se convirtiera en arzobispo de Manila. La experiencia docente de Costa le había llevado a asumir la presidencia del colegio de San Juan de Letrán hasta la consagración como arzobispo de Nozaleda, momento en el que se había colocado a su cargo. Todo el mundo en Intramuros reconocía en Costa la influencia que regía

todas y cada una de las decisiones del arzobispo y quizá esta había sido la principal decisión vital de don Fermín: mantenerse en la sombra sin aspirar a mayores nombramientos mientras que, de facto, era quien tenía el poder.

Mi madre profesaba una rendida admiración por él, aunque de alguna manera yo siempre había sospechado que detrás de aquella devoción se escondía una oculta estrategia. Las ideas progresistas de mi padre a veces habían sido teñidas de espurios recelos; más de una vez había escuchado acusaciones veladas sobre su posible pertenencia a la masonería, una hipótesis que pareció tomar consistencia cuando se negó a que yo recibiera una formación en los colegios de señoritas y, sobre todo, al comprobarse que ni él ni yo éramos unos fervientes católicos.

Nada más lejos de la realidad. Mi padre era un humanista convencido y de aquel modo había tratado de educar a su única hija, pero, pese a contar con muchos amigos pertenecientes a logias masónicas, no era él uno de sus seguidores, y en numerosas ocasiones los había acusado de estar demasiado obsesionados con sus estrambóticos rituales. Sin embargo, mi madre guardaba ciertos temores. Recién llegados a las islas, con un nombre todavía por asentar, mi madre se sentía especialmente débil y su relación con Costa le proporcionó el apoyo suficiente como para reafirmarse en su fe y, de paso, limpiar el cuestionado nombre de mi padre. A pesar de su pequeña apariencia, cuando uno estaba junto a Costa se encontraba ante uno de los más importantes hombres de aquellas islas, cuyo poder podía equipararse incluso al del propio gobernador, y eso era justo lo que mi madre había buscado en él.

En esta nueva situación, la presencia de Costa aquella tarde también se debía a una estrategia que pretendía abrirme los ojos sobre algo inherente al matrimonio.

—Hija mía, sé por tu madre que dentro de muy poco participarás del santísimo sacramento del matrimonio y por eso mismo me ha pedido que hable contigo, con la intimidad y el sosiego que requiere abordar temas sustanciales.

—Usted dirá, padre.

—Suele ser habitual en las jóvenes casaderas que esperan con ansia, y a la vez con temor, el momento de encuentro íntimo con su futuro esposo. Supongo que ya habrás pensado más de una vez en ello, ¿no es cierto?

Sentada junto a él, en medio de la sala principal de casa de mis padres, no sabía muy bien qué decir. Realmente, más allá de las conversaciones que había mantenido con Felipe sobre nuestra libertad y planes de futuro, reconozco que no me había parado a pensar en los aspectos íntimos de nuestra relación. En ese instante volví a sentirme ingenua y aniñada, como si hubiera pasado por alto algo que a ojos de los adultos resultaba evidente.

—Pues verás, hija mía. Llega el momento, como es tu caso, en que toda mujer debe prepararse para entregarse al matrimonio y a su futuro marido. El amor, que se alimenta y se expresa en el encuentro de un hombre y una mujer, es un don de Dios. El hombre, en cuanto imagen de Nuestro Señor, ha sido creado para amar, y la mujer otro tanto. En el matrimonio, la intimidad corporal de los esposos viene a ser un signo

y una garantía de comunión espiritual.

Me costaba admitir que aquello estuviera sucediendo. A medida que don Fermín se adentraba en la conversación de carácter íntimo, mi incomodidad iba creciendo, incapaz de aislarme de su mirada, que parecía escudriñarme de arriba abajo como nunca antes la había sentido.

—Aunque en principio te pueda parecer sucio o inapropiado, nada más lejos de la realidad, hija mía. Cuando el amor se vive en el matrimonio, debe superar la amistad y plasmarse en la entrega total de un hombre y una mujer, de acuerdo con su masculinidad y feminidad. A este amor conyugal y sagrado pertenece la donación sexual.

Mi incomodidad debía de resultar manifiesta, pero, lejos de acelerar sus consejos, don Fermín parecía regodearse en la embarazosa situación.

—De lo único que tienes que guardarte es de las fragilidades propias del pecado original… El amor a veces sufre desvíos, pequeños errores propios de la debilidad de la carne —dijo mirándome tan fijamente que no pude evitar sonrojarme—. Por supuesto, no somos perfectos ni estamos libres de estos fallos, y aunque sé que no lo practicas muy a menudo, el sacramento de la confesión vela por todos nosotros.

Don Fermín se acercó a mí y cogió mis manos. Las suyas, blancas y frías, recordaban a las de un muerto. Sentí un profundo desagrado, lacerante como si hubieran colocado el filo de un acero en mi garganta. Trataba de apartar mis manos de él, pero su fuerza me pilló de improviso. En ese momento me pareció ver que su mirada se hacía vidriosa, como si sus ojos me atravesaran. Una mirada que inmediatamente produjo en mí una honda angustia.

—Si consideras que hay algo íntimo que hayas hecho, algo que has mantenido oculto por miedo o vergüenza…, algo prohibido… que quieras hablar conmigo en confesión…, estoy dispuesto a escucharte, hija mía.

Aunque estaba asustada reconozco que mi instinto me reclamaba salir con urgencia de aquella situación, utilizando mi propia garra para zafarme de aquellas manos magras que me espeluznaban. Pero no lo hice.

—No, padre. Le agradezco sus consejos, pero descuide usted, que mi virtud sigue digna y en su sitio, ajena a cualquier debilidad y tan fuerte como la fe que sustenta nuestro credo —dije mientras notaba que sus manos dejaban de ejercer presión y por fin podía liberar las mías—. Que no le quepa a usted la menor duda al respecto.

Don Fermín no tardó en aceptar mis palabras al tiempo que se ponía en pie y reclamaba la presencia de mi madre, para instantes después escaparse de su brazo por el salón. Nuevamente, había logrado sorprenderme a mí misma, imponerme al primer impulso, igual que me había ocurrido en el fuerte frente al capitán Campos. No sabía por qué había mantenido la calma ante aquella ponzoñosa intención de don Fermín, pero mi reacción había sido la más adecuada para conseguir la escapatoria. Aquella noche tomé una cena ligera y me marché pronto a la cama sin hablar demasiado. Nadie notó nada fuera de lo normal, pero durante toda la madrugada las pesadillas

fueron terribles, e hicieron que me revolviera en la cama como si estuviera presa de las peores fiebres. La voz del dominico había quedado grabada dentro de mí, y repiqueteaba terrible y machacona. Había despertado en mí tanto recelo como inseguridad.

Recordaba el momento en que le había preguntado a Felipe sobre el amor, y también su respuesta tranquila y cálida. Recordaba nuestro beso, tibio y agradable, pero más cercano a la fraternidad que a la pasión. Las palabras de don Fermín comenzaron a clavarse en mí casi como una acusación. En el matrimonio la amistad debía trascenderse para pasar a una entrega total, íntima, que yo imaginaba ardiente y arrebatada. Pero ¿por qué nunca me había parado a pensar nada sobre esto? ¿Por qué lo más cercano a esa sensación había sido vivir con emoción la inesperada vuelta de Felipe, para que después todo quedara diluido en una sintonía grata y tibia sin más? No conseguía entender por qué aquella falta de excitación me hacía sentir tan impotente, como si todavía estuviese atrapada en las redes de la niñez, incapaz de trascender hacia la edad adulta, como si estuviera incapacitada o, mucho peor, como si mi propio cuerpo se hubiera quedado dormido, solo atento a mi ansia de viajar y sentirme libre. De alguna manera sentía que, sin ser consciente siquiera, estaba negando una parte de mi propia vida.

Reconozco que aquellas preguntas ocuparon la mayor parte de mi tiempo tras la charla con el padre Fermín. Por su lado, mi madre no hizo referencia alguna al contenido de la misma, dando por hecho que todo había sido asumido en el grado necesario y que yo me habría quedado satisfecha. Lejos de estarlo, no sabía con quién tratar del asunto más allá de, por supuesto, mi querida Sinang. Si había alguien que podía entenderme era ella. A pesar de no haberle conocido ningún pretendiente formal desde que éramos amigas, solo tenía un año más que yo y sus ansias eran parecidas a las mías. Por otro lado, era una admiradora confesa de las historias románticas, así que inmediatamente le atribuí un buen dominio del tema que me preocupaba.

Debido a lo ocurrido con Bernardita y los preparativos de la boda, llevaba sin visitar la tienda varias semanas, así que aparte del tema que me preocupaba tenía muchos asuntos que tratar con ella. En aquellos días de planes todas las prevenciones de mi madre se relajaron y no puso ningún impedimento para que saliera por la tarde a visitar a Sinang; sin embargo, aquel lunes no fue como los demás. Al llegar encontré a su hermana Li-Mei a cargo de la tienda, cosa que me sorprendió. Inmediatamente pregunté por mi amiga, pero Li-Mei ni siquiera acertó a contestar y salió en busca de su padre.

—Señorita Carlota, qué agradable volver a verla —me saludó tan diligente como siempre, mientras venía a mi encuentro.

—Hola, don Fernando.

—Sinang me dijo que usted vendría por aquí un lunes y la esperábamos.

—¿Dónde está?

—Sinang ya no vive aquí, señorita Carlota. Se ha marchado a Vigan.

—¿Vigan? ¿Cómo es eso? —repliqué con sorpresa—. ¿Ha salido de viaje?

—No, señorita. A vivir. Para siempre.

No terminaba de dar crédito a lo que don Fernando me estaba contando. Me parecía imposible que la decisión de su marcha hubiera sido un plan improvisado y tampoco entendía que Sinang no me hubiera advertido.

—Quería haberse despedido antes de marcharse y le mandó recado, pero usted no contestó —dijo el padre de mi amiga, como si me leyera el pensamiento—. Dejó esta carta para usted. —Don Fernando me tendió una carta en la que podía reconocer la letra de Sinang—. Por si usted llegaba… cualquier lunes…

Me despedí de don Fernando tratando de superar mi desconcierto y no me atreví a abrir la carta hasta que enfilé el puente de España, camino del paseo de Magallanes.

*Querida Carlota:*

*Esperaba tu visita para contarte lo que ha ocurrido, sin embargo, veo que tendré que dejar esta carta a mis padres, a la espera de que vengas a la tienda y sepas que me marcho de Manila.*

*Mis padres han decidido que debo irme a Vigan, donde Ponciano es sacerdote. En los últimos tiempos la vida de mi hermano se ha complicado y necesita ayuda. Los padres agustinos quieren que sea relevado de su cargo como párroco y como él se ha negado y cuenta con el pleno apoyo de los fieles de su iglesia, que por lo bajo suman más de ochocientas almas, la situación se ha hecho difícil.*

*Debido a todo esto mis padres han querido que me desplace a Vigan para formalizar mi matrimonio pactado con el señor Chan, pensando que con su sabong de boda Ponciano no tendrá tantos problemas con los agustinos. El señor Chan es un importante comerciante de la zona, viudo y de sesenta y dos años. En principio él quería casarse con Li-Mei, pero mis padres pensaban que ella era demasiado joven para un hombre tan viejo, así que yo, como hermana mayor, debía ocupar su lugar.*

*Querida amiga, no sé si volveremos a vernos, pero quiero que sepas que llevo conmigo todas las historias que leímos juntas y que jamás te olvidaré, por mucho tiempo que pase sin verte.*

*Cada vez que lea una página te llevaré en mi corazón, igual que sé que tú me tendrás presente siempre que tengas que coser un botón o remates una costura.*

*Tu amiga para siempre,*

*Sinang*

Cuando terminé de leer su carta me encontraba en medio del puente de España, los carruajes corrían a mi espalda y las pequeñas embarcaciones pasaban bajo sus arcadas. El Pasig mantenía su vigorosa vida mientras mis lágrimas caían sobre la carta de despedida de Sinang y algunas letras se diluyeron formando pequeños regueros de tinta que corrían hacia el suelo. Las palabras de mi amiga retumbaban en mi cabeza sin darme un resquicio de consuelo. Imaginaba su vida en Vigan como una cárcel impuesta a cambio del futuro de su hermano. Imaginaba las manos de aquel hombre, Chan, como las de don Fermín, alcalinas y muertas, rodeando el bello cuerpo de Sinang, para siempre secuestrado en aquel negro escenario.

Arrugué con fuerza la carta entre mis manos, jurándome a mí misma que jamás aceptaría un destino que me fuera impuesto. Antes prefería la muerte. Asomada al murete, solté la carta de Sinang, que cayó en el río para perderse para siempre dentro de él. La corriente del Pasig poseía la habilidad de arrastrar todo lo que quedaba atrás y los ribereños lo teníamos muy en cuenta.

# 8

Tal y como estaba previsto, Felipe y yo nos casamos en un oficio celebrado por el propio arzobispo Nozaleda en febrero de 1896, tan solo unos meses antes de las elecciones primaverales en España que nos darían un nuevo presidente y ministro de Ultramar, capaces de determinar nuestras vidas desde el otro lado del mundo.

Los preparativos habían sido tan numerosos que tuve la sensación de pasar por mi propio enlace sin ser testigo del mismo y viví el día de la ceremonia en medio de una sensación de irrealidad, tensa y solo preocupada por saludar y tener una buena conversación con los invitados presentes. Nuestra boda se celebró en una gran finca de retiro de la familia Ayala, en Tagaytay, donde todos y cada uno de los invitados pudieron disfrutar de la frondosa vegetación de cocales, plátanos, papayas, aguacates, piñas y las espectaculares vistas que desde allí se tenían del volcán Taal. Por supuesto, la edad de mis abuelos desaconsejaba su viaje para ser testigos del enlace, pero, una vez enterada de la noticia, mi abuela Asunción se apresuró a enviar su velo de novia, el mismo que había lucido mi madre en su boda. Pedí que me fuera colocado en la cabeza prendido en los laterales por unas pequeñas sampaguitas, que también eran las flores elegidas para formar mi ramo. Mi traje era bastante sencillo, tan solo adornado por unos pendientes de brillantes, regalo de mis ricos suegros.

Recordaba la emoción de mi padre al conducirme frente al arzobispo; el nerviosismo de Felipe al colocar el anillo en mi dedo; y mi sensación de alucinación, como si estuviera aturdida por la fiebre. Comí poco y bebí demasiado, y cuando quise darme cuenta, todo había quedado atrás y me encontraba en el camarote del barco que nos llevaba a Singapur. Ese había sido el empeño de Felipe, aparentemente fascinado con conocer aquel enclave lo bastante cercano y exótico para ser considerado una buena elección para nuestro primer viaje como matrimonio. Fue en aquel camarote cuando comprendí que todo iba a ser distinto a lo esperado.

Antes de marcharme de viaje, Bernardita, que por supuesto había preparado mi maleta, me advirtió dónde había colocado el camisón de seda color marfil especialmente reservado para la noche de bodas. Sin poderlo remediar me ruboricé y ella se sorprendió.

—No tengas miedo. Si estás tensa, puede dolerte más de la cuenta —me dijo.

—Eso… ¿duele? —pregunté espantada.

—Al principio, puede ser. Incluso puede que no te guste. Y si sangras un poco, no te vayas a asustar… Será un poco más líquido que en esos días del mes, pero es normal la primera vez. Además, dicen que los españoles son grandes… Tú ya me entiendes…

Me sentía perdida, sin saber muy bien cómo reaccionar; todos daban por supuesto

que mi entendimiento iba más lejos de lo que en verdad llegaba. Recordaba las palabras de don Fermín sobre la intimidad que necesariamente debían compartir marido y mujer y, pese a la incomodidad de aquel momento, reconocía que era la única ocasión en mi vida en que había tenido la oportunidad de hablar de aquellos asuntos. Lamentaba no haber contado con una instrucción precisa para saber comportarme y, de alguna manera, tomaba consciencia de lo infantil que había sido hasta ese entonces, despreocupada de estos temas en mis conversaciones con Sinang, donde el sexo y la política jamás habían entrado en nuestras consideraciones. Ahora me lamentaba de aquel tiempo perdido, mientras notaba que mi ansiedad iba en aumento y Bernardita era la única que estaba a mi lado. Angustiada, me senté en la cama.

—No entiendo nada. Y tampoco sé qué es lo que tengo que hacer… y mucho menos qué espera Felipe de mí.

Bernardita se acercó y se sentó junto a mí, acariciando mi pelo mientras me miraba con dulzura.

—Escúchame. Los hombres siempre son hombres. Cuando buscan a una mujer en la cama, saben lo que tienen que hacer. Tú solo debes tumbarte y esperar a que todo termine.

—¿Como un castigo?

—No… —Bernardita se echó a reír—. Solo al principio querrás que pase pronto. Después será distinto. Algunas mujeres disfrutan mucho, aunque nunca lo reconozcan. Relajan el cuerpo y se dejan llevar por el calor… Como cuando te metes en la bañera y te echo agua tibia por la espalda, solo que esa sensación empieza entre las piernas y luego se mete dentro del cuerpo. Es algo que te llena y no se puede controlar.

—¿Como los pellizcos en la boca del estómago cuando estás nerviosa?

—Sí, algo así…, pero mejor.

—Pero yo no sé nada. ¿Y si Felipe ha estado con otras mujeres en Europa? ¿Y si piensa que soy torpe o demasiado tímida?

—Él sabrá enseñarte sin tener que decir nada. Quizá no las primeras veces, pero a fuerza de noches irás aprendiendo y poco a poco te sentirás más cómoda hasta que tú misma desees que llegue el momento. No debes preocuparte.

—¿Con cuántos hombres te has acostado tú, Bernardita?

Por supuesto, Bernardita jamás respondió a mi pregunta.

Con estos rudimentarios conocimientos había llegado hasta mi primera noche a solas con Felipe y allí me encontraba, sola en el camarote, aseándome pulcramente con jabón perfumado y aplicando por todo mi cuerpo aceite de coco mezclado con almizcle para que mi piel tuviera un aspecto terso y un olor agradable.

Me puse el camisón de seda, ribeteado por delicadas puntillas, al tiempo que me daba cuenta de que la finísima prenda resaltaba mi cuerpo como si no llevara nada encima. La vergüenza me invadía al pensar que era la primera vez que Felipe iba a

verme de aquella manera, pero ya no había vuelta atrás. Justo en ese momento escuché unos pasos que se acercaban. En un rápido movimiento me tendí sobre la cama. Creí más acertado taparme con las sábanas, puesto que él llegaría vestido y tendría que desprenderse de su ropa antes de acostarse a mi lado. Al entrar en el camarote, Felipe me sonrió divertido.

—Ah, ya estás en la cama… Pensé que quizá te apetecería dar un paseo por cubierta. Hace tan buena noche…

—¿Te parece mal que me haya acostado? —dudé temerosa de no haber actuado correctamente.

—No, no… Es solo que he conocido a un alemán divertidísimo, un prusiano de familia noble que no para de contar historias que supuse que te encantaría escuchar.

Conforme hablaba, iba quitándose la ropa delante de mí, sin asomo de nerviosismo o atisbo de pudor alguno, mientras yo trataba de mantener la calma.

—Quizá mañana —dije a media voz.

—Sí. Mañana mismo llegaremos a Singapur. Precisamente le he pedido a herr Friedrich que te acompañe en la visita por la ciudad. Yo tendré algunos asuntos que atender.

—¿Es que no vamos a estar juntos? —pregunté sorprendida.

—Me temo que no, Lota. Tengo algunas reuniones pactadas.

—¿Reuniones? ¿Con quién?

—Negocios.

Felipe se desprendió de su camisa, dejando su torso desnudo. Era la primera vez que lo veía así y tuve que esforzarme para no mostrarme sorprendida. Su vello, poco poblado y rubio como el de su cabeza, me llamó la atención. Su espalda no era muy ancha y sin ropa parecía más delgado y estrecho de hombros. Aunque su musculatura no era excesiva, estaba bien proporcionado. De un salto se metió en su lado de la cama.

—Pero no tienes de qué preocuparte. Friedrich será una compañía estupenda y te puedo asegurar que con él no tendrás un minuto para aburrirte. Yo me uniré a vosotros en cuanto pueda.

Asentí, sin hacer demasiado caso a los planes del día siguiente, centrada casi exclusivamente en la presencia de Felipe a mi lado en la cama, tumbada, tal y como me había recomendado Bernardita que me colocara, esperando que él tomara las decisiones. De pronto se acercó a mí y me besó en los labios, con el mismo beso ligero de siempre.

—Buenas noches, Lota. Que descanses.

Se dio media vuelta y a los pocos minutos noté que su respiración se hacía profunda y que estaba dormido. Por supuesto, a mí me llevó algo más de tiempo conciliar el sueño: trataba de entender si lo que había pasado, o más bien lo que no había llegado a pasar, me dejaba más tranquila que inquieta. En aquellos momentos no hubiera podido decir cuál de las dos sensaciones imperaba en mí, tan solo

consciente de que mi primera noche a solas con mi marido se distanciaba en mucho de todo lo esperado.

A la mañana siguiente, durante el desayuno y como Felipe me había anunciado, conocí a herr Friedrich von der Pfordten. Era un hombre de unos sesenta y cinco años, estatura media y aspecto agradable al que supongo ayudaba su tez sonrosada, algunos kilos de más y el gracioso monóculo que llevaba en el ojo derecho. Con paso ágil, no dudó un instante en acercarse a mí y coger mi mano.

—Por fin la conozco a usted, frau. Creo que su marido se quedó corto al hablar de su belleza. Supongo que para guardarla toda para él… Como haría cualquiera que estuviera en su sano juicio —dijo antes de besarme la mano con una contundencia que no hizo sino levantarme una sonrisa.

—No sabía yo que los prusianos manejaran con tanta soltura la zalamería, señor.

—Es porque soy medio bávaro. La crème de la crème.

—¿Por eso habla tan bien mi idioma?

—No. Eso es porque mi madre era una enamorada de España y contrató una niñera de Vigo con unas buenas… —Colocó sus enormes manos a la altura de su pecho, pero antes de completar su simulación estalló en una carcajada—. En fin. No creo que los detalles sobre esas inmensas ubres le interesen demasiado a usted.

Su leve acento, unido a la energía que transmitía en cada una de sus palabras, hacía que su conversación te envolviera rápidamente, más aún cuando empezó a desplegar las mil y una anécdotas de todos los lugares del mundo que había visitado.

Friedrich era un millonario excéntrico que, cansado de una vida rutinaria y sin familia a su cargo, había decidido recorrer el mundo en busca de experiencias y nuevas sensaciones. Tal y como había vaticinado Felipe, no tardé en hacer muy buenas migas con él, y seguía atrapada en su charla cuando divisamos la gran bahía, desde la que se podían ver los lagos y jardines que rodeaban la exótica Singapur. Tras anclar en el muelle, Felipe se despidió rápidamente, encargando a Friedrich mi cuidado.

—Esta ciudad es mágica, frau. No tan especial como Alejandría, pero junto a Hong Kong y Shanghái, lo suficientemente asombrosa como para hacerle soñar. En Singapur es posible encontrar a gente de medio mundo y debe estar preparada para ver todo… No creo que usted sea mujer que se escandaliza, ¿me equivoco? —me preguntó con intención.

—Friedrich, usted lléveme donde tenga que llevarme.

—Lo sabía, frau. Sabía que había algo de sentimiento bávaro debajo de esa piel española. Al fin y al cabo, solo una mujer especial aceptaría pasar sin su marido su luna de miel, ¿no es cierto?

Ignoré su insinuación y bajamos del barco dispuestos a recorrer la ciudad. Por supuesto y como solía hacer en los viajes con mi padre, llevaba conmigo mi cámara,

decidida a retratar todo aquello que llamara mi atención, especialmente costumbres, rostros y objetos desconocidos. Como ya me habían advertido, Singapur era un hervidero no solo por el calor que hacía —bastante más que en Manila—, sino también por la cantidad de gente que se encontraba en el puerto. Una mezcla de razas mucho más llamativa que en Filipinas unidas a la población extranjera que recalaba en uno de los puertos con más tránsito de todo el mar de China. Quizá era ese constante ajetreo, ese paso incesante el que le daba ese aire de ciudad viva, donde la animación estaba asegurada y todo podía ocurrir.

Friedrich era incapaz de recordar cuántas veces había estado en aquella ciudad, así que no protesté cuando propuso contratar dos pequeños calesines tirados por chinos. Quería hacer un breve paseo para visitar el jardín botánico. Uno de los chinos insistía en llevarnos a ambos en el mismo *rickshaw*, pero Friedrich insistió en contratar uno para cada uno. Según su cálculo el *garden* estaba a unos cinco kilómetros de distancia y él era demasiado gordo para compartir el mismo coche; no quería que nuestro chófer se deslomara a dos kilómetros de nuestro objetivo y tener que hacer el tramo andando. Tras la oportuna negociación, consiguió lo que se proponía y nos montamos en aquellos curiosos transportes para iniciar el primer paseo por la ciudad. Me tomé unos instantes para equilibrar mi desconcierto. ¿Qué demonios hacía yo en mi luna de miel, montada en un *rickshaw* y siguiendo a un hombre al que acababa de conocer? Me sentía sola, casi desamparada, y hacía esfuerzos para mantener ocupada mi mente fijándome en la original disposición de las calles por las que íbamos pasando. No tardé en entender que la presencia inglesa había tratado de poner algo de orden en aquel marasmo, intentando preservar las calles principales culminadas por fuentes, como si el agua fuese capaz de purificar la suciedad propia de un lugar donde todo era objeto de negocio. El olor a nuez moscada y clavo se llevó consigo parte de mi desencanto. Notaba cómo se hacía pequeño y se perdía en medio del implacable ajetreo de una ciudad donde solo había espacio para vivir.

A pesar de nuestro aparentemente primitivo medio de transporte, nos llevó muy poco tiempo llegar al jardín botánico, donde pasamos una agradable jornada. Mientras disfrutábamos de nuestro paseo observando las distintas especies de árboles y plantas de medio mundo, que crecían sin dificultad en aquella tierra fértil, Friedrich me hablaba de la mayoría china dominante en Singapur, donde los malayos siempre se consideraban por encima de los primeros. Tras los malayos, los árabes se sentían superiores. Y por último los negros americanos con fortuna creían ser los más importantes, incluso por encima de los turistas europeos que llenaban la concurrida ciudad portuaria.

—No, no, no, frau, no se equivoque. Esto es todo lo contrario a la Cuba que ahora pelea contra España. Aquí un negro de fortuna tiene más descaro que un inglés. Esto no es Filipinas, donde los españoles están arriba. Aquí manda quien más libras esterlinas cambia. Sencillo de entender.

Como exótica atracción adicional del jardín, en pleno centro del mismo, había un pequeño zoológico en el que destacaba un enorme tigre de Bengala. Reconozco que me impresionó ver aquel animal inmenso y descaradamente hermoso, tumbado en medio del vergel del parque. De nuevo me invadió la tristeza.

—A mí me pasa lo mismo que a usted. Hay algo triste en ver a esas criaturas encerradas, sin posibilidad de disfrutar de libertad, como si hubiéramos puesto límite a la naturaleza… Como si eso fuera posible.

Friedrich cogió una pequeña rama y la lanzó dentro de la jaula del tigre, que se levantó en el acto, trasladando toda su fiereza a un inmenso rugido que pareció llenarlo todo. Asustada, di un paso atrás para apartarme de la jaula, y en ese momento mi amigo alemán contuvo mi retirada colocándose detrás de mí.

—Pero si no estuvieran encerrados, jamás podríamos disfrutar de ellos. La vida es una constante paradoja y nuestro destino es descifrarla, poco a poco… Como usted misma ha empezado a entender —me dijo intencionado.

—¿Qué quiere decir? —pregunté, sin saber si era una cuestión del idioma lo que me hacía imposible entender la dimensión de sus palabras.

—Poco a poco los misterios de la vida se resuelven, frau. No hay que correr. No tiene usted que estar inquieta. Pero tampoco dar nada por supuesto. La vida es eso: una deliciosa sorpresa.

No tuve la sensación de despertar en él lástima, sino más bien curiosidad. Poco a poco había ido advirtiendo cómo mi compañero alemán se fijaba en todas y cada una de mis reacciones, como si estuviera realizando una disección de mi persona. Podía sentir su mirada analítica encima de mí, como si yo misma fuera un enigma por resolver. No me importó ser su reto en aquel viaje. Entendía que algo debía compensar la generosidad que había mostrado al ocuparse de una desconocida durante su luna de miel.

Terminamos nuestro recorrido a media tarde y después nos reunimos con Felipe en un café del centro. Me había comprado una preciosa seda turquesa y dorada, a modo de disculpa por su ausencia. Con la distancia, todavía recuerdo mi mirada reanimada, restando peso a la angustia que había sentido horas antes al verme en compañía de un desconocido cuando realmente debería haber estado junto a mi esposo. A esas alturas todavía cabía la esperanza.

Cenamos a la hora en que suelen hacerlo los europeos: una maravillosa comida especiada con los mismos olores que adornaban la propia ciudad. Friedrich invitó a un estupendo champán francés que yo bebí sin contención, disfrutando de la charla de ambos, divertida, mundana y exclusiva, el sueño con el que yo misma había flirteado tantas veces, tan lejos de las vidas de mi madre y mi abuela. Después regresamos al barco, donde nos aguardaban nuestros camarotes. Felipe estaba contento. Decía haberse encontrado con inversores extranjeros para La Clementina y estar en camino de hacer importantes acuerdos.

Pero los detalles sobre el negocio no me interesaban en exceso. Volví a colocarme

mi camisón de recién casada y me acosté a la espera de que mi intimidad con Felipe se viera ratificada. Estaba menos nerviosa que la primera noche, seguramente envalentonada por el alcohol. De nuevo él se volvió hacia mí, me besó en los labios e hizo ademán de separarse. Sin embargo, esta vez agarré su brazo reclamando un nuevo beso del que ahora yo me sentía demandante y protagonista. Me eché sobre él, imprimiendo una fuerza que ni yo misma controlaba, y lo besé con pasión. Para mi sorpresa, Felipe no tardó en apartarme. No resultó un movimiento desagradable ni violento, pero noté cómo la fuerza de sus brazos se imponía.

—Buenas noches, Lota. Que descanses.

No encontré valor para replicar. Mi cabeza resultaba más pesada que de costumbre y se rindió de forma definitiva ante la almohada para amanecer al día siguiente tocada de cierto dolor. Felipe ya se había marchado y me había dejado una nota junto a la cama.

*Lota:*

*He preferido dejarte dormir. Friedrich ha encargado un transporte para llevarte a un lugar en el que él te estará esperando.*

*Yo te veré esta noche.*

*Te quiero,*

*Felipe*

Me vestí con cierta tristeza, con la intuición de que los días que vendrían después repetirían esa misma rutina. Aquella construcción que yo misma había hecho sobre lo que sería mi matrimonio comenzaba a desmoronarse y la decepción empezaba a embargarme, aunque aún no sabía que aquella era una enfermedad insuperable y letal. Con el tiempo aprendería que los hombres conviven de forma distinta con el desencanto, mirando hacia otro lado o incorporándolo sin arruinar la esencia de sus vidas. Por el contrario, para las mujeres aquella vivencia se convertía en un viaje de no retorno que no tenía que ver con el resentimiento, sino con la firme convicción de que algo dentro de ellas se había roto en pedazos, y que podía permanecer en su interior tan quebrado como definitivamente irreparable. El adelanto de aquel sentimiento me embargó aquella mañana, pero, una vez más y tal y como me había ocurrido en la primera visita por la ciudad camino del jardín botánico, mi instinto me indicó la puerta de salida de aquella sensación y logré centrarme en lo que mi nuevo amigo habría preparado ese día para mí. Aquella mañana salí olvidando mi cámara en el camarote; supongo que había decidido no dejar más registro de una situación que comenzaba a pesar demasiado, por mucho que Felipe tratara de normalizarla.

Un nuevo *rickshaw* esperaba a mi nombre a pie de puerto. Tenía instrucciones del «caballero-gordo-alemán-con-tres-ojos» —según acertó a explicarme mi conductor en un primitivo inglés— de trasladarme a un lugar de la ciudad que no habíamos pisado el día previo: una tienda en el centro. Se trataba de un bazar algo descuidado y sucio regentado por chinos que al verme no parecieron sorprenderse demasiado, aunque tampoco mostraron ningún interés por atenderme. Traté de comunicarme en

inglés y en francés, pero tampoco obtuve mayor resultado. Estaba dispuesta a claudicar cuando uno de ellos me llamó.

*—Frau… Herr Friedrich? Come, madame… Come with me…*

El chino me indicaba que lo siguiera hacia el interior de la tienda. Al principio desconfié, pero volvió a nombrar a Friedrich y pensé que esta era una de sus nuevas jugadas, una original manera de atacar cualquier rutina. No me equivocaba. Pasé a un patio interior, que daba entrada a una pequeña puerta verde.

*—Wait here, madam.*

El joven chino se marchó dejándome sola y desconcertada. Al cabo de un rato, un par de hombres, hubiera jurado que ingleses, salían por la misma puerta por la que el chino se había marchado. Me miraron con cierta desgana y siguieron camino. Después escuché voces a mi espalda: se trataba de una mujer francesa que reía acompañada de dos compatriotas. Me saludaron entre risas y, sin esperar a ser recibidos, entraron por la puerta verde. Esta vez, cansada de esperar, decidí ir tras ellos.

Conforme andaba, fui notando un extraño olor que no conseguía identificar. Avancé por el largo pasillo mientras mi vista se iba adecuando a la luz tenue y al humo y conseguía distinguir pequeñas habitaciones apenas iluminadas. En ellas intuía a hombres y mujeres tumbados en butacones y divanes. Por fin, llegué al final del pasillo. En un cuarto algo más pequeño que los anteriores, Friedrich permanecía tendido en un diván, hablando en voz baja con el joven chino que me había conducido hasta la entrada. Al verme llegar, el joven no tardó en salir y Friedrich me hizo un gesto con la mano, invitándome a que me acercara. No pude evitar fijarme en que junto a él había una pipa exquisitamente decorada.

—Es opio, frau. Hoy va a iniciarse en una nueva aventura. Por fin, va a abrir su corazón y su mente.

Noté cómo su voz era distinta, algo más grave y pausada. Debía de llevar ya un buen rato fumando y sus reacciones eran torpes. Aun así, me tendió su pipa con decisión. Reconozco que me senté a su lado sin ofrecer resistencia, presa de la curiosidad. Cogí la pipa y comencé a fumar sin saber muy bien cómo.

Antes de perder por completo el recuerdo, intuí la silueta de un hombre en la puerta de la sala, un hombre alto y moreno que parecía observarme. Escuché cómo hablaba en chino con el joven que me había conducido hasta la sala, y traté de enfocar mi mirada para definir su rostro, pero el opio había comenzado a hacer efecto. Poco a poco mi realidad se hacía indefinida, cálida y lenta. Y aquel hombre de la puerta había desaparecido definitivamente.

# 9

Acomodada en el opio, la voluntad se hacía sorprendentemente pequeña y los días transcurrían lentos y sin dejar huella. Esos recuerdos de Singapur permanecen todavía en mi memoria sin orden, como un destello caprichoso y momentáneamente hermoso. Mi cuerpo tumbado junto al de Friedrich en aquellos salones llenos de humo y divanes. El estremecimiento cada vez que pensaba en aquella desconocida figura de la puerta. El contraste de ese escalofrío con mis noches junto a Felipe, siempre culminadas con un amable beso y el deseo de mi buen reposo acompañados de aquellas palabras que iban calando en mi interior: *Buenas noches, Lota. Que descanses…*

Pero aquella anestesia que me producía el opio pronto dejó de confortarme. Pensaba demasiado en las advertencias que Campos me había hecho en el fuerte de Santiago y, poco a poco, desde la distancia, la calma comenzó a convertirse en una angustia que no solo tenía que ver con la relación íntima con mi marido. ¿Realmente estaba dispuesta a descubrir lo que andaba ocurriendo?

Friedrich me había asegurado que el opio me ayudaría a abrir mi corazón y mi mente y tenía razón. A un día de dejar Singapur, encontré al fin el valor suficiente para asentar mis pensamientos y sospechas y sacudirme de una vez por todas mi letargo. No tenía miedo y había acumulado la fuerza necesaria para deshacer aquella madeja que había empezado a enredarse en mi interior. Me disculpé ante Friedrich asegurándole que ese día lo pasaría junto a Felipe, y a mi marido le aseguré que estaría, como siempre, con mi amigo alemán. Tuve paciencia y esperé el momento oportuno. Una vez que Felipe cogió un carruaje, me faltó tiempo para seguirlo con cuidado de no ser vista. Amparada en el caos frenético de las calles de Singapur, mi *rickshaw* y mi presencia no llamaban la atención. Felipe se había subido al carro confiado, incapaz de pensar que yo iba tras él, pero aun así yo había dado indicaciones a mi conductor para que se mantuviera a una distancia prudencial. Notaba una creciente inquietud y las emociones se acumulaban en mi interior. Me pesaba la sensación de estar traicionando a Felipe y a la vez me hacía gracia pensar que estaba haciendo algo impensable en una recién casada, algo que a mujeres como mi madre ni siquiera se les hubiera pasado por la cabeza. Me sentía inquieta, emocionada y viva.

Su carruaje se detuvo ante un bonito café de reminiscencias parisinas. En la distancia, pude ver cómo entraba en aquel local para unirse a una mesa llena de señores, quizá un poco mayores que Felipe, pero ninguno demasiado viejo. Pagué a mi conductor y discretamente me acerqué a la cristalera del café, camuflada entre transeúntes y vendedores. Algunos de los rostros sentados junto a mi esposo me

resultaban conocidos, aunque no terminaba de acertar con el recuerdo. Sentados en aquella mesa, vi cómo hablaban con familiaridad y sus gestos se exaltaban por momentos. Me fijé en los ojos de Felipe: brillaban de emoción.

En eso andaba cuando el alboroto tomó la calle. Unos niños corrían, espoleados por los gritos de los vendedores: parecía tratarse de un pequeño robo. El tumulto lo inundó todo y me vi zarandeada por hombres que querían intervenir en el asunto y gritaban al tiempo que exigían su espacio a codazos. Cuando la cosa se tranquilizó, volví a buscar con la mirada a Felipe y sus amigos, pero, para mi sorpresa, su mesa del café estaba vacía. Avancé entre la gente, dispuesta a entrar en el café. Estaba decidida a hacerlo cuando noté que alguien agarraba mi brazo.

—No creo que sea una buena idea.

La inesperada voz de Friedrich a mi espalda me hizo dar un respingo. Le miré sorprendida, y él me sonrió franco.

—No son inversores extranjeros… Pero supongo que de eso ya te has dado cuenta tú solita, *kleine* —me tuteaba por primera vez y noté en su voz cierta tristeza.

Esta vez mi amigo alemán había preferido la privacidad de un carruaje a la alegría del *rickshaw*. Me invitó a subir delante de él y pidió al cochero que nos llevara nuevamente al botánico. El silencio lo ocupó todo, los dos nos mostramos algo incómodos, como si mi decisión de seguir a Felipe sin habérselo contado a Friedrich hubiera vulnerado nuestra mutua confianza. Respiré aliviada cuando decidió romper el silencio.

—Conocí a tu marido en Europa. Estábamos en París y ya le acompañaban algunos de los hombres que has visto hoy sentados en ese café. Ya por entonces estaban muy ocupados con sus reuniones.

—¿Quiénes son?

—Compatriotas filipinos. Hijos de comerciantes chinos, mestizos o, como decís vosotros, sangleyes. Hoy no está con ellos el español que los ha acompañado últimamente. Son atentos, se mueven con cuidado, vigilan sus pasos.

Sus palabras me sacudieron. ¿Era posible que alguien estuviese vigilándome a mí igual que yo había hecho con Felipe? Recordé la imagen de aquel desconocido mirándome desde el umbral de la habitación del fumadero y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo antes de que desechara la idea: si alguien me vigilaba, era precisamente Friedrich. Mientras tanto, él seguía con su particular reflexión.

—Son lo bastante ricos como para haber estudiado en Europa. Y lo bastante ingenuos para pensar que un orden nuevo puede reemplazar al viejo. Todos pertenecen a la Liga. Como tu marido. No creo que sea un secreto para ti.

Me sentí acorralada y estúpida. Sabía que, tras haber pasado aquellos días juntos, Friedrich me conocía bien, y aun así mi orgullo me impedía reconocer que no sabía todo lo que supuestamente debía saber.

—Por supuesto que Felipe me habló de todo esto.

—Pero no te habló de los otros miembros ni de sus reuniones clandestinas,

¿verdad? Por eso me escribió hace tiempo, asegurándose de que coincidiríamos en el barco a Singapur, y por eso me pidió que te tuviera entretenida. No te quiere al tanto de los detalles… Supongo que en el fondo piensa que así te protege.

Sentí que había hecho bien haciendo caso a mi instinto y siguiendo a Felipe aquella mañana.

—Por más tiempo que pasa, siempre termino haciéndome la misma pregunta —me decía Friedrich—: La cuestión no es por qué el hombre tropieza siempre con la misma piedra, sino por qué los hombres tienen esa tendencia a pensar que sus mujeres son estúpidas.

Guardé silencio, tratando de asimilar el engaño de Felipe, valorando si me sentía más preocupada que ridícula. Esta vez el camino hasta el jardín se hizo mucho más corto. Mi guía me llevó directamente ante la jaula donde el inmenso tigre de Bengala seguía recostado, descansando con aquella placidez que daba miedo. Nos sentamos enfrente, sin más compañía que la de las plantas, los sonidos de distintas aves y la mirada del impresionante animal. De alguna manera sabía que aquella era nuestra despedida, que no habría más opio, ni más paseo que ese.

—¿Cuándo te marchas? —pregunté segura de que así iba a ser, pero sin asomo de dramatismo. No le extrañó mi pregunta.

—Esta tarde sale mi barco para Calcuta. Esta misma mañana he cambiado mi idea de viaje. No tengo prisa por llegar a casa… Al fin y al cabo, no creo que mi mujer y su amante me esperen.

—¿Eres un cínico, Friedrich? Porque odio a los cínicos y a ti no me gustaría odiarte.

Friedrich sonrió y me acarició la cara.

—¡No soy inglés, querida! Puedo ser algo descreído, incrédulo, escéptico… Pero no un cínico.

Nos echamos a reír, aunque rápidamente nuestras carcajadas se ahogaron en un silencio amargo. El tono íntimo de nuestra conversación hacía que nos costara mirarnos a los ojos y ambos teníamos fija la mirada en el tigre de Bengala situado tras los gruesos barrotes.

—¿Debo preocuparme por Felipe?

—Debes convencerle de que le serás de mucha más utilidad enterada de todo. No eres una española convencional y no te imagino tranquila sabiendo que tu marido mantiene reuniones por las que podría ser acusado de traición.

—Prometí estar a su lado.

—Y, si realmente quieres, debes hacerlo. Pero hay algo que me preocupa y que no voy a dejar de decirte antes de irme, frau.

Aguardé con expectación las palabras de mi amigo, sintiendo incomodidad y excitación a partes iguales, como si lo que tenía que ocurrir por fin estuviera a punto de suceder.

—Antes de conocerte ya te había visto antes… He visto tu misma cara en otras

mujeres antes que en ti…, el mismo gesto y la misma mirada. Esos ojos desconcertados y esa actitud perdida, esa necesidad de respuestas sobre lo que no se entiende y no termina de encajar con lo esperado. Y lo he visto antes de que la frustración que llega después se hiciera fuerte. Todo se transforma poco a poco, Carlota. Se deja atrás la inocencia, la ilusión y, por supuesto, la alegría… Todo comienza a ser distinto, mortecino y decadente y aquella joven del pasado se transforma en una mujer gris…, el rastro de una sombra…

Las palabras de Friedrich me dieron miedo. En medio del calor sofocante sentí un escalofrío inesperado que me hizo recordar a mi madre, la imagen que yo misma negaba y de la que llevaba media vida huyendo.

—Mi querida frau, tú todavía no has hecho ese camino, todavía sale luz de ese cuerpo, pero debes ser consciente y, sobre todo, si quieres impedir esa transformación, tienes que tomar medidas.

—¿Y qué se supone que debo hacer? —pregunté angustiada.

—Acabo de decírtelo. Antes de hacer tienes que *entender*. La pregunta es si estás preparada para asumir lo inesperado. Es una cuestión de elección, frau. Hay gente que opta por la ignorancia para preservarse. Es algo legítimo, pero, desde mi punto de vista, improductivo; un error que solo conduce a la amargura.

No aguanté más aquella sensación y me volví hacia él, buscando su mirada azul.

—Yo prefiero saberlo todo —aseguré convencida.

Friedrich asintió satisfecho.

—Eso está bien, *kleine*. Pero tranquila, ya te dije en su día que no hay que tener prisa. Las revelaciones exigen su tiempo, justo el que necesitamos para prepararnos para recibirlas.

—Sabes algo más que no quieres decirme, ¿verdad?

Estaba convencida de que Friedrich sabía algo sobre mí, sobre mi vida y sobre Felipe que no quería desentrañar. Su mundo era mucho más extenso que el mío y llegaba a entendimientos que yo, en mi inexperiencia e ignorancia, no lograba alcanzar, lo que me llevaba a pensar que estaba al corriente de mucho más de lo que reconocía. El suspiro que emitió Friedrich tras mi pregunta fue más explícito que una afirmación. Por supuesto, el afecto que ya le tenía me impedía empujarle a una situación comprometida. Así que decidí liberarlo.

—Tranquilo. Me conformo con lo que me has dado hasta ahora —dije convencida, al tiempo que percibía que mis palabras le calmaban—. Al fin y al cabo, es mucho más de lo que tenía en un principio.

—Bien, frau. Ahora solo has de prometerme que no te dejarás marchitar. ¡Sería una total falta de consideración! —dijo mientras me señalaba hacia el tigre—. ¿Lo ves? Él tampoco lo hace. Encerrado, en ese pequeño espacio, alejado de su mundo y, sin embargo, tan fuerte y hermoso como si estuviera en libertad. ¡Grandioso como la misma vida!

Creí reconocer en las admiradas palabras de Friedrich un poso de impenetrable y

honda tristeza. Pensé en una vida vacía que le impulsaba a viajar por medio mundo en busca de las sensaciones a las que de otra manera no podía aspirar. Pensé en su mujer y el amante de esta, ajenos al vagabundeo de mi amigo y a sus ansias no culminadas. Y, por unos instantes, me sentí reflejada en aquella imagen desconsolada. Afortunadamente, Friedrich se volvió hacia mí y desplegó una rotunda sonrisa.

—Ah, querida mía. ¡Me has pillado viejo! Si hubiera tenido bastantes años menos, te habría sacado de aquí en el primer barco, sin mayor destino que volverte loca en noches de sudor y travesía de mar. Habríamos sido unos amantes enloquecidos, borrachos de pasión hasta separarnos para siempre en París al enamorarte tú perdidamente de otro candidato más joven y apuesto. —Besó mi mano, elegante y divertido—. Una pérdida que me temo ambos tendremos que asumir.

Se puso en pie. Yo ya sabía que mi nuevo amigo odiaba las despedidas y que me dejaría en aquel rincón del jardín, sin convertir su adiós en el puerto en un doloroso trance. Mientras se ajustaba el monóculo, me puse a su altura y retoqué su elegante chaqueta.

—Si en uno de tus viajes decides entrar en la bahía de Manila, sube por el Pasig hasta San Miguel y búscanos en nuestra casa.

—Cuenta con ello, *kleine*. Aguardaré con impaciencia a ver en qué te has convertido después de florecer del todo. Eso es lo único que te toca hacer.

Me abracé a él con una sincera emoción y noté que su respiración se crispaba.

—Crecer es doloroso, pero es lo que nos corresponde, *kleine*.

Besó mi cabeza con fuerza y se fue con paso firme, sin echar la vista atrás en ningún momento. Lo vi marchar al tiempo que reflexionaba en lo que Friedrich había supuesto para mí durante aquellos días en Singapur. Mi inesperado amigo alemán, mi refugio y mi compañía, siempre atento a mis mínimos gestos, solícito y encantador; tutor de aquellos primeros pasos míos por la senda mundana; rotundo en su contenido y, sobre todo, amante de las pequeñas cosas, de los excesos, de las embriagadoras perversiones y de los convencimientos morales más profundos. Cómplice y cercano, como había sido Felipe en nuestra primera juventud y como, ahora que éramos un matrimonio, yo sentía que había dejado de ser.

Ocupé el resto de la mañana y parte de la tarde en dar un paseo por el jardín botánico, sopesando las afinidades ideológicas que Felipe había mantenido, las mismas que le habían llevado a su particular destierro europeo y que había seguido cultivando en sus encuentros secretos en Singapur. La Liga Filipina retumbaba en mi cabeza una y otra vez, consciente de los peligros que aquello entrañaba. Si se probaba la vinculación de Felipe con ese grupo, podía ser acusado de enemigo del Estado como años atrás había visto que ocurría con el propio Rizal. Sin embargo, tal y como había señalado Friedrich, intuía que su falta de explicaciones tenía que ver con preservar mi seguridad. En el fondo me quería como cómplice, pero no se atrevía a pedírmelo consciente de que el desconocimiento era a veces la mejor salvaguarda.

Así permanecí hasta que la tarde comenzó a declinar, momento en que regresé al

barco. Felipe me esperaba en cubierta. Pareció sorprendido ante la inesperada marcha de Friedrich, pero tampoco le dio mayor relevancia a algo que él achacó a los «caprichos de los aristócratas millonarios». Por lo demás, volvió a hacer un resumen ficticio de sus encuentros, hablando de acuerdos comerciales para La Clementina que yo ya no podía creerme. Por primera vez en mucho tiempo escuché su voz muy lejos, tan distante y difuminada que apenas se hacía descifrable.

—Puedes ahorrarte el trabajo de inventar, Felipe. Sé con quién te has estado viendo todos estos días.

Respiré tranquila y en paz conmigo misma al tiempo que notaba cómo el propio Felipe se quitaba de encima la pesada carga de la mentira. Algo abochornado, trató de justificar su actitud. Había mentido porque era consciente de que estas reuniones bordeaban el límite de lo permitido y, a pesar de estar ahora a salvo por encontrarnos fuera de las islas, se mantendrían a nuestro regreso. Le aseguré que no me importaba. Estaba dispuesta a ser su cómplice. Me preguntó por qué lo hacía y solo se me ocurrió invocar al señor Rizal con la misma convicción con la que años antes había escuchado a mi padre defenderlo. Después me mantuve a la espera.

—¿Has oído hablar de Isabelo de los Reyes? —me preguntó con gesto grave.

Negué con toda la rapidez.

—Es el director del *Diario de Manila*. Mis amigos tienen sólidas relaciones con él y quizá tus fotografías podrían interesarle. Las oficinas y la imprenta de su periódico se encuentran en Binondo y sé que conoces bien el barrio.

Reconozco que la oferta me pilló por sorpresa. Colaborar con el *Diario de Manila* era la puerta que me daba paso a enterarme de primera mano de todas aquellas circunstancias a las que, bien por desinterés o por imposibilidad, hasta ahora no había atendido. Por otro lado era la confirmación de la promesa que en su día me había hecho Felipe. Su forma de garantizar mi autonomía y libertad, tal y como me había prometido antes de casarnos.

—¿Cuántas fotografías necesitan?

—Las que seas capaz de concertar con ellos, dependiendo de los contenidos que vayan a ilustrar en el diario, Lota. ¿Eso quiere decir que aceptarías?

—Por supuesto que pueden contar conmigo.

—Es necesario no despertar sospechas.

—¿Sospechas?

—Por supuesto, tu participación debe ser aprobada. —Felipe comenzó a ponerse algo nervioso—. Debemos ser muy cuidadosos, Lota. No se trata de ningún juego.

Decidí facilitar las cosas y no presionar más de la cuenta. Sabía que no tenía toda la información que necesitaba para explicar aquel giro de los acontecimientos y que existían otras razones para su oferta, más allá de las que Felipe me estaba dando, pero tenía muy presentes las palabras de Friedrich. Debía tener paciencia y esperar a que los pormenores me fueran revelados, como el tiempo que aguardaba para conseguir que una imagen fotográfica apareciera ante mis ojos mientras actuaba el líquido de

revelado.

Aquella noche me acosté sin esperar nada y todo resultó distinto.

Felipe se acercó a mí como había hecho cada una de aquellas noches, con la misma parsimonia, sin acusar en ningún momento atisbo de mi ansiedad. Por primera vez su relajación tenía sentido, pues no había desazón que asumir. Aquella noche fui yo la que tomó las riendas de la situación y se acercó a su rostro.

—Buenas noches, Felipe. Que descanses.

Ni siquiera lo besé en la boca. Bastó un ligero y fraternal contacto de mis labios con su frente. Noté que mi respiración se hacía tranquila, y yo, sólida y fuerte, como en mucho tiempo no había podido concebirme. Mientras Felipe caía en su profundo sueño y el movimiento del barco nos trasladaba de vuelta a casa, podía sentir cómo mi alma cambiaba sus ansias al emplazarlas en un nuevo futuro. Todas las esperanzas románticas del pasado comenzaban a difuminarse. Pero esta vez esa pérdida no me producía ni decepción ni tristeza. No me paré a pensar si echaría de menos sensaciones que no había podido disfrutar. El deseo, las caricias o aquel calor que me había descrito Bernardita no me importaban. La ilusión variaba de signo y estaba convencida de que mi instinto volvía a guiarme correctamente. Me sentía satisfecha con aquella nueva puerta que se abría en mi camino. La excitación hizo que me costara dormir. Deseaba con todas mis fuerzas empezar una nueva vida.

# 10

A nuestra llegada permanecimos unos días alojados en la casa de los padres de Felipe, justo el tiempo necesario para reencontrarnos con nuestras respectivas familias y ponernos al día de todo lo ocurrido en nuestra ausencia. No tardé mucho en advertir que todos me trataban de forma distinta, especialmente mi madre, a la que noté respetuosa y deferente, como solía mostrarse ante las visitas de señoras importantes. Para mi sorpresa, ser una mujer casada lo cambiaba todo.

Bernardita, a modo de avanzadilla, ya se había trasladado a nuestra nueva casa para tenerlo todo dispuesto y enseguida tuvimos ocasión de vernos a solas en un momento íntimo, que por supuesto aprovechó para tratar de saber sobre mi relación con Felipe.

—¿Cómo fue el viaje, mi niña?

—Singapur es un lugar sorprendente —dije con toda la convicción que pude encontrar dentro de mí misma—. Aunque no es tan tranquilo como esto, creo que podría llegar a gustarte.

Deducía su verdadera pregunta entre líneas y, por supuesto, había decidido no contarle la verdad. Intenté escapar de su mirada fija, segura de que inmediatamente sabría que estaba mintiendo. Me conocía desde hacía demasiado tiempo y era demasiado fácil para ella rastrear mis dudas, como un sabueso acostumbrado a olfatear cualquier huella en el camino. Sin embargo, la prudencia era una cualidad que adornaba a nuestra fiel criada y, siendo evidente mi incomodidad, Bernardita decidió no preguntarme más sobre mis primeras noches de casada, limitándose a darme indicaciones sobre el servicio de la casa y el reparto de actividades en la misma.

—Me he tomado la licencia de contratar a dos chicas, señora. Se llaman Josefa y Trinidad y estarán a su servicio. Son limpias y trabajadoras y han estado sirviendo en la casa de los Quintana y los Hermosilla.

Era divertido ver cómo el tono de Bernardita variaba frente al trato que me dispensaba ante el resto del servicio. Tenía el matiz de respeto que tantas veces había utilizado con mi madre, pero conservaba matices que hablaban sobre nuestra mutua confianza. Percibir aquel cambio me hizo gracia y tuve que contener la risa ante aquellas dos chicas que entraban a trabajar a nuestro servicio. ¿Cómo hubieran entendido una reacción así por parte de su nueva señora? Lo más probable es que lo hubieran achacado a una extravagancia o, casi seguro, a una inestabilidad de mis nervios. Estábamos obligados a marcar las distancias y generalmente estas se establecían a base de severidad y dureza. Aunque no estaba segura de compartir aquellos extremos —aún sentía mi experiencia más cercana al candor de aquellas dos

jóvenes que a la realidad de una señora—, supe que debía mantener las formas.

Bernardita había hecho a Josefa responsable de los fogones, mientras la otra, más joven, pero también más resuelta, se haría cargo de las faenas de la casa y los recados junto a la propia Bernardita. Saludé a las dos asumiendo mi pose y descubriendo, para mi sorpresa, un íntimo goce en aquella nueva posición que la vida me otorgaba. Hasta ese momento mi madre se había ocupado de hacer y deshacer cualquier tipo de iniciativa doméstica, intereses por los que, todo sea dicho, yo nunca había demostrado demasiada inclinación. Sin embargo, no podía escapar de lo que de mí se esperaba como casada, y debo reconocer que la presentación oficial del servicio al que tenía que dar mi visto bueno me hizo sentir poderosa y cobrar una dimensión distinta e inesperada. Comenzaba a ver la ganancia que para mí representaba haber dejado de ser una joven casadera para convertirme en toda una mujer, una señora, quizá nombrada con el apellido de mi marido, pero, a todos los efectos, con entidad y poder por mí misma. Mi criterio empezaba a tenerse en cuenta como un valor indispensable, lo que suponía un cambio sustancial con el pasado. Puede que no todo encajara a la perfección, en especial en lo relativo a mi relación íntima con mi marido, pero debía reconocer que mi nuevo lugar en el mundo me gustaba y no podía evitar la sonrisa. Y como reflejo de toda aquella recién descubierta felicidad estaba aquella casa tan diferente a la de mis padres en Intramuros. Aquella sensación de asfixia del pasado había comenzado a desvanecerse y yo estaba agradecida a mi nueva vida.

Cercana al río, nuestra casa era grande, amplia y espaciosa, con grandes ventanas que la llenaban de luz y dejaban disfrutar de la exuberante naturaleza que se desplegaba en los jardines. La casa principal tenía dos alturas. En la primera planta contaba con un despacho y una enorme sala principal, aledaña a la cocina. En la planta superior, varios cuartos, el más luminoso y amplio dedicado a nuestro dormitorio. El servicio tenía su zona propia, un *bahay* situado junto a lo que Felipe se había reservado como estudio y donde se habían llevado lienzos, caballetes y todo tipo de material necesario para su pintura. Pero si algo tenía de especial aquel nuevo hogar era su inmenso jardín, un lugar que sentí mío nada más verlo. Enormes tamarindos rivalizaban con los árboles de la papaya y la yaca. Las chirimoyas cuajaban sus árboles en racimos acompañadas de las plantas que daban el dulce santol; las macopas que lo teñían todo de rosa; los redondos y amarronados tampoys y las bayas del duhat repletas de aquellas perlas rojizas que eran tan celebradas por el servicio, no solo porque con ellas hacían un rico licor, sino porque según la tradición secular lo curaban todo.

Entorné los ojos, disfrutando de los olores del que ya consideraba mi pequeño paraíso, mientras los rayos de sol, tamizados a través de las hojas que se movían mágicamente acompasadas, acariciaban mi rostro. Me asaltó el impulso de descalzarme y caminé despacio, sintiendo la tierra bajo mis pies y siguiendo el camino hasta llegar al río. Allí teníamos nuestro propio embarcadero, que a partir de

ese momento sería el modo más fácil para trasladarnos hasta la zona principal de Manila. De hecho, resultaba mucho más cómodo moverse con aquel medio que recurrir a los carruajes, dado que los caminos principales desde Sampaloc y San Miguel se hacían tortuosos hacia el sur.

Descalza junto al río y en medio de aquella naturaleza la felicidad terminó de embriagarme y comencé a reír como una loca al tiempo que desplegaba mis brazos y giraba como un torbellino haciendo que todo lo que me rodeaba pasara ante mí como un destello verde. Mi felicidad fue plena hasta que una voz inesperada irrumpió en aquel espacio.

—Señora, ¿se encuentra bien?

Sentí cómo el ridículo me embargaba y mis mejillas se encendían como teas. Por supuesto, no tardé en recomponerme, atusando mis ropas y mi pelo, y me esforcé por recuperar la compostura que a todas luces ya había perdido ante mi inoportuno testigo. Acerté a ver frente a mí a un filipino de tez oscura, esbelto y que parecía haber salido del embarcadero.

—¿Quién…? ¿Quién es usted? —pregunté todavía desconcertada—. ¿Qué hace aquí?

—Trabajo aquí, señora. Me llamo Pedro Mercado, para servirla a usted y a Dios.

—¿Cómo que trabaja aquí?

—El señor Felipe de Ayala me contrató personalmente, señora. Dijo que necesitarían un hombre para la casa y para hacerse cargo del embarcadero.

—Bernarda es quien se encarga del servicio, señor. Y, en cuanto a mi marido, no me ha comentado nada de este asunto, así que empiezo a pensar que o aquí todos estamos equivocados, o usted tiene la desfachatez de intentar engañarme.

—Debería hablar con su marido, señora.

En su expresión había un viso de insoportable arrogancia que acompañó rápidamente de una inesperada aproximación hacia mí. Hasta ese momento la indignación había dominado mis contestaciones, pero reconozco que en aquel preciso instante comencé a sentir miedo. A mi mente vinieron todas aquellas noticias sobre los exaltados katipuneros que proliferaban en los alrededores de Manila y que, según contaban, tenían por costumbre emplear la violencia contra los propietarios españoles. Recordaba las conversaciones entre mi padre, mi suegro y Felipe de las que había sido testigo pocos días antes, escapándome con prudencia de la compañía de las señoras y sin que ellos mismos fueran conscientes de mi presencia. Mientras ellos fumaban y tomaban algún licor, yo escuchaba sin perder detalle, interesada por todo lo que había ocurrido en Manila durante nuestro viaje. Según mi padre, el capitán Campos parecía muy alarmado tras las últimas noticias sobre la propagación de las muestras rebeldes dentro del territorio, y mi suegro estaba especialmente soliviantado.

—Si la cosa se pone fea, vamos apañados. Novecientos hombres de los dos regimientos del setenta, unos pocos más del setenta y tres y el disciplinario. A los que

hay que sumar seiscientos del depósito de transeúntes, cerca de doscientos de los regimientos Iberia y Legazpi y otros tantos, no muchos, del batallón de Ingenieros…

—Y el regimiento de caballería de Togores. No se te le olvide, Francisco —matizó mi padre, en un claro intento de apaciguar los ánimos—. ¿Por qué vamos a ponernos en lo peor cuando no hay razones para ello?

—¿No hay razones? —dijo el de Ayala, tras dar un trago contundente a su bebida—. Esos insurrectos atacan propiedades españolas, sean o no de la Iglesia. Hacen todo tipo de promesas a todos los que se suman a su causa, y hasta mi propia línea de transporte interinsular ha sufrido varios sabotajes. Nos odian, Fortunato. Sin descanso y cada día más. Odian todo lo español, lo que somos y representamos.

—Será porque hay muchos que no están satisfechos con lo que tenían hasta ahora —le recriminó Felipe—. Nos quejamos ahora de lo que nosotros mismos hemos permitido, padre.

—¿De qué lado estás, hijo? ¿No te das cuenta de que si esto estalla no habrá lugar para las medias tintas? Mira sin ir más lejos donde le ha llevado a Blanco su blandura.

Estaba claro que Felipe no participaba de la crítica de su padre. Lo vi alarmado, pero a la vez incapaz de claudicar en sus ideas, esas que tantas veces me había expuesto y que le habían empujado a mantener reuniones más o menos clandestinas.

—Blanco ha hecho lo que tenía que hacer. Tratar de mediar —sentenció Felipe.

—¡Hablar con ilustrados y empresarios indios! ¿Para qué? Para no conseguir sofocar el fuego que se extiende y tenernos descontentos a todos nosotros, especialmente a los religiosos.

—Pero es que no lo ve, padre. ¡Ese es el verdadero problema! Las órdenes religiosas que abusan sin medida.

—Lo único cierto es que Blanco está en la picota y me extrañaría que llegara a final de año en su puesto —terció nuevamente mi padre en un intento de poner fin a la discordia—. Mucho me temo que habrá movimientos en Madrid.

—Me conformaría con que todos llegáramos a finales de este año sanos y salvos, con Blanco o sin él.

El juicio de mi suegro había vuelto a mi recuerdo como un mal presagio. Frente a mí se encontraba un perfecto desconocido, quizá uno de esos hombres repletos de sed de venganza que odiaban a los españoles. Un katipunero. No tardé en fijarme en su cinto. Amarrado a uno de los laterales de su pantalón portaba un enorme bolo, un arma rotunda que tantas veces había visto utilizar en las faenas de los campos y cuyo filo erizó mi pelo.

Retrocedí un par de pasos, tratando de mantener mi mirada desafiante y de no desvelar el miedo que sentía ni darme la vuelta para desproteger mi espalda y ofrecerle un blanco fácil. Él no se detenía, al contrario. Caminaba siguiendo mis pasos con un ímpetu que iba en aumento. Me frené en seco cuando unas manos me agarraron por los hombros. Era Felipe.

—¿Qué te ocurre? —me sonrió divertido—. Ah, veo que ya has conocido a Pedro. Lo contraté para que estuviera a nuestro servicio. La finca es grande y necesitamos a alguien capaz de hacerse cargo, ¿no crees?

Asentí, con la mirada todavía fija en Pedro Mercado. En su piel y en su arrogante postura. Aquel hombre estaba llamado a convertirse en mayoral de nuestra nueva casa y, aunque aún no lo sabía, jugaría un papel fundamental en nuestras vidas.

Aquella misma noche, Felipe me explicó que había conocido a Pedro en la fábrica de La Clementina. Allí había pasado varios años hasta ocupar el puesto de encargado gracias a que sabía leer y escribir, tanto en tagalo como en castellano. Desde el primer momento le había parecido un hombre honesto, trabajador y fiel, y no había dudado en ofrecerle un puesto en nuestra propia casa. Yo asentía a sus explicaciones, pero, lejos de calmarme, las palabras de Felipe solo conseguían hacer más sólida mi instintiva desconfianza hacia Mercado.

—¿Estás seguro de que ese hombre es de confianza?

—¿Qué te ocurre, Lota? ¿Te impresionó su aparición en el embarcadero y ahora ves fantasmas donde no los hay?

Me molestó especialmente el tono condescendiente que utilizó Felipe trivializando mi prevención. Por supuesto, de inmediato negué que el nuevo criado me atemorizara. Por mucho que desconfiase de él, no quería mostrarme débil ante mi esposo, mucho menos cuando iba a empezar mi trabajo en el diario. Traté de alejar de mí aquella sospecha y que me viese alegre. Al fin y al cabo, era posible que me hubiera sugestionado en exceso la conversación en casa de los padres de Felipe y que me hubiera dejado envenenar por aquella paranoia que iba cobrando fuerza en las islas sobre el enemigo incierto al que no se sabía poner rostro concreto. El miedo general iba creciendo fuera y dentro de Intramuros, llenándonos a todos de una inquietud indefinida que nos hacía comportarnos como nunca antes lo habíamos hecho. Los rebeldes eran una gran masa informe, que a veces tomaba el nombre de la Liga Filipina. Pero mezclado como estaba Felipe en aquel grupo, yo sabía que la Liga —la misma que había sido fundada por Rizal— distaba de ser un grupo de rebeldes armados con bolos y sedientos de sangre. En mi imaginación, aquellos rebeldes tenían el mismo rostro que había creído ver en Pedro Mercado.

Días después de conocer nuestra nueva casa, Felipe me condujo a las oficinas del *Diario de Manila*, donde, tal y como me había prometido, yo iba a colaborar asiduamente. Estaba frenética y deseaba que aquel nerviosismo no se notara. Quería que mi marido y todos los demás pensaran que podía hacer aquel trabajo. No importaba si yo misma estaba o no segura de poder hacerlo, no podía dejar un resquicio de duda al respecto. Necesitaba abrir aquella puerta que se había colocado ante mí y no podía, bajo ningún concepto, mostrar una flaqueza que quizá me la cerrase para siempre. No quería mostrarme ante los demás como una incapaz y no

estaba dispuesta a que Felipe me viera como una mujer temerosa y necesitada de protección; alguien a quien se ha de apartar de todo peligro y, como consecuencia, de la vida misma. Tras Singapur había tomado una decisión y ya no podía echarme atrás, así que apreté mis manos tratando de contener mis nervios y moví la mandíbula disimuladamente para liberar su tensión y, de paso, conseguir que mi labio inferior no temblara. Las dudas se agolpaban en mí. Pensaba que quizá los responsables del diario serían muy críticos ante una mujer con nula experiencia previa y que accedía a aquella oportunidad gracias a la intercesión de su marido. Pero, para mi sorpresa, nada de aquello ocurrió.

Prestaron solo la debida atención a Felipe para centrarse en mí de lleno. Tras la primera entrevista en la sede oficial del diario en Intramuros, todo transcurrió con una cadencia respetuosa que de inmediato anuló mis nervios. Con esa calma acudí a los locales del diario situados en Binondo. Querían que conociera la imprenta. Estaba compuesta apenas por un puñado de trabajadores, un impresor y varios auxiliares entre cajistas y mozos; contaba con una pequeñísima oficina aledaña, donde se concretaban los contenidos, más allá de los comunicados y anuncios oficiales que el diario estaba obligado por ley a publicar.

No tardé mucho en entender cuál era el propósito del diario. El editor era un hombre amable y dicharachero, comprometido con un trabajo que le encantaba. En nuestro acuerdo yo aportaría mi catálogo fotográfico ilustrado de las islas, todas aquellas fotos que había tenido la oportunidad de realizar mientras acompañaba a mi padre por sus múltiples viajes. Había tomado la costumbre de acompañar aquellas fotografías con notas que había guardado en cuadernos bien catalogados, lo que facilitaba un mundo la tarea. Lo que había sido un mero divertimento terminaría convirtiéndose en algo preciado para el diario, especialmente interesado en documentar las costumbres más desconocidas de las tribus de la cordillera central. Pero ante todo mi trabajo implicaría viajes, aquella libertad de movimientos que tanto había deseado.

Al remontar el río, de vuelta a nuestra casa, tomé la mano de Felipe, sinceramente emocionada.

—Gracias.

—No tienes por qué agradecerme nada, Lota —dijo mientras apretaba mi mano con firmeza—. Si te soy sincero, fui el que menos te defendió para que ocuparas este puesto.

Me sentí nerviosa y algo intimidada por la presencia de Pedro al timón de nuestra barca, pero rápidamente noté que a Felipe no le importaba lo más mínimo su presencia.

—¿Has oído hablar de la Altísima Sociedad de los Hijos del Pueblo?

Aquella información me sonó a advertencia. Sabía que ese era el nombre en castellano del Katipunan, y recordaba de sobra las razones que Campos había dado para detener a Bernardita y el papel que su primo lejano, Andrés Bonifacio, estaba

jugando al respecto. Ese Katipunan había nacido como una sociedad secreta que se había disgregado de la Liga y había capitaneado altercados contra los españoles durante años. Aquel hijo ilegítimo había comenzado a caminar por su cuenta.

Le dije que sí, los conocía.

—Creemos que se están armando y pueden llegar a ser verdaderamente peligrosos —continuó él—. ¿Estás segura de que quieres seguir adelante con esto?

Asentí con toda la firmeza que pude encontrar en mi interior, tratando de tranquilizar a Felipe al tiempo que me convencía a mí misma de que el riesgo estaría bajo control. Quizá convencerme habría resultado más sencillo de no haber estado tan cerca de Pedro Mercado.

# 11

A pesar del peligro, acceder a la propuesta de Felipe significaba estar mucho más viva de lo que yo consideraba que estaba cualquier otra señora de Intramuros. Por supuesto, mi decisión pasaba por ocultar a mi madre, y por extensión a mi suegra y al resto de los apellidos destacados de Manila, mi recién inaugurada actividad en el diario. Sabía que la empresa sería difícil, teniendo en cuenta la implacable labor de las viudas de Pacheco y Velilla, que, tras la muerte de sus respectivos maridos y sin dinero suficiente para emprender la ansiada repatriación, habían decidido compensar el poder que les negaba su precaria economía a fuerza de cultivar los chismes y rumores que corrían como la pólvora en los salones de las casas principales de la ciudad. Como no podía ser de otra manera, les faltó tiempo para coincidir conmigo en una merienda junto a mi madre.

—Querida, estás muy guapa. Se nota que esa larga luna de miel te ha sentado estupendamente.

—Un viaje tan largo. En nuestra época todo era distinto. Yo, con suerte, pude pasar una semana en Valencia y ver el mar.

—¡Imagínate! Y al final la vida te iba a regalar mar para rato. Pero, Petra, no aburras a Carlota con tus historias de España. Seguro que tampoco echó demasiada cuenta al viaje atenta a su marido.

—Más les valdría a otras estar tan pendientes de sus esposos. Porque supongo que ya estaréis al tanto de lo del señor Osorio. Ha tenido la desfachatez de ponerle una casa a esa sucia mestiza.

—Ni más ni menos que a quince minutos de aquí. Pero lo peor no es eso. Lo peor es que su mujer decidió presentarse allí y terminaron tirándose de los pelos como dos arrabaleras.

—¿Y qué otra cosa iba a hacer la pobre?

—Pues quedarse en casa y tragar quina. ¿De qué le ha valido ponerse como una loca?

Doña Carmen y doña Petra eran como la cara y la cruz de una misma mujer enlutada. La una achaparrada y pequeña. La otra enjuta y espigada. Pero ambas con la misma intención envenenada y siempre presentes en cualquier evento ya fuera misa, recepción o merienda. Yo misma había sido objeto más de una vez de su ponzoña. La decisión de mi padre de educarme en casa, mi consiguiente falta de relación con españolas de mi edad y la asiduidad en el trato con Felipe de Ayala me habían colocado muy pronto en aquella picota de rumores. Sin embargo, la culminación de mi buen matrimonio había dado al traste con todos los cotilleos del pasado y rápidamente, en gran medida gracias al poderío de mi suegro, me había catapultado al

primer orden del interés de aquellas dos mujeres consumidas.

De esa manera, a mi vuelta de Singapur las había encontrado especialmente arreboladas. Desde que había puesto pie en puerto, las viudas se habían encargado de dar cumplida cuenta de cualquier detalle que me rodeaba. Mi madre reía, complacida, como hacía mucho que no la había visto y, una vez que despedimos a las dos chismosas, sacó a relucir su emoción.

—¿Te lo puedes creer? Estaba en boca de todos la cantidad de baúles que habías traído y no dejaban de hacer apuestas sobre cómo serían tus nuevos vestidos: que si hechos con sedas compradas en Singapur con patrones de París, que si nuevas tendencias a lo chino. Eso por no hablar de los muebles que dicen han llevado a tu nueva casa. ¿Cómo es posible que no me hayas contado nada, Carlota?

—Porque no hay nada que contar. Felipe compró un aparador y me regaló algún pañuelo de seda. Nada más. ¿Desde cuándo das crédito a esas dos cotorras?

—Ya estamos como siempre, Carlota. Con tal de no llamar la atención eres capaz de inventar cualquier pamema. Pues hazme un favor, hija: cuando vayamos a casa de doña Julieta, dentro de unos días, no vayas a decir esas cosas.

—¿Quieres que mienta? —pregunté punzante a sabiendas.

—Quiero que sigas siendo lo que eres ahora mismo y lo que siempre he deseado para ti: la mujer más envidiada de toda Manila.

Por supuesto, no hubo preguntas sobre las primeras noches con mi marido. A pesar de su renovada ilusión, mi madre y yo seguíamos manteniendo la nula sintonía de costumbre, ajenas cada una a la vida de la otra, como si desde el principio la vida nos hubiera colocado en extremos opuestos y el devenir de los tiempos solo hubiera logrado distanciarnos.

Había aceptado las visitas a las casas principales y a todos aquellos eventos que se consideraban socialmente ineludibles con el único objeto de ser vista como una señora más y no despertar sospechas. Poco a poco fui ganándome fama de ser escrupulosa en mis elecciones, no dejándome ver en todas ellas y seleccionando mis apariciones, de manera que, para mi sorpresa, cualquier encuentro al que acudía se revalorizaba de inmediato por el hecho de contar con mi presencia. A muchos de aquellos encuentros sociales acudía en compañía de mi madre y sin Felipe, aunque en los eventos oficiales ofrecidos por el gobernador siempre iba del brazo de mi marido.

Al contrario que Felipe, al que veía disfrutar de aquellos momentos, yo vivía la situación como un mero trámite, un pago necesario para ocultar mi actividad en el diario, rumor que a toda costa debía mantener a salvo de las dos viudas. El principal escollo eran las justificaciones que me veía obligada a esgrimir.

—Pensé que era algo menor, pero me he dado cuenta de que nada se escapa de la mirada de esas dos arpías. Tienen ojos donde los demás no tienen, y si no tengo cuidado, muy pronto se sabrá que trabajo para el diario.

Rápidamente Felipe se ocupó de tranquilizarme. Por supuesto, para entonces Bernardita estaba enterada de mis intenciones de trabajar para el diario. Por supuesto,

lo que ella no sabía es que, bajo la excusa de realizar aquellas fotografías, tenía la consigna de sacar toda la información que pudiera sobre el grupo que había refundado aquel primo lejano suyo. A aquellas alturas, y tras su paso por el fuerte de Santiago, todavía no tenía demasiado claro lo que sabía o dejaba de saber Bernardita sobre el grupo de rebeldes katipuneros. Tras la detención jamás había vuelto a hablar del tema y yo tampoco le había desvelado el acuerdo al que había llegado con Felipe. Tenía la sensación de que ambas nos rehuíamos, como si supiéramos que todo había cambiado y habíamos dejado de ser las mismas del pasado, pero sin el coraje suficiente para enfrentarnos y hablar con franqueza.

De aquella manera, sin enfrentar la verdad, aparentemente más preocupados por ocultar mi nuevo desempeño como fotógrafa del diario, ideamos un plan entre los tres: cada vez que tuviese que hacer un viaje para tomar fotografías, alguien de nuestra confianza me trasladaría de noche por el río hasta llegar a la altura del camino que llevaba a Sampaloc.

—Cuando dejes la barca te acompañará por tierra hasta encontrar el carruaje. A partir de ese momento serás una mujer libre que no tendrá que dar demasiadas explicaciones en el territorio del norte.

—Pero ¿cómo justificaremos mi ausencia, Felipe? Todos preguntarán.

—Para cuando tu ausencia se haga notar, ya llevarás como mínimo una semana fuera. Después solo será cuestión de fingir que sigues dentro de casa, aunque sin posibilidad de bajar a Manila.

—¿Y qué razón vamos a dar?

—No sé, Lota. Que estás en casa porque no te encuentras bien, que necesitas descansar…

Por unos instantes tanto Felipe como yo nos encontramos atrapados en la misma red de mentiras. Por suerte, Bernardita decidió aportar su sabia visión.

—Que estás embarazada.

Nos quedamos callados unos segundos, incapaces de asimilar las palabras de Bernardita, que oportunamente decidió seguir completando su razonamiento.

—Al fin y al cabo, es lo que todo el mundo terminará pensando; las primeras, las señoras Pacheco y Velilla.

—Pero volveré de mi viaje y se comprobará que nada de eso era verdad —contesté atemorizada.

—Nada tan fácil como decir que el embarazo no ha prosperado. No es algo poco común entre las mujeres españolas.

Recuerdo que Felipe y yo nos miramos embargados de cierta vergüenza. No podíamos rebatir el implacable razonamiento de Bernardita y a la vez no podíamos explicarle hasta qué punto la ausencia de una intimidad entre ambos hacía imposible un embarazo.

Todos aceptamos el pacto. Durante mi ausencia Felipe debía mostrar completa normalidad en su trabajo en La Clementina. Sus citas sociales se verían reducidas

bajo la excusa de mi embarazo ficticio, oportunamente difundido por Bernardita en Intramuros. Solo quedaba un escollo que solventar y era la inoportuna presencia de mi madre, que, enterada de la situación, no tardaría en tratar de verme. Para anular tal iniciativa, Felipe debía desplegar todo tipo de estrategias sin otro objetivo que anular su posible visita. Jugaba a nuestro favor la inestabilidad que vivíamos en aquellos días. El peligro que podía correr mi madre al hacer el recorrido hasta nuestra casa tendría que resultar razón suficiente para que abortara su pretensión, pero, igual que aquello podía salvarnos de sus visitas, tampoco yo quedaba libre de ese riesgo real, mucho menos si iba a emprender ruta por caminos y carreteras. Esa misma noche, Felipe puso en mis manos una pistola.

—Pedro te llevará en esos viajes. Él vigilará por tu seguridad, pero si las cosas se ponen feas, no tendrás más que mostrarla. No creo que sea necesario siquiera disparar, aunque en cualquier caso no quiero que te separes de ella.

Recuerdo que mis manos temblaban al coger la Mauser. Jamás me había imaginado a mí misma engatillando un arma. Por mucho que hubiera deseado vivir las experiencias que solo podían disfrutar los hombres, nunca había ambicionado aquella. Cuando éramos niños, Felipe y yo observábamos a nuestros mayores practicar en el campo de tiro. Me gustaba el olor que dejaba la pólvora, pero me molestaba el ruido de los disparos y mientras Felipe seguía con fascinación la evolución en las dianas, yo me aburría con facilidad y terminaba entretenida con cualquier otra cosa. A pesar de que algunos años después la señora Julieta consiguió imponer cierta moda de práctica de tiro entre algunas de las damas españolas, yo jamás sentí la necesidad de incluirme en aquel grupo. Mi padre tampoco era demasiado aficionado a las armas, así que nunca pude conseguir la destreza en aquel manejo. Supongo que algo influiría el hecho de ser incapaz de imaginarme un escenario en el que tuviera que atentar contra la vida de otra persona.

De nuevo, no podía mostrar una debilidad impropia ante Felipe. Sujeté un poco más fuerte la Mauser por la empuñadura de madera, para que no temblase, y lo miré fijamente.

—No quiero a Pedro. Quiero a Basilio conmigo.

Seguía sin confiar en Pedro Mercado, y si había alguien en este mundo en el que podía tener fe ciega ese era el bueno de Basilio. Tenerle a mi lado era mucho más seguro que contar con un arsenal entero.

Recordaba con nitidez cómo desde niña, siempre que Bernardita estaba comprometida con asuntos de la casa, Basilio me acompañaba en mis paseos por la vereda del río. Me gustaba caminar a su lado y a él le gustaba escuchar las historias que tantas veces me había contado mi padre. De entre todas aquellas anécdotas, las preferidas por Basilio eran las de los detalles de construcción de los puentes que comunicaban las orillas del Pasig. Recuerdo su expectación al conocer las sucesivas reparaciones que había sufrido el Puente Grande a causa de las inclemencias del tiempo. Se ponía triste cuando le hablaba de su cierre tras el gran terremoto del 63, y

se enfadaba cuando le contaba las rivalidades entre el Cabildo y la comandancia de ingenieros por dirigir las respectivas obras. Como casi siempre quería dejarle un buen sabor de boca, terminaba hablándole de la llegada del hierro, que yo le explicaba como material definitivo, como si se tratara de una aleación con poderes casi mágicos venida de Europa. Entonces, con ojos admirados, Basilio se fijaba en los imponentes arcos y yo culminaba la historia aclarándole que una vez finalizadas las obras había quedado definitivamente bautizado como puente de España. Como si hubiera asistido a un gran relato épico, miraba el puente y sus ojos se llenaban de lágrimas mientras mi mano de niña se deslizaba en la suya y los dos nos quedábamos muy quietos, mirando el paso del tranvía sobre aquella imponente estructura de hierro ribeteada por dieciocho candelabros traídos del mismísimo París. Basilio parecía asimilar todo lo que yo le había contado, y yo me sentía mayor e importante y, sobre todo, responsable de su emoción.

No creo que nadie en la casa, ni siquiera mi padre, tuviera una idea concreta de su edad aunque, como en el caso de Bernardita, llevaba a nuestro servicio prácticamente desde nuestra llegada a las islas. Recordaba haberlo visto aparecer en casa junto a mi padre tras uno de sus primeros viajes a Tondo. Basilio ya tenía aquel aspecto atemporal que lo acompañó siempre. Era bastante más corpulento y alto que los filipinos y sus ojos menos rasgados delataban una posible ascendencia mestiza. Sus grandes hechuras contrastaban con aquella mirada sincera y su forma de comportarse hablaba de un cierto retraso. Basilio no era como los demás y el hecho pareció generar algunas dudas iniciales en mi madre, pero mi padre lo había acogido con tal decisión que no hubo mucho que decir al respecto. Pronto Basilio no tardó en compensar sus limitaciones con una disposición generosa que le convirtió en el hombre para todo de aquella casa.

Mi padre lo había descubierto en Tambobo, entre ríos y manglares, comiendo lo que pescaba y malviviendo de lo poco que podía sacar de vender sal. Sus vidas no se habrían cruzado si Basilio no se hubiera visto envuelto en la acusación del robo de varios sacos de arroz de una hacienda importante a la que mi padre trataba de orientar en su producción y supongo que mi padre no se habría implicado de la manera en que lo hizo si no hubiera tenido claro que Basilio, debido a su retraso, estaba siendo víctima de un evidente abuso. Intervino a su favor ante el dueño de la hacienda, evitándole un negro destino, y Basilio se despidió de él agradecido aunque sin darle demasiada importancia al hecho. Hasta ahí hubiera llegado su historia si la ruta que debía tomar mi padre de vuelta a Manila, rodeada de ríos, esteros y demasiado cerca de la costa, no hubiera sido impracticable. Sin proponérselo, la noche se le echó encima y, cuando la incesante lluvia invalidó el camino, Basilio salió al paso y le condujo hacia la barca que tenía en el río. De aquella manera, a través de la remontada de los esteros y sin hablar demasiado, Basilio trajo a mi padre de vuelta a Manila. Supongo que aquel silencioso viaje por el río le sirvió a mi padre para entender que al defender a Basilio había unido inexorablemente sus destinos: asumió

así su responsabilidad de por vida, igual que entendía que Basilio colocaría la suya en sus manos.

Pero si mi padre era para Basilio aquella imagen tan venerada como protectora, yo me convertí en su asidero. Sabía entenderlo bien, sobre todo cuando se ponía nervioso y había que apaciguarlo. Todo con él funcionaba en dos tiempos. Las instrucciones directas, primero. Las explicaciones, sencillas, dentro del orden que él podía entender, después. Y si se trataba de tranquilizarlo, siempre hacía falta un contacto físico, ya fuera apretar sus manos, coger su cara o agarrar sus brazos. Ese era el preciso momento en que la mirada de Basilio, limpia y directa aunque hasta ese instante esquiva, se entregaba y de un plumazo su nerviosismo desaparecía para componer una entrega tan arrebatada que era muy difícil no sentirse conmovido hasta el tuétano.

Así las cosas, para cuando llegó el día de mi primera salida, fue él y no Pedro el que me acompañó río arriba. Antes de marcharnos vi cómo Bernardita hablaba por lo bajo con Basilio. Cuando subimos a la barca se hizo el silencio. Todavía no había amanecido y yo no tenía ni idea de cómo utilizar el arma que guardaba bajo mi falda.

## 12

Aquel miedo inicial se desvaneció con el paso de los días. Por verme prevenida, había pedido a Basilio que practicásemos algunos disparos contra árboles en los descansos del camino. Como era previsible, me revelé como una pésima tiradora y apenas era capaz de rozar algún tronco. El disparo dominaba mi mano haciéndola moverse en exceso y, pese a que lo intentaba con todas mis fuerzas, no había forma de vencer el acto reflejo que hacía que mis ojos se cerraran en cuanto mi dedo accionaba el gatillo. Basilio era paciente en sus instrucciones y con la práctica logró que mi mano se hiciera más firme a la hora del disparo. Sin embargo, no consiguió progresión ninguna con mis ojos.

—Si quiere, puedo sujetárselos, señora.

—No va a servir de nada, Basilio.

—Espere, déjeme probar.

Se colocaba detrás de mí y ponía sus dedos en mis párpados, estirándolos hacia arriba, pero invariablemente a la hora del disparo, mis ojos se rebelaban con una fuerza refleja y escapaban de aquella prisión momentánea haciendo que la carcajada de Basilio lo inundara todo.

—Pero ¿cómo va a dar al blanco con los ojos cerrados, señora?

—¿Y qué quieres que haga, si no puedo evitarlo? Es por el ruido del disparo.

—¿Y si le tapo los oídos?

Y volvíamos a intentarlo de nuevo, esta vez con sus manos cubriendo mis orejas. Y, nuevamente, a la hora de accionar el gatillo, mis ojos se negaban a permanecer abiertos. Y de nuevo la risa de Basilio, que terminaba por hacerme reír a mí también.

Ni aquella salida ni las que vinieron después consiguieron convertirme en una buena tiradora. Aun así mantendría siempre a mi lado la Mauser cargada, que más tarde me sacaría de algún que otro apuro.

Casi sin darme cuenta había transcurrido una semana, había tomado fotografías y notas y estaba de vuelta en casa, dispuesta a dejarme ver en Intramuros y entregar mi trabajo en las oficinas del diario sin despertar ninguna sospecha.

Con la misma rutina transcurrieron mis siguientes salidas hacia el norte de Luzón en busca de las tribus de la cordillera y, al final, la costumbre fue venciendo a los nervios y el temor. Por supuesto, aparte de mis retratos cumplí el pacto establecido con mi esposo, y le di todas aquellas noticias relevantes que tenían relación con el movimiento rebelde. Lo cierto es que en mis visitas a los pequeños pueblos donde solía alojarme no era difícil averiguar novedades sobre los katipuneros. Poco a poco iban incorporando hombres a su causa, filipinos descontentos, hartos de los abusos sangrantes de los dominicos y agustinos, propietarios de las tierras que ellos

trabajaban. Por supuesto, ser mujer no facilitaba las confesiones de aquellos hombres, pero, de una forma natural, allanaba la confianza de sus esposas, que no tardaban en contarme las penalidades por las que pasaban sus familias. Mientras fotografiaba las fiestas de un determinado pueblo o a las autoridades presentes en el nombramiento de un nuevo cabeza de barangay, ellas me observaban y me reconocían como una española de paso, una kastila alejada de los guardias civiles y con la que podían desahogarse. Iba ganándome su confianza. Les llevaba algún regalo, cogía en brazos a sus criaturas y comía su comida con desprejuicio y naturalidad. Mientras lo hacía observaba con disimulo las armas en un rincón de sus casas o a los hombres concentrándose a una hora determinada de la tarde para perderse en la espesura de la jungla en reuniones pactadas de antemano.

Cuando volvía a San Miguel contaba a Felipe todo lo que había visto y escuchado y, al devolverle la pistola, notaba cómo el temblor de sus manos se sumaba al de las mías. Todavía no llegábamos a entender qué dimensiones estaba alcanzando todo aquel asunto, pero lo que estaba ocurriendo en Cuba pesaba demasiado sobre nosotros. Felipe convocaba a sus amigos y los reunía en su estudio de noche mientras yo revelaba mis fotografías. Trataba de centrarme en el proceso, pero no conseguía tranquilizarme hasta que aquellas reuniones terminaban. De alguna manera me sentía igual de clandestina que los rebeldes katipuneros a los que seguía la pista y comenzaba a percibir la delgada línea que separaba a la Liga del Katipunan; esa frontera común que nos hacía estar hermanados en la traición a la patria.

Habían pasado unos meses cuando, en una de aquellas salidas, un grupo de mujeres con las que ya había ganado confianza se acercó a mí. Insistían en contarme algo, pero para hacerlo tenía que seguirlas hasta una zona aislada de la selva, y debía ir sola, sin Basilio y por supuesto sin mi cámara. Intuí que era importante y convencí a Basilio para que me esperara en el carruaje, con órdenes estrictas de volver a casa si me retrasaba más de dos horas. Trató de convencerme para que no me metiera en la selva con aquellas mujeres, pero me mostré segura y firme, así que no tuvo más remedio que obedecerme. Sabía que aquel momento era el que había estado cultivando con mis acercamientos y no podía desperdiciar la oportunidad. Me aseguré de que llevaba la pistola en el bolsillo de la falda y me uní al grupo que me conducía hacia la espesura.

Dos hombres abrían aquel camino, seguidos de cerca por el grupo de mujeres que me había convocado y que me escoltaba. La ruta se complicaba entre giros y un sendero sin trazar, y empecé a ponerme nerviosa, consciente de que no sería capaz de hallar el camino de la vuelta al pueblo y de que tenía casi imposible la huida si la cosa se ponía difícil. Me había metido en una trampa de la que ya no podía escapar, así que solo quedaba seguir andando. La incomodidad del camino exigía una máxima concentración. Las ramas golpeaban mis brazos y la vegetación se enredaba en mi

pelo haciendo que mis movimientos fueran especialmente torpes comparados con los de aquellas mujeres que se desplazaban ágiles entre la espesura. Conforme la senda se complicaba, no podía evitar fijarme en los hombres que encabezaban la comitiva. Manejaban los bolos con maestría, e iban deshaciéndose con solvencia de la maleza que impedía nuestro avance. Los golpes eran secos y contundentes, denotaban su fuerza y también la destreza en el manejo de las armas. No podía dejar de estremecerme cada vez que pensaba en los filos de aquellas herramientas, letales en sus manos. Me adentraba en un territorio desconocido y en franca desventaja. Instintivamente y con tanto disimulo como pude, llevé mi mano una vez más al bolsillo de la falda para comprobar que no había perdido la Mauser. Allí estaba.

Había transcurrido algo más de media hora cuando llegamos al claro donde se alzaba el campamento: un improvisado *bahay* construido con maderas y ramas constituía el único techado, mientras aproximadamente una veintena de hombres se congregaba en torno a una pequeña hoguera que ocupaba el centro del calvero. El silencio se impuso al verme aparecer. Me fijé en sus rostros. Eran hombres curtidos, acostumbrados a dormir al raso y convivir con la selva. En sus miradas había un matiz de recelo: era obvio que me identificaban con una presencia incómoda, no deseada.

Las mujeres me invitaron a acercarme a la hoguera mientras aquellos hombres me abrían paso. Caminé lentamente, insegura. Mi instinto me aconsejaba escapar de aquel lugar, pero para entonces ya era demasiado tarde. No sabía si sería capaz de utilizar mi pistola si las cosas se torcían. Dada mi habilidad, podría herir como mucho a dos hombres antes de ser anulada; sería un suicidio. Los latidos de mi corazón se aceleraban por segundos. Nacían en mi pecho y ascendían como un eco sordo hacia mi cabeza. Me reprochaba a mí misma mi falta de juicio y ese carácter impulsivo que tantas veces me había echado en cara mi madre. Esta vez podía pagar muy cara mi imprudencia.

En ese momento noté cómo se apartaba de mí la atención de los presentes. Dirigí la mirada hacia donde miraban todos y vi salir a un hombre del *bahay*. Era alto y huesudo. Su delgadez resultaba casi llamativa, acentuada por una cara angulosa y alargada. Me miró fijamente y se acercó hasta donde yo estaba. Cuando le tuve enfrente hice un gesto respetuoso con la cabeza y él lo imitó al instante. No lo había visto nunca, pero sabía que me encontraba ante Andrés Bonifacio, jefe supremo del Katipunan.

—¿Trabaja usted para el Gobierno? —me preguntó sin más.

—Trabajo para el *Diario de Manila*.

—Eso ya lo sé. Pero esa no era la pregunta.

Le miré a los ojos. Algunos de sus rasgos me recordaban ligeramente a Bernardita, aunque era obvio que no se encontraba en la primera línea de parentesco. Clavó sus pupilas en las mías.

—¿Por qué lleva una pistola?

Me sentí acorralada. Los hombres se revolvieron inquietos. Algunos se acercaban a Bonifacio y le susurraban al oído, mirándome con prevención, pero él mantuvo su mirada fija en mí. Era consciente de que lo que estaba a punto de hacer podía terminar mal, aunque no tenía otra opción. Metí la mano en el bolsillo de mi falda y saqué la Mauser mientras notaba cómo los hombres de Bonifacio echaban mano a sus bolos, supongo que dispuestos a degollarme en un rápido movimiento. Mi mirada seguía fija en Bonifacio, que levantó la mano para detenerlos. Respiré hondo y le tendí mi pistola en señal de buena fe.

—No. No trabajo para el Gobierno, señor Bonifacio —dije.

Bonifacio cogió la pistola y me sonrió, lo que inmediatamente relajó a todos sus hombres y también al grupo de mujeres que me había escoltado hasta el campamento. Había corrido un tremendo riesgo y había ganado la partida.

El líder de los katipuneros me invitó a acompañarle al interior del *bahay*. Allí, sentados en el suelo, mantuvimos una cordial conversación. Sabía de sobra quién era yo y también sabía muchas otras cosas.

—Sé que su padre es amigo del gobernador…, pero también es amigo del señor Rizal. Y usted ayudó a liberar a mi prima del fuerte de Santiago. Así que tengo una deuda personal con usted… También sé quién es su marido. Debe de ser un hombre valiente. Enfrentarse a su padre por estar del lado de la Liga no será fácil.

—¿Conoce a Felipe?

Me sorprendió hasta qué punto estaba al tanto. Era evidente que su red de informadores se hallaba bien distribuida y era mucho más amplia de lo que Felipe y sus amigos habían imaginado.

—Nuestra obligación es conocer a todo el mundo y saber lo que pretenden. —Dibujó una media sonrisa—. ¿Tan raro le parece?

—No, por supuesto que no. —No acertaba a encontrar las palabras correctas. No quería ser ofensiva—. Es solo que…

—Es solo que nos imaginaba como un grupo desorganizado y salvaje.

—No quería decir eso, pero… Sí, tengo que reconocer que me sorprende que estén tan organizados.

—No todos somos analfabetos, señora. Algunos tienen estudios y han aprendido, muy a pesar de los españoles.

—¿Se refiere al señor Aguinaldo?

A Bonifacio le sorprendió la referencia. Lo cierto es que hacía tiempo que se venía hablando de Emilio Aguinaldo como otro líder rebelde, más culto y formado que él, perteneciente a una familia china de buena posición, que había llegado a ser capitán municipal en Cavite y que había conseguido un rápido ascenso a general dentro de los katipuneros, lo que evidenciaba sus buenas dotes de mando. Noté que mi anfitrión se tensaba al escuchar aquel nombre y no tardé en entender que, efectivamente, aquellos rumores tenían fundamento.

—Aguinaldo está en Cavite y nosotros aquí. ¿Por qué hablar de él?

No quise hurgar en una herida a todas luces abierta. En ese momento uno de sus hombres entró en el *bahay* y le dijo algo al oído. Bonifacio asintió, se puso en pie y me ayudó a hacer lo propio.

—Quiero que lleve un mensaje a su marido y a los otros miembros de la Liga. En unos días mandaré a un hombre a Mindanao para verse con el señor Rizal y necesitamos que se prepare ese contacto. ¿Ha comprendido?

Asentí con rapidez, consciente de la dimensión de aquel encargo. Si la línea de separación entre la Liga y los rebeldes del Katipunan siempre había sido difusa, ahora lo sería mucho más. Bonifacio nos pedía una colaboración que definitivamente nos hacía cómplices.

—Si mi hombre no llega a contactar con el señor Rizal, sabremos de qué lado están usted y los suyos —dijo mientras me devolvía la pistola—. Esa y no otra será la prueba definitiva. Ahora, debe marcharse.

Asentí, temerosa, al tiempo que guardaba nuevamente la Mauser. Bonifacio y su escolta me acompañaron fuera de la cabaña para conducirme junto a las mujeres. Esta vez recorreríamos el camino de vuelta solas. Antes de marcharnos, Bonifacio se acercó a mí, me cogió la mano, colocó algo en mi palma y luego hizo que la cerrara.

—Guárdelo con usted y utilícelo cuando sea necesario. Con esto nuestra deuda queda saldada. Mi familia ya no le debe nada.

De algún modo, al menos en el exterior, Andrés Bonifacio era el polo opuesto a Rizal: un hombre de aspecto curtido, de manos callosas y maneras poco refinadas. Y, sin embargo, mantenía un aire de dignidad penetrante muy parecido al del doctor. Al verlo no costaba demasiado entender por qué tantos hombres y mujeres lo seguían a ciegas. Daba la sensación de que la honestidad del líder katipunero estaba por encima de todos ellos y, a la vez, era cercano y reconocible, como la misma tierra que pisaba.

Mientras caminaba por la selva, de vuelta al pueblo, abrí la mano y observé el regalo de Bonifacio. Se trataba de una especie de cinta trenzada con una suerte de amuleto de barro cocido engarzado en ella. En el amuleto podían apreciarse tres K entrelazadas. El símbolo de los rebeldes del Katipunan.

# 13

Al llegar a casa transmití a Felipe la información que me había dado Bonifacio aunque decidí no decirle nada del colgante. Efectivamente, mi marido y sus amigos de la Liga se movieron con rapidez y concertaron el encuentro entre Rizal y un tal Pío Valenzuela, el enviado del Katipunan. Los rebeldes buscaban el apoyo de Rizal, pero este seguía considerando una insensatez alzarse contra el dominio de España en las islas, mucho más si ese camino era un enfrentamiento armado. Al cabo de unos días se supo que el encuentro no había tenido el efecto que Bonifacio pretendía; sin embargo, el humor de Felipe había cambiado por completo.

—¿Es que no lo entiendes? Es nuestra oportunidad. La primera que tenemos en casi cuatro años.

Le miré sin terminar de comprender por qué estaba tan contento.

—Rizal muestra su compromiso con el Gobierno. Es la hora de probar que la Liga no pretende una revolución violenta. Debemos hacérselo entender al gobernador antes de que sea demasiado tarde.

A partir de ese momento el trabajo de Felipe fue intenso. Junto con sus amigos promovió distintos encuentros con el gobernador Blanco, que tenían como objetivo levantar el destierro de Rizal en Mindanao. En aquellas reuniones con intelectuales y empresarios filipinos, algunas de ellas celebradas en el estudio de Felipe, estaban presentes miembros del ejército entre los que se hallaban nuestro conocido capitán Campos y hasta mi propio padre. Como contrapartida a toda aquella nueva vía de fluida comunicación, el doctor Rizal debía demostrar su legitimidad hacia el Gobierno español, de modo que él mismo solicitó su trasladado a Cuba como médico de guerra.

Mientras Felipe consideraba aquel cambio de relaciones como signo inequívoco de los nuevos tiempos y el triunfo de sus ideales, mi angustia crecía en orden directamente proporcional a su ilusión. Tenía una sensación extraña. Entendía el discurso de Felipe e incluso lo compartía, pero no me gustaba la idea de sentir que traicionaba a Bonifacio y los suyos. Sabía que, pese al rechazo de Rizal, el Katipunan no se echaría atrás. Además, tenía muy presentes las prevenciones de don Francisco de Ayala y la debilidad del ejército español. No había pasado por alto que varias noches atrás Bernardita había multiplicado los cuencos de sal colocados en la puerta de nuestra casa. De la misma forma que intuía la llegada de la temporada de lluvias, presagiaba la llegada de problemas.

En el rincón favorito del jardín, junto al río, noté cómo Bernardita se acercaba hasta mí. Como siempre, parecía capaz de leer mis pensamientos.

—Hazme un favor, niña. No salgas más de viaje y ten a mano esa pistola que te

dio tu marido. Puede que tengamos que utilizarla.

Mis nervios se crispaban y yo trataba de templarlos recuperando mis rutinas. Volvía a visitar la ciudad y, tras visitar clandestinamente el diario donde entregaba mis fotografías, iba a casa de mi madre y justificaba ante ella y las señoras que el embarazo no había prosperado. Me recompensaban con palabras de aliento, recomendándome paciencia y calma y atribuían mi mala cara al empeño frustrado de no poder convertirme en madre.

Mis visitas puntuales a las oficinas del *Diario de Manila* hicieron que tomara contacto y sintonía con los trabajadores que allí desempeñaban su oficio. Uno de los lugares que más me gustaban era la pequeña imprenta. El olor a tinta y papel me resultaba cálidamente familiar y agradable y gustaba de entretenerme mirando las pruebas recién impresas o la forma en que los cajistas componían con los tipos de plomo con aquella habilidad sorprendentemente rápida para leer al revés. Entre todos ellos había un hombre con especial destreza, Teodoro Patiño, con el que yo había entablado una relación más estrecha. Teodoro era un mestizo amable que no había dudado en enseñarme a disponer los tipos en los componedores, mostrándome cómo desarrollaba cada día su trabajo. Aquella inicial sintonía hizo que poco a poco, en mis visitas, el hombre me hablara de su vida, de su casa y su familia, sobre todo de su adorada hermana Honoria, que vivía junto a las monjas en el orfanato de Mandaluyong. Sin embargo, el señor De la Cruz, encargado de las oficinas del diario, no parecía tener en gran estima a Patiño y no tardé en enterarme de que habían tenido una gran discusión días antes debido a que De la Cruz se negaba a aceptar un aumento en el sueldo de Patiño. La cosa había subido de tono y frente a los demás trabajadores de la imprenta, De la Cruz había acusado a Patiño de ser el culpable de la desaparición de varios tipos de plomo de la imprenta, lo que hizo que rápidamente se dispararan las preguntas. ¿Por qué iba a hacer Patiño tal cosa? ¿Por qué iba a robar tipos de la imprenta? ¿Para qué los necesitaba?

Con mano izquierda traté de sonsacarle sobre el tema y pronto pude comprender que su aparente inocencia no era tal.

—Pero le aseguro, señora, que yo no he sido el único que lo ha hecho. Durante varios años se han sacado cuñas, llaves y tipos de plomo de esta imprenta. No voy a cargar yo solo con la culpa y menos por no haber pagado mi cuota.

Teodoro solo podía referirse a una cuota insatisfecha en el pago a sus hermanos masones. Aunque la masonería no era pública, todo el mundo sabía de ella. Contrastaba el fervor religioso de las poderosas órdenes católicas con la propagación de aquella «extravagante afiliación», como mi padre se refería a la masonería. Según él, aquella implantación en las islas se remontaba a épocas carlistas, donde significados masones habían dado con sus huesos en la colonia más alejada del reino. Tampoco era raro pensar que aquella herencia podía haber calado en el movimiento rebelde como lógica y contraria respuesta a los abusos de dominicos, agustinos o franciscanos.

Sea como fuere, no me resultaba extraño oír hablar del pago de aquellas cuotas como muestra del vínculo personal que todos los hermanos miembros debían demostrar y menos extraño aún resultaba pensar que la petición de aumento de sueldo de Patiño guardaba una relación directa con el pago de aquellos atrasos. Por supuesto, por prudencia, no hice referencia a nada de aquello mientras intentaba tranquilizar a un asustado Teodoro.

—Está bien. Cálmate. Lo único que tienes que hacer es continuar con tu trabajo. Y no contar nada de esto a nadie más, ¿me has oído?

Teodoro asintió, aunque noté su nerviosismo antes de despedirnos. Mientras dejaba atrás las oficinas del diario, traté de atar cabos, trastocada por aquella conversación. Aquel tipo de material robado solo podía tener interés para otra publicación y, descartados los medios oficiales, solo quedaba pensar que aquel plomo hubiera sido utilizado para nutrir la paupérrima imprenta de los rebeldes, que necesitaban seguir publicando su propaganda clandestina en la revista *Kalayaan*. Casi con toda seguridad, aquel había sido el objetivo del robo y, tras lo corroborado por Teodoro, era de entender que la mayoría de los trabajadores de la imprenta del diario colaboraban, en mayor o menor grado, con los revolucionarios.

Como yo misma había comenzado a sospechar, la conjura se extendía como una mancha grasienta y no se restringía a pueblos alejados de Manila, sino que se encontraba mucho más cerca de lo que todos pensábamos. Convencida de que la situación estaba a punto de escapársenos de las manos, al llegar al puente de España, donde me esperaba Pedro Mercado, le di una inesperada indicación.

—Llévame al fuerte de Santiago.

Ignoré la sorpresa de Pedro, más preocupada por lo que estaba a punto de hacer que por ninguna otra consideración, y a los pocos minutos me encontraba entrando en el fuerte y solicitando ver a Campos con la intención de advertirle de todo lo que me había enterado. Tras escuchar mi relato, el capitán me miró con la misma dureza con que me había mirado cuando trataba de sacar del fuerte a Bernardita.

—¿Me puede explicar, si no es indiscreción, cómo es posible que esté usted al tanto de las actividades de un simple cajista mestizo de la imprenta del *Diario de Manila*? ¿O quizá es que su criada le ha dado esa información?

Por un momento pensé que había sido un error acudir a él y que mi opción solo llevaría a destapar mi actividad en el diario. No podía proporcionarle datos sobre los encuentros clandestinos de mi marido y tampoco sobre mi encuentro con los rebeldes. Sin embargo, nuevamente y como en el pasado, volví a recabar aquel coraje que no sabía de qué lugar exacto de mis entrañas procedía.

—Bernardita no tiene nada que ver, capitán. Ahora mismo, cómo me he enterado de todo esto no tiene importancia ninguna. Porque lo que de verdad importa es lo que está sucediendo y debe usted entender que es eso mismo lo que me ha traído hasta aquí.

—Que me lleven los demonios, pero otra vez tiene usted razón —dijo el capitán

mientras se volvía hacia la ventana preocupado—. Hace tiempo que la guardia civil viene alertando sobre posibles indicios de conspiración y unos días atrás recibimos una denuncia sobre unas cajas sospechosas en la aduana de Manila. Aunque no conseguimos detener a los responsables del contrabando, descubrimos armas en su interior.

—¿Cuántas? —pregunté temblando.

—Unas doscientas. Y todo nos hace pensar que un notable número ha podido pasar antes de eso por la aduana sin que nos hayamos enterado.

El capitán se volvió hacia mí.

—El gobernador Blanco ya ha decidido dejar su residencia en Malacañán y trasladarse a Intramuros. Hágame caso y haga usted lo mismo. Deje San Miguel y vuelva a Intramuros, donde podamos garantizarle su seguridad. Debemos estar preparados.

—Preparados exactamente para qué, capitán. —Campos se negó a pronunciar ante mí las fatídicas palabras—. Usted mismo le dijo a mi padre que las fuerzas de Manila no eran suficientes para afrontar una sublevación… ¿Qué va a ocurrir? —insistí—. ¿Qué podemos esperar?

El capitán se acercó a mí y me cogió por los hombros.

—Escúcheme, querida. Usted haga lo que le he dicho y deje todo en manos del ejército español. Nosotros nos ocuparemos de velar por todos.

Salí del fuerte con más miedo en el cuerpo del que había traído al llegar.

Ya en casa, y oportunamente informado por Pedro, Felipe no tardó en preguntarme por mi inesperada visita a Campos. Le conté todo lo ocurrido y le urgí la necesidad de volver a Intramuros, al menos hasta que la situación se calmara. Para mi sorpresa, Felipe se negó de plano.

—Todo esto no son más que exageraciones, Lota. Igual que los curas ven un masón a cada paso que dan, los militares alimentan la idea de que viven rodeados de conspiraciones. ¿Por qué debemos variar nuestras vidas en función de las creencias de otros?

—No son imaginaciones, Felipe. No sabes de cuántos hombres podríamos estar hablando.

—Casi con toda seguridad más de los que habrá… Pero, en fin, si te sientes más segura, puedes ir a casa de tus padres.

Su condescendencia me resultó muy parecida a un insulto y mi orgullo salió a relucir.

—Si tú te quedas, yo me quedo.

Esa noche brindamos con vino. Pese a las malas noticias y mis miedos, Felipe estaba de especial buen humor. Se había levantado la orden de destierro sobre Rizal y su llegada estaba prevista en agosto. Recuerdo haberme metido en la cama, algo más que mareada y a la mañana siguiente tener un fuerte dolor de cabeza que inmediatamente Bernardita trató de sofocar con un jugo de papaya.

—Es curioso… —le comenté mientras me lo tomaba—. Recuerdo que ayer por la noche me asomé a la ventana y vi a Felipe andando por el jardín… Y me pareció ver que un hombre se acercaba hacia él… Creo que era Pedro… Y luego los dos se perdieron entre las sombras de los árboles, creo que en dirección al estudio de Felipe.

Bernardita se crispó ante mis palabras, lo suficiente como para que yo me diera cuenta de que algo no iba bien.

—¿Qué te ocurre?

—Nada… Ayer es imposible que vieras a tu marido fuera de la casa. Llovió mucho y, además, Pedro estuvo fumando con nosotras hasta bien tarde. Habrán sido imaginaciones tuyas.

—Sería el vino —dije sintiéndome algo culpable—. Desde que volví de Singapur, bebo demasiado.

—Eso será…

Bernardita volvió a escaparse de mi mirada. Algo me decía que ella sabía más de lo que quería contarme, así que decidí no preguntarle más. Salí a mi rincón favorito con la intención de despejar mi dolorida cabeza y no tardé en encontrarme con Pedro, que iba hacia el embarcadero. Sus zapatillas estaban llenas de barro y le llamé la atención al respecto.

—Sí, señora. Ayer pasé casi toda la noche fuera, tratando de amarrar bien las barcas para que no se las llevara el viento.

Guardé silencio y Pedro me miró desconcertado.

—¿Le ocurre algo, señora Carlota?

—No, Pedro… Todo está bien… Estaba pensando que me gustaría construir un pequeño *bahay* en este rincón del jardín. Suficiente para sentarme y guardarme del sol… ¿Crees que podrás hacerlo para mí?

El criado me prometió que así lo haría y se marchó. Mientras lo veía caminar pensaba en qué razones habrían llevado a Bernardita a mentirme sobre lo que había ocurrido la noche previa.

# 14

Me encontraba en casa de mis padres cuando recibimos la inesperada visita de Fermín Costa. Sus manos seguían siendo terriblemente huesudas y su voz se me hacía tan desagradable como siempre, pero esta vez noté algo distinto en él. La ansiedad por quedarse a solas conmigo. Tuvo su oportunidad cuando mi madre se retiró para atender asuntos que solicitaban su presencia en la cocina. Costa no perdió el tiempo.

—Querida niña. Sabes que siento verdadero aprecio por tu madre y por eso no podía dejar de advertirte. El provincial de franciscanos, en representación del resto de los superiores, se va a entrevistar con el gobernador Blanco para exponerle el temor de algunos párrocos de Tayabas y La Laguna, al respecto de una enorme conspiración rebelde.

—¿Y todo eso qué tiene que ver conmigo?

—Más bien con tu marido. Deberías advertir a Felipe para que dejara de facilitar esos encuentros entre sus amigos y Blanco. Si todo esto explota, puede ser significado, y mucho me temo que ni el poder de su padre ni su apellido podrán hacer nada por él. Andar en compañía de esos que solo atienden a las llamadas de los presbíteros seculares no es bueno.

—¿Es una amenaza, señor?

Por supuesto, Costa hizo de Costa una vez más. Con sus frías manos cogió las mías y dibujó una mueca en la cara que pretendía simular una sonrisa.

—Hija mía. Parecieras no conocerme. Tan solo es una cristiana recomendación.

No tardé en contarle a Felipe la advertencia que había dejado caer Costa, que era tanto como hablar de la posición oficial del arzobispo Nozaleda. Felipe no era tonto. Sabía, como casi todos los medianamente informados en Manila, que la Iglesia se encontraba en franco enfrentamiento con el gobernador. Ramón Blanco, marqués de Peña Plata, se había convertido en una pieza incómoda que no respondía a sus intereses y que, sin embargo, abría los brazos a la conjura masónica y a la secularización del clero. Le reprochaban una y otra vez sus contactos con intelectuales, empresarios y significados filipinos, herederos de la llama que había prendido Rizal. Algunos españoles se encontraban a su lado y entre ellos, destacaba la figura de mi marido.

—¡Esos malditos curas! Ven la posibilidad de perder lo que durante tanto tiempo le han robado a este pueblo y no están dispuestos a hacer concesiones. Pero deben respetar el valor del Gobierno y entender que se acabó para siempre esa frailocracia que vienen disfrutando desde Felipe II. No habrá orden si la Iglesia no queda desligada para siempre del poder que entre todos hemos querido otorgarle. ¡En mala hora los gobiernos de estas islas decidieron que los frailes debían convertirse en

centinelas de estas tierras donde no llegaba el ejército!

—¿De verdad crees que es tan fácil cambiar lo que ha sido ganado durante siglos? ¡Por favor, Felipe! Esta es una mano perdida.

—No, si tenemos al Gobierno de nuestro lado. Han accedido a levantar el exilio del señor Rizal y dentro de unos días llegará a Manila. Eso es lo que les pone nerviosos. Ver que las cosas pueden cambiar.

Las razones de Felipe, supongo que como las de mi propio padre y el mismo Rizal, respondían a una lógica coherente y deseable. Pensaban que todo podía variar, que siguiendo el orden lógico de los tiempos estábamos abocados a aceptar los cambios y que una Iglesia que todavía imponía formas medievales debía apartarse del camino. Sin embargo, otros muchos mirábamos aquellas iniciativas con temor, porque en el fondo sabíamos que la lógica no necesariamente dirigía nuestros destinos, mucho menos cuando tantos intereses estaban en juego: por un lado, los de la Iglesia, por otro, los de la propia sociedad secreta de los katipuneros. Todo iba a saltar por los aires.

No tardé en enterarme de que el párroco agustino de Tondo había dado la alarma definitiva sobre la conspiración de los katipuneros. La información la había obtenido a través de Honoria, la hermana de Patiño. Desoyendo mi consejo, Teodoro había contado a su querida hermana lo que estaba sucediendo, y esta no había dudado en ponerlo en conocimiento de las monjas con las que vivía. Solo era cuestión de tiempo que la información llegara a oídos del párroco de la diócesis y este lo denunciara ante el gobernador Blanco, aportando datos concretos sobre la amenaza que se cernía sobre Manila. En Tapusí había concentrado un ejército de casi mil quinientos hombres y, en total, entre Manila y pueblos cercanos, el Katipunan contaba con casi dieciocho mil. Inicialmente Blanco había desoído la denuncia del párroco y no había hecho gran cosa, lo que había encendido los ánimos de agustinos, recoletos y dominicos, sobre todo después de que atacaran varias de sus haciendas en la provincia de Cavite y nos llegaran noticias de los primeros asesinatos de frailes en esa comarca, a pesar de que, al contrario que Bonifacio, Emilio Aguinaldo era célebre por su profunda creencia cristiana.

En medio de aquella tensión creciente, las acciones se precipitaban. No quería visitar el diario, sobre todo después de que el caso se destapara a través de la inoportuna confesión de Teodoro. A esas alturas ya esperaba lo peor y había dado órdenes tanto a Bernardita como a Josefa y Trinidad para que estuvieran preparadas por si teníamos que trasladarnos a Intramuros. También, sin que Felipe lo supiera para que no cundiese la alarma, había dado instrucciones de que se fuera acumulando comida no perecedera. Nuestros nervios crecían por momentos.

Estábamos todos reunidos en casa de mis padres cuando el señor Ayala llegó con las malas noticias. El descubrimiento oficial de la asociación secreta había obligado a los katipuneros a ponerse en marcha y, como todos nos temíamos, a Blanco solo le quedaba una salida.

—El gobernador ya ha enviado el telegrama a don Tomás Castellano.

Contuvimos la respiración mientras a nuestro sepulcral silencio se unía la callada presencia del servicio de la casa, también deseoso de saber qué era exactamente lo que ocurría. Evidenciando su profundo estado de nervios, el señor Ayala sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió el sudor de la frente al tiempo que trataba de hablar sin que temblara su labio inferior.

—Me temo que es cuestión de horas que sea declarado el estado de sitio.

La sombra de la guerra lo llenó todo de un silencio aún más hondo, solo roto por el llanto casi histérico de mi madre, que sin contenerse repetía una y otra vez que terminaríamos peor que Cuba. Tras intentar tranquilizarla y sacarla del salón principal, tuve el tiempo justo para volver a incorporarme junto a los hombres y escuchar los pormenores del telegrama remitido por Blanco al ministro de Ultramar. En él, el marqués de Peña Plata, como no podía ser de otra manera, justificaba su inmediata reacción al conocer la noticia y aclaraba que se había detenido a veintidós personas, entre las que se hallaban varios miembros de la Asociación Hispano-Filipina, el director del diario *La Paz* y el secretario de la Logia Gran Oriente Español, amén de haberse incautado muchos documentos sustanciales para la conjura.

—Así que Blanco coloca a los masones en el punto de mira —dijo mi padre con aquel gesto que ponía mientras pensaba a la vez que hablaba.

—Todo apunta a que son los causantes de este descalabro.

—¿Y qué es lo que prueba que los filibusteros estén relacionados con la Asociación Hispano-Filipina o el Gran Oriente Español? ¿O más bien los frailes estaban hartos de ese movimiento de propaganda en su contra y han encontrado el momento perfecto para acusarles de traición?

Mientras mi padre escarbaba en los verdaderos motivos de la situación a la que habíamos llegado, me di cuenta de que Felipe ya no estaba en el salón. Me acerqué a la cocina y, disimuladamente, me asomé al patio. Desde la entrada de arriba tenía una visión privilegiada del zaguán, y pude ver cómo mi marido, especialmente preocupado, despachaba con Pedro, que no tardó en salir a toda prisa de casa. Me acerqué a Felipe muerta de miedo.

—Creo que vendrán a detenerme —me dijo.

—Pero ¡nosotros no pertenecemos al Katipunan! ¡Al contrario!

—Tampoco somos masones y sin embargo coincidimos en sus planteamientos. ¿Crees que les importará?

Me cogió las manos con contundencia, tratando de infundir seguridad en mi flaqueante ánimo.

—No van a conformarse con detenciones y registros en Madrid. Buscarán culpables y no los buscarán lejos de aquí —dijo Felipe con un aplomo casi gélido—. El gobernador querrá mostrar a Madrid que tiene todo bajo control.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Recordaba la amenaza de Costa y había

conocido de cerca las celdas del fuerte de Santiago. ¿Sería posible que nos acusaran injustamente y terminar pagando por formar parte de una confabulación en la que no habíamos participado? Yo misma sabía la respuesta. Un estado de excepción podía justificarlo todo.

Los días posteriores vivimos entre angustia, incertidumbre y una gran tensión. Temporalmente y por seguridad, Felipe y yo, junto a los criados, nos trasladamos a Intramuros. Dentro de la ciudad me encontré con un ambiente muy distinto al que estaba acostumbrada. Las mujeres parecían haberse recluido en las casas escondidas en sus plegarias, había poco movimiento y destacaba un silencio extraño, como si las calles se hubieran quedado envueltas en un insólito hechizo que las mantenía en el letargo. Tan solo había cierto ir y venir de los hombres en busca de aprovisionamiento, principalmente maderos para hacer contrafuertes en las frágiles ventanas de capiz, pensadas para proporcionar frescor a las casas, pero en absoluto preparadas para salvaguardarnos de una insurrección. En la memoria de todos permanecía el motín de Cavite ocurrido veinticuatro años antes y que, a pesar de lo rápido que fue sofocado, culminó con el ajusticiamiento de tres religiosos seculares. Parecía que el tiempo nos devolvía a aquel momento, solo que ahora las circunstancias eran otras y el grupo rebelde estaba mejor dispuesto que en el pasado.

Efectivamente, pronto recibimos noticias desde Madrid. Los locales y las oficinas de la Asociación Hispano-Filipina y los del Oriente Español habían sido registrados. Miguel Morayta, su presidente y gran maestre de la masonería española, había logrado escapar a Francia y poco después leeríamos en los periódicos cómo negaba cualquier implicación con la traición. Según él, jamás habían hecho política en Filipinas y exigía que el peso de la ley cayera sobre los verdaderos culpables.

Pero los culpables no llegaron. Mi padre no tardó en recabar nueva e inesperada información. No se había conseguido ninguna prueba de la participación de los detenidos en la revuelta, lo que determinó su inmediata puesta en libertad. De esta manera Blanco quería dar por abortada la conjura en Manila, suponíamos que consciente de los peligros relativos a la que, como ya sabíamos por Campos, era nuestra debilitada defensa.

Respiramos aliviados, pensando que la situación se había atajado antes de convertirse en irremediable, pero, a punto ya de dar la situación por resuelta y plantearnos volver a San Miguel, escuchamos los gritos desde las calles cercanas a la casa de mis padres. Los ánimos permanecían crispados y temíamos que las noticias que nos habían llegado de Blanco no respondieran a la realidad y que la sublevación todavía continuara activa. Siguiendo instrucciones de Felipe, Pedro regresó con noticias.

—La gente se ha echado a la calle, señor. Ante la Capitanía General y el palacio del Arzobispo reclaman justicia.

—¿Justicia?

—Exigen que los culpables de la conjura sean detenidos. Piden que la autoridad sea firme y entregue a los cabecillas.

Solo había una razón para que los españoles de Intramuros se movilizaran de aquella manera y no podía ser otra distinta a que los púlpitos hubieran ejercido su poder siguiendo órdenes de Nozaleda. No me cabía la menor duda de que las advertencias de Costa cobraban ahora un valor distinto y de enormes dimensiones. Blanco había decretado el estado de guerra y no solo el Katipunan se había puesto en marcha. También la Iglesia, harta de las medias tintas del gobernador, había asumido la nueva situación dispuesta a sacar partido. Los rebeldes pretendían el desgaste español, y las órdenes religiosas, la destitución de Blanco para colocar a alguien más favorable a sus intereses al frente de las islas. Unos y otros querían sacar provecho de la revuelta y se negaban a cerrarla en falso. La guerra, lejos de terminar, apenas había comenzado y solo tuvimos que esperar unas horas para saber que la sublevación en Novaliches, Pineda y Caloocan era un hecho.

Dado el estado de nervios de mi madre, había decidido quedarme en su casa mientras Felipe y mi padre salían y entraban en busca de las noticias que iban llegando en lenta y desesperante cadencia. Mi madre se había encerrado en su cuarto y los miembros del servicio corrían de un lado para otro, perdidos, asustados y sin rumbo. Reparé en que Bernardita, siempre al mando de estas situaciones, había desaparecido de aquel escenario. Por un momento pensé que podía haber salido de la casa, pero rápidamente Josefa y Trinidad me aclararon lo que estaba sucediendo: la implicación directa en el ataque a Manila de Andrés Bonifacio —familiar lejano de Bernardita, pero familiar al fin y al cabo— había despertado antiguos miedos. La encontré en la cocina, llorosa y rodeada de las otras mujeres del servicio.

—Ahora vendrán otra vez a por mí, ¿verdad? —me preguntó con los ojos arrasados.

No supe qué contestar. Recordé las palabras de Felipe, el peligro que se cernía sobre todos nosotros, estuviéramos o no implicados en la insurrección.

—Pero antes de volver al fuerte prefiero matarme. No volveré a esas celdas. ¡No lo haré!

Bernardita se acercó peligrosamente a los cuchillos de la encimera. Pero no era momento de histerias ni mayores alarmas.

—No digas tonterías —ordené tajante mientras la separaba de los cuchillos—. Nadie va a salir de esta casa si no es por su propia voluntad y tampoco va a entrar nadie en ella sin nuestro consentimiento. ¿Me habéis oído bien?

El servicio en pleno asintió, creo que un tanto sorprendidos por mi genio.

—Lamentablemente, estamos sitiados y no podéis salir de Intramuros. Si vuestras familias están dentro de la ciudad, podéis ir con ellas. Si os quedáis aquí, tendréis que arrimar el hombro. Lo primero que debemos hacer es reforzar las ventanas. Y vosotras encargaos de la despensa. No sabemos cuánto tiempo durará esta situación,

pero, pase lo que pase, tenemos que estar preparados. —Me volví hacia Bernardita—. ¿Me habéis oído bien?

Tanto ella como el resto del servicio acataron las órdenes de inmediato. Mi energía también había conseguido transmitir calma a Bernardita, que rápidamente se colocó al frente de la situación. Una vez que me supe sola en la cocina, caí desplomada sobre una de las sillas. Sudaba y notaba cómo hervían mis mejillas, pero no tardé en percibir que alguien me miraba. Me di la vuelta de inmediato y vi la figura de mi madre en la puerta que comunicaba la cocina con el salón. No sabía cuánto llevaba allí, pero su mirada, fija sobre mí, me hizo sospechar que lo suficiente como para haberme escuchado arengar al servicio. No hablamos, tan solo cruzamos las miradas: desvalida y rendida la suya, desconcertada y culpable la mía. Me levanté y traté de acercarme, pero justo en ese momento ella dio media vuelta y enfiló el comedor y luego el gran salón camino de su cuarto. Al verla perderse por aquella fuga de estancias, empequeñeciéndose a cada paso, no pude evitar sentirme culpable, como si supiera que acababa de robarle lo único que hasta ese instante había sido de su entera propiedad, como si la flaqueza que había demostrado aquellos días inciertos le hubiera hecho perder el dominio de su propia casa. Creo que fue la primera vez que tuve consciencia plena de que mi madre poco a poco se iba perdiendo, como si su dibujo se estuviera borrando y difuminándose a la vista, como si se estuviera convirtiendo en una sombra, silenciosa y volátil, más y más imperceptible a cada hora que pasaba.

Los tres días siguientes fueron terribles. Casi no nos llegaban noticias y las pocas que obteníamos eran desalentadoras. Al grito de Balintawak, aparte de en Manila, la insurrección armada se había extendido en Bulacán, Pampanga, Nueva Écija, Tarlac, La Laguna, Batangas y Cavite. Que el estado de excepción se decretara en ocho provincias daba una idea clara de la grave dimensión del asunto. Los sublevados dominaban Manila y sitiaban Intramuros al tiempo que se hacían con grandes extensiones de Cavite y todo apuntaba a que Mindanao, donde siempre habían existido hostilidades con los indígenas musulmanes, se uniría a la rebelión.

Mi padre y Felipe no paraban de echar cuentas mientras nuestro ejército defendía la ciudad.

—Al ejército se han sumado la guardia civil veterana y unos cien números del mismo Instituto de los Tercios 20, 21 y 22. Más algunos infantes de marina y toda la marinería de los cruceros anclados en el puerto.

—Pero, salvo oficiales y artilleros, el ejército está formado en su mayoría por soldados filipinos —apuntó Felipe.

De las palabras de mi marido solo se podía deducir el enorme temor que despertaba la insurrección dentro de nuestras filas. Más de nueve mil almas de aquel ejército eran indígenas con filiaciones más o menos claras con los rebeldes. Si se unían a su causa, estaríamos definitivamente perdidos.

Por fortuna, la llegada desde España de barcos cargados de tropas vino a sofocar

este temor, neutralizando posibles escisiones internas al tiempo que contenía a los hombres de Bonifacio en las inmediaciones de Manila. La respuesta del gobernador no se hizo esperar, en forma de juicios sumarísimos.

Estábamos a finales de aquel terrible mes de agosto cuando Pedro llegó con urgencia a casa. No era la primera vez que desaparecía jornadas enteras y regresaba a horas intempestivas, con informaciones sustanciales sobre el estado de las revueltas. Aquel día fue distinto.

—Tenemos que marcharnos cuanto antes, señor. —Se dirigió con premura a Felipe—. Conozco una salida segura para abandonar Intramuros.

—¿Estás loco? La ciudad está sitiada. Es más seguro permanecer dentro que fuera.

—No si va a ser usted acusado de alta traición.

Felipe calló unos instantes. Yo también contuve el aliento, escuchando toda la conversación escudada tras la puerta.

—¿Quién ha puesto mi nombre sobre la mesa?

—No lo sé a ciencia cierta… Quizá los propios hombres de Bonifacio. Han visto los soldados que llegan en los barcos y tratan de aumentar las deserciones en el ejército y la guardia civil… y también acusan a españoles influyentes para ganar simpatizantes.

—Entonces, si vienen a por mí, explicaré esto mismo que tú me has dicho. ¿Qué solidez puede tener una acusación sin origen?

—Señor, el doctor Rizal se negó a aceptar la oferta de Bonifacio y los suyos para sumarse a la rebelión y salir en un barco rumbo a una plaza segura, pero su negativa no ha servido nada. Ya ha sido detenido.

Salí de mi escondite y me acerqué a Felipe. Nuestras miradas se unieron, presas de la preocupación. Si Rizal había sido detenido, cualquiera de sus amigos o seguidores podía correr la misma suerte.

—Debes marcharte con Pedro, Felipe. No tienes demasiado tiempo.

—No puedo dejarte aquí.

—Yo estaré bien. Busca un lugar seguro donde permanecer hasta que las cosas se calmen.

—Lota, yo…

Coloqué mi mano en sus labios impidiendo que dijera nada más. A pesar de sus ojos vidriosos, Felipe sonrió y me abrazó. Mientras lo hacía, mi mirada se quedó fija en Pedro. A pesar de que nuestra manera de conocernos había sido conflictiva, a esas alturas reconocía en él una preocupación sincera y entregada por Felipe, así que no dudé en extender mi mano hacia él.

—Cuida de mi marido. Sé que a tu lado estará seguro.

—Descuide, señora.

La partida de Felipe fue cosa de minutos. Me asustaba pensar que lo descubriesen en aquella huida. Sabía que su única opción era salir de Intramuros, aunque esto

también le dejaba expuesto a los numerosos peligros del camino, si a su paso se topaba con alguna facción de los insurrectos. Había dudado en entregarle el colgante que me había dado Bonifacio, pero finalmente descarté esa opción. Si el Gobierno había ordenado perseguirlo, estaría más libre de peligro con los katipuneros que con el ejército, y si al final estos últimos lo apresaban, mejor que no llevara consigo ninguna prueba de su vínculo con los rebeldes. Además, confiaba en que la red de información de Bonifacio, tal y como él mismo me había demostrado, siguiera operando con eficacia y tanto Felipe como Pedro terminaran bajo su protección, al menos hasta que todo se calmara.

No tuve que esperar mucho para comprobar que la advertencia de Pedro tenía fundamento: esa misma tarde un par de guardias se presentaron en casa de mis padres preguntando por Felipe.

—Hace días que no lo he visto, señores. Se marchó hacia San Miguel para vigilar nuestros intereses.

—¿Qué quieren de mi yerno? Deben saber que soy amigo personal del gobernador. ¿Quién les ha dado la orden de venir a mi casa?

Por supuesto, los guardias no revelaron sus órdenes, pero al marcharse vi a mi padre mucho más nervioso de lo que hubiera deseado.

—Ahora mismo no sé si será más perjudicial que beneficioso para Felipe que su padre esté al tanto de que la guardia le busca. Ayala es capaz de vender a su propia sangre si huele que sus negocios pueden correr peligro.

De aquella manera, con la complicidad de mi padre, se inició la agónica espera de aquellos inciertos días.

# 15

A finales de aquel agosto todo se había precipitado y mi preocupación sobre el estado de Felipe ya no me abandonaría. Gracias a sus contactos con Capitanía General y su directa amistad con Campos, mi padre visitaba asiduamente al señor Rizal en el fuerte de Santiago y me mantenía al tanto de todo lo que ocurría. En aquellos días comencé a tener la verdadera necesidad de estar al corriente de cada detalle, supongo que con la esperanza de encontrar una posible salida para aquella descontrolada situación. Pero las noticias que me llegaban no eran buenas.

Por un lado, los rebeldes en Cavite, al mando de Emilio Aguinaldo, se hacían fuertes y habían decidido formar su propia república. Mientras Bonifacio perdía potencia en los alrededores de Manila, Aguinaldo había sido elegido presidente y comenzaba a hablarse de lucha interna entre los dos jefes dentro del grupo revolucionario. Temíamos seriamente que si el Katipunan se dividía en facciones, se haría mucho más incontrolable y peligroso. Por otro lado, pese a las pequeñas victorias del ejército, ya se habían puesto en marcha los resortes de agustinos, recoletos, franciscanos y dominicos en defensa del antiguo orden. El gobernador Blanco, tan cercano a las ideas de mi padre, no complacía a las órdenes religiosas, que buscaban sentar a un militar decidido y contundente en Malacañán. Mi padre se revolvía, rojo de ira, asegurando que la conspiración contra el gobernador había comenzado a ejecutarse a través de los comisarios procuradores de las órdenes en Madrid, que se habían ocupado de mantener distintas reuniones con el ministro de Ultramar y luego con la reina regente. Según mi padre, Blanco había montado en cólera y, como respuesta inmediata, había impuesto un control férreo de las comunicaciones con el exterior. Técnicamente, nos encontrábamos en guerra y aislados.

Mi madre continuaba sumida en una profunda tristeza y rara vez salía de su habitación, si no era para comer o asearse. Había perdido el apetito, casi no hablaba y en su mirada seguía presente aquel velo turbio que parecía convertirla en otra persona. Mi padre trataba de ignorar el hecho a las horas de las comidas, supongo que incapaz de entender qué le estaba ocurriendo, y yo, por mi parte, aún me culpaba en parte de aquel proceso de aislamiento, ya que casi desde el comienzo del conflicto el servicio recurría a mí en busca de las instrucciones indispensables para garantizar el funcionamiento de la casa.

En medio de aquella situación, recibimos la visita de Fermín Costa para anunciarnos su inminente partida a Hong Kong y oficializar su despedida. Por supuesto, mi padre se negó a recibirle y fui yo quien lo hizo.

—No quería irme sin despedirme de su madre.

—Pues lo siento mucho, pero ahora está en la cama. Lleva indispuesta desde que empezó esta situación… Lo habría sabido si hubiera venido antes a visitarnos.

—Lamentablemente, como bien dices, lo complicado de esta situación me ha impedido hacerlo —dijo mientras unía sus manos lívidas—. En cualquier caso, me gustaría que le transmitieras mis mejores deseos mientras estoy fuera acompañando al arzobispo.

—¿Por qué abandonar Manila cuando más se les necesita, padre?

—Porque mi deber está junto a su excelencia el arzobispo.

El paso del tiempo y nuestras escasos aunque significativos encuentros habían conseguido que Costa y yo habláramos con sobreentendidos llenos de cargas de profundidad, supongo que incapaces de disimular nuestros respectivos rechazos.

Tras su contestación, Costa acarició mi cara con gesto de superioridad.

—No debes dudar por un momento que todos nuestros desvelos estarán siempre del lado de estas benditas islas y las almas que las habitan, hija mía. Como bien sabe tu madre y, como supongo, tú y tu marido tenéis en cuenta.

—Descuide, padre. Como no podría ser de otra manera, sus palabras siempre están presentes en nuestras vidas. Daré recuerdos a Felipe.

—En cuanto vuelvas a verlo.

Su comentario no tenía nada de ingenuo. Costa sabía que Felipe podía ser acusado de traición y que se había marchado sin dejar rastro. También quería que yo recibiera el mensaje por lo que pudiera venir en el futuro.

Pronto llegó a nuestros oídos por qué Nozaleda, astutamente asesorado por Costa, había decidido salir de Filipinas con destino Hong Kong. Auspiciado por la autonomía que ofrecían los padres dominicos, era libre de contactar telegráficamente con Madrid para informar de la situación en la colonia sin sufrir censura en sus mensajes. Los cables que el arzobispo había enviado al Gobierno aparecieron publicados en *El Imparcial*. En ellos se criticaba abiertamente la inacción y torpeza de Blanco y se reclamaba el inmediato nombramiento de un nuevo gobernador.

Mientras esta guerra se libraba lejos de nuestra influencia, en casa habíamos pasado a vivir cierta calma. Las acciones rebeldes se habían alejado de Manila y se libraban con mayor fuerza en Cavite, a partes iguales entre el ejército y los insurrectos y entre las escisiones que se habían generado entre Bonifacio y Aguinaldo. Más tranquilos, a pesar de las lógicas restricciones, pudimos quitar los contrafuertes de las ventanas e incluso, a las horas convenidas, movernos fuera de la ciudad murada, lo que inmediatamente se tradujo en un ánimo renovado, como el aire fresco que limpia la condensación de una habitación cerrada.

No había vuelto a ver a Felipe desde su intempestiva salida, pero estaba tranquila. Se encontraba bien porque, no sabía muy bien cómo, Pedro se las había ingeniado para hacer llegar a Basilio un mensaje donde se me aseguraba que se hallaba en la zona norte, sin especificar nunca el lugar concreto de su paradero. Había que ser especialmente precavido a la hora de recibir estos mensajes, puesto que, desde la

visita de los dos soldados que vinieron a preguntar por su paradero, vigilaban nuestra casa. Secundada por Bernardita solía mover las ventanillas y observar a aquellos soldados que nos vigilaban. Por lo general hacían su guardia durante las tardes, y por la noche solo quedaba uno de ellos, que a no mucho tardar caía dormido. El paso de los días me hacía mirarlos con cierta ternura, recordando las palabras de Campos sobre el triste destierro que para un humilde y llano español implicaba estar al otro lado del mundo, tan lejos de los campos de Castilla o el azul del Mediterráneo.

—Quiero que cada noche, sea quien sea el soldado que esté haciendo guardia frente a la casa, reciba un plato de comida caliente.

Bernardita trató de replicar: aquella iniciativa podría entrañar peligro al denotar que éramos conscientes de su presencia, pero yo no me apeé de mi decisión. Sabía que, sin testigos, el hecho de aceptar el plato no podría comprometer a los soldados. Desde la primera noche que recibieron la comida, agradecidos, solían mirar hacia las ventanas de la casa y nos dedicaban un gesto de gratitud que inmediatamente logró reconciliarme con aquella paradójica y desconcertante situación.

Tuvimos que esperar hasta diciembre inmersos en aquel estado para comprender que las acciones de Nozaleda habían dado su fruto. Mi padre anunció con tono fúnebre que Camilo García de Polavieja llegaba para hacerse cargo de la Capitanía General y el mando de las islas. El traspaso de poderes no fue fácil. Blanco no había recibido orden directa de destitución y se negaba a abandonar su cargo, con lo que Polavieja tuvo que esperar para ocupar oficialmente su puesto y aquello generó unos días de incertidumbre donde los mandos militares no sabían qué órdenes debían seguir.

El capitán Campos llevaba muchos años a las órdenes de Blanco, pero también conocía sobradamente a Polavieja, con quien había coincidido en Puerto Rico. Aseguraba que si había alguien capaz de esperar ese era Polavieja, que, desde luego, respondía al perfil que las órdenes religiosas estaban buscando: un militar de carrera, recto y estricto al que no le temblaría la mano a la hora de poner orden. Desde el mismo momento en que pisó tierras filipinas, todo comenzó a cambiar. Mi padre desplegó un gran mapa al tiempo que trataba de explicarme la iniciativa del recién nombrado capitán general.

—Según Campos, Polavieja piensa dividir las islas en tres comandancias generales para garantizar su defensa de forma más eficaz. Aquí, la comandancia de Manila y Morong al mando de Zappino. En el centro la de Luzón, con De los Ríos al mando.

Mi padre desplazó la mano hacia el sur, marcando insistentemente un imaginario círculo.

—Y por último la más importante ahora mismo: la comandancia de Laguna, Batangas y Tayabas al mando del general Lachambre, y compuesta por cuatro brigadas al mando de otros cuatro generales.

Efectivamente, la División Lachambre no tardó en ponerse en acción, iniciando

en su comandancia una fuerte ofensiva contra los rebeldes que se encontraban a su vez divididos por sus luchas internas. Polavieja cumplía lo que había prometido: se desmarcaba del supuestamente tibio gobierno de Blanco, y la gente, reunida en torno a la Capitanía General, celebraba sus estratégicas victorias. Todo parecía perfecto hasta que su implacable contundencia vino a jugarle una mala pasada, determinando una decisión que cambiaría la vida de todos nosotros para siempre.

El doctor Rizal llevaba meses en prisión pese a no haberse probado su nexo con los rebeldes y haber negado activamente ser parte de la revolución. De alguna manera guardábamos la esperanza de que las victorias sobre los insurrectos serían la antesala de su puesta en libertad y en este sentido mi padre había hablado en su defensa, recordando una y otra vez, ante todo aquel que quisiera escucharlo, que el propio Rizal había dado repetidas muestras de patriotismo y que incluso se había postulado para ocupar un puesto de médico en Cuba. A mediados de diciembre, mi padre había regresado del fuerte de Santiago de buen humor, asegurando que Campos le había adelantado que iban a trasladar a Rizal. Nos abrazamos, sinceramente emocionados, satisfechos de recibir una buena noticia después de tantos días negros. Pero nuestra alegría duró muy poco. Días después nos enteramos de que habían vuelto a llevarlo a prisión e incluso lo habían ubicado en una de las celdas principales, más alejadas del río, por lo general destinadas a los sujetos que esperaban un juicio sumario. Mi padre salió hacia el fuerte de Santiago dispuesto a recabar novedades y horas después llegó a casa lívido. No le habían dejado hablar con Campos, pero se había enterado de las malas noticias.

—Polavieja ha ratificado su sentencia de muerte.

—No puede ser. —Estaba completamente desconcertada—. ¡Pero si no se ha probado nada contra él!

—Le acusan de ser instigador de los rebeldes. No hay nada que hacer.

—Pero ¿te lo ha dicho Campos?

—Campos no estaba en el fuerte. No sé dónde lo han destinado. Todo era un caos de idas y venidas.

Mi padre se hundió en su butaca. Tenía los ojos vidriosos.

—Al salir, un teniente me preguntó si era amigo de Rizal y, de pronto, sentí miedo, Carlota… —dijo con voz temblorosa—. Mucho miedo.

Me acerqué a él y acaricié su mano, tratando de calmarlo.

—No tienes que torturarte. Es normal.

—Lo negué, Carlota. —Me miró al tiempo que una lágrima caía por su mejilla. Jamás lo había visto así—. Negué conocerlo y ser su amigo. ¿Comprendes?

Me quedé muda, incapaz de articular palabra tras la demoledora confesión de mi padre. No se trataba solo de un acto de cobardía. Mi padre no solo había negado a su amigo, sino que, al hacerlo, había destruido aquel principio que había regido su vida entera, ese lema ilustrado del Ateneo que tantas veces había invocado delante de mí y que de un plumazo se había volatilizado aquella tarde. Aun en silencio, me acerqué al

mueble donde guardábamos los licores y cargué un vaso que tendí a mi padre. Permaneció toda aquella tarde bebiendo y lloroso, hundido en su butacón.

Salí al patio y recordé la última vez que me había encontrado con el señor Rizal, justo en aquel lugar. Y en ese momento me di cuenta de que ya no recordaba su rostro.

El ajusticiamiento quedó fijado para finales de diciembre. Un día antes de recibir el final de aquel año nefasto, Rizal emprendería el camino que iba a conducirle al campo de Bagumbayan, donde le esperaría un pelotón de fusilamiento.

La noche anterior permanecí despierta y preparé a conciencia mi cámara. Plegué el fuelle y la guardé en su caja de madera, donde ya había colocado un chasis que, previamente y aprovechando la oscuridad de la noche, había cargado con la placa bañada de bromuro. Antes de que amaneciera bajé hasta el zaguán, donde Basilio me esperaba con el coche dispuesto. Le pedí que me llevara hasta la Puerta Real, que flanqueé sin demasiados problemas tras dar las oportunas explicaciones sobre una necesaria visita a una finca del este. Una vez en las proximidades del campo, cerca del paseo de la Luneta, Basilio me ayudó con la cámara y el trípode. Juntos recorrimos la distancia hasta llegar a una parte abierta del campo donde se concentraban unos cuantos testigos y allí dispuse mi cámara. La distancia era considerable, pero creí distinguir al señor Rizal con traje oscuro, como siempre menudo y delgado. Una vez asentada la Merveilleux, coloqué el chasis en su trasera y miré a través de la lente. Vi cómo un sacerdote estaba a su lado. Un poco más retirados, su familia y aquella extranjera, Josephine, con la que decían que se había casado en el exilio. Moví el fuelle de la cámara para ajustar el enfoque. El pelotón, compuesto mayoritariamente por filipinos, se dispuso ante el reo. Detrás de la primera línea de tiro se situaba una segunda, por si alguno de los soldados se negaba a cumplir órdenes. Rizal parecía entero y se había negado a que sus ojos fueran vendados, así que le obligaron a darse la vuelta para no mirar de frente a sus verdugos. Sabía que faltaban muy pocos instantes para su final y, de pronto, tuve la sensación de que el tiempo se detenía, denso y casi irreal.

Retiré la tapa del chasis de la cámara y esperé unos segundos. Cerré los ojos y, por fin, la imagen del señor Rizal volvió a mi memoria con gran nitidez. Me miraba fijamente y me guiñaba un ojo en señal de complicidad. En medio de aquella neblina de sentidos amortiguados creí escuchar la orden de fuego y pocos instantes después los disparos no solo terminaron con el silencio del campo llano de Bagumbayan. Volví a abrir los ojos y su imagen desapareció. Coloqué la tapa en el chasis y me separé de la cámara sin saber si había tomado o no aquella fotografía. A lo lejos intuí su cuerpo inerte tendido en el suelo frente a un grupo de soldados que permanecían inmóviles.

Sin poder aguantar más, le pedí a Basilio que me ayudara a recoger la cámara y me di media vuelta, tratando de caminar cada vez más deprisa. Tardé unos minutos en advertir que era el llanto lo que me nublaba la vista hasta el punto de que casi no veía.

Nadie reparó en nuestra presencia. Tampoco en nuestra retirada.

Aquella mañana, junto a Rizal, había muerto la niña del pasado. En su lugar solo quedaba yo, consciente como nunca antes de que en ese preciso momento comenzaba el final.

**SEGUNDA PARTE**

# REVELACIÓN

# 16

La muerte de José Rizal resultó un hachazo imprevisto que nos hizo envejecer de pronto, como si tomáramos razón de una realidad que hasta ese momento no había sido relevante. Ebrios de nuestras pequeñas hazañas, infelices con nuestros mínimos fracasos, diminutos en general, sin mirar más allá, sin valorar la dimensión que nuestra situación nos otorgaba, incapaces de asumir los errores como un aprendizaje, henchidos de ego, estancados en un tiempo que llegaba a su fin, que ansiaba respuestas que no terminaban de tomar forma y que nosotros mismos no estábamos dispuestos a escuchar. Una muerte, tan solo una muerte sería la señal que iba a enseñarnos la ruta y el final de aquel túnel.

Comencé a entender que vivíamos en la calma que precede a la tormenta y que la violencia llegaría de manera implacable como única solución posible a nuestro destino; la solución de nuestro futuro como pueblo y también la liberación que mi alma varada esperaba, aunque fuera en forma de un estallido brutal. Tenía que ser fuerte y estar preparada para lo que viniera. No debía pensar en las ideas preconcebidas del pasado, donde todo parecía trazado para una vida previsible. De pronto tomé conciencia real de que todo había empezado a moverse, que era más que posible que nos enfrentáramos a nuevas situaciones que nos veríamos obligados a asumir.

En ese momento comencé a esperar lo inesperado. Y comencé a cambiar.

El nuevo año trajo pocas celebraciones y escuetas noticias sobre el paradero de mi marido. A pesar de que habían retirado la guardia de soldados frente a la casa de mis padres y la de los Ayala, todavía no era el momento de su vuelta, ya que no sabíamos cuáles exactamente serían las intenciones del nuevo gobernador. No teníamos claro si mantendría la mano dura o, tras la muerte de Rizal y los progresivos avances sobre los rebeldes, todo iría calmándose.

No tardaron en llegarnos noticias de que el primer día del recién inaugurado 1897 el comandante Feliú, al mando de una columna de seiscientos soldados, había tomado por asalto la fortificación de Caracóng de Sile, en Bulacán, donde los rebeldes habían fundado una ciudad propia. La hazaña comenzó a correr como la pólvora de boca en boca por todo Intramuros. Se hablaba de un choque desproporcionado donde los españoles habían ganado la plaza por sorpresa enfrentándose a unos rebeldes que los cuadruplicaban en número. Las narraciones se volvían emocionadas glosas patrióticas, loas al valor de nuestros soldados, que, mejor armados y entrenados que los insurrectos, no habían tenido demasiada dificultad para imponerse. A pesar de su derrota, los katipuneros habían realizado una feroz y valiente defensa del lugar, a costa, eso sí, de un número considerable de bajas.

Mi padre y yo salimos a la calle, como muchos otros vecinos, para reunirnos ante la Capitanía General. Todos celebraban la gran victoria del comandante Feliú, que había conseguido hacerse con la plaza e incautar cañones, armas y numerosa munición a los rebeldes. Mientras los hombres lanzaban los sombreros al aire y abrazaban a las mujeres, mi padre y yo manteníamos un silencio extraño y precavido: nos encontramos el uno en las razones del otro y regresamos a casa con la cabeza gacha, más desmoralizados que aupados por la felicidad de nuestros compatriotas.

—Dicen que las bajas de los rebeldes superan las mil… —La cifra rondaba mi cabeza, demasiado pesada para deshacerse de ella—. Son muchos hombres, tantos…

La cantidad de muertes parecía redimensionarse en comparación con las setenta y cinco bajas de nuestro ejército, y hacía pensar en la terrible lucha que había tenido lugar en Bulacán. Pero la reflexión de mi padre iba más allá.

—Mil mártires que alentarán su causa y pueden llevarnos a una situación más complicada aún.

—Tú no crees que Polavieja vaya a terminar con todo esto, ¿verdad? —dije mientras mi pregunta se teñía de un profundo temor—. También crees que esto no terminará aquí.

—Yo solo creo que lo único que puede terminar con las injusticias y los atropellos es la cultura y la educación. Pero las guerras tienen la capacidad de convertir cualquier consideración de este tipo en algo insignificante. Cuando solo importan las plazas ganadas o perdidas, la sangre derramada en el camino, las vidas truncadas y las oportunidades perdidas pasan a formar parte de un glosario de inconvenientes que se supone que debemos estar dispuestos a asumir.

—¿Qué podemos esperar?

—Tu madre diría que un milagro… Lamentablemente, ese asidero no está al alcance de los descreídos como tú y como yo.

Se volvió hacia mí para cogerme las manos mientras me miraba con aquella ternura que solo él podía mostrar.

—Quizá no sería una mala idea que volvieras a España. No solo por ti, sino también por la situación de Felipe. Tus abuelos os acogerían con gusto, estoy seguro. Incluso podría acompañarte tu madre.

—¿Y tú?

—Me hice el firme propósito de no volver, Carlota. Sería como aceptar que estaba equivocado, que todos estos años en esta tierra han sido un error… Pero vosotros sois jóvenes, todavía tenéis toda una vida por delante y estáis a tiempo…

Ahora fui yo la que agarré con fuerza las manos de mi padre y le dediqué una sonrisa.

—Demasiado tarde para enseñarme a abandonar, ¿no crees?

Me devolvió una media mueca mientras me hacía partícipe de su profunda tristeza. De alguna manera, mi padre se sentía responsable por todos nosotros, por aquella vida a la que él nos había arrastrado y que comenzaba a desmoronarse.

Mientras caminábamos en silencio por las estrechas calles de Intramuros, miraba de reojo su figura, consciente como no había sido hasta ese momento de cómo la vida le había pasado por encima. Los miedos del pasado empezaban a cobrarse facturas atrasadas. Jamás nos había hablado de nada de eso, pero yo sabía que sus primeros años en las islas no fueron fáciles. Sus continuos viajes a las fincas, el trabajo de diseño de producción de las fábricas, el trato constante con empresarios y religiosos propietarios de las tierras y los innumerables informes emitidos; la lucha titánica y siempre perdida contra la Iglesia…, todo bajo el riesgo de un posible desánimo, de una llamada desde Madrid para decir que aquella labor no tenía sentido, que él no podría ganarse la vida de esta forma, condenando a su familia a la pobreza, consciente de que su orgullo haría imposible agachar la cabeza y pedir ayuda a su suegro. Aquel temor lacerante había determinado sus relaciones con Ayala y con otros hombres de negocios, con los dirigentes de las islas y los altos cargos o con toda aquella persona que le garantizase un asidero por si las cosas se torcían. Me di cuenta de que aquel hombre que era mi padre y que había dejado Madrid para cumplir su sueño y reafirmar sus ideas ilustradas había ido vendiendo su alma íntegra hasta dejarla hecha jirones. Y la vida, en esos vuelcos inesperados del destino, había decidido poner sus renuncias en la balanza, enfrentándole a un espejo que solo devolvía su propia imagen definitivamente ensombrecida tras la ejecución de su amigo Rizal.

Si en ese momento yo tomaba conciencia del declive de mi padre, el de mi madre era mucho más marcado. A esas alturas nos costaba mucho trabajo hacerla salir de su cuarto, y no siempre lo lográbamos. Tan solo aceptaba salir de casa a la misa de tarde y, por supuesto, los domingos, siempre acompañada por alguna de las muchachas del servicio. Especialmente delgada y demacrada, su tez rosada se había marchitado dando paso a una variedad de tonalidades amarillentas que la envejecían en exceso y que se hacían más evidentes al ver el lienzo de su retrato. Se trataba de un regalo que le había hecho mi padre poco después de nuestra llegada a Filipinas y que adornaba la entrada de la casa: ofrecía la imagen de una mujer morena y esbelta, vestida con un traje de terciopelo granate y cuya mirada desafiante penetraba en los ojos del que la observaba como si se estuviera ante un juez implacable y superior.

De la mano de aquellos padres había llegado a Filipinas, los mismos a los que el tiempo había colocado en la indefinida frontera de un cambio de siglo condenándolos a no pertenecer a ninguno de los dos lados, negando, en el caso de mi madre, la capacidad para entender lo que ocurría y otorgando, en el caso de mi padre, la lucidez necesaria para comprender la paradoja que entrañaba su vida entera. De la misma manera que yo sabía que mi vida empezaba, era consciente de que ellos entendían que la suya agonizaba.

Aquella noche me acosté en mi habitación de niña sabiendo que ya nada sería igual, que los querubines que adornaban las esquinas de mi cuarto de infancia y que me habían visto crecer nunca volverían a ser testigos de la misma vida porque ni

aquel país ni nosotros volveríamos al pasado. En el sueño me vi a mí misma, tumbada en aquella cama, inmovilizada como si mi propio camisón fuera una especie de mortaja. Mi piel parecía muerta y poco a poco iba perdiendo su tonalidad clara y tornaba en un color azulado, casi venoso, mientras mis ojos, terriblemente abiertos, trataban de entender lo que estaba ocurriendo. En medio de aquella terrible sensación de inmovilidad forzada, Friedrich se presentaba ante mí y me miraba con un gesto de evidente tristeza.

«Te dije que esto era justo lo que no tenías que permitir».

«¿Qué es lo que he hecho mal?».

«Te estás dejando marchitar. ¡¿Por qué?! Tu vida entera todavía está por llegar».

«No sé qué es lo que tengo que hacer… ¿Cómo puedo evitarlo?».

Friedrich se acercaba a mí y, poco a poco, conseguía separar la tela del camisón de la cama y me ayudaba a incorporarme.

«Nadie logra ver el camino si no anda, Carlota. Debes salir de aquí».

«Pero estamos en guerra».

«¿Y qué importa eso? ¿Tienes miedo?».

Aguardaba unos instantes antes de contestar. Después, decidida, negaba con la cabeza y Friedrich sonreía al tiempo que acariciaba mi cara.

«Sabía que no me había equivocado contigo. Ahora eres libre y debes salir de aquí. Todavía tienes mucho que aprender…».

Tras aquella noche de angustia, me desperté con una voluntad nueva. Deseaba entender, completar aquel rompecabezas que se había desplegado ante mí. Necesitaba obtener respuestas de lo que me rodeaba para situarme en aquel escenario y, de alguna manera y sobre todo, comprender qué pintaba yo en aquel lienzo y quién era en realidad.

Me vestí con rapidez, salí con decisión del cuarto y pedí un coche que me trasladara fuera de Intramuros. No tardé mucho en llegar a Binondo y presentarme en las oficinas del *Diario de Manila*. A pesar de haberse desencadenado allí el caos de agosto, el diario seguía con su trabajo, entre otras cosas porque era el encargado de publicar todas las notificaciones oficiales que llegaban desde España y su labor resultaba fundamental. Dos minutos después estaba sentada frente a De la Cruz. Era un hombre pequeño, con gafas, acostumbrado al trato con las instituciones; un hueso duro de roer si se tenía en cuenta que sus defensas se habían duplicado después de que se acusara al diario de colaboración activa con los rebeldes.

—Quiero salir de Manila para contar lo que está ocurriendo.

El hombrecillo me miró como si estuviera loca.

—Creo que no ha entendido usted en qué situación nos encontramos, señora.

—Precisamente por eso le hago esta propuesta. Con Polavieja en Gobernación, las cosas se tranquilizarán y se abrirá la mano.

—Cavite es un polvorín y no sabemos hasta qué punto los rebeldes podrán hacerse con la situación. Con Polavieja o sin él, no hay nada claro.

—La gente quiere saber. ¡Todos necesitamos entender lo que está ocurriendo!

—¡Pero no podemos llegar donde es imposible!

De la Cruz había alzado el tono de voz, mostrando a las claras que al fin había conseguido sacarle de sus casillas. La tensión y los nervios eran evidentes y aguardé unos instantes antes de replicar.

—Una mujer sí puede —dije mientras el encargado del diario me miraba perplejo —. Nadie sospechará de una mujer… Una mujer que viaja para visitar a unos familiares… Una simple mujer.

Saqué del bolsillo el colgante que me había entregado Bonifacio y lo puse sobre la mesa. Al verlo, el gesto de De la Cruz cambió de inmediato. Sorprendido, me miró por encima de sus lentes antes de coger el colgante y observarlo con detenimiento. Después me lo tendió de vuelta.

—No habrá conexión con el diario —dijo—. Oficialmente, usted no trabajará para nosotros.

Y de aquella manera nuestro trato quedó cerrado y mi vida, siguiendo los dictados de Friedrich en mi sueño, comenzó a dejar de agostarse.

# 17

Sabía que aquel colgante que me había entregado Bonifacio era mi salvoconducto para tener acceso a los rebeldes y lo llevaba siempre aferrado a mi cuello porque no quería que Bernardita ni nadie más del servicio pudieran encontrarlo y a aquellas alturas solo me fiaba de mí misma. Tenía que organizar mi viaje y, esta vez, sin contar con el apoyo de Felipe. En casa no di grandes explicaciones, tan solo la necesidad de volver a San Miguel después de haber estado tanto tiempo fuera. Por supuesto, era muy consciente de que esa opción implicaba arrastrar conmigo a mi servicio; tanto a Bernardita como a Josefa y Trinidad. Debía informarles de los riesgos y mi intención de marchar de viaje una vez hubiera llegado a la casa y lo tuviera todo dispuesto para la partida.

—No podemos seguir dejando nuestra casa abandonada. Debemos volver a San Miguel cuanto antes.

Al principio se mostraron desconcertadas. Permanecer en Intramuros les daba una seguridad que perderían al abandonar la ciudad, pero me esforcé en explicarles que la situación se había relajado y que las acciones del nuevo gobernador habían conseguido replegar a los rebeldes en Cavite, con lo que no corríamos peligro. Como imaginaba, acataron las órdenes sin mayor problema, entendiendo que si yo misma me iba con ellas, efectivamente no había de qué preocuparse. Tan solo Bernardita fue más lejos que las dos inocentes criadas. Sabía que si Felipe seguía fuera, como era lo previsible, estaríamos solas. No tenía sentido seguir ocultándole mis planes. Al fin y al cabo, no tardaría en enterarse y sabía que sin su colaboración todo mi propósito podría venirse abajo. No podía permitírmelo.

—No voy a quedarme con vosotras en la casa, Bernardita. Será mejor que prepares a Josefa y Trinidad para la noticia.

—Pero… ¿qué es lo que vas a hacer?

—Voy a marcharme. Pero nadie debe tener noticia de ello. A todos los efectos será como si yo estuviese allí, como si no me hubiera marchado. ¿Por qué tendría que hacerlo mientras mi marido está fuera de casa? Mi única misión debería ser esperarlo.

—Desde luego. ¿Qué tienes que hacer tú lejos de casa?

—Quiero visitar a Sinang. Necesito saber cómo está.

—¿Justo ahora has decidido visitar a tu amiga? ¡Te has vuelto loca!

Sabía que mis motivos se quedaban pequeños ante la sospecha de Bernardita. Me conocía demasiado y resultaba muy complicado mentirle, así que opté por ser tajante.

—¿Por qué te empeñas en saber más de la cuenta?

Me miró sin disimular su rabia. No le gustaba que la tratara como mi madre tenía por costumbre, pero también sabía que no podía hacer más que acatar mis órdenes.

—Pedro se marchó con don Felipe. ¿Quién vigilará la casa?

—Basilio garantizará vuestra seguridad.

—¿Y quién vigilará por la tuya, niña?

—No te preocupes. Yo sé cuidarme sola.

Dije aquello completamente consciente de que en aquellas circunstancias mi seguridad no dependía solo de mí, y eso ambas lo sabíamos. Entendía las prevenciones de Bernardita, pero ella también sabía que mi decisión era mucho más fuerte que cualquier temor.

De aquella incierta manera y ya en el mes de febrero regresé a San Miguel. Después de encargarme de aprovisionar la casa y asegurarme de que todo quedara en orden, me dispuse a emprender viaje. Basilio me llevaría por el río hasta más allá de Sampaloc. Días antes ya se había hecho cargo el propio criado de pactar el alquiler de un carruaje con cochero. Mi objetivo era llegar al sur de Ilocos y a su ciudad principal, Vigan, donde, si todo respondía a mis propósitos, me encontraría con Sinang. A aquellas alturas y gracias a mis viajes previos sabía que obtener información sobre los rebeldes no sería fácil. Sin embargo, todo se allanaría en una ciudad pequeña, contando con los contactos adecuados que me abrieran esas puertas a las que no tienen acceso los extraños. Debía moverme con sigilo y no despertar sospechas. Tenía que resultar más exótica que amenazadora, más imprevista que peligrosa… Había dispuesto unas pequeñas maletas: dos cajas trenzadas de hoja de palmera aceitada, propias para ser dispuestas con comodidad en la barandilla o suelo del carruaje, según el espacio estuviera resuelto. Como mi padre me había enseñado en sus múltiples viajes, en la más pequeña había colocado todos los enseres de uso frecuente, mientras que en la más grande dispuse los cambios de ropa. Tan solo una falda aparte de la que llevaba y varias camisas ligeras: el calor de aquellos meses había hecho fácil la elección. Por supuesto, mis dos faldas no respondían a la hechura tradicional de los elegantes vestidos que acostumbraba a lucir en fiestas o actos de Intramuros: había optado por el paño sufrido y los colores claros, por supuesto sin rastro del polisón o ningún otro adorno superfluo que, aparte de inútiles, habrían trabado mis movimientos. Todo estaba preparado para mi viaje.

Aquella madrugada calurosa del mes de febrero me levanté bajo la atenta mirada de una Bernardita que, mientras me ayudaba con las maletas y los últimos detalles, trataba de disimular su miedo. En nuestro acuerdo habíamos pactado que si San Miguel se veía acechado por cualquier peligro, ella y el resto del servicio se trasladarían con rapidez a Intramuros, donde podrían volver a refugiarse en casa de mis padres. Agarré sus manos con firmeza, como tantas otras veces había hecho.

—Si Felipe volviera antes de mi vuelta, debes tranquilizarlo. Dile que simplemente he tenido que ir a visitar a Sinang.

—Vigan está muy lejos, niña, y puedes tardar mucho en volver… Eso sin contar que tuvieras problemas en el viaje.

—No digas tonterías… No voy a encontrarme con ningún contratiempo. Ya sabes

que las revueltas están en Cavite, no en el norte.

Trataba de ganar tiempo. Pero nada podía escaparse tan fácilmente de la mirada de Bernardita.

—¿Qué me estás escondiendo?

No podía dejarla así. Desabotoné mi blusa y le mostré el colgante que me regaló Bonifacio. Necesitaba saber cómo reaccionaría al verlo: aquella duda sobre su implicación o no con los rebeldes me había perseguido desde que la llevaron al fuerte y necesitaba saber de qué lado estaba.

Al ver el amuleto, Bernardita retrocedió asustada. Después me miró con ojos desorbitados.

—¡Estás loca! Tienes que deshacerte de eso ahora mismo. ¿Sabes lo que pasará si te cogen y lo llevas encima?

—Me harían lo mismo que te hicieron a ti en el fuerte… Solo que tú no sabías nada, así que nada podías decir.

Los ojos de Bernardita se llenaron de lágrimas. Por fin comenzaba a entender. De alguna manera, todo aquel tiempo había servido para que alcanzáramos otra relación. Tras mi vuelta de Singapur, recién inaugurado mi matrimonio, Bernardita me había recibido como a una señora y no como a una niña. Yo había estado demasiado ocupada para pararme a reflexionar sobre ello, pero en ese preciso instante me daba cuenta de cómo Bernardita me había estado escuchando de otra forma, dándome una nueva entidad. Y aquel nuevo trato facilitó que ella misma se sincerara conmigo.

—Mi familia estaba dividida, como lo está todo el país. Andrés y muchos otros piensan de ese modo, como si no existiera más salida que enfrentarse con España. Otros no opinamos igual. Aunque no tener las mismas ideas y llevar el mismo apellido que el jefe de los rebeldes es complicado.

Asumí de inmediato su dura carga. Luchar contra los suyos y, a la vez, advertir las sospechas de aquellos de los que se declaraba fiel.

—¿Por qué? —pregunté desconcertada—. ¿Por qué no te has puesto de su lado?

—Porque ya es demasiado tarde para entender la vida de otra manera, niña. Llevo tantos años trabajando para españoles que ya no sabría hacer otra cosa.

Me quedé inmóvil y callada frente a ella. En ese momento Basilio vino a buscarme. Todo estaba preparado y no debía perder más tiempo: había que remontar el río durante el amanecer para no despertar sospechas. Bernardita devolvió el colgante al resguardo de mi blusa y se ocupó de que quedara bien cubierto. Después suspiró.

—Sea lo que sea lo que te hace escapar de aquí, espero que lo encuentres en este viaje.

Me abracé a ella con fuerza y escuché cómo me bendecía antes de mi marcha. Luego me di media vuelta, sin querer mirar atrás. Basilio me esperaba en una barca, lo bastante menuda para entrar en los esteros del río y poder llegar hasta Tondo. Mientras el amanecer se abría paso, yo no podía dejar de repasar las palabras de

Bernardita. Supongo que hasta yo misma había comenzado a ser consciente de que aquel viaje no solo tenía que ver con intentar contactar con los rebeldes en el norte y dar fe de lo que estaba ocurriendo. Tenía que ver con mi sueño y conmigo misma. Con aquella insatisfacción que parecía haberse metido dentro de mí y que me hacía buscar algo que aún no tenía nombre. Sentí miedo, pero, cuando la proa de nuestra embarcación rozó la tierra y Basilio me avisó de nuestra llegada al punto convenido, ya no pude echarme atrás y me incorporé decidida a meterme en el carruaje que debía llevarme rumbo al norte.

Manila podía comunicarse con el norte, al menos hasta la provincia de Pangasinán, por mar o por tierra. Aunque la ruta marítima era factible durante casi todo el año, yo había preferido la segunda alternativa: sabía que los puertos estaban bajo control del ejército y que los comerciantes, sobre todo los que daban movilidad a esos productos que generaban las ricas tierras del norte, se movían por los caminos o, como mucho, por los ríos. Aquella forma de transporte me pareció desde el principio la más oportuna y también la más discreta, si es que una mujer viajando sola y en la situación en la que nos encontrábamos podía resultarlo. Basilio había pactado con un cochero que debía conducirme hacia el norte. Sabía que me esperaba un largo camino, ya que recorrer la única ruta habilitada hasta Vigan implicaba atravesar distintas provincias hacia el golfo de Lingayen, que abría las puertas de Ilocos. También sabía que la carretera general no tardaría en convertirse en caminos menores y sendas complicadas, por las que no estaba claro que pudiera progresar el carruaje. Debía estar preparada para todo. Dispuse mis dos maletas en la barandilla superior del carruaje, tapadas y ancladas a la baca, al tiempo que yo misma mantenía a buen recaudo mi cámara, siempre dispuesta y a mano por si había que tomar cualquier fotografía. Aquella simple tarea organizativa sirvió para mantenerme atenta a todos los detalles, ajena a pensamientos más complejos que bien podrían haberme hecho desistir de mi empeño. De aquella manera, cuando me quise dar cuenta ya estaba acomodada en mi plaza, habíamos iniciado el camino y la figura de Basilio se hacía pequeña a lo lejos, como la misma posibilidad de echarme atrás en mi decisión.

Los días de viaje fueron intensos. El paisaje y los caminos se abrían ante mí con aquellas primeras luces blancas de la mañana. Caminos de tierra donde aún se distinguían las rodadas de los pocos carruajes que los transitaban, y con los que apenas nos cruzábamos salvo en las inmediaciones de alguna ciudad poblada. En aquellos proyectos de carreteras por los que tantas veces mi padre se había trasladado podía apreciarse la continua pugna con la vegetación del camino, y tuvimos que enfrentarnos a numerosas paradas obligatorias al encontrarnos algún árbol caído de resultas de la última tormenta o cualquier otro imponderable natural. Parábamos a descansar en los pueblos a los que íbamos llegando al caer el día, y cuyas puertas descubríamos doblemente acorazadas por milicias, con avanzadas de cuerpos de

guardia que tenían como misión vigilar la entrada y salida de viajeros. Los mandos trataban de hacerme desistir de mi viaje y yo, con mi documentación en regla y mi aspecto frágil, articulaba explicaciones de índole sentimental para justificarme. Así, paso a paso, conseguíamos seguir camino. De alguna manera aquellos *bantayanes* me producían una doble e inquietante sensación. Por un lado entendía de su necesaria presencia para garantizar la seguridad y, por otro, aquellas miradas de la guardia a lo largo de la ruta me hacían pensar en un control constante sobre cada uno de mis movimientos y me generaban un temor instintivo.

En los pueblos descansábamos en pequeñas fondas o casas particulares, *bahais* humildes donde nos ofrecían sus mejores comidas. En el íntimo espacio que ofrecían sus cocinas, entre relleno, tinola, pollo frito, estofado, adobo o puchero, las mujeres solían sincerarse. Hablaban con los modismos propios del campo y se quejaban de las actitudes despreocupadas de sus maridos, que por lo general bebían y jugaban en exceso mientras ellas soportaban la carga de los hijos y las penalidades de la vida doméstica. Aunque su carácter era animado y emprendedor, sus consejos, repletos de giros propios del lenguaje vulgar de las aldeas, se volvían preventivos contra las posibles intenciones torcidas de los cocheros que yo iba contratando en cada una de las postas donde cambiaba de carruaje.

—Los hombres no son de fiar y usted es una señora demasiado joven y bonita. *Si pues* debe tener cuidado y cuidarse de ellos.

—Nunca he tenido problema.

—*No también*. Tiene que regatear el precio que le piden, que algunos son muy ladrones, señora, y arman el *gulay* en cuanto se descuida. No será la primera vez que pactan un precio, cobran por adelantado y luego no hacen el trabajo. Así que nada de sacar la bolsa de pesos lo primero. Si usted viajara con su marido, otro gallo cantaría… No hay que fiarse del prójimo. Recuerde que hasta su mano derecha puede herir a la izquierda.

Me divertía aquella especie de fatalismo folclórico con pequeñas variaciones entre lugares y territorios. Asentía, respetuosa y cómplice, en apariencia aceptando sus maternales consejos. Y aquellas mujeres asentían orgullosas de que yo hubiera entendido sus indicaciones.

En cada parada de nuestro camino, los lugareños parecían sorprendidos y algo tensos al verme tomar alguna fotografía, aunque la distendida conversación en su propia lengua y mi conocimiento de sus tradiciones les hacían olvidar el recelo inicial y también mi cámara, para mostrarse naturales en su rutina. A pesar de la rebelión, la vida seguía de forma generalmente pacífica, según progresábamos hacia el norte. No se intuía demasiado movimiento rebelde en aquellos pueblos. Los hombres parecían atender a sus actividades diarias y solo observaba algún detalle que me hacía sospechar, como los niños sentados cerca de los *bantayanes*, memorizando los cambios de guardia. Tenía la esperanza de que en Vigan y con la ayuda de mi amiga Sinang me costase menos obtener información.

Adquirí en aquel camino peculiares ilustraciones de momentos de ocio donde los hombres apostaban sus pesos en peleas de gallos; los íntimos corrillos de familias enteras compartiendo un gran cigarro de propia manufactura; la actividad incesante en pequeñas barberías de sangleyes donde, aparte de afeitar y cortar el pelo, se ofrecía el importante servicio de limpieza de oídos. Así, un día tras otro íbamos prosperando en el camino, pasando por la provincia de Bulacán por la vía que llevaba de Tinajeros hasta Calumpit, y de ahí a Pampanga, donde los caminos empeoraban. Por suerte, no estábamos en época de monzones, lo que hubiera inundado cualquiera de aquellas ya complicadas sendas que me conducían un poco más al norte, hasta Lingayen, cabecera de la rica provincia de Pangasinán.

Me fijaba en los hombres que trabajaban los extensos campos de arrozales y los que avanzaban por los caminos, vestidos con aquellas camisas por fuera y pantalones de rayadillo, pita o percal. Pasaban a nuestro lado con carros tirados por carabaos y cargados de cáñamo, arroz, maíz, caña dulce, sal o aceite de coco. Algunos llegaban a transportar en sus hombros hasta un caván de palay, dividiendo el arroz sin descascarillar en dos cestos para equilibrar su peso, mientras las mujeres caminaban descalzas, algunas conduciendo sus rebaños, otras cargadas con al menos una criatura de pecho y transportando sobre la cabeza las tinas llenas de agua. Siempre que me era posible me escondía tras el visor de mi cámara y sacaba fotografías. Encontraba un placer íntimo al observar a aquellas gentes en los caminos. Sus figuras pequeñas y enjutas se movían con agilidad y me daban la sensación de ser ligeros como plumas, elegantes en sus desplazamientos, tan lejanos de nuestros pesados andares occidentales. De aquella manera, día tras día y siguiendo la ruta hacia el norte, me acercaba a la zona ilocana. El cochero parecía serio. Sabía que, a partir de ese momento, nuestro camino iba a complicarse.

La arena de la senda, pegada a la costa, dificultaba especialmente el avance. Más de una vez las ruedas se quedaban enterradas, lo que suponía pararnos, liberar el carruaje del peso de las maletas, y que el cochero realizara un gran esfuerzo para tratar de sacar las ruedas de su prisión. Yo trataba de ayudarle en aquel trabajo, pero cuando todo era inútil y otros hombres se ofrecían a arrimar el hombro, me sentaba en la playa y observaba el mar de China. Sus aguas se abrían ante mis ojos, oscuras y plagadas de olas salvajes en cuyo sonido era fácil precipitarse aun a riesgo de quedarse eternamente suspendido de aquel horizonte mágico.

Comenzaba a sentirme distinta. Notaba cómo aquel viaje y la experiencia de estar sola me iban cambiando. Muchas veces me encontraba perdida; otras muchas, una tristeza indefinida se cobijaba en mí haciendo que la soledad pesara más de la cuenta; pero ni una sola vez, al final de la jornada, hacía un balance negativo del día, como si aquel viaje estuviera consiguiendo que creciera, que poco a poco y dentro de mis recovecos me hallara a mí misma, de una forma tan íntima y real como nunca antes había tenido consciencia.

Tras muchas penalidades logramos llegar a Punta Dangayos y desde allí

acometimos el camino hacia la cordillera, donde el terreno llano y amable nos facilitaría el camino. El alivio llegó al alcanzar Bangar, un pueblo entre ríos, en medio de una tierra fértil y encajonada entre mar y montañas. Afortunadamente, el periodo seco hacía más fácil el paso y no tardamos en llegar hasta Narvacán. Sin embargo, a partir de ese momento el camino se complicó inesperadamente. En un principio pretendíamos cruzar el paso de Agayayos, pero los lugareños nos advirtieron de los desprendimientos de grandes rocas de las colinas que habían cegado definitivamente el paso del complicado sendero que discurría pegado a la playa. En función de este imprevisto, que nos desviaba del camino, nos internamos en la montaña hasta llegar a un puente sobre uno de sus ríos. Se trataba de un paso provisional hecho de madera, uno de aquellos puentes que se construían para salvar el agua, que nacían como temporales y que luego nunca eran reemplazados por otros más sólidos.

Apenas reparé en los desperfectos que había dejado la última gran tormenta en el mismo, acostumbrada como ya estaba a asumir los inconvenientes que la naturaleza generaba en los caminos. A esas alturas ya habíamos cruzado más de un puente en dudoso estado, y más de una vez había bajado del carruaje para aligerarlo de carga y permitir que el cochero lo manejara con mayor soltura. No había sido consciente de los potenciales peligros y aquella ocasión no fue distinta a las anteriores. Amodorrada por el traqueteo, me había quedado traspuesta cuando un brusco frenazo me despertó de inmediato.

El caballo se había encabritado y el cochero trataba de controlarlo mientras el suelo del puente de madera se volvía peligrosamente inestable. Sin tiempo para reaccionar, ni siquiera pude salir del coche antes de que un sonoro crujido diera la razón al instinto del animal. Poco a poco perdíamos la horizontalidad, la caída se hacía inminente. El cochero gritó, advirtiéndome para que me sujetara donde pudiera. Traté de agarrarme a los extremos del camarín, pero no pude evitar que mi cuerpo chocara contra la madera.

No recuerdo las veces que me golpeé, pero sí el ruido que hizo mi cabeza al impactar contra la puerta del carruaje cuando este se desplomó violentamente contra el agua del río. Fue un golpe duro, contundente.

Me llevé la mano a la frente, todavía aturdida, y noté cómo la sangre resbalaba por mi palma y goteaba, manchándome la blusa e impregnándolo todo. Traté de incorporarme mientras el agua inundaba la cabina. Abrir la puerta resultaba imposible. Mientras mis fuerzas se agotaban y mi cara se llenaba de sangre, el agua prosperaba en su entrada y pronto empezó a cubrirme. Escuchaba voces y gritos desde el exterior, pero poco a poco las imágenes y los sonidos comenzaron a hacerse borrosos. El agua me cubrió por completo y no recuerdo el momento exacto en que dejé de ver y escuchar.

Noté que me mecía y me esforcé por abrir los ojos. Observé cómo pasaba sobre mí la vegetación y conseguí incorporarme entre brumas de conciencia. Me encontraba en medio de una gran barcaza que navegaba por el río. La embarcación la pilotaban varios hombres y al ver que intentaba levantarme, uno de ellos se acercó hasta mí y trató de impedirlo.

—Mejor que no se mueva. Se ha dado un golpe muy fuerte en la cabeza.

—Mi cochero…

—Al cochero lo están llevando a un lugar seguro y por sus cosas no tiene que guardar cuidado. Ahora solo debe preocuparse por usted misma.

Observé el río al tiempo que trataba de entender quiénes eran aquellos hombres y dónde me conducían. Aún estaba algo aturdida, pero me agarré con fuerza al brazo del que me hablaba.

—¿Dónde vamos?

—Estará a salvo. Descuide.

Apreté con mayor fuerza su brazo y busqué los ojos de aquel hombre.

—En menos de media hora habremos llegado a la casa.

—Casa… ¿Qué casa?

—La del señor.

Su gesto se volvió conciliador, supongo que buscaba tranquilizarme.

—No tiene nada que temer —insistió—. El señor cuidará de usted.

—¿De qué señor me habla?

No hubo respuesta. Ayudada por aquel hombre volví a recostarme y acepté dejarme llevar. No hubo espacio para más palabras y ni yo volví a preguntar nada más, ni ninguno de aquellos hombres se dirigió a mí. Navegábamos por el río, mecidos por su corriente y acompañados por los sonidos propios de la selva.

# 18

Acompañada de aquellos desconocidos me apeé de nuestro transporte en un embarcadero fluvial de madera. Un sendero estrecho y cuidado con mimo para que la vegetación se lo comiera ofrecía la visión de un paso franco que conducía entre la espesura lindante hacia la luminosidad de una explanada donde se levantaba una casa tan grande como inesperada.

Mientras mis acompañantes me invitaban a seguirlos, me pregunté quién sería el propietario de aquella residencia escondida. Nadie que no tuviera algo que ocultar viviría tan aislado. Y alguien que tiene algo que ocultar podría ser alguien peligroso. Ningún filipino habría edificado una casa de ese tipo. Demasiado alta y ancha. Y, por supuesto, ningún chino se habría instalado en un lugar tan poco comercial. También me costaba conciliar la idea de que un español hubiera elegido aquel insólito destierro.

Mi temor debía de resultar evidente, porque uno de aquellos hombres se acercó a mí, mirándome con una franqueza inesperada, y me indicó el camino hacia la puerta como si nada tuviera que temer. Avancé con paso dubitativo. Pero avancé.

Al entrar en aquella casa me dieron la bienvenida unos acordes conocidos que echaron abajo mis reticencias. Las notas de *La bohème* me abrieron las puertas de un enorme salón de techos altos, por cuyo espectacular lucernario penetraba un torrente de luz en una sensación casi mágica.

—¿Le gusta la música?

Me volví inmediatamente. La pregunta había surgido de detrás de un amplio sillón de orejas situado en un extremo del salón y en el que no había reparado. Aguardé en silencio, expectante, tratando de elegir bien mis palabras a la vez que diseccionaba detalles de aquella voz, de su timbre, de los matices de su tono, tratando de imaginarme a aquel desconocido.

Se puso en pie, aún dándome la espalda. Era un hombre alto y corpulento, de hombros anchos y pelo poblado y oscuro, ligeramente ensortijado. Vestía una especie de chaqueta de corte chino conjuntada con unos pantalones del mismo estilo, un atuendo poco convencional para tratarse de un occidental.

Me fijé en que en su mano derecha sostenía una copa de coñac que apuró de un trago antes de volverse hacia mí y salir definitivamente de su parapeto. Al verlo frente a mí, colocando su mirada directa sobre mis ojos, tuve la sensación de que aquella no era la primera vez que lo veía, nos habíamos encontrado con anterioridad. Sin embargo, no lograba identificarlo.

—A mí me ayuda a pensar con mayor claridad —dijo acercándose hasta mí con una sospechosa calma—. Cuando estoy aquí suelo disfrutar de una copa y buena

música. ¿Qué le parece?

Estaba desconcertada. No entendía qué hacía allí y mucho menos por qué aquel hombre me hablaba de aquella trivialidad cotidiana. Su tono tenía una extraña mezcla que basculaba entre la insolencia y una llaneza difícilmente impostora.

—¿Cree usted que un buen hábito puede compensar otro poco saludable? —contesté, y él sonrió, entre divertido y sorprendido por mi respuesta. Necesitaba conseguir una explicación sobre lo que había ocurrido. La presencia de aquellos tipos en el río, nuestro rescate, el propio accidente… ¿respondía a algo más que al azar?—. Sus hombres me han traído corriente arriba hasta su casa. Y la verdad es que no acierto a entender nada de lo que está ocurriendo…

Ignorando mis palabras, se acercó hasta mí y extendió su mano con la clara intención de tocarme. Desconcertada, traté de apartarme, pero no tardé en notar a través de una de las mangas de mi blusa su mano, cálida y fuerte.

—Tuvo un accidente y mis hombres los ayudaron. ¿Qué hay de extraño?

—Pero esos hombres…, sus hombres, nos estaban esperando…

—Me temo que eso no es del todo correcto. Para ser exactos, llevan siguiéndola desde que llegó a Bangar. Y lo han hecho atendiendo a mis órdenes.

—¿Siguiendo? ¿Qué quiere decir?

Aquella inesperada confesión cayó sobre mí como un bofetón que me crispó por entero. Recordé la desconfianza que los puestos de guarda en las entradas de las aldeas me habían generado y que ahora venía a ratificar. Nuestra entrada a Bangar había quedado perfectamente registrada y, por lo que ahora descubría, oportunamente notificada. Notaba que mi corazón se aceleraba y la herida de la frente latía de nuevo con fuerza, como si se hubiese abierto. Luchaba por arrancar una explicación a las palabras del desconocido, pero se me escapaban las fuerzas, no sabía muy bien si por la rabia que estaba sintiendo o por la debilidad física tras el accidente sufrido.

—¿Cómo se ha atrevido? ¿Quién es usted?

—¿Se encuentra bien? Está perdiendo el color. Debe quitarse esa ropa mojada.

—Exijo que me diga quién es usted y por qué razón me estaba siguiendo.

—Y yo le sugiero que tome asiento ahora mismo. Ese golpe en la cabeza ha sido fuerte y todavía está sangrando.

—No pienso hacer nada de eso hasta que me dé las razones que me debe.

—¿Siempre es usted tan terca?

—Supongo que debo tomarlo como un cumplido, aunque venga de alguien del que solo sé que me ha espiado y ni siquiera se digna a identificarse.

—¡Siéntese de una vez! Ha asumido un gran riesgo emprendiendo este viaje y ha sufrido un accidente. Hasta cierto punto puede dar gracias de que su presencia me llamara la atención y mis hombres siguieran su recorrido.

—Solo los tramposos presentan sus delitos como actos honorables. Y solo los estúpidos caen en sus trampas. Y yo, señor mío, no soy estúpida.

Me separé de él con brusquedad y me di media vuelta, tratando de marcar un paso

firme, pero no tardé en advertir que mis piernas iban perdiendo poco a poco su fuerza.

—Por favor. Espere. Creo que hemos empezado con mal pie.

Escuchaba su voz a mi espalda y la música de fondo, ambas atenuadas, como si mis oídos estuvieran taponados por el agua. Noté un fuerte dolor de cabeza y percibí cómo mi mente se iba haciendo cada vez más espesa. No sabía lo que me estaba ocurriendo y me detuve al tiempo que su mano volvía a alcanzar mi brazo y me obligaba a girarme de nuevo hacia él.

—No era mi intención ofenderla. Si lo he hecho, le pido que me disculpe. Me llamo Diego Almagro.

Traté de expresarme, pero las palabras no salieron de mi boca. Recuerdo haberme aferrado a sus brazos justo al notar que me fallaban las piernas. Lo miré fijamente, le grité con los ojos pidiendo una ayuda que mi boca era incapaz de reclamar. Me pareció ver en sus oscuras pupilas una respuesta inmediata, como si nuestro entendimiento estuviera acostumbrado a moverse en los silencios.

Al instante me vi en sus brazos, con la cabeza apoyada en su hombro, y notando cómo él cargaba mi peso sin el menor esfuerzo. Creí escucharle susurrar.

—Sí, definitivamente. Es usted demasiado terca.

Estaba muy cansada y recliné mi cabeza sobre su hombro. Respiré, percibiendo su olor. Ni rastro de perfumes, esencias o jabones. Tampoco un fuerte olor personal que resultara desagradable. Tan solo un aroma penetrante y cálido que me envolvió rápidamente y que fue mi última impresión antes de quedar inconsciente por completo. Aún no lo sabía, pero aquel olor, su olor, se quedaría para siempre dentro de mí.

# 19

Desperté en una amplia habitación cuando ya apuntaba la luz de un nuevo día. Me llevé la mano a la frente y noté cómo la herida parecía más cerrada y el dolor de la cabeza ya no era tan fuerte. Había dormido en una cama con dosel y un camisón ligero de seda había sustituido a mis ropas mojadas. Acaricié la suavidad del tejido al tiempo que notaba cómo mis volúmenes se insinuaban sin disimulo evidenciando que mi ropa interior había desaparecido. Lejos de sentirme incómoda o vulnerada, me puse en pie con tranquilidad y me asomé a la ventana.

Las camias adornaban un bonito jardín abierto al exterior de la casa. En el centro de ese espacio se encontraba Diego, sin más atuendo que unos pantalones amplios y en apariencia cómodos, similares a los que vestían los pescadores del sur. Realizaba unos movimientos repetitivos y todo su cuerpo se movía con una cadencia equilibrada que iba ganando en intensidad conforme avanzaba la serie en su camino de vuelta hasta la posición inicial. Al ver el sudor de su espalda, me di cuenta de que lo que en un principio me había parecido un compás casi ralentizado escondía una potencia contenida. Su concentración parecía máxima, más cercana a una experiencia mística que a una disciplina simplemente física, como si su cuerpo y su mente se encontraran en una sintonía perfecta. Quedé paralizada junto a la ventana, observando sus movimientos y su cuerpo, cautivada ante aquella inesperada visión. Recordé su olor y noté cómo el vello de mis brazos se erizaba y mis pechos despuntaban como solo respondían cuando el agua fría los rozaba. En ese momento, Diego se volvió hacia mí como si hubiera percibido mi mirada y yo me retiré de inmediato, avergonzada, como pillada en falta. Mi sorpresa fue mayor cuando al darme la vuelta descubrí a una mujer menuda que me observaba desde el umbral de la puerta.

Su inesperada presencia no hizo sino acrecentar mi sensación de azoramiento, que la rojez de mis mejillas hizo evidente. Aquella sangley mestiza de ojos rasgados a la que supuse unos treinta años de edad me miraba sin parpadear.

—Avisé antes de entrar, pero no me contestó.

—No he oído nada —dije convencida de que lo que me decía no era cierto—. Lo siento.

—Estaría demasiado interesada en el jardín.

Noté en el tono de su voz cierta intención que no me gustó pero que no supe descifrar por completo. Avergonzada como me sentía, tampoco quería profundizar en el tema y ella, sin prestarme demasiada atención, entró en el cuarto y se dirigió al armario.

—Cuando está en casa, el señor siempre hace sus ejercicios a esta hora. Una costumbre china.

—¿Ha vivido en China?

Manteniendo su sequedad ignoró mi pregunta y por única respuesta abrió el armario de par en par, mostrándome el contenido del interior.

—Sus ropas estaban mojadas y las hemos lavado. Aquí puede encontrar distintos vestidos de señora. —Me miró de arriba abajo con cierta displicencia—. Creo que serán de su talla.

—¿Y mi equipaje?

—También está secándose, pero no se preocupe: el lavado le ha venido bastante bien teniendo en cuenta las puestas que esas camisas y faldas llevaban encima.

Reconozco que su gesto altivo y aquel comentario consiguieron colmar mi paciencia y yo misma adopté una pose de superioridad, tal y como mi madre siempre había dicho que había que demostrar ante el servicio.

—Limpio o no, lo único que quiero es que todo vuelva a mis maletas.

Me miró fijamente para luego aceptar la indicación con un seco asentimiento.

—El señor me ha pedido que la cite en el salón para el desayuno una vez que se haya vestido. Quiere hablar con usted.

—Muy bien. Diga al señor que allí estaré.

—Si necesita cualquier cosa, solo tiene que llamar a la campana y vendré lo más rápido que pueda.

Había algo en aquella mujer que despertaba en mí una desconfianza instintiva, un rechazo que no podía explicar y que no entendería hasta tiempo después. Pero no era ella la que me importaba en aquellos momentos. Me vestí con rapidez con la nueva ropa que se me había ofrecido. Elegí un bonito vestido de tela de piña, de escote abierto, color crudo y ribeteado con bordados granates. Afortunadamente, mis zapatos ya estaban secos, puesto que el calzado que se encontraba en el armario me quedaba demasiado pequeño.

Mientras me vestía me preguntaba a quién pertenecerían todos aquellos vestidos. ¿Quizá a la mujer de Almagro? Si era así, la criada debería haberme advertido. Todo comenzaba a resultar demasiado desconcertante. Me llevó un tiempo vestirme y cepillarme el pelo, pero una vez me sentí preparada, me miré en el espejo, pellizqué mis mejillas y respiré, dispuesta a bajar al salón donde supuestamente Diego estaría esperándome.

En efecto, me aguardaba al frente de una mesa dispuesta para el desayuno. Había tenido tiempo para asearse después de sus ejercicios y estaba correctamente vestido con una de aquellas chaquetas orientales. Al advertir mi presencia se levantó, para ofrecerme asiento y comida. Me serví algo de café y lo miré de frente. Necesitaba una explicación.

—Corren tiempos difíciles y mi labor es estar bien informado de todo lo que ocurre en estas tierras. Una mujer sola, viajando hacia el norte en medio de la situación de conflicto abierto en la que nos encontramos, resulta cuando menos algo llamativo.

—¿Tanto como para ordenar que me siguieran?

—Digamos que desde uno de los últimos *bantayanes* los militares comenzaron a tener serias dudas sobre su seguridad y me llegó la indicación para que velara por usted.

—Pero usted no es militar. ¿Acaso tiene algo que ver con el gobernador civil?

—Gozo de su amistad y no soy ajeno a las necesidades de esta provincia. Así que si los retenes militares me piden que me ponga a su disposición, obedezco. Y no hago preguntas.

Nos sostuvimos la mirada como en un particular reto. De alguna manera sabía que sus explicaciones no decían toda la verdad.

—¿Por qué razón una mujer como usted, completamente sola, emprende viaje hacia el norte ignorando la situación con los rebeldes y los peligros del camino?

—Sabía que el nuevo gobernador había iniciado la pacificación de las zonas centrales y que lo realmente complicado estaba en Cavite, demasiado al sur para correr verdadero peligro. Y necesitaba encontrarme con una vieja amiga que vive en Vigan. Estoy preocupada por ella.

—Aunque Cavite esté lejos, la situación no está bajo control. Demasiado riesgo para organizar una visita. ¿Y el señor Ayala no le previno sobre el estado de las cosas?

—¿Conoce usted a mi marido?

—Digamos que tengo referencias sobre él, en concreto sobre su padre. Pero no hemos tenido el gusto de coincidir en persona.

Efectivamente, Diego Almagro estaba bien informado sobre mí. Sabía con quién estaba casada y comencé a sentir que me encontraba en sus manos más de lo que yo misma había podido sospechar. Dar más datos sobre Felipe me parecía comprometido, sobre todo teniendo en cuenta su urgente salida de Manila.

—Yo tomo mis propias decisiones, señor. Y mi marido está de acuerdo.

Mantuvimos nuestro particular pulso. Trataba de enmascarar mi nerviosismo y notaba cómo él parecía evaluarme con una mirada implacablemente curiosa, potenciada por el brillo de unos ojos oscuros ante los que era difícil no sentirse intimidada. Aunque intentaba ignorarlo, durante nuestra conversación no había podido evitar reparar en pequeños detalles. Su pelo encajaba a la perfección con su piel morena. Su afeitado no era perfecto, como si, contra la costumbre, gustara de mantener algo de vello en su cara, y en el mentón asomaban algunas canas. Una pequeña cicatriz junto al límite de su ojo izquierdo dotaba a su rostro de cierta dureza.

—Esa amiga suya debe de ser muy importante para usted —me dijo.

Reconozco que no esperaba aquella consideración, y me gustó que lo dijera, aun cuando me hizo sentir pequeña y algo avergonzada. Asentí.

—Para evitar nuevos problemas y garantizar su seguridad, mis hombres la acompañarán hasta Vigan en lo que resta de viaje. Supongo que no tendrá

inconveniente en aceptar su escolta.

—No, por supuesto que no.

—Confío en que mañana a primera hora su equipaje estará listo. Pediré a Sagrario que se ocupe.

—Gracias —musité algo desconcertada—. Gracias por todo.

—Ordené que pusieran su cámara fotográfica al sol. Espero que el río no haya estropeado sin remedio el engranaje, aunque no apostaría por ello —dijo, antes de mirarme con cierto asombro—. No es habitual encontrar mujeres con esa afición.

—Sí, es cierto.

—¿El qué? ¿Que no hay muchas mujeres con vocación por la fotografía o que usted no es habitual?

—Las dos cosas.

Diego sonrió —una sonrisa encantadora y franca—, y de golpe se esfumó la dureza que había apreciado antes en su cara. Su tono desenfadado y su gesto amable estaban consiguiendo anular mi inquietud inicial. Comenzaba a sentirme más tranquila y segura.

—Por cierto, dé las gracias a su esposa por prestarme esta ropa —recordé de pronto mis modales—. Ha sido muy amable.

—Se las daría de su parte si existiera una esposa, pero, lamentablemente, no puedo presumir de ese logro —dijo mientras daba un sorbo a su café y dejaba volar la mirada—. He tenido una vida demasiado complicada… Me temo que incompatible con el matrimonio.

El comentario me resultó sincero, quizá teñido de un matiz amargo que rápidamente quedó neutralizado cuando su mirada volvió a posarse en mí.

—¿Sabe una cosa? Es extraño recibir visitas en esta casa. No suelo tenerlas, así que su llegada ha sido un soplo de aire fresco. Para mí será un placer disfrutar de su compañía esta jornada. A veces echo de menos una buena conversación que no trate de política o negocios. ¿Aceptará usted ser mi invitada hasta su salida de mañana?

Y de aquella manera tan inesperada pasé del temor a la agradable sensación de bienvenida que Diego se empeñó en transmitirme. Fue un día cálido e intenso en el que me enseñó los rincones de su casa al tiempo que me hablaba del profundo amor que sentía por China. Mientras comíamos en una improvisada mesa situada junto al río, y bajo la puntual mirada recelosa de Sagrario, Diego me hablaba de sus múltiples viajes a Hong Kong y Shanghái, de sus gentes, del gusto por sus costumbres, gastronomía y arte. Sus ojos mostraban un brillo especial al hablar de aquella cultura que amaba.

Aunque era español de nacimiento, había salido de España mucho tiempo atrás, en busca de un futuro mejor y quizá de una pasión que la vieja Península no podía proporcionarle. Su vida nómada le había llevado a México y Puerto Rico y después, como si de un salto lógico se tratara, le había conducido hasta el Pacífico que abría las puertas de Asia. Conforme hablaba no sabía si identificarle como un aventurero o

un buscavidas, pero me fascinaba su experiencia: había recorrido mundo, había llegado a lugares desconocidos, dejando atrás la órbita de lo socialmente aceptado sin el blindaje de una gran fortuna. Diego se había hecho a sí mismo, a fuerza de vivir un camino que solo él había trazado. Aquella decisión podría haberle salido mal, incluso llevarle a la enfermedad o una muerte violenta. En lugar de eso, el destino había querido conducirle hasta nuestra colonia, donde se había reencontrado con su idioma y con algunos compatriotas, y había terminado estableciéndose e iniciando sus suculentos negocios. Una fortuna generada a través de las transacciones con distintos productos como algodón, azúcar o abacá, que le habían llevado a fomentar relaciones con ingleses, japoneses y alemanes, mientras que sus verdaderos asociados solían ser mestizos de origen chino con los que tenía contactos y conexiones.

Por supuesto, conocía al señor Chan y, por tanto, a Sinang. Hablaba de ellos con respeto y aprecio: a Chan lo definía como un hombre honorable, respetado y fiel a las tradiciones de sus ancestros chinos, mientras que a mi amiga la tenía por una mujer entregada a su marido. Me sorprendió aquella consideración, ya que todavía recordaba palabra por palabra aquella amarga carta de despedida que me había mandado Sinang y en la que hablaba de su matrimonio con un hombre viejo como una condena impuesta.

—Lo esperado puede ser decepcionante o abrir todo un mundo de posibilidades. En esta vida nunca se sabe.

—Él es un anciano y su matrimonio fue un pacto. Sinang es respetuosa y obediente, pero no creo que sea feliz a su lado. Al menos no del todo.

—Pues yo diría que sí lo es.

—Quizá haya llegado a aceptarlo. ¿Qué otra opción tenía? Debía ayudar a su hermano y a la familia. Se puede llegar a vivir así, pensando que la felicidad era otra cosa, colocando los retales adecuados para remendar una tela que nunca será una pieza completa —dije con convicción—. Mucha gente vive así. Lo llaman *resignación* y creen que es una muestra de fe.

—Y usted solo cree que es un modo de sobrevivir y que no se puede llegar a ser feliz de verdad siendo consciente de ese vacío.

Nos miramos fijamente. Notaba cómo Diego me escrutaba, como si tratara de leer más allá de mis palabras, como si hubiera identificado que hablaba de mí misma más que del caso de Sinang.

—No. No creo en la felicidad completa. Las renuncias pesan demasiado.

Me ruboricé y me puse en pie. Sin saber muy bien cómo, nuestra conversación había tomado un tono demasiado íntimo. Diego era listo y al segundo cambió de tema como si nunca hubiéramos tocado el asunto espinoso de la felicidad plena. Caminamos un largo rato por la orilla. Sumergida en aquel ambiente casi mágico que nos proporcionaba el río, en medio del bastión aislado que era aquella casa rodeada de exuberancia, descubría su voz emocionada. Sus relatos y anécdotas conseguían trasladarme a lugares lejanos, tenían el poder de sugerirme olores y sabores nuevos.

Él era divertido, vehemente y cercano, distinto al hombre engreído que había creído reconocer al llegar a su casa. Resultaba fácil sentirse bien a su lado.

Por supuesto, no me mantuve al margen. Diego recibía con agrado mis comentarios, sorprendiéndose de mi formación y de mis relatos sobre los viajes realizados con mi padre, de todos mis conocimientos sobre la cultura nativa y las tradiciones chinas incorporadas a las islas. Sentía que disfrutaba de mis opiniones, que muchas veces le hacían reír o mostrarse reflexivo.

En mi recuerdo, en el transcurso de aquella jornada ambos fuimos olvidándonos de nosotros mismos para limitarnos a disfrutar del momento. Una experiencia que hasta ese entonces yo solo había compartido con Felipe y muy puntualmente con Friedrich en Singapur. Aunque junto a Diego todo se teñía de algo distinto y casi inapreciable, un pálpito en mi estómago que me arrastraba sin que yo pudiera entender todavía hacia dónde.

Comenzaba a anochecer cuando Diego decidió mostrarme su mayor tesoro. Me llevó a la parte alta de la casa y abrió una trampilla que conducía a una especie de buhardilla. Colocó una escalera y me ayudó a subir por ella. Una vez en lo alto, pude descubrir su verdadero rincón secreto, el lugar en el que, según me aseguró, nadie excepto él mismo había entrado. Desplegado en medio de la sala había un gran telescopio. En la mesa, mapas con las constelaciones junto a voluminosos tratados de astronomía. Noté cómo me embargaba un cierto orgullo, como si hubiera pasado la prueba de aquella tarde y el premio me permitiera el acceso a su santuario privado.

Los telescopios no me eran ajenos. Desde pequeña había tenido contacto con ellos, dado que mi padre también era aficionado y no pocas veces me había llevado a la Universidad de Santo Tomás, donde los dominicos habían montado todo un observatorio. Comencé a modificar la lente para observar el cielo mientras perdía de vista a Diego. Incapaz de disimular mi fascinación, estaba concentrada en repasar las constelaciones cuando percibí su olor justo detrás de mí. Y su voz se convirtió en un susurro, más grave, más cálida.

—Nunca había pensado que llegaría a extrañar algo que jamás he tenido.

Me separé del telescopio y me volví hacia él. Estaba muy cerca, y su mirada se clavó en mí con una fuerza que no esperaba, haciéndome descubrir una presencia distinta y nueva, como si el hombre que me había abierto la puerta de su casa el día anterior hubiese desaparecido y ahora me hallase ante un desconocido. Y como si no fuera dueña de mis emociones y ellas mismas hubieran decidido llevarme en volandas, el vello de mis brazos se erizó, mi cuerpo entero volvió a reaccionar tal como lo había hecho esa misma mañana junto a la ventana y mi estómago se pinzó de una forma tan violenta que por un momento pensé que iba a hacer que me encogiera. Era consciente de mi ensimismamiento, de mi mirada fija en él y también de mi incapacidad para reaccionar y moverme aun cuando notaba que poco a poco el rubor iba embargándome. Tenía la sensación de que el tiempo y mi cuerpo habían quedado suspendidos, como si viviera una experiencia mística, de aquellas que había leído en

ciertos relatos píos que mi madre había invocado de vez en cuando. Trataba de apelar a mi recuerdo y a mi razón, buscando asideros que justificasen mi respuesta y encontraran otra más coherente y precisa, más propia de lo que se esperaba de mí. Pero estaba atorada. Mi mente y mi cuerpo habían decidido no responder y me sentía inútil, torpe, atrofiada; incapaz de reaccionar.

Seguía siendo una estatua cuando Diego se acercó un poco más y cogió mis manos. Noté en su intención la necesidad urgente de besarme. Pude sentir el roce de sus labios en mi cuello, que me provocó un estremecimiento completo, como jamás antes había vivido. La convulsión de mi estómago se situaba ahora entre mis piernas; una reacción que no esperaba, aún más incontrolada que las anteriores, mucho más potente, enérgica y, sobre todo, húmeda… Diego extendió la mano hacia mi cuello y rozó la cinta trenzada del colgante que me había regalado Bonifacio y del que, por supuesto, no me separaba. Mi mano detuvo la suya y mi boca decidió tomar la palabra.

—Si jamás has tenido algo así, ¿por qué el armario de mi cuarto está lleno de vestidos de mujer?

Jamás supe de dónde salió el valor para hacer aquella pregunta. Tampoco entendí nunca por qué en tantas ocasiones mis reacciones parecían llevar la contraria a mis deseos o simplemente al natural instinto de protección. Era como si dentro de mí se activara un resorte incontrolable, una pieza que activaba un mecanismo incómodo. Solo muchos años más tarde entendería que esa respuesta tenía que ver con una esencia íntima que me hacía buscar de forma instintiva las razones verdaderas en los demás, aun a costa de enfrentamientos, de perder amistades o incluso de poner en juego mi propia seguridad. En este caso había conseguido que mi pregunta sepultase una inexplorada felicidad que parecía al alcance de mis manos.

Diego reaccionó separándose inmediatamente de mí. Percibí su incomodidad y cómo esta llevaba a difuminar el estado de cercanía que durante aquella jornada habíamos alcanzado. Envueltos en el protocolo de las buenas maneras, terminamos nuestra visita a su observatorio y no pasó mucho antes de que me acompañara hasta mi cuarto y se despidiera de mí de una forma que me resultó llamativamente fría.

Me acosté sintiéndome estúpida. Me había comportado como una mujer casada y respetable, pero no era menos cierto que había deseado la humedad de aquel beso con toda mi alma, como desde hacía tiempo no había ambicionado nada. Diego podía haberme dado las caricias que nunca había disfrutado con Felipe, aquellas sensaciones con las que tantas veces había jugado en mi imaginación. Repasaba una y otra vez su tacto al acariciar mis manos y brazos, el ligero roce de sus labios en mi cuello, la reacción inmediata de mi piel al tenerle tan cerca… Me embargaban aquellos momentos y lo hacían con aquella fuerza de la que me había hablado Bernardita y que nunca había experimentado. Entreabrí los muslos al roce de mi mano, cerré los ojos y me dejé llevar. Al terminar, seguí sintiéndome estúpida pero conseguí dormir.

A la mañana siguiente, Sagrario había dispuesto mi ropa, ya seca, encima de una butaca de la habitación. Me levanté todavía atenazada por lo vivido la noche anterior y casi sin pesar me acerqué a la ventana con el anhelo de volver a ver a Diego en aquel jardín, haciendo aquellos ejercicios con los que el día anterior me había sorprendido. No había rastro de él. Me sentí decepcionada aunque no acerté a entender exactamente por qué.

Me aseé y me vestí deprisa con mis ropas. Después bajé con urgencia al salón, arrastrando aquella necesidad de verlo con la que me había despertado. En la mesa encontré el desayuno dispuesto para un solo servicio. La oscura Sagrario no tardó en aparecer.

—Todo su equipaje está listo —dijo con aquella voz seca y cortante que tan desagradable me resultaba—. El señor ha dado indicaciones para que, tras el desayuno, una escolta la acompañe hasta Vigan. Los hombres la esperan junto al embarcadero.

—Y… —Dudé unos instantes—. ¿Él no vendrá con nosotros?

—Salió de viaje a primera hora de la mañana.

—¿De viaje? Ayer no me dijo nada… ¿Dónde ha ido?

—El señor nunca dice dónde va y tampoco cuánto tiempo estará fuera. Nunca se sabe.

—Me hubiera gustado agradecerle todo lo que ha hecho por mí antes de marcharme.

—Puede escribirle una nota. Será suficiente.

Antes de dejarme nuevamente sola, Sagrario se detuvo. Me miró con ese gesto altivo al que ya me tenía acostumbrada, aunque esta vez su tono se tiñó de matices más graves.

—Yo que usted no permitiría que nadie viera ese colgante que lleva al cuello. Puede ser peligroso.

Su advertencia me puso nerviosa. Era obvio que ella misma había sido la encargada de desnudarme la tarde de mi llegada y que había visto el regalo de Andrés Bonifacio. Me sentí incómoda, con la necesidad urgente de salir cuanto antes de aquella casa. Traté de escribir varios borradores de carta de agradecimiento a Diego, pero con ninguno me encontré satisfecha, así que en el tercer intento decidí hacer caso omiso a la sugerencia de Sagrario y, aunque aquella despedida no era la que hubiera deseado, aceptar mi salida de aquel lugar del modo en que Diego había decidido.

Los hombres me esperaban en el embarcadero con mi equipaje dispuesto en uno de los laterales de una barca. Me explicaron que adelantaríamos camino hacia Vigan remontando el río hasta llegar a una vía practicable que nos dejaría a unas cuantas horas de nuestro destino. Según me dijeron, no era un viaje complicado.

Montada en la barca, mientras nos alejábamos de la casa de Diego, vi cómo la

espesura de la selva la iba ocultando hasta devorarla por completo como si aquella experiencia vivida junto a él nunca hubiera tenido lugar, como si aquel encuentro con aquel misterioso español enamorado de China no hubiese existido o hubiese tenido solo carácter de ensoñación.

Pensar en esa posible irrealidad me hizo sentir repentinamente triste. Mi cuerpo se desplazaba por aquel río, como mi propia vida arrastrada por el tiempo, llena de insatisfacciones y oportunidades perdidas. Consciente como nunca antes de mi falta de experiencias íntimas, justo ahora que había descubierto sensaciones nuevas junto a un hombre inesperado.

# 20

Sin proponérmelo, llegué a Vigan en el inicio de la Cuaresma, a tiempo de ver cómo los niños de las escuelas, precedidos de una gran cruz, acudían a la catedral en filas de a dos para que sus frentes quedaran oportunamente tiznadas de ceniza, comprometiéndose con este acto a no tomar carne durante toda la Semana Santa.

Los hombres de Diego me habían dejado a la entrada de la ciudad fernandina y le habían encargado a un cochero de la misma que me llevara a la casa de Sinang. Vigan se descubría ante mí como una ciudad hermosa, nervio central de las vías de comunicación entre los Ilocos. Aunque muchos la consideraban como la pequeña Intramuros, mi impresión al entrar en ella fue bien distinta a lo que estaba acostumbrada a sentir en la ciudad murada de Manila. La sensación claustrofóbica quedaba anulada ante la ausencia de murallas. Vigan dominaba el llano y quizá por eso todos decían que era una ciudad estratégica para la defensa. Escoltada por las colinas, con el río Abra al norte y el mar de China en la costa, se mostraba ante mí abierta, aparentemente hospitalaria y amable.

Su calle principal estaba ribeteada por hermosas casas de tres plantas, decoradas con bonitas geometrías bajo el saliente de los tejadillos y desde cuyo interior ya se escuchaban los ensayos de las canciones de Pasión que era tradición entonar en aquellas fiestas. Contrastaba aquel fervor penitente con los escalofríos que sentía al recordar las palabras de Diego. Yo, como él, nunca antes había pensado que llegaría a extrañar algo que jamás había tenido.

El cochero detuvo el carruaje frente a una gran casa principal, cercana a la plaza de la Catedral. Tras el largo y accidentado viaje, había llegado por fin a mi destino.

Bajé de la calesa con urgencia, deseosa de encontrarme cuanto antes con mi amiga del alma. Sin asomo de prudencia llamé a la puerta presa de la excitación, como si la expectativa de verla me hubiera devuelto a nuestra juventud relajada y llena de esperanzas. Salió a abrir una criada.

—Busco a la señorita Sinang —dije precipitadamente, para al segundo obligarme a corregirme—: Perdón, a la señora Chan. Soy la señora Ayala, su amiga Carlota, de Manila.

—La señora no se encuentra aquí en este momento. Fue a visitar a su hermano a la iglesia, para preparar la Cuaresma.

—Constanza, ¡qué maneras de llamar eran esas! ¿Quién es? ¿Ha ocurrido algo?

Una voz masculina un tanto quebrada surgía del interior de la casa. Alcé la vista por encima de la criada y distinguí a un hombre con el pelo cano que se acercaba hasta la puerta. No tuve la sensación de ver a un viejo. Andaba con soltura, vestía con elegancia y su gesto era agradable. Al verme, dibujó un gesto de sincera sorpresa.

—¿Carlota? ¿Eres Carlota, la amiga de mi Sinang? ¿Carlota Díaz de la Fuente?

—Sí —asentí un tanto desconcertada—. Soy yo.

—¡Dios bendito! ¡Qué maravillosa sorpresa! Me dieron aviso del señor Almagro, pero pensé que tardarías mucho más en llegar.

Me sentí estúpida por no haber pensado que Diego controlaría también esto. Por supuesto, se había encargado de enviar el oportuno aviso. Tal y como había ido produciéndose desde nuestro encuentro, todo parecía bajo su control.

—Cuando Sinang vuelva de visitar a Ponciano se va a llevar la alegría más grande del mundo. Pero, ¡por Dios, hija! No te quedes ahí en la puerta. Pasa a mi casa y considérala tuya. ¡Vamos! ¡Vamos!

Tuve la oportunidad de comprobar cómo, tal y como Diego me había avanzado en nuestra conversación, la imagen que yo misma había construido del hombre con el que Sinang se había visto obligada a casarse quedó desde ese momento destrozada. Chan era un sangley nada convencional. Presumía de ascendencia china pura y de ser uno de los hombres más ricos de la comarca, aunque no vi ostentación de ello en su casa. Lejos del pragmatismo enfermizo y la concentración que estaba acostumbrada a descubrir en otros chinos, abstraídos casi por completo en sus negocios y sus tradiciones, Chan —al que no solían llamar por su nombre castellanizado— era un hombre divertido, amable y curiosamente extrovertido. Me llevó en volandas por toda la casa, enseñándome los rincones y dotando a cada detalle de divertidas anécdotas. Cada rincón de aquella luminosa vivienda guardaba para él una especial relación con su mujer y de alguna manera todo remitía a ella.

—A Sinang le gusta que dejemos abierta la puerta que conecta la cocina y la primera sala. Dice que así los olores de las especias lo ocupan todo y consiguen adornar la casa, más que los cuadros o los ornamentos. ¿Qué te parece?

—Que huele de maravilla.

—Aquí no se hace nada que Sinang no quiera —decía mientras comenzaba a descargar una risilla contagiosa—. Ella es la dueña y señora de esta casa y yo vivo para complacerla.

Mientras la verborrea de Chan se ocupaba de hacer un elogio constante de Sinang, yo entendía que mi amiga había descubierto en su rico marido a un inesperado cómplice. Al parecer ambos habían conseguido un sistema de perfecto entendimiento, y la devoción, al menos por parte de él, estaba garantizada. Entre los detalles que el señor Chan me mostró de aquella casa no pude evitar fijarme en el cuarto principal, amueblado con una llamativa y amplia cama de matrimonio. Con total normalidad, Chan habló del dormitorio que Sinang y él compartían, y reconozco que, a pesar de su actitud cordial y su aspecto entrañable, no pude evitar sentir cierto estupor al imaginarlos compartiendo aquella intimidad matrimonial. Comenzaba a entender todo lo que me había contado Diego sobre aquella felicidad aparente de mi amiga con su esposo. Mientras Chan hablaba, no dejaba de pensar si, contra todo pronóstico, aquel matrimonio sería más real que el mío propio. Me resultaba

desconcertante.

Una hora después me fundí con ella en un esperadísimo abrazo. Chan había mandado recado con la notificación de mi llegada, y Sinang entró en el recibidor corriendo y gritando mi nombre, presa de la misma excitación que yo había mostrado al llegar a su casa. Nos abrazamos, gritando, riendo y llorando, todo al mismo tiempo, ajenas a las miradas entre divertidas y asombradas de Chan y el servicio, como si los años y la distancia no hubieran conseguido robarnos ni un gramo del amor compartido en nuestra juventud. Volvíamos a ser aquellas dos jóvenes unidas por nuestra particular e inquebrantable alianza.

Cuando la alegría se atemperó, pude ver cómo había cambiado. Aquella muchacha que había dejado en Manila había dado paso a una mujer madura, que vestía con elegancia y recogía su pelo en un novedoso moño abultado, que le hacía aparentar más años de los que en verdad tenía. Había ganado algo de peso, pero aún conservaba aquellas manos huesudas y elegantes cuyo movimiento conseguía hipnotizarme. Pensé que durante aquel tiempo y pese a todo lo vivido yo no había cambiado tanto como ella y, aunque inicialmente atribuí su transformación a las costumbres del norte, pronto comencé a sospechar que era una decisión consciente por su parte, su pequeña contribución para tratar de reducir la diferencia de edad que la separaba de su esposo.

En la cena me presentó a los hijos más pequeños de Chan, cuatro jóvenes que seguían viviendo con la familia y a los que Sinang trataba con respeto y asumiendo, ante mis sorprendidos ojos, un papel maternal que desarrollaba con total normalidad: corregía modales en la mesa y atendía cualquier detalle doméstico con funcionalidad y dulzura, ante la orgullosa aprobación de su marido y la afectuosa acogida de los niños. Compartiendo aquella mesa no me pasaron por alto ciertos destalles entre Sinang y Chan. Las miradas cómplices, los roces amorosos y las risas espontáneas entre ellos secundaron mi idea inicial de la estabilidad de aquella pareja. Había sido testigo de la devoción de Chan por Sinang en nuestro encuentro y, tras comprobar su muestra pública de afectos, ardía en deseos de quedarme a solas con mi amiga para tener su versión.

Tras la cena, Chan nos facilitó la intimidad asegurando que se encontraba cansado y que quería retirarse a su dormitorio. Se acercó a su esposa y la besó en los labios mientras ella respondía cerrando los ojos y acariciando su mejilla con dulzura. En cuanto él salió de la sala, Sinang se volvió hacia mí y me miró con un gesto malicioso, como si mi presencia le hubiera devuelto a la juventud y estuviera en disposición de transgredir las normas. Me pidió que aguardara unos instantes y volvió junto a mí con un par de copitas de cristal labrado y una botellita de lo que parecía un licor. Sonreí divertida. Teníamos muchas cosas que contarnos y, sobre todo, yo ardía en deseos de saber cómo se había desarrollado su vida desde que pactaron su matrimonio.

—Al principio creí que iba a morirme de angustia. No dejaba de pensar que era

un viejo, que ya había tenido dos mujeres antes que yo y que incluso tenía un par de hijos que me superaban en edad. Aunque lo acataba y sabía que con ello le estaba evitando a mi hermana menor el verse obligada a aceptar aquel matrimonio, me repugnaba la idea del encuentro con él. Sin embargo, enseguida me di cuenta de que todo sería mucho más fácil y que Chan era un hombre bueno.

—No ha dejado de hablar de ti ni un solo momento.

—Él me quiere, Carlota. —Sinang me miró a los ojos y tomó aire antes de seguir hablando—. Y yo también a él.

Reconozco que aquella revelación no la esperaba. Entendía que Chan se hubiera portado bien con mi amiga, incluso que ella se mostrara afectuosa y le tuviera aprecio, pero de ahí al amor había un trazado demasiado largo y complicado.

—Pero ¿cómo es posible? Si ni siquiera os conocíais.

—Comenzó tratándome bien, mucho mejor de lo que yo pensaba. Chan era muy respetuoso y atento conmigo. No me obligaba a hacer nada que no quisiera hacer. Puso a mi disposición a todo el servicio y me encargó la educación de sus hijos pequeños. Al principio pensé que solo buscaba eso, una esposa para hacerse cargo de la casa, pero me sorprendió ver cómo todos aceptaban mis propuestas con respeto… y pronto vi que Chan deseaba algo más. —Sinang se echó a reír—. Es muy listo y zalamero cuando quiere, ¿sabes?

—¿Qué hizo? —pregunté fascinada.

—Nuestras conversaciones se fueron haciendo más íntimas. Empezó a hablarme de sus primeras mujeres, de sus desencantos, de las muertes de las personas a las que había querido, de lo que había encontrado o no en la vida, y poco a poco me di cuenta de que sentía algo…, algo que nunca antes había sentido por un hombre.

—Es lógico que sintieras ternura hacia él —dije con cierto temor, cuidando mis palabras—. Al fin y al cabo, esperabas algo terrible.

—No, no era eso lo que sentía, Carlota. Era algo mucho más intenso. Cuando estaba fuera de casa, tenía prisa por volver y verlo. Pensaba en detalles para agradarlo y deseaba ponerme guapa para él. Me di cuenta de que mi vida entera había cambiado, que con Chan era mucho más feliz de lo que había sido nunca en Manila junto a mis padres. Comenzó a darme la mano cuando paseábamos y ligeros besos en nuestras despedidas… No podría darte detalles concretos, todo fue pasando de una forma sutil. Simplemente, iba pasando.

Las palabras de Sinang se clavaban en mí y se hacían reflejo de lo que yo misma había buscado en vano. La quería demasiado para sentir envidia, pero escuchaba su relato con una mezcla de alegría y dolor.

—Vivía feliz hasta que un día Chan comenzó a encontrarse mal. Tenía mucha fiebre y aunque llamamos a los médicos y los curanderos, no lograban bajarle la calentura. Sufrí mucho, Carlota. Creí que se moría y recé, recé como nunca antes había rezado, por no perderlo, por que pudiera vivir un tiempo más a su lado… Pedí unas novenas en la catedral y prometí a la Virgen del Pilar que sería aún mejor esposa

de lo que había sido hasta ese momento. Cuando Chan comenzó a recuperarse, yo sabía lo que tenía que hacer. Una vez estuvo completamente repuesto, me preparé para nuestra primera noche. Esperé a que el servicio de la casa se hubiera retirado y los niños estuvieran dormidos; después entré en su dormitorio y me acosté junto a él.

Incapaz de contener mi sorpresa, le serví una copita de licor a Sinang y yo tomé la mía de un trago.

—Sí, ya sé que estás pensando en su edad. —Ella sonrió con picardía. Notaba en mi amiga una malicia que no tenía cuando éramos jóvenes. No le sentaba nada mal —. Al principio temí que fuera un problema, pero su experiencia abrió camino con facilidad. Y no solo tenía que ver con la promesa que había hecho ante el altar. Supongo que es algo que ocurre normalmente cuando un hombre y una mujer se aman. Tú ya me entiendes…

Evité la mirada de Sinang y guardé silencio. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y comencé a sentir una mezcla de vergüenza y rabia difícilmente explicable que mi amiga malinterpretó.

—Carlota… Pensé que estas confidencias entre mujeres casadas no te disgustarían, pero si te he escandalizado, te pido disculpas.

—No…, no es eso —negué deprisa para tranquilizarla—. Tú tienes algo que no esperabas y que es muy difícil de encontrar, Sinang. Y yo me alegro mucho por ti.

—Pero ¿es que no vives bien con Felipe? ¿No te trata bien?

—Entre él y yo no ha habido nunca una noche después de la fiebre, Sinang. Yo… no sé lo que es tener esa intimidad.

Me sentí liberada, como si me hubiera quitado un enorme peso de encima y por fin pudiera compartir con alguien lo que durante tanto tiempo había sido una carga. Contando con mi total consentimiento, aquella noche Sinang me hizo muchas preguntas para entender la dimensión de mi realidad matrimonial. Su sorpresa parecía ir en aumento conforme yo le confesaba que Felipe jamás había hecho el menor intento por acercarse a mí, a pesar de que su trato era amantísimo y correcto; le resultaba increíble que no hiciera visitas nocturnas a mi dormitorio y que no hubiera ocurrido nada en nuestra luna de miel.

—Dicen que hay algunas enfermedades que producen la falta de apetito en los hombres —trató ella de excusarlo—. ¿No estará enfermo?

Negué. Teníamos la suficiente confianza como para que él mismo me lo hubiera contado en caso de estarlo. La incredulidad y sorpresa de Sinang me resultaban muy reveladoras. Comencé a darme cuenta de que lo que durante tanto tiempo había asumido como algo corriente estaba en verdad fuera de los límites de lo establecido. Lo que yo había interpretado como normal no lo era en absoluto.

—Entonces, tú… nunca… ¡Y yo hablándote de mis intimidades! Ahora vas a hacer que sienta vergüenza de verdad.

—¡No seas tonta! Al menos una de las dos tiene algo que contar… Aunque yo también podría contarte alguna cosa interesante.

Supongo que ayudada por el licor, ya no podía parar y terminé contando a mi querida amiga lo vivido junto a Diego apenas unas horas antes de mi llegada a Vigan. Aquel breve e intenso momento que se había convertido en la única experiencia que yo podía relatar.

—Debes tener cuidado con ese hombre, Carlota. Tiene fama de mujeriego. —Se echó a reír—. Pero también tiene fama de ser un estupendo amante.

La colección de vestidos de su casa comenzaba a tener sentido. Sinang conocía bien a Diego Almagro. Chan mantenía negocios con él y tenía fama en toda la comarca. Tal y como él mismo me había contado, mi amiga me confirmó su participación en varios negocios; sin embargo, veladamente, dejó caer que aquel no era su principal activo: su verdadero poder era el manejo de información. Diego era célebre por saber todo sobre todos y mover sus intereses en consecuencia. Tenía reputación de honorable y digno, pero nadie en su sano juicio se fiaba de él a ciegas. Me quedó claro que era más temido que querido. Y fue entonces cuando mi amiga me recordó algo que mi mente había dejado enterrado en el pasado.

—Tú ya le conocías, Carlota, ¿no te acuerdas? Lo vimos hace tiempo, en la inauguración del teatro. A ti te llamó la atención su atuendo y pensaste que era extranjero.

Recordé inmediatamente al español que vestía con chaqueta china y al que mi padre atribuyó intereses espurios en Manila. Con aquel recuerdo recuperado me fui a la cama, no sin antes darme cuenta de que Sinang me despedía con un tierno beso en la mejilla que entrañaba algo de compasión y tristeza por mí. Aquella noche me dormí pensando en el Diego que había visto de lejos años atrás y las palabras que con aquel aire despectivo mi padre había lanzado contra él. Nuevamente soñé con caricias y besos que no habían llegado a producirse y de nuevo volví a despertarme empapada en sudor.

Cuando bajé a tomar el desayuno, una excitada Sinang se abalanzó sobre mí. A primera hora de la mañana había llegado a la casa un voluminoso paquete y yo era la destinataria. Bajo su atenta mirada y la de todo el servicio, concentrado ante la inesperada novedad, abrí el paquete para descubrir una novísima cámara fotográfica. Los criados miraban el aparato con fascinación y poco a poco comencé a entender. Con mucho sigilo, Sinang se acercó a mí y deslizó una nota en mi mano.

—La quité del paquete para que nadie del servicio chismorreara —me dijo por lo bajo—. Estamos en Cuaresma y esta ciudad es muy pequeña, pero supongo que ya sabes quién lo envía.

Era una cámara americana, una Kodak Cartridge del número 4, ligera y manejable, que convertía a las anteriores en armatostes incómodos y anticuados. La cogí en mis manos, tanteando su fácil mecánica. El fuelle permitía calcular la distancia para el enfoque y, con unos visores que tenía en los laterales, se podía

encuadrar fácilmente. Había leído sobre aquella cámara en algún catálogo y había soñado con su poco peso. Moverla resultaba muy sencillo, incluso usarla sin trípode. El paquete incluía unos rollos de película protegida con papel opaco, lo que permitía cargar la cámara a la luz del día, sin necesidad de cuartos oscuros. Era un modelo reciente, muy complicado de conseguir en nuestro extremo del mundo sin los contactos adecuados, pero era evidente que Diego sí los tenía y había dado con el regalo perfecto para mí.

—¿Es que no vas a leer su nota? —me preguntó Sinang presa de cierto nerviosismo—. ¡Vamos, Carlota!

Noté cómo me temblaban las manos ligeramente. Abrí el pequeño sobre y leí:

> *Lo esperado puede ser decepcionante o abrir todo un mundo de posibilidades. En la vida nunca se sabe.*
> *Espero que te guste.*
> *Diego*

Tras el desayuno hice que la familia y el servicio se reunieran en la sala principal y se colocaran juntos para que yo pudiera retratarlos. Las dagalas más jóvenes reían, entre avergonzadas y sorprendidas ante el evento de ser fotografiadas por vez primera, y Sinang se apresuraba para que los hijos de Chan lucieran sus mejores trajes y se mostraran elegantes y correctos en el posado. Todos parecían dominados por el nerviosismo de aquella preparación. Delante de ellos, yo enroscaba en la lente el cable del disparador. Trataba de refugiarme en la concentración que exigían aquellas fotografías y en los rostros de los que se colocaban ante el visor. Intentaba hacerlo para evadirme de la presencia de Diego. Pero fue imposible. Mientras tomaba aquella fotografía, la primera con la nueva cámara, notaba cómo Diego ya se había instalado en mi interior.

# 21

Las confidencias íntimas que había mantenido con Sinang parecían haber ocupado casi por entero nuestro reencuentro y habían abierto en mí todo tipo de inquietudes sobre Diego. Sinang me había dado alguna pista sobre él, pero en mi interior se acumulaban muchos interrogantes. Diego era uno solo y a la vez en él se encontraban muchos tipos de hombre. El exquisito melómano y buen bebedor. El coleccionista de objetos preciosos. El nómada errante. El aficionado a la astrología. El rudo hombre hecho a sí mismo y el sensible español de alma china. El perfecto seductor, capaz de dar con el regalo más deseado, pero también el intrigante indefinido, ese que gozaba de contactos exclusivos en todos los lugares. Me resultaba tan peligroso como irresistible y notaba cómo mi interés se desbocaba detrás de aquel hombre, todavía desconocido. Rastreaba los detalles de aquel día que habíamos pasado juntos y, sin poderlo evitar, el estómago me daba un vuelco descontrolado que me dejaba aturdida y desconcertada.

Aquel era el poder que Diego iba ganando sobre mí y del que traté de escapar centrándome en el que había sido el propósito inicial de aquel viaje. Necesitaba saber más sobre el movimiento de los insurrectos. En los primeros instantes había pensado que Sinang, tal y como a mí misma me había ocurrido, estaría al tanto de la realidad política y social que la rodeaba, pero no necesité mucho tiempo a su lado para comprender que la vida estable y tranquila que ahora llevaba, unida al poco interés que Chan, al contrario que Felipe, mostraba por tales asuntos, haría imposible encontrar respuestas en ella. A esto se unía el tremendo respeto que mi amiga me generaba. Por nada del mundo hubiera querido comprometerla con preguntas delicadas. Sin embargo, pronto caí en la cuenta de que quizá no era ella a quien debía acudir en busca de respuestas. Su hermano Ponciano, el cura, estaba mucho más cerca en tanto que era parte de ese clero secular, enfrentado a los privilegios de los frailes y que pervivía desde muchos años atrás, desde que los padres Burgos, Zamora y Gómez fueron ajusticiados y prácticamente se convirtieron en mártires de la causa para el movimiento de insurrección. Así que si había alguien que podía hablarme de aquella organización, ese era Ponciano, que había luchado por la titularidad de su parroquia y que tras contar con el apoyo de Chan y otros miembros poderosos de la comunidad, al fin había llegado a un acuerdo con los frailes agustinos, recibiendo su justa recompensa, sin permanecer adscrito a ninguna orden religiosa.

Sabía que debido a las fechas en las que nos encontrábamos y también a lo comprometido de la información que quería conseguir, debía moverme con cautela. Lo que no podía sospechar en aquellos momentos era que el contacto con el hermano sacerdote de Sinang me depararía una mayor sorpresa.

La Semana Santa sometía la vida entera de las ciudades a sus estrictas tradiciones católicas, que se mezclaban con relajación con los ritos folclóricos de cada zona de las islas. Vivía con gusto aquel colorido, la tradición con la que había vivido toda mi vida y que asumía con la misma naturalidad con la que un castellano afronta su Semana Santa al tiempo que reconoce las saetas del sur al paso de las imágenes. De esta manera llegamos al Viernes de Dolores, punto álgido de la Cuaresma, y acordamos trasladarnos a la iglesia donde Ponciano oficiaría misa. En nuestro camino atravesamos calles y plazas adornadas con las cruces de madera que marcaban los pasos que más tarde recorrerían los alumnos de las escuelas municipales de instrucción primaria, como era el caso de los hijos de Chan. Mientras aquello ocurría, nosotras, junto a otras señoras principales, rezábamos las estaciones en la iglesia luciendo nuestros mantos negros, que nos cubrían de pies a cabeza. A diferencia del *lambong* de las tagalas, que se recortaba por debajo de la cintura, nuestros velos arrastraban algo de cola, de tal modo que, si nos hubieran observado desde el campanario de la iglesia, solo se habría podido distinguir una alargada alfombra azabache, como un río de pez que enfilaba cadencioso hacia la entrada del templo. Una vez dentro de la iglesia, nos quitamos el manto y recorrimos los pasos colocados en las columnas, para, unas horas más tarde, acompañar la procesión en el exterior de una imagen del Nazareno, de la Dolorosa y del evangelista San Juan.

Todas aquellas actividades propias de la Cuaresma requerían la dedicación plena de Ponciano, y me fue imposible hablar con él hasta la noche, cuando la vida de la ciudad se concentraba en los mercados nocturnos de las principales plazas. La gente se entregaba a charlas y actividades que aliviaban las muestras de luto de aquellos días. Era el momento perfecto para acercarme a Ponciano con la excusa de conocer las tradiciones propias del lugar. Se trataba de un hombre tranquilo, delgado y de aspecto juvenil aun cuando a Sinang le sacaba cinco años, y estaba orgulloso de haber mantenido su posición de sacerdote secular pese a los enfrentamientos con los agustinos. Se le notaba sinceramente agradecido a su hermana y a Chan: sin el apoyo de ambos, no solo le hubiera sido imposible asentar de aquella manera su posición, sino que seguramente se hubiera visto en peligro de ser denunciado por traición.

Nos sentamos en un extremo de la plaza mientras veíamos a unos jóvenes jugar con unos huevos. Ponciano me explicó que se trataba de un juego antiguo, con el onomatopéyico nombre de *toktok*, donde perdía el dueño del huevo que reventaba en el choque contra el de su adversario. Por supuesto, dadas las fechas en las que nos encontrábamos, no estaba permitido establecer apuestas en el juego, sin embargo, el mero hecho del entretenimiento bastaba como aliciente para que los jugadores se entregaran al recreo con pasión.

—El extremo agudo del huevo se llama *siko* y al lado opuesto, el más blando, lo llaman *kolo*. Antes de jugar deben gritar con qué parte del huevo van a probar su suerte.

Observaba la atención con la que Ponciano, que parecía recuperar la inocencia

juvenil, seguía el desarrollo del juego. El *toktok* había congregado a dos bandos, y eran los jóvenes de mayor edad al mando quienes procedían al intercambio de los huevos. Lota se extrañó al ver cómo los acercaban a la luz de las antorchas más cercanas.

—Tienen que comprobar que el huevo no está embreado.

—¿Qué es eso?

—Una trampa. A veces perforan con una aguja la cáscara y chupan la clara y la yema para vaciar el huevo y luego lo rellenan con brea amasada con la idea de hacer más dura la cáscara y ganar en el choque. ¡Y santa paciencia hay que tener para hacerlo! —dijo Ponciano, sin poder contener una saludable carcajada—. Por eso lo miran al contraluz. Si hay una mancha oscura, el huevo se descarta. Aunque también puede que no haya trampa alguna y simplemente se descarte si la cáscara anda rota. En el propio intercambio para valorar el huevo se puede dañar la cáscara.

—¡Cuánta prevención!

—Pero no se lleve usted una idea equivocada. Por norma general el ilocano no es ni tramposo ni desconfiado… Son solo tradiciones del juego.

—Fui criada por una ilocana. Sé cómo son y los aprecio.

Supongo que aquello facilitó la sintonía con Ponciano, y no me costó demasiado pasar del *toktok* a otros asuntos y hablar sobre la situación que estaban viviendo las islas. Polavieja había presentado su dimisión desgastado por el enfrentamiento contra los rebeldes. Estaba enfermo y le habían denegado tropas de refuerzo. No era algo del gusto de Ponciano, que temía las consecuencias de aquella situación. Comenzó a hablarme de sus propias experiencias con el movimiento rebelde. En la zona, como en otras muchas, el Katipunan se nutría de la población llana, mayoritariamente campesinos hartos de lo que consideraban un abuso sostenido por parte de los españoles, en especial por las órdenes religiosas propietarias de la mayor parte de la tierra. En este sentido, tal y como yo había previsto y al igual que Felipe, Ponciano encontraba puntos en común con sus reivindicaciones, sin embargo, consideraba que la violencia no era la vía correcta para lograr la independencia, más aún cuando al grupo rebelde le rodeaba una mística alejada del credo católico. Ponciano tenía conocimiento de rituales de iniciación para los miembros de la Altísima Sociedad de los Hijos del Pueblo, que incluían cicatrices en lugares concretos del cuerpo y que recordaban a los métodos de iniciación masónica.

—Los reclutamientos se producen con cautela y en grupos de tres, de modo que cada uno de ellos conoce solo a otros dos más. De esta manera tratan de garantizar que si detienen a uno y le fuerzan a confesar, solo podrá dar dos nombres, preservando a todos los demás.

—¿Cómo ha llegado a saberlo?

—Algunos de los campesinos que se han unido son firmes católicos y no comparten cierto ideario. Necesitaban saber si hacían lo correcto, aunque, firmes a sus ideas, se negaron a confesarse por algo que no consideraban pecado. Sin

embargo, de un tiempo a esta parte, algo se está moviendo.

—¿Qué?

—No todos comulgan con las mismas ideas y expresar las diferencias no siempre es bien recibido. Se habla de rivalidad entre Bonifacio y Aguinaldo.

Ponciano siguió relatándome cómo la semilla de la disensión podía dar paso a un futuro incierto. Según su información, Aguinaldo se había hecho fuerte en Cavite y sus apoyos habían crecido. Parecía abrirse una importante grieta dentro del grupo rebelde, situación que en ningún caso habían aprovechado los españoles. Me quedé pensativa. Si los españoles no sacaban partido de esa debilidad de los rebeldes, ¿quién podría hacerlo?

—Alemanes, norteamericanos, japoneses… Quién lo sabe a ciencia cierta —sentenció Ponciano.

—Si eso es así, la rebelión tendrá una dimensión mucho mayor. No estamos hablando de una revolución interna.

Ponciano me miró fijamente.

—Entre esos hombres hay gente humilde y legítimas razones, Carlota. Y ninguno de nosotros es nadie para juzgarlos.

Secundé aquel respeto asegurando a Ponciano que compartía completamente su opinión. Sin embargo, insistí en que deseaba entender la dimensión completa de aquellas reivindicaciones, para lo que era indispensable un encuentro con los cabecillas de algún grupo rebelde de la zona. Ponciano no quiso prometerme nada, pero me aseguró que haría lo que pudiera y, de conseguir algo, me mandaría recado. Con aquella idea me despedí de él, secundada por los gritos de júbilo de los niños que habían resultado vencedores en el *toktok*.

Días después, concluida la Cuaresma y con nuestra vuelta a la normalidad, recibí una nota de Ponciano. En ella, y de forma escueta, me citaba en un lugar cercano a la costa y me daba indicaciones precisas para explicar mi marcha ante Chan y su hermana, de modo que mi partida no despertase sospechas. Debía trasladarme sola, poniéndome en manos de un cochero que me esperaría en un punto concreto a la hora convenida. Ponciano hacía especial hincapié en que debía tener cuidado con mi cámara. Solo podría fotografiar aquello que los rebeldes consideraran oportuno para su propaganda. Ese era el pacto. Atendí sus indicaciones y justifiqué ante Sinang mi ausencia. Mi amiga aceptó mis explicaciones con cierto distanciamiento y terminó presentándose en mi cuarto a la hora de la siesta.

—Dime la verdad, ¿vas a encontrarte con él?

—¿De qué me estás hablando?

—Sé que me has mentido, Carlota. Y no te preguntaré nada más. Solo necesito saber si todo esto significa que vas a encontrarte con Diego. Necesito poder cubrirte si llegara el caso.

Entre la realidad inconfesable y la mentira reprobable no tenía demasiadas opciones más allá de apelar a la siempre segura complicidad de mi amiga. Aun así,

corría el riesgo de toparme con una respuesta inesperadamente censora.

—Sí, voy a encontrarme con él —le dije, y aguanté la respiración durante unos segundos, el tiempo justo para que Sinang se acercara a mí y me abrazara.

—No te preocupes. Yo me encargaré de que nadie sospeche nada.

Mientras me trasladaba a mi cita pensaba en la paradoja que entrañaba aquella situación. Mi profundo y secreto deseo de un nuevo encuentro con Diego como falsa coartada para cubrir el furtivo e inconfesable contacto con miembros del grupo rebelde que mantenía en jaque al Gobierno y que había propiciado, entre otras muchas cosas, la desaparición oficial de mi marido. De no haber estado tan nerviosa, seguramente me habría echado a reír, pero lo cierto es que estaba demasiado tensa como para trivializar un momento que podía ser fundamental en mi vida. Llevé la mano al colgante que me había regalado Bonifacio, para comprobar que mi salvoconducto seguía en su sitio. Me repetía una y otra vez que, si todo se torcía, solo tendría que mostrar aquella señal ante los rebeldes para ganarme su respeto. Lo repetía y ni yo misma terminaba de creérmelo. El mal presagio se había pegado a mí desde la salida de Vigan y no ayudó que el cochero me dejara sola en la playa, tal y como al parecer le habían indicado.

El mar de China se abría en el horizonte, encabritado y feroz. Miraba hacia un lado y otro de la playa sin ver a nadie y conforme pasaba el tiempo notaba cómo mis nervios se crispaban. Sin luz, todo sería mucho más complicado. Pero ¿qué más podía hacer habiendo llegado a ese punto? Sin conocer la zona y completamente sola, tratar de regresar a Vigan hubiera resultado más descabellado que aceptar aquella incierta espera, así que dejé que la razón cogiera las riendas y observé la puesta de sol, que se mostró magnífica y rotunda y me regaló un horizonte amplio y relajado. Aquella calma del ocaso contrastaba con la ferocidad del mar abrupto, como si en el mismo punto confluyeran las dos caras de una misma moneda, cambiantes según un ritual de oscilación, más lógico que caprichoso y, en cualquier caso, determinado por aquella naturaleza exuberante y casi brutal que me rodeaba.

Como temía, tras el ocaso llegó la oscuridad, y los ruidos de todo tipo ocuparon toda mi atención. No había luna que atenuara aquella negrura, con lo que la amenaza parecía ganar enteros en mi interior. De nuevo traté de calmarme, intentando que mi corazón no diera un vuelco a cada sonido extraño que escuchaba. De aquella manera, las horas comenzaron a acumularse y mis nervios a pasar factura. No sabría decir con exactitud cuánto tiempo había transcurrido desde mi llegada, tan solo recuerdo que me había quedado traspuesta cuando noté que unos brazos fuertes me agarraban y me privaban de todo movimiento. Rápidamente me ataron las manos y me vendaron los ojos. Ofrecí resistencia, pero al ver que era inútil, que me veía sometida por un buen número de brazos, pedí calma en ilocano. Como única respuesta recibí algunos empujones y me subieron a lomos de un caballo que emprendió camino. Pregunté con

desesperación dónde íbamos y qué pretendían hacer conmigo, aunque, una vez encima del animal, ninguno de los que me rodeaban dijo una sola palabra.

Fue un trayecto que no hubiera deseado ni a mi peor enemigo. No saber si era rehén o condenada hacía que mi corazón palpitara con una angustiada fuerza y cada minuto se extendiera al infinito.

Creo que transcurrió una hora hasta que nos detuvimos y me bajaron del caballo. Me obligaron a caminar a empellones y en un momento dado hicieron que me detuviera. Mis manos seguían atadas, ya doloridas por la presión de la cuerda que las atenazaba, cuando me quitaron la venda que me cubría los ojos.

La oscuridad solo quedaba mitigada por una hoguera. Aunque me costó compensar la luz, no tardé en darme cuenta de que estaba rodeada de hombres armados. Un par de ellos miraba con curiosidad mi cámara mientras el resto me observaba con cierta prevención. Uno de aquellos hombres tomó la iniciativa y avanzó hacia mí con paso decidido.

—¿Qué quiere una kastila con nosotros?

—No soy una enemiga y esto no es una trampa —dije extendiendo las manos hacia él para mostrarle mis ataduras—. Si me sueltan, podrán comprobarlo.

—¿Por qué debemos fiarnos?

—Porque ninguna mujer en su sano juicio hubiera consentido llegar hasta esa playa sola y quedarse esperando hasta que la noche fuera cerrada. Supongo que todo ese tiempo de espera ha sido suficiente para demostrar que no traía detrás ningún retén del Gobierno. ¿Qué más pruebas necesitan?

Aquel hombre era de una llamativa baja estatura y su gesto no terminaba de infundirme tranquilidad, mucho menos cuando echó mano del bolo que llevaba amarrado en la cintura. Aquellas armas y su filo seguían generándome un miedo instintivo y casi paralizante.

Noté su mano izquierda áspera y encallecida cuando sujetó con fuerza las mías mientras que con la derecha acercaba peligrosamente el filo de su arma. Ya he dicho que era un hombre pequeño, pero su fuerza y habilidad quedaron más que demostradas: le bastó un rápido movimiento para cortar la gruesa cuerda que me tenía maniatada.

Él había hecho un gesto ante todos los suyos y ahora me tocaba a mí. Algo avergonzada, liberé los primeros botones de mi blusa y me quité el colgante que me había entregado Andrés Bonifacio para tendérselo al cabecilla de los rebeldes. Estaba segura de que aquella sería la prueba que todos esos hombres necesitaban para descartarme como enemiga.

Tras observar el colgante, aquel hombre lo alzó y lo mostró a todos sus compañeros. Por unos segundos me sentí segura. El salvoconducto había cumplido su misión. Pero aquella sensación me duró muy poco.

—*Magdiwang gayyem* —dijo aquel pequeño hombre sonriendo—. *Bonifacio gayyem*.

Escuché sus risas burlonas seguidas de los abucheos al escuchar el nombre de Bonifacio. Me tachaban de ser su amiga y de los Magdiwang. No sabía a qué se referían con este último término, pero no me costó percibir que su tono era evidentemente despectivo. Mi inicial seguridad y mi confianza en el regalo que me habían hecho en aquel otro campamento rebelde se desvaneció de un plumazo mientras aquel hombrecillo me devolvía el colgante con un gesto de desprecio.

—Puede volver a guardarse esto, señora. Aquí no le servirá de nada.

# 22

Toda mi esperanza se había derrumbado al ver que aquellos hombres no aceptaban el colgante de Bonifacio como prueba de afinidad hacia el movimiento. Sin embargo, contra todo pronóstico, aquel pequeño hombre que se presentó como Honorio Salamanca, capitán al mando de aquel grupo, me invitó con gran amabilidad a seguirlos hasta la zona donde tenían el refugio: unas cuevas oportunamente ocultas entre la falda de la montaña y aquel exterior boscoso de difícil acceso por el que había sido conducida ciega, maniatada y a lomos del caballo.

Me ofrecieron cobijo en una de las cuevas, donde las mujeres y algunos niños ya dormían. Sin rechistar, después de todo lo que había ocurrido, me acomodé en un hueco modesto en el suelo, tan solo alfombrado por un trenzado de bejuco. Cuando las luces de sus antorchas desaparecieron, solo me quedó respirar profundamente y esperar a las luces de la mañana para enfrentarme a una realidad distinta.

Desperté algo entumecida por la humedad de la cueva. Las mujeres trajinaban con algún niño a cuestas y me miraban de reojo. Iban y venían con *tampipis* llenos de frutas y en la entrada de la cueva habían hecho un pequeño fuego en el que preparaban el desayuno a base de morisqueta, que posiblemente sería el mismo arroz cocido que comerían más adelante en el almuerzo y la cena. Una dagala joven se acercó a mí y miró con gesto curioso mi pelo.

—Pareces una princesa —dijo mirándome como hipnotizada—. Como las de las historias que nos contaban de pequeñas.

—¿Cómo te llamas?

—María Josefa del Rosario —dijo mientras extendía su mano y acariciaba mi pelo—. Pero todos me llaman Pepita. Tú también puedes hacerlo.

Me puse en pie y me acerqué a la entrada de la cueva para ver el lugar que la noche anterior no había podido reconocer. El campamento se situaba en una pequeña explanada que daba acceso a varias cuevas, convenientemente resguardadas por la espesura del bosque. Al contrario que el acuartelamiento en el que me había encontrado con Bonifacio, en este no había ninguna construcción, ningún *bahay* que delatara la mano humana, lo que inmediatamente me hizo pensar que aquel grupo, que rondaría las sesenta personas entre hombres y mujeres, debía de llevar una vida itinerante. Me hubiera gustado hacer una fotografía de aquel instante, pero la cámara que me había regalado Diego me había sido requisada la noche anterior. Al verme despierta, un par de hombres se acercaron a mí y me condujeron junto a Honorio Salamanca. Quería hablar conmigo.

—¿Qué es lo que quiere Bonifacio?

No esperaba aquella pregunta y no supe qué contestar. Los hombres de Salamanca

me miraban con gesto duro e implacable y yo me sentía rodeada. Resultó que la paciencia de Salamanca era aún más breve que su estatura.

—Ese colgante se lo entregó él. ¿Por qué razón? —insistió.

—Intercedí por un familiar suyo detenido en el fuerte de Santiago y me lo dio en señal de gratitud. Me dijo que si las cosas se torcían, podía mostrarlo en su nombre.

—Y usted pensó que le abriría todas las puertas sin calcular que los seguidores de Bonifacio comienzan a ser más incómodos que valorados.

Quedé algo desconcertada. No sabía a qué se refería exactamente Salamanca, pero debía justificar el interés que había mostrado ante el hermano de Sinang para organizar aquel encuentro.

—Yo solo quiero que quede testimonio y que la gente pueda conocer lo que está ocurriendo.

—¿Qué gente? ¿Los españoles que nos han declarado traidores?

—Los hombres y mujeres de Filipinas.

Salamanca me miró, sorprendido, como si estuviera ante un descubrimiento. Después estalló en una sonora carcajada.

—¡Vaya! Pensábamos que recibíamos a una mensajera de los Magdiwang y resulta que tenemos con nosotros a una princesa rebelde.

Su risa relajó de inmediato el ambiente. Sus hombres comenzaron a reír siguiendo su compás y yo, sin saber muy bien qué hacer, dibujé una mueca a modo de media sonrisa. Salamanca hizo un gesto a uno de los suyos, que rápidamente llegó con mi cámara.

—Si lo que quiere es dejar testimonio de quiénes somos, puede realizar fotografías que sean de valor para nuestra propaganda. —Salamanca me tendió la cámara con un gesto que creí cómplice—. ¿Le parece un buen trato?

—Sí… Por supuesto.

—Perfecto. Durante unos días la princesa rebelde será nuestra invitada. —Se volvió hacia sus hombres alzando la voz—: ¿Habéis oído? ¡Tenemos una invitada, así que haced el favor de guardar las formas!

De aquella manera fui admitida en la vida de un campamento rebelde bautizada con el nombre oficial de princesa. A partir de ese momento, todos y cada uno de sus miembros me llamarían así, y lo que en un principio fue un apodo despectivo se iría tiñendo de cariño y cierta admiración según iban pasando los días y yo me adaptaba a sus rutinas con la mayor de mis entregas. Tal nombre era solo el símbolo de mi entrada en ese universo nuevo, pero, poco a poco, fue cobrando un significado cálido que me hacía sentirme aceptada por aquellos nómadas revolucionarios.

Con la distancia que proporciona el tiempo puedo valorar los primeros días de mi vida en el campamento como una experiencia arrolladora repleta de enseñanzas y anécdotas. Fotografiaba las vidas de los rebeldes, situaciones cotidianas teñidas de tradiciones; en el fondo, una plasmación de vida ingenua y muy alejada de la imagen peligrosa que el Gobierno y las órdenes religiosas se habían ocupado de difundir

sobre el movimiento rebelde.

Pepita no se separaba de mí. Al principio pensé que cumplía órdenes de tenerme controlada, pero enseguida advertí que era su fascinación por mi melena y mi cámara Kodak lo que la mantenía a no más de un palmo de distancia. Con determinadas personas se siente una afinidad inmediata y creo que eso es lo que me pasó a mí con Pepita. Se trataba de una joven divertida y espontánea de ojos brillantes que siempre deseaba aprender. Durante los días que compartí a su lado no conseguí saber de dónde procedía exactamente. No le gustaba demasiado hablar de ese tema y me costó algo de trabajo averiguar de qué manera aquellas mujeres habían llegado al campamento. Intuí que muchas de ellas estaban solas, desarraigadas de sus familias. Era sencillo imaginar que aquellos hombres las habían conocido en su peregrinar entre pueblos y ciudades y ellas, sin nada que dejar atrás y con la aprobación del capitán, se habían incorporado al grupo itinerante para ocuparse de las necesidades de los revolucionarios. Cocinaban el arroz y todo lo que los hombres cazaban o pescaban, lavaban sus ropas en el río y se acostaban con ellos cuando las solicitaban. Observé que era tan fácil como que cualquiera de los hombres visitara la cueva de las mujeres y solicitara su compañía por esa noche. La mujer aceptaba, cogía la mano del solicitante y salía con él camino del bosque. Generalmente transcurría una hora, quizá menos, antes de que volviera a su rudimentaria alfombra de bejuco en la cueva. Y como si no hubiera pasado nada, se quedaba dormida.

Los hombres las doblaban en número y no era una condición estipulada que cada una de ellas tuviera relaciones con el mismo, aunque Pepita me confirmó que solía existir cierta fidelidad y algunas parejas establecidas. El único pacto que habían acordado con el capitán Salamanca era su derecho a negarse. Si cualquiera de ellas no quería tener relaciones íntimas con un solicitante, no estaba obligada a hacerlo. Bastaba con un gesto negativo de cabeza y el hombre se retiraba o extendía su solicitud a otra mujer. El capitán era muy respetuoso con ellas, aunque Pepita me aseguró que él nunca había solicitado la compañía de ninguna.

De aquella manera habían nacido varias criaturas. Las madres se hacían cargo de los hijos —a veces de padre indeterminado— y todas ellas participaban en la crianza en una sintonía perfecta y generosa.

Me fascinaba la facilidad con que Pepita y las demás mujeres se enfrentaban a los contactos sexuales. No les daban demasiada importancia y de hecho parecían disfrutar de aquellos momentos tanto como de la comida. No llevaban la iniciativa, pero tenían la última palabra. Me resultaba curiosa aquella particular adaptación, mezcla de tradición ancestral y un pragmatismo digno de las necesidades de la situación.

Uno de los días me llevaron hasta el río. No estaba demasiado lejos y me contaron que al menos una vez a la semana las mujeres y los niños se reunían en una especie de baño festivo. Observé cómo se desnudaban sin pudor ante mí y se metían en la corriente, riendo y enredando con el agua. Me invadió una tierna nostalgia.

Pepita me miraba, risueña, sorprendida de mi asombro ante aquella naturalidad. Completamente desnuda y ya metida en el agua, extendió las manos hacia mí.

—¿Es que las princesas no se bañan?

Me sentí algo desconcertada. Miré hacia un lado y otro y no vi ningún hombre cerca. Hacía calor y llevaba días notándome el espesor de la suciedad, así que, en un arranque de locura, me decidí a quitarme la ropa y meterme en el río con ellas. Al principio todas me miraron con curiosidad y me sentí algo azorada. Supongo que no habían visto nunca a una española desnuda de pies a cabeza, y el color de mi piel, tan blanca en comparación con la suya, llamaba su atención. A los pocos minutos se habían olvidado de mí y mi propia vergüenza había ido desapareciendo, dejando salir de mi interior a la niña que solía bañarse y jugar en las orillas del Pasig. Escuchaba la risa de Pepita mientras yo recuperaba durante aquella tarde los juegos inocentes y despreocupados de la niñez. Por primera vez en mucho tiempo, me sentí plenamente feliz.

Conforme nos secábamos yo pensaba en las sensaciones que estaba acumulando durante aquellos días. La vida tranquila de aquellas mujeres, la dignidad del capitán Salamanca, la conexión y el respeto con esa tierra por la que luchaban. Tal y como me había pasado en el campamento de Bonifacio, notaba que sentía una afinidad irreflexiva hacia los rebeldes, como si yo misma tuviera más que ver con su naturaleza que con la lucidez racional de la mismísima Liga. Colocaba el colgante de Bonifacio en mi cuello cuando noté que Pepita lo observaba.

—Nosotros somos Magdalo, princesa. Eso significa que creemos en el general Aguinaldo.

—Pero ¿por qué no en Bonifacio?

—El general ha dicho que los Magdiwang no son de fiar, que Bonifacio terminará pactando con el Gobierno y todo lo que hemos hecho no servirá para nada.

—¿Y tú lo crees?

—Yo creo todo lo que diga nuestro capitán. Y nuestro capitán cree todo lo que diga el general Aguinaldo.

—Pero Aguinaldo está en Cavite, muy lejos de aquí.

—El capitán recibe órdenes cada tanto. De un español. Aparte de ti, es el único que ha podido llegar al campamento.

—¿Un español?

—Sí. Pero no un español normal. Trae noticias que vienen del general y el capitán le trata como si fuera un superior. Todos le respetan. *Kastila mabuti* —dijo Pepita sin evitar una sonrisa—. Además, es muy apuesto.

Mientras seguía a las mujeres de vuelta al campamento, pensaba en que las palabras de Pepita confirmaban todo lo que Ponciano me había dicho sobre una división dentro del movimiento rebelde. Comenzaba a entender los motivos del capitán y la razón por la que mi colgante no había hecho efecto. Aguinaldo, mejor formado que Bonifacio, podía aspirar al poder dentro del Katipunan. Lo que no

terminaba de comprender era qué papel jugaba aquel español. Evidentemente, se trataba de un traidor alineado con uno de los dos bandos, pero se me hacía extraña su cercanía al general que mantenía la plaza en Cavite.

Lo entendería todo al volver al campamento.

Ya en la entrada noté un ajetreo insólito de los hombres, que iban y venían en una actividad fuera de lo habitual. Había movimiento de armas y pude ver la salida precipitada de un par de hombres a caballo, justo antes de descubrir cómo un detenido caminaba maniatado y escoltado por cuatro hombres del campamento hacia la entrada del bosque. De manera instintiva, eché mano de mi cámara y tomé un par de fotografías. Me giré y, a través del objetivo, localicé al grupo del capitán. Distinguí a alguien nuevo junto a él. Estaba de espaldas a mí, pero su ropa me resultó familiar.

—Mira —dijo Pepita—. *Kastila mabuti* ha venido.

Mi corazón dio un vuelco. Tomaba una fotografía del grupo en el preciso instante en que el español se dio la vuelta. Nuestras miradas se encontraron y se hizo evidente nuestra mutua sorpresa.

Honorio Salamanca no tardó en hacer una señal a Pepita para que fuera a hablar con él. Mientras lo hacía mi mirada permanecía atada a la de Diego. Había soñado con reencontrarme con él, pero no allí, no así. Pepita regresó con instrucciones para que todas las mujeres fuéramos a nuestra cueva. El capitán había decidido que yo debía abandonar el campamento.

—Dice que debes salir mañana por la mañana, princesa —me comunicó con tono triste—. Quería que te fueras hoy mismo, pero le pedí que te dejara esta última noche para que pudieras despedirte de nosotras.

—Pero ¿qué está pasando? —pregunté, tratando de sobreponerme tanto al impacto del reencuentro como a la noticia de mi marcha—. ¿Quién es ese hombre al que llevaban detenido?

—Nada ni nadie que debas saber. Me ha dicho que ya has tomado suficientes fotografías y que debes marcharte. Mañana moveremos el campamento y dejaremos este lugar.

Unos hombres se acercaron hasta mí para confiscar mi cámara. Pepita me aseguró que seguían órdenes del capitán y que al día siguiente, al marcharme, me la entregarían. Asumí que no tenía sentido replicar y volví a buscar la mirada de Diego, segura de que era él el que estaba detrás de esa iniciativa. Pero ya no fui capaz de verle junto al grupo de Salamanca. Había desaparecido.

En la cueva, las mujeres me dedicaron alguna canción tradicional en una especie de ritual de despedida. Me colocaron unas flores en el pelo y compartieron un licor que casi no probé, a sabiendas. Estaba impactada por el inesperado encuentro. La emoción de volver a ver a Diego me embargaba con la misma contundencia que el temor sobre lo que estaba ocurriendo.

Aguardé la noche y esperé a que todas estuvieran profundamente dormidas; el

licor había hecho su efecto y no notaron mi salida. Eché una mirada a Pepita, que dormía a pierna suelta y con la boca entreabierta. Tuve la sensación de que no la volvería a ver y, por unos instantes, cerré los ojos para guardar para siempre su imagen en el río, cuando extendió sus generosos brazos hacia mí y me llamó princesa. Pasara lo que pasara, había decidido llevarme aquel recuerdo conmigo.

Caminé con sigilo. El campamento estaba desierto y mis pasos me conducían hacia la zona del bosque por la que había visto que se llevaban al detenido. No tardé en localizar el reflejo de la luz de antorchas y me acerqué con mucho cuidado, hasta esconderme detrás de un árbol desde donde tenía una buena perspectiva. En un pequeño claro estaban concentrados el capitán Salamanca y sus hombres y en medio de ellos, de rodillas y con las manos atadas y colocadas sobre un tronco partido, creí distinguir a un rehén que rezaba, nervioso y con la cabeza gacha.

Enseguida encontré a Diego entre los presentes. Se puso a la altura del arrodillado y le preguntó algo que no llegué a entender porque el infeliz solo era capaz de sollozar. Después Diego se acercó hacia el capitán Salamanca, cruzaron unas palabras y vi cómo este dirigía una indicación a varios hombres. Mientras un par de ellos sujetaban al detenido y afianzaban una de sus manos en la picota, otro, el más corpulento del grupo, cogía su bolo y se aproximaba con decisión hacia él. No podía dar crédito a la escena. El detenido gritaba y lloraba con desesperación, pero sus gritos se perdían en la noche sin que nadie atendiera sus ruegos. A unos pasos, el capitán y el español observaban con seriedad. Me fijé en el gesto de dureza de Diego. Parecía impasible y distante; casi no era capaz de reconocerlo.

El movimiento fue rápido, fuerte y limpio. El filo del bolo cortó de cuajo una de las dos manos, que cayó en la hojarasca al tiempo que un reguero de sangre salía despedido con una fuerza implacable. Me aparté con un respingo y al recular topé con algo que no debería estar a mi espalda. Rápidamente me di la vuelta: uno de los hombres de Salamanca estaba frente a mí y no tardó en cogerme con fuerza y arrastrarme hasta donde se acababa de producir la mutilación.

Mientras los katipuneros discutían sobre mí, yo no podía apartar la vista del rehén, que por suerte había perdido el conocimiento y yacía tendido en el suelo. La sangre seguía saliendo a borbotones sin continencia alguna y mi natural impulso me hizo tratar de acercarme al herido para intentar contener la hemorragia. Justo en ese preciso momento noté cómo me cogían con fuerza del brazo y me arrastraban por el bosque. Aún estaba aturdida y me llevó unos instantes darme cuenta de que se trataba de Diego. Lo confirmé al escuchar su voz.

—Puedes dar gracias a que yo estaba aquí. ¡Maldita sea!

—¿Quién era ese hombre? ¿Qué hacías tú aquí? —pregunté tratando de superar mi aturdimiento. No había lugar para el protocolo. No cabía encorsetar ya el trato, después de lo que ambos habíamos compartido.

—¿De verdad crees que puedes ir haciendo determinadas preguntas sin que tu vida corra peligro? ¿Es que no fue suficiente con este viaje descabellado?

—Eres… Tú eres el correo de Aguinaldo.

Diego se revolvió con rabia hacia mí, sujetando con fuerza mis brazos y zarandeándome con violencia.

—¡Esto no es un juego! Podrían haberte matado. Todavía pueden hacerlo.

—Nada será peor que lo que le han hecho a ese pobre hombre.

—Créeme, *princesa*, puede ser peor.

Noté su tono despectivo mientras me conducía en volandas hasta su caballo, me subía y montaba a mi espalda. El corazón me latía con fuerza y no me atreví a girarme para mirarlo. Emprendimos camino y cabalgamos unas cuantas horas en completo silencio. En mi mente resonaban los gritos de aquel hombre con la mano amputada, y no conseguía borrar el recuerdo del gesto impasible de Diego observándolo todo. Dentro de mí se agolpaban sentimientos encontrados. La cercanía que había logrado con aquellos hombres y mujeres, la sensación de libertad, incluso mi simpatía por la que había comenzado a entender como una legítima causa. Todo había desaparecido en un segundo, con la misma contundencia con la que aquel bolo había segado la extremidad de ese hombre. Recordaba las palabras de mi padre. Las guerras podían con todo.

Cabalgamos protegidos por la oscuridad hasta llegar al claro que yo ya conocía y que daba acceso a la casa de Diego. Se bajó del caballo y me obligó a hacer lo mismo. Era obvio que estaba irritado y evitaba el contacto. Yo, sin embargo, necesitaba respuestas y le presioné con la mirada, hasta que al fin fue él quien rompió el silencio:

—¿Cómo se te ocurrió ir haciendo preguntas sobre los katipuneros?

—Necesitaba saber.

—Estamos en medio de un enfrentamiento. No hay miramientos con el enemigo.

—Pero hay bandos y tú has elegido el tuyo, junto a Aguinaldo y los Magdalo. ¿Qué es lo que estás haciendo?

—Ya te dije que mi misión era estar al tanto de todo. No quieras saber más de la cuenta.

Diego comenzó a sentirse incómodo y trató de darme la espalda. Consciente de que había tocado un punto sensible, seguí sus pasos y también yo entré en la casa, hasta el salón en que había escuchado su nombre por vez primera.

—¿Por qué no quieres contarme lo que sabes?

—Porque es peligroso.

—Pero, si es peligroso para mí, ¿por qué no lo es para ti?

Diego se detuvo en seco y dio media vuelta para hablarme con dureza.

—Porque yo sé lo que me traigo entre manos y tú solo estás jugando.

Cuando vio que yo negaba con la cabeza, su rabia fue en aumento y me cogió con fuerza por los brazos. Supongo que si no lo hubiera hecho, incluso hubiera podido abofetearme.

—Sigues sin entenderlo. ¡Maldita sea!

Pero lo entendía. Ambos teníamos el aliento entrecortado, presos de aquella excitación donde el miedo había dado paso a una sensación aún más poderosa.

—¿Por qué simplemente no podías haberte quedado quieta, como hacen las demás mujeres? ¿Por qué?

Observaba la ansiedad de Diego con una mezcla de expectación que consiguió que me olvidara de inmediato del contacto frustrado y de los posibles peligros que me acechaban. Él me había soltado y se movía ahora de un lado para otro, alzando los brazos y escenificando su aparente desagrado.

—¿Por qué he tenido que toparme con alguien como tú? Alguien que pone todo patas arriba con solo tocarlo.

Recordé las palabras de Sinang al hablarme de su decisión tras la enfermedad de Chan. Me sentía aturdida, sobrepasada por todo lo vivido en aquellos días. En silencio, sin dar crédito a lo que yo misma hacía, me acerqué a él y le obligué a detenerse y mirarme. En esta ocasión ninguna réplica inoportuna salió de mi boca. Busqué sus labios y lo besé con desesperación. Como si aquello fuese lo único capaz de neutralizar todo lo vivido.

Diego respondió con rapidez, cogiéndome con fuerza por la cintura y arrastrándome hacia él, con una necesidad parecida. Volví a percibir cómo su olor me inundaba y la humedad de su boca se convertía en una tabla de salvación, la única que podría salvarme del horror y las dudas.

Mientras Diego me quitaba la ropa y recorría mi cuerpo apenas recordé las advertencias que sobre aquel momento me habían hecho tiempo atrás Bernardita y Fermín Costa. No sentí miedo, tampoco obligación ni dolor. Embargada por un placer inmenso, solo podía pensar en una sensación de felicidad tan elevada que casi parecía irreal. La única analgesia posible a todo lo que habíamos compartido. Supongo que todavía era víctima de una conmoción, y por un segundo pensé que quizá todo aquello que estaba ocurriendo fuese fruto de una de mis ensoñaciones. Esos sueños reales y vívidos que, aun fuera de nuestro control, son enteramente nuestros.

## 23

Noté el amanecer y, por primera vez en mi vida, tuve miedo de despertar.

Con los ojos todavía cerrados, pensé en que no sería capaz de asumir que todo lo que había sentido la noche pasada hubiera sido solo producto de mi imaginación. Venciendo ese miedo inicial abrí los ojos y respiré aliviada al encontrarle a mi lado.

Dormía profundamente, con una respiración honda y placentera. Me acerqué en silencio a su cuerpo con el único propósito de mirarlo con detenimiento y oler su piel. Con suavidad, sin rozarlo, recorrí con los dedos el perfil de su cara, pasando por su cicatriz y bajando por el cuello hacia los hombros, como si estuviera dibujando su contorno, tratando de memorizar cada centímetro de su piel al tiempo que yo misma iba tomando consciencia de lo que había ocurrido con el mío, aún algo entumecida por la experiencia. No sentía dolor, aunque me encontraba algo cansada tras las horas de intensidad. Me estremecía al recordar las caricias que él me había dedicado y que, a pesar de mi falta de experiencia, me hacían reconocerlo como un hombre experimentado y hábil, tal y como me había advertido Sinang. Diego sabía combinar la fuerza con la ternura, con aquella cadencia equilibrada de la que yo misma había sido testigo al verle practicar aquellos ejercicios de la mañana. Entre todas las iniciaciones, quise creer que la mía había sido la mejor, quise creer que pese a ser una de tantas mujeres que habían pasado por sus manos, lo nuestro había sido algo único y especial.

Cuando entreabrió los párpados, todavía presos del letargo, volvió a invadirme el temor. Imaginé que incluso entonces todo podía torcerse de golpe si su reacción era distante o apagada. Pero nada de eso ocurrió. Me dedicó una sonrisa limpia y luego me arrastró junto a él para volver a besarme con aquella fuerza que parecía brotar en él sin proponérselo.

Al movernos de posición fue inevitable fijarnos en la sangre de las sábanas. Diego me miró asustado.

—¿Te he hecho daño? ¿Estás bien?

Asentí avergonzada.

—Me dijeron que esto podía ocurrir la primera vez… Lo siento.

Sus ojos se ensancharon sorprendidos.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No sabía cómo hacerlo —musité avergonzada—. ¿Cómo se dice algo así?

Aquella experiencia, la primera, había despertado en mí una desinhibición nueva y una acentuación de mis sentidos. Noté la respiración de su vientre pegado al mío y sentí la necesidad imperiosa de estar nuevamente unida a él. No lo pensé y en un rápido movimiento me coloqué encima de su cuerpo. Algo dentro de mí, primario y

arrebatado, estaba ocurriendo. Diego reaccionó con algo de sorpresa, como si estuviera descubriéndome al mismo tiempo que yo misma lo hacía. Consciente, plena y vigorosa como nunca antes, sentí que esta vez era yo la que dirigía la situación y que aquel apetito insaciable sorprendía y excitaba a Diego más aún que la noche pasada. Un instinto inexplorado y sorprendente me guio haciendo que su placer multiplicara el mío. No había dudas, prisas ni culpa. Solo una intensidad hasta ese momento desconocida que me hacía estar más cerca de las mujeres que había conocido en el campamento rebelde que de la señorita educada en el mortecino Intramuros.

Fue el inicio de unos días sin medida que, durante mucho tiempo, recordaría como los más felices de mi vida. El fluir del reloj había quedado definitivamente suspendido o, al menos, había dejado de regirse por las normas de siempre, dando paso a jornadas soleadas y calurosas que disfrutamos con largos baños en el río, montando a caballo y simplemente a la sombra de los magníficos árboles que rodeaban aquella vivienda. Mientras, yo notaba cómo nuestro amor iba creciendo. Nuestra dependencia se hacía cada vez más grande y Diego, igual que yo, también se sentía desbordado por su propio descubrimiento.

Temía hacer una pregunta incorrecta y romper la magia de aquel momento, pero cuando llegaba la noche, no podía evitar que me asaltara la imagen de aquel pobre infeliz desangrándose como un animal sacrificado en medio del bosque.

A veces descubría a Diego mirándome en silencio, como si tratara de averiguar lo que pensaba, escrutándome. Cuando me preguntaba, yo bajaba la cabeza y rehuía su mirada, improvisando cualquier excusa, como si mi mente estuviera vacía.

*La bohème* sonaba en el fonógrafo mientras Diego bebía y yo lo acariciaba.

—Es como si acabaras de nacer, Carlota —dijo fascinado—. Tienes el apetito desmedido que nace de la propia vida, como si quisieras beberte cada minuto sin desperdiciar ni una gota.

—Es que es justo lo que quiero —contesté antes de robarle su copa de coñac—. Vivir todo lo que no he podido vivir antes. Sentir cada escalofrío. Cada momento sin perderme nada. Como si me fuera a morir mañana y no tuviese nada que perder.

—Eres una loca fascinada por el peligro.

—Soy una loca fascinada por ti —repliqué mientras lo besaba.

Me separó de él con fuerza, agarrando mi cabeza entre sus manos, como si quisiera atraparme. Mi estómago dio un vuelco antes de que me abrazara con una fuerza casi agónica. Me pareció intuir en sus gestos la desesperación que para un hombre como él implica la flaqueza.

—Jamás he sentido apego por nada o por nadie. Y ahora siento que si te pierdo, me perderé contigo. ¿Qué me has hecho?

—Yo no he hecho nada. Has sido tú el que me ha elegido. Podías haberme ignorado… Incluso dejarme en aquel campamento rebelde a mi suerte. Pero decidiste salvarme.

—Al verte allí todo cambió, Carlota. No podía comportarme como siempre había hecho. Debía sacarte de allí, traerte conmigo… Podría vivir lejos de ti. Me costaría, pero podría hacerlo. Lo que no podría jamás es soportar imaginarte en peligro.

Notaba su lucha interior. El mismo hombre que se había mostrado impasible ante la tortura peleaba ahora por reconocer y dominar un sentimiento nuevo. El Diego que se conmovía en mis brazos era muy distinto al Diego que observaba sin inmutarse cómo un hombre era mutilado. La cuestión era cuál de los dos era más real y qué consecuencias tendría nuestro recién descubierto amor.

—¿Por qué, Diego? ¿Por qué yo?

—No lo sé… Pero eres tú. Lo sentí casi desde el primer instante que te vi y te dejé marchar, porque no supe aceptar cómo seré a partir de ese momento mi vida sin ti.

—Tenías miedo de extrañar algo que nunca habías tenido.

—Todavía tengo miedo, Carlota —dijo mientras me abrazaba con desesperación —. Si pudiera asegurar que te tendré aquí siempre, para toda la vida…

Acariciaba su cabello ensortijado tratando de infundirle la calma que parecía buscar con desesperación, cuando al girar la cabeza identifiqué por el rabillo del ojo una presencia incómoda y oscura al fondo del salón. La mirada de Sagrario, desafiante y afilada, me perseguía desde que había vuelto a aquella casa.

Diego había hecho llegar recado a Sinang y Ponciano para que no estuvieran preocupados por mi suerte y también había recuperado mi cámara, de modo que pude conservar todas las fotografías que había tomado durante mi estancia en el campamento, pero, aunque nuestra lucha fue intensa, no pudimos evitar que la pasión de aquellos primeros días se tiñera de inquietudes. El vínculo de Diego con Aguinaldo debía suponer a la fuerza implicaciones mayores. Recordaba las palabras de Ponciano: una disensión dentro de los rebeldes que no había sido provocada por el Gobierno español solo podía tener sus raíces en intereses extranjeros. Además, tras el nombramiento de un nuevo gobernador general, Fernando Primo de Rivera, que según todos mantenían llegaba con la encomienda de zanjar el asunto de la rebelión a toda costa, notaba cierta crispación en Diego.

A los pocos días, me anunció que tenía que salir a un viaje urgente. Prometía que solo sería cuestión de días y colocaba a mi servicio a varios de sus hombres para acompañarme a Vigan y poder ver a Sinang.

Aquella noche previa a su salida nos entregamos con intensidad el uno al otro, y por la mañana, al amanecer, le despedí como si fuera su esposa. Sin darme cuenta, y a pesar de las dudas, había comenzado a participar de aquel juego inventado en el que vivía una realidad que oficialmente no me correspondía. No me resultaba difícil imaginarme en aquel hogar como su verdadera y única señora. En mi memoria, Manila, mis padres, Intramuros, Felipe y la casa de San Miguel habían quedado desterrados y aquella villa perdida junto al río ocupaba un lugar mucho más cierto y real que todo lo vivido antaño. Soñaba despierta con una vida posible, lejos de todo,

sintiendo aquella casa como mía.

Caminé por las estancias disfrutando de cada rincón y volví junto a la ventana desde la que había mirado a Diego hacer sus ejercicios. Deslicé la mano sobre la cama con dosel en la que había pasado mi primera noche en aquella casa. Sin saber por qué razón, me acerqué al armario y abrí sus puertas para descubrir aquellos vestidos perfectamente colgados. De pronto, entre aquellas prendas descubrí una conocida: era una de mis camisas. Después de todo lo que había pasado durante aquel viaje, apenas la había echado en falta, pero al verla colgada la reconocí sin dificultad. La voz de Sagrario irrumpió a mi espalda.

—Cada una de las mujeres que han pasado por aquí ha dejado algo que le pertenecía. —Noté cómo sus palabras se clavaban en mí con dolorosa precisión—. Supongo que todas ellas pensaban que más tarde o más temprano volverían… Pero la verdad es que nunca lo hicieron.

Me di la vuelta y aguanté su mirada. Desde nuestro primer encuentro había algo en ella que no me había gustado. Una mezcla de oscuridad y amargura que nacía en su interior y que salía hacia fuera a través de aquellos ojos negros como una noche cerrada.

—Así que la única dueña de esta casa eres tú.

Me miró desafiante, pero no me dejé achantar. Al fin y al cabo, defendía una felicidad que, aunque corta, había sido la única que había podido disfrutar desde hacía años y que había sido enteramente mía. No podía permitir que ninguna insatisfacción, por insignificante que fuera, empañara aquel recuerdo y me hiciera dudar de lo que había conseguido junto a Diego.

—Y por eso, cuando él no está, te pones estos vestidos y sueñas con lo que nunca tendrás. Una vida propia, una familia…, su amor…

Supe que ahora era ella la que se sentía herida y de alguna manera se revolvía por dentro contra mis palabras.

—Usted tampoco lo tendrá. —Era una mujer orgullosa. Me miró con un odio tan profundo como sincero—. Él no es el hombre que usted piensa. Los días de Bonifacio están contados y todo girará de nuevo. Y usted volverá a Manila.

—Pero tú sabes tan bien como yo que él ya no podrá olvidarme.

Noté su crispación antes de que diera media vuelta y saliese del dormitorio. Miré su figura delgada alejarse por el pasillo con paso decidido y sentí lástima por su diminuta vida, ahora que yo sentía la mía propia en la cima de su plenitud. Aquel fue mi mayor error: no valorar lo peligrosa que puede resultar una mujer herida.

Antes de marcharse, Diego me había dado indicaciones para poder revelar mis fotografías en un cuarto oscuro situado en el sótano de la casa y, para evadirme de Sagrario, decidí comenzar con mi tarea.

La primera fotografía que salió fue la última que había tomado: captaba la imagen de Diego junto al capitán Salamanca y sus hombres en el mismo instante en que descubrí su presencia en el campamento. Mientras la imagen iba definiéndose en el

papel fotográfico, recordé aquella mirada fija en mí, mezcla de sorpresa y violencia. Sentí miedo.

# 24

El tiempo iba transcurriendo y ya nos encontrábamos en el inicio de mayo. Necesitaba ver a Sinang y a Ponciano tanto como librarme de la opresiva presencia de Sagrario, así que me desplacé a Vigan. Por supuesto, no podía contarle a mi amiga lo que había vivido en el campamento rebelde y todas mis dudas sobre el grado de implicación de Diego con el Katipunan. Sabía que Sinang solo se interesaría por mi aventura romántica y, en ese sentido, también estaba deseando desgranar a su lado mi enloquecida iniciación junto a Diego.

Pero, contra todo pronóstico, descubrí un inesperado movimiento en la casa. Los criados empacaban enseres en un incesante ajetreo y yo me encontré con una Sinang pálida y atormentada. Chan había sido detenido y ella debía marcharse de urgencia, junto con toda la familia. Llorosa, apenas acertaba a contarme cómo todo su mundo había comenzado a derrumbarse.

—Todo empezó con los primeros interrogatorios a Ponciano. Parece que un hombre del Gobierno había sido secuestrado y los militares se llevaron a mi hermano para interrogarle sobre el asunto. —Un escalofrío me recorrió de arriba abajo mientras Sinang proseguía su agónico relato—: Me asusté. Los días pasaban y Ponciano seguía encerrado en el cuartel, con poca comida y en muy malas condiciones, así que pedí a Chan que intercediera por él. Pero esta vez todo fue distinto. No volvió de su última visita al cuartel y al día siguiente me enteré de que había sido detenido.

—¿Has podido verlos?

Sinang asintió, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Chan no podrá aguantar ese encierro, Carlota. Me pidió que cogiera todo el dinero que tenía ahorrado, que cerrara la casa y que me fuera con sus hijos a Hong Kong. Allí vive parte de su familia y estaremos a salvo.

Nuevamente sentí miedo: aquello se escapaba de nuestras manos y cobraba una dimensión distinta. Como bien me había recordado Diego, no se trataba de ningún juego.

Traté de consolar a Sinang. Chan le había prohibido visitarle en el cuartel y yo misma consideré que mi visita a Ponciano sería más perjudicial que benefactora. De alguna manera me sentía culpable de la situación. El hermano de Sinang había hecho determinados movimientos para conseguirme el contacto con los rebeldes y temía que aquel hubiese sido el inicio de toda aquella catástrofe.

Me tranquilizó el haber dejado mis fotografías en la casa de Diego, aunque, de pronto, sentí la urgencia de volver y quemarlo todo para no dejar ninguna prueba que pudiera apuntar a una posible traición. El colgante de Bonifacio que aún llevaba

colgado al cuello comenzó a pesarme demasiado. Sinang me miró con ojos asustados.

—Carlota, deberías volver a Manila. Puede que ya ni siquiera Diego pueda protegerte.

Acordé con Sinang que nos veríamos de nuevo unos días antes de su marcha. Necesitaba regresar a casa de Diego, destruir las fotografías y esperar su vuelta. No sabía qué ocurriría después, pero necesitaba reencontrarme con él y tomar una decisión sobre nuestro futuro. Pensé en los días cálidos que habíamos pasado en aquella casa, aislados del mundo y los problemas. Todos esos momentos habían empezado a resquebrajarse bajo el peso de la implacable realidad.

De vuelta a la casa de Diego, iba acompañada por uno de sus hombres. Reconozco que casi no había reparado en él y que en ese momento las preocupaciones me tenían tan alterada que no fui capaz de ver que algo extraño estaba ocurriendo. Nos desplazábamos a caballo cuando mi escolta hizo un alto en el camino.

—¿Qué ocurre?

—He oído algo —dijo en voz baja—. Creo que alguien nos sigue.

Traté de no quedarme paralizada y bajé del caballo obedeciendo sus indicaciones. El criado sacó un pequeño cuchillo y me señaló con gestos que permaneciera quieta junto a los animales. Después desapareció entre la vegetación. ¿Quién podía habernos seguido? En mi mente se acumulaban las hipótesis. Quizá tenían la casa de Sinang bajo vigilancia. Quizá ni siquiera yo era el objetivo, sino llegar hasta Diego. En ese momento noté un chasquido a mi espalda. No me dio tiempo a girarme. Cuando quise darme cuenta, tenía un cuchillo en la garganta. El hombre que me había acompañado hasta allí para protegerme del peligro era el mismo que ahora me amenazaba.

—¿Qué estás haciendo?

—Será mejor que no hable. Terminaré rápido.

Notaba su nerviosismo. No era un hombre sanguinario. Tan solo un criado.

—¡¿Estás loco?! Diego te matará.

—Sagrario me dijo que no la escuchara.

—¿Qué tiene que ver Sagrario con todo esto?

—¡Cállese de una vez! No voy a consentir que mate al señor. Ella dice que esa es su verdadera intención y que está aliada con el Gobierno.

Llevé hasta mi cuello una mano temblorosa. Sin moverme demasiado, desprendí el colgante y, de espaldas a él, se lo mostré. Noté cómo la presión del cuchillo en mi garganta disminuía hasta desaparecer. El hombre se apartó de mí y pude respirar. Después me giré hacia él. Estaba contrariado.

—Nadie que lleve ese símbolo puede estar con el Gobierno.

El regalo de Bonifacio consiguió salvarme la vida. Interrogué al criado y no me costó averiguar que aquel intento para matarme lo había orquestado Sagrario. Necesitaba zanjar la situación de una vez por todas.

Al llegar a la casa pude distinguir la sorpresa en el rostro de la mujer. Me bajé del caballo y me acerqué a ella con gesto duro, mientras a mi espalda el criado que me acompañaba corría a reunirse con los demás, para desgranarles los pormenores de lo ocurrido.

—Será mejor que recojas tus cosas —le dije—. Voy a contarle a Diego todo lo que ha pasado y será mejor que no estés aquí cuando eso pase.

Noté cómo todo su vigor se deshacía y ante mí se presentaba una pequeña mujer, perdida y sin rumbo. Aun así, no sentí pena por ella. Su sombra oscura había ocupado durante demasiado tiempo aquella casa y la propia vida de Diego. Sabía que desposeerla de lo único que tenía era peor que condenarla a muerte. Sagrario pudo ver cómo mi mirada se unía a la del resto de los hombres del servicio y todas juntas se cernían sobre ella de forma implacable. No fue capaz de soportarlo y nos dio la espalda, emprendiendo camino hacia su habitación. Respiré tranquila y alcé la cabeza. El cielo se estaba encapotando y olía a lluvia. Se acercaba una tormenta.

No habían pasado un par de horas desde mi vuelta y trataba de poner en orden mis ideas cuando los hombres llegaron para avisarme. Me condujeron fuera de la casa y no tardé en ver su cuerpo suspendido de un árbol. Antes de abandonar aquella casa y saber que Diego iba a repudiarla, Sagrario había preferido quitarse la vida. Había dejado una carta para mí.

Uno de los hombres de Diego se aupó hasta la rama de la que pendía y cortó de un tajo la soga: el cuerpo cayó a plomo sobre la tierra, con el ruido sordo de un fardo. Supe que tardaría en olvidarlo. Eso, y el crepitar de la lluvia que no llegaba y que lo llenaba todo de una energía extraña. Sin Diego y sin Sagrario, la casa parecía una nave a la deriva, y notaba sobre mí las miradas de los hombres, así que acepté mi papel y tomé el mando. Las siguientes horas las pasé disponiendo lo que los hombres debían hacer con el cuerpo de Sagrario. Fue una sensación extraña ayudar a amortajar su cuerpo. Pude haberme evitado la tarea, pero, de alguna manera, sentía una inexplicable solidaridad hacia la mujer que había ordenado mi muerte. Cerca de la casa se había cavado la tierra y en aquella fosa se colocó el cuerpo de Sagrario, en silencio y sin ceremonias. Justo en el momento en que la luz del día se agotaba y llegaba la esperada tormenta.

Después de todo lo vivido, no había tenido ni tiempo ni ánimos para leer las líneas que Sagrario había dejado a mi nombre. A los truenos y relámpagos se unía el rumor de un mal presagio. Por fin me armé de valor y con manos temblorosas abrí la carta. Pero no me encontré con el manuscrito que esperaba de su puño y letra. Parecía una carta oficial dirigida a Diego. Mi corazón palpitaba al tiempo que leía.

*Estimado señor:*

*Si tal y como usted nos ha asegurado es posible llegar a un pacto con la facción rebelde contactada y nuestro Gobierno, sin intermediarios, nuestro Gobierno estaría dispuesto a negociar. El dinero no será un problema y podemos aceptar conceder al general Aguinaldo el control del futuro Gobierno a cambio de*

*disponer de su experiencia en el combate en tierra, si llegara el caso. Pero necesitamos ciertas garantías. El proceso se realizará bajo nuestra dirección y solo cuando nosotros indiquemos. Sería preciso establecer un encuentro en una zona neutral. Hong Kong sería perfecto.*

*Quedo a la espera de sus noticias.*

No llegué a distinguir la firma, pero sí el sello que la acompañaba. Los norteamericanos habían tomado la delantera y Diego era el enlace que estaban utilizando para alinearse con Aguinaldo. Aquella carta era la prueba de la auténtica vida de Diego, el porqué de sus viajes imprevistos y de las informaciones que manejaba. Aquella carta en su poder hubiera bastado para acusarle de alta traición y la pena de muerte habría sido fulminante.

Avivé el fuego de la chimenea y arrojé a él las fotografías, la carta que me había dejado Sagrario y también el colgante que me regaló Bonifacio. Mientras las llamas se encendían, sabía que ponía punto final a aquella historia y que me despedía de esa casa.

Decidí, conscientemente, marcharme antes de que Diego regresara. No quería verle de nuevo. Sabía que me costaría demasiado y que sería doloroso. A bordo de la barcaza y mecida por el agua recordé mi llegada. No hacía tanto tiempo y, sin embargo, sentía que había pasado una vida entera. Miré por última vez aquella casa, aquella en la que había soñado con la felicidad construyendo una vida nueva al lado de Diego. El sueño se había terminado y las esperanzas de una vida con él se perdían como la misma casa entre la vegetación. Llegué a Vigan y me abracé a Sinang. Esta vez era yo la que lloraba desconsolada en sus brazos. Ella ni siquiera me preguntó por Diego. Noté que me entendía sin palabras. Sabía que había conseguido algo tan precioso como efímero y que acababa de perderlo.

# 25

Mi viaje de vuelta fue mucho más rápido, ya que embarqué en la costa bordeando el mar. Sinang y su familia me acompañarían hasta un momento del trayecto en el que harían escala para coger un barco que los llevaría hasta Hong Kong.

Sinang me insistió en que los acompañara, al menos hasta que las cosas se hubieran solucionado, pero me negué. Necesitaba volver a mi casa, reencontrarme con Bernardita y esperar la vuelta de Felipe.

—¿Qué le vas a decir?

—Nada.

—Carlota, los secretos pesan demasiado. ¿Estás segura de que podrás con esa carga?

Asentí, con un convencimiento vago, y despedí a Sinang con la promesa de mantenernos al tanto de todo lo que fuera ocurriendo. Ella emprendía su camino hacia Hong Kong al tiempo que yo ponía rumbo hacia mi conocida bahía de entrada a Manila. En el camino me enteré de la noticia que de alguna manera me había anunciado Sagrario. Andrés Bonifacio había sido asesinado en un enfrentamiento entre facciones del Katipunan. Aguinaldo se convertía así en el único líder.

La noticia me hizo admitir sentimientos encontrados. Por un lado sentía que Bonifacio había perdido una partida que desde el principio había tenido en contra. Lo lamentaba sinceramente por él y los suyos, y al mismo tiempo rememoraba mi experiencia junto al capitán Salamanca y los Magdalo, pensando que aquella nueva situación los colocaría en una mejor posición. No olvidaba la violencia que lo había empañado todo, pero, de alguna manera, no podía desligarme de las emociones vividas.

Los rebeldes habían contactado con una parte de mí y les estaba agradecida. Sin embargo, reconocía que su solución violenta estaba lejos de mi espíritu. Y la violencia estaba tanto en el espíritu primario de Bonifacio como en los inciertos pactos que quería llevar a cabo Aguinaldo con la inestimable ayuda de Diego y los norteamericanos.

Al llegar a casa, igual que Sinang, Bernardita también me miró de otra manera. No recuerdo el tiempo exacto que permanecí en sus brazos.

—Algo ha pasado, has cambiado, niña.

—Solo estoy cansada de tanto viaje.

—No, es algo más… Algo que se ha quedado impregnado en tu cara. Como si ya no fueras la misma.

Bernardita tenía razón. Después de Diego, ya nunca sería la misma de antes. Sin embargo, jamás conté a mi *baba-babae* qué había ocurrido exactamente durante mi larga estancia en Vigan. Tampoco di los esperados datos sobre los rebeldes en mi visita al diario, escudada por el accidente sufrido y la pérdida de mi cámara. Tan solo aporté algunas fotografías de las celebraciones de la Cuaresma y de las tradiciones ilocanas que allí se mantenían durante las fiestas.

Según me contó Basilio Bernardita guardó luto tan solo un día. Pidió permiso para ir a la iglesia y rezó por su primo toda la mañana. Después no volvió a hacerse en la casa referencia alguna a lo ocurrido ni ella pronunció palabra sobre aquella muerte, como si de alguna manera reconociera una inconfesable liberación. Recordé las palabras de Sagrario: todo volvía a girar de nuevo, y la rueda ya era imparable.

La vuelta de Felipe tampoco se demoró más allá de aquel final de mayo. Llegó acompañado de Pedro y nos fundimos en un esperado y sincero abrazo. Me sentí feliz al volver a verlo, contenta de que durante nuestra separación no hubiera sufrido ningún percance, así que, para celebrarlo, pedí a Bernardita que preparara su cena preferida. Me costaba reconocerlo ante mí misma, pero, después de lo que había ocurrido con Diego, me sentía algo culpable. Aquella infidelidad me hacía sentirme mezquina, como si hubiera traicionado su inquebrantable confianza.

Como siempre que estábamos juntos, la charla fue agradable. Bebimos vino con generosidad e intercambiamos relatos de nuestros respectivos viajes, elaborando entre risas un listado de incidentes. Felipe parecía feliz, aunque el nuevo gobernador despertaba en él ciertas inquietudes, y me hablaba de determinadas iniciativas por parte de Eduardo Navarro, el procurador y comisario de los agustinos calzados al que Felipe aborrecía desde hacía mucho.

—Ha publicado un libro y varios ejemplares han terminado en manos de Cánovas y la reina. Ese malnacido dice abiertamente que el Gobierno debe ser tutor moral de todos en estas islas y que por eso mismo estamos obligados a mantener los privilegios de las órdenes religiosas como garantía de seguridad.

—¿Y cómo van a garantizar los sacerdotes la seguridad de la población?

—¡Evitando la masonería, cómo no! Los masones, según ellos, son los únicos culpables de la revolución que acabamos de vivir. No los privilegios ni los abusos.

—Es un juego retórico. El mismo de siempre. —Trataba de atemperar su enfado —. No entiendo por qué te pones así.

—¡Porque es una maldita enfermedad!

—Por favor, Felipe. ¿Podemos simplemente celebrar tu vuelta a casa y dejarnos de política? ¿Podemos, aunque solo sea por una vez en la vida, dedicarnos a algo trivial y divertido?

Felipe sonrió y, como justa respuesta, decidió descorchar otra botella de vino. Tras acabar la cena estábamos algo mareados y cualquier anécdota nos hacía reír sin freno. Eran altas horas de la noche y habíamos dado permiso al servicio para que se retirara. Con ciertas dificultades, subimos al dormitorio y caímos en la cama muertos

de la risa pero sin saber muy bien por qué motivo reíamos. Allí, tumbados uno junto al otro, nos miramos. Por unos instantes creí revivir los momentos que había tenido junto a Diego. Me acerqué a Felipe y traté de besarlo con la misma pasión. Esta vez, supongo que ayudado por el alcohol, Felipe respondió con igual fuerza a mi beso. Mi mano se deslizó sin temor por su pantalón y él comenzó una torpe y urgente tentativa de levantar la falda de mi vestido. Nunca había visto a Felipe de aquella manera. Sus exquisitos modales y su natural elegancia parecían haber desaparecido. Intentaba acaparar su atención, que buscara mis ojos tal y como Diego había hecho cuando estuvimos juntos, pero Felipe solo quería desprenderme de mi ropa interior y, cuando lo hubo logrado, me dio la vuelta, obligándome a darle la espalda y hundiendo mi cabeza contra el colchón de la cama. No esperaba aquella violencia y no quería que me hiciera daño, sin embargo, a aquellas alturas parecía casi imposible detenerlo. Me revolvía, tratando de zafarme y darme la vuelta, pero su fuerza lo hacía imposible y no me quedó otra alternativa que gritarle.

—Pero ¡¿qué estás haciendo?! Para. ¡Para!

No reaccionó hasta unos pocos instantes después. Se detuvo en seco y se separó de mí. Al verme libre de su peso pude darme la vuelta y mirarlo mientras él trataba de recomponer su ropa. Con el pelo revuelto, la frente sudorosa y las mejillas todavía sonrojadas me miraba aterrorizado, con un gesto de verdadero espanto.

—¿Estás bien? ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí… No te preocupes… Ven…

Extendí mi mano hacia él, pero Felipe comenzó a negar con la cabeza.

—Discúlpame. No volverá a pasar. Será mejor que me retire.

—¡No! —le rogué—. No te vayas. Podemos intentarlo de nuevo, con calma…

—No. Será mejor que me marche y te deje descansar.

Estaba desconcertada. Veía cómo Felipe daba media vuelta y se disponía a salir del dormitorio como tantas otras ocasiones, pero esta vez, incapaz de controlarme, la desesperación tomó la palabra.

—¡¿Qué es lo que hago mal?! Al menos ten la decencia de decírmelo para que pueda llorar con sentido.

Felipe se detuvo en seco, pero no se volvió hacia mí. Noté cómo su cabeza gacha parecía escudarse en sus hombros en un gesto de completo abatimiento.

—Tú no has hecho nada mal, Carlota. La culpa es mía… Solo mía.

Salió del cuarto y escuché cómo se alejaban sus pasos. Y, de pronto, toda aquella pasión se convirtió en una rabia aplastante que hizo que me levantara y comenzara a tirar al suelo los muebles y enseres que encontraba a mano, mientras los gritos se mezclaban con las lágrimas en un desesperado desahogo que duró unos largos minutos. Ese torbellino terminó conmigo en medio de un dormitorio lleno de pedazos de jarrón esparcidos por el suelo y una Bernardita en el umbral de la puerta que me miraba con gravedad. Al verla me sentí ridícula y más sola que nunca.

—Esto ha llegado demasiado lejos, niña. ¿Es que todavía no te has dado cuenta

de que no se trata de ti?

Bernardita me condujo a la ventana. La luna creciente daba una luz tenue, suficiente para iluminar el sendero que llevaba hasta el taller de Felipe. Pedro le esperaba a medio camino. Vi cómo ambos se encontraban en un abrazo que terminaba en un beso. Después, ambos se metieron en el taller y cerraron la puerta. Quedé en silencio y después me volví hacia Bernardita, desconcertada y aturdida.

Nunca supe exactamente el momento en que Bernardita había averiguado toda la verdad, aunque entendí sus reservas para tratar aquel tema conmigo. Supongo que al principio me consideró consciente, pero, al advertir que no lo era, no consideró oportuno entrometerse en un asunto tan delicado y se limitó a esperar que el destino colocara ante mí aquella realidad escondida.

No pronunciamos palabra alguna. Bernardita me llevó a la cocina y me preparó una infusión caliente para tranquilizar mis ánimos. Después, embargadas por aquel silencio, volvimos a mi dormitorio y comenzamos a recoger el destrozo. Me ayudó a ponerme el camisón y, como hacía cuando yo era pequeña, me cepilló con dedicación el pelo. Antes de marcharse me dio un beso en la frente.

—Duerme y no pienses.

Al día siguiente mi mirada sobre Felipe fue distinta. Él trató de mostrarse con la misma naturalidad de siempre, como si nada hubiera cambiado, lo que a mis ojos resultaba un acto de cinismo insoportable. No pude aguantarlo y salí de casa en busca de aire fresco.

Estaba sentada en el extremo de nuestro embarcadero cuando Pedro llegó en una barca. Venía de hacer algunas compras y al verme se acercó hasta mí y me saludó, como siempre hacía, con respeto. Sin embargo, mi gesto grave debió de ponerle rápidamente en alerta.

—¿Le ocurre algo, señora?

No tenía fuerzas para contar todo lo que había pasado, pero tampoco tenía ánimos para mentir. Necesitaba encontrar alguna solución, cualquiera, a todo aquel asunto.

—Lo sé todo, Pedro —le dije—. Sé que jamás podré tener un matrimonio completo, que tu elección no son las mujeres y que eres el amante de mi marido desde probablemente mucho antes de que llegaras a esta casa.

Pedro me contestó con un denso silencio más locuaz que ninguna réplica.

—Yo también he tenido un amante —reconocí mientras una lágrima resbalaba por mi mejilla—. Pero ahora todo ha terminado.

Noté cómo se estremecía, no sabía cómo reaccionar. Después, sin pronunciar palabra, se retiró y me dejó sola junto al río. Suponía que no tardaría mucho en contarle todo aquello a Felipe y que por fin todo quedaría desvelado. No me importaba.

Mi mirada estaba fija en las aguas del Pasig, que aquella tarde parecían correr con especial nervio.

Sabía que el nuevo gobernador había iniciado una dura ofensiva en las montañas

de Cavite y Emilio Aguinaldo había respondido cruzando el Pasig e instalándose con sus hombres en los límites de Morong y los alrededores de Manila. Estaba segura de que Diego, de una u otra manera, estaría con aquellos hombres.

# 26

Pasé los meses siguientes tratando de asimilar aquellas revelaciones.

Sentada en el jardín, mientras observaba los árboles frutales y tomaba algo de aire fresco, trataba de dejar atrás todo lo que había vivido junto a Diego y lo que había perdido al dejarle. Una vez que ya no había secretos entre nosotros, Felipe se mostraba algo esquivo conmigo, como si hubiéramos roto esa natural confianza que había acompañado nuestra relación desde el principio. Intentaba imaginar cómo sería mi vida a partir de ese momento. Podía seguir viviendo como si no hubiera pasado nada —esa había sido la propuesta inicial de Felipe—, aun así, los peligros eran demasiados para no tenerlos en cuenta. ¿Y si alguien averiguaba su secreto? ¿Y si alguno de los que lo descubrían decidía chantajearle amenazando con denunciar la situación o hacerla pública? Ahora las piezas encajaban con una simplicidad mucho mayor. Entendía que la urgencia del señor Ayala por desplazar a Felipe fuera de las islas no había respondido tanto a sus contactos políticos, como yo había creído desde el principio, sino a sus inclinaciones personales, que había tratado de anular mandando a su hijo a Europa. Sin embargo, aquel intento de Francisco Ayala no solo no había conseguido su propósito, sino que había revigorizado las tendencias políticas de su primogénito, agravando los peligros a los que Felipe se vería sometido.

Había comenzado a entender las razones de mi esposo al volver a Filipinas y concertar su matrimonio conmigo como única vía para lograr una libertad que no podía obtener de otra manera. Lo que en su día se me había planteado como un modo de aparentar responsabilidad ante su padre ahora lo veía desde una perspectiva distinta. Podía comprender sus motivos, aunque no podía perdonarle el hecho de haberme convertido en una víctima colateral de su realidad, condenándome a una insatisfacción que durante tanto tiempo me había resultado inexplicable. Mientras él anulaba los peligros a través de la mentira, a mí me entregaba a un sordo sufrimiento que me había guardado dentro, asumiendo como natural lo que mi propia naturaleza denunciaba como lo contrario. Felipe no solo me había condenado a la falta de relaciones íntimas, sino que, más grave aún, al hacerlo sin darme ninguna explicación me había degradado como persona consiguiendo que todo lo que era nuestro hasta ese momento —nuestra infancia en común, nuestras experiencias y nuestra mutua complicidad y, sobre todo, la confianza— desapareciera de un plumazo.

Pese a todo imperó la razón y establecimos un pacto para preservar nuestras respectivas privacidades. Felipe estableció su dormitorio de manera definitiva en su taller, aunque ante cualquier visita a la casa el dormitorio principal se presentaba como el de ambos. Mi única condición para aceptar el acuerdo fue limitar

notablemente los actos sociales en los que se nos debía ver juntos. Al principio, los propios Ayala mostraron curiosidad por nuestra comedida vida social. Hasta mi propio padre se extrañaba de que hubiera comenzado a espaciar en el tiempo mis visitas a Intramuros, aunque solo fuera para acudir a la biblioteca o tomar un chocolate junto a él y mi madre. Pero, poco a poco, las preguntas se fueron relajando y todos los que nos rodeaban empezaron a aceptar que nos habíamos vuelto algo más esquivos, aislados por voluntad propia en nuestra casa de San Miguel, Felipe concentrado en su trabajo y yo sumergida en mis quehaceres, esos que nadie en la ciudad, ni siquiera las siempre presentes viudas de Pacheco y Velilla, podía concretar.

Desplazarse a Intramuros era un riesgo y tenía noticias de que mis padres se encontraban bien, aunque no había podido volver a verlos. Las noticias que nos llegaban no eran demasiado alentadoras. A mi mente vino el recuerdo de Ponciano, el hermano sacerdote de Sinang.

Según un real decreto aprobado a inicios de septiembre, se atendían las demandas de los sectores conservadores de la sociedad colonial y de los regulares filipinos. A través del mismo se fortalecían los poderes del gobernador general y de las provincias, se formaban las juntas provinciales, se suprimían los juzgados de paz en pequeñas poblaciones y los párrocos obtenían funciones de inspección. Sin embargo, se dejaba abierta la posibilidad de la secularización de los curas de parroquias de los regulares como Ponciano. Aquella noticia podía significar su puesta en libertad y también la de Chan, si es que el tiempo en prisión no se había cobrado una factura irreparable.

Aquel atisbo de cambio no duraría mucho. Tras el asesinato de Cánovas en agosto, la sucesión de Sagasta no se concretó hasta primeros de octubre. Segismundo Moret fue nombrado ministro de Ultramar y apenas pasaron algo más de diez días desde su nombramiento para la suspensión del real decreto de septiembre bajo las supuestas presiones por parte de las órdenes religiosas que, con Navarro a la cabeza —que se había ocupado de hacer llegar copias de su libro al presidente y la propia reina—, habían pedido la suspensión por otorgar posibilidades a la secularización.

Felipe despotricaba contra el nuevo Gobierno liberal y sus atenciones con el gobernador general. Según él, y a pesar de sus reforzados poderes, Primo de Rivera no había tardado en pedir el relevo, al tiempo que se rumoreaba que había iniciado las negociaciones de paz con los rebeldes a cambio de pagarles cuarenta mil pesos, mientras Aguinaldo y los principales dirigentes del Katipunan parecían dispuestos a exiliarse en Hong Kong si el acuerdo se concretaba. Ante la opinión pública, el conflicto con los rebeldes parecía haber encontrado solución y en mi interior me aferraba a aquella esperanza, pensando que de esa forma la implicación de Diego en una supuesta traición no se vería corroborada. O quizá se trataba más bien de todo lo contrario y aquel acuerdo de paz inicial estaba perfectamente previsto y era solo el primer paso para alcanzar un escenario futuro donde otros jugadores entrarían en acción.

Me sentía rabiosa contra el destino, sin terminar de entender por qué había decidido quitarme todo lo que inicialmente me ponía al alcance de la mano. ¿Por qué me había permitido soñar con un matrimonio feliz junto a Felipe para después colocarme a Diego en el camino y arrebatármelo al descubrirme su papel en una traición cuya dimensión aún no entendía del todo? Mi ánimo aquellos días era oscuro y todos en la casa parecían preocupados por mí. Felipe se sentía especialmente responsable de mi situación, pero era incapaz de enfrentarme. Se mantenía alejado, sin causar molestias ni hacer preguntas incómodas.

Perdida en la maraña de aquella amargura, llegó aquella noche de octubre. Me costaba dormir y solía dar paseos nocturnos por nuestro jardín. Lo hacía consciente de que era una decisión que me producía placer y dolor a partes iguales. Rodeada de la vegetación y el río no podía dejar de recordar los días pasados junto a Diego, aquella felicidad ajena a la situación que nos rodeaba.

Había regresado a San Miguel decidida a no encontrarme nunca más con él. Había decidido olvidar a la princesa del campamento rebelde, aquella mujer que se había dejado llevar por los instintos y había soñado con el amor de un misterioso desconocido. Ni siquiera habíamos tenido ocasión de despedirnos, pero trataba de convencerme a mí misma de que lo prefería así.

Volví a la casa como hacía cada noche, pero aquella noche no sería igual que las demás. Al cerrar la puerta de mi cuarto la voz más deseada surgió a mis espaldas.

—¿Por qué te fuiste sin decirme nada?

Me volví de inmediato y, de un plumazo, toda la tristeza y el abatimiento de aquellos meses se deshizo al verlo.

—¿Cómo has entrado aquí?

—Tengo poco tiempo, Carlota. Las cosas se han complicado y mañana mismo debo salir para Hong Kong. Pero no podía irme sin verte.

Mientras lo observaba me daba cuenta de hasta qué punto reconocía detalles de sus gestos y expresiones. Me preguntaba si a él le ocurriría lo mismo conmigo.

—La muerte de Sagrario, tu huida, tu silencio…

Me miró con aquellos ojos oscuros, perdido en su propio desconcierto, ignorante de aquella carta que Sagrario había puesto en mis manos. Dio un paso hacia mí y yo no pude aguantar más y me refugié en sus brazos, besándolo, riendo y llorando al mismo tiempo, casi enajenada.

Pasamos esa noche en mi cama y no fui capaz de decirle nada de lo que sabía. No quería que se me escapara aquel precioso momento con el que había estado soñando durante meses y meses desde mi marcha de Vigan.

Al día siguiente se levantó cuando todavía no había amanecido y se vistió despacio. Podía verlo desde mi cama aunque fingía seguir dormida. Una vez vestido, Diego se acercó a mí. Me dio un suave beso en la frente y salió con urgencia de la casa.

A los pocos minutos Bernardita se asomó por la puerta entreabierta. Yo ya me

había incorporado y nuestras miradas se cruzaron, cómplices y silenciosas. Jamás me preguntó por aquella noche ni por Diego y seguimos con nuestras vidas como si nada hubiera pasado.

Aquel encuentro me liberó de la ansiedad pasada. Aquella despedida me valía para lograr la vida que no había logrado tener los meses anteriores. Pero allí no quedó todo.

Al principio no di demasiada importancia al hinchazón de mi vientre y mis piernas. Muchas otras veces me ocurría antes del sangrado y el calor hacía que mis extremidades mostraran con facilidad cierta tendencia al ensanchamiento, de modo que era algo racional pensar que nada fuera de lo normal estaba pasando. Sin embargo, la atenta mirada de Bernardita no tardó en dar la voz de alarma. Unas manchas rojas en mis mejillas hicieron que sus sospechas me persiguieran sin tregua.

—¿Seguro que no te encuentras mal? Esta mañana te has levantado muy temprano y luego has estado dormitando casi todo el día.

—No he descansado demasiado bien esta noche.

—Llevas días así y no he visto tus ropas manchadas. ¿Seguro que todo está bien?

—¿Qué quieres decir?

Aquella insinuación fue el primer contacto que tuve con la posibilidad de mi nuevo estado. Poco a poco comencé a sentirme distinta y antes de que llegara la segunda falta tuve la certeza de que estaba embarazada. Aquella confirmación me llegó justo un día antes de que el 14 de aquel mes de diciembre se firmara la paz en el palacio de Malacañán y, con ella, Aguinaldo y sus seguidores anunciaran su marcha a Hong Kong.

De entre todas las noticias posibles, la de mi embarazo había brotado como la más desconcertante. Como siempre, cuando tenía un momento de paz para pensar y recapitular, recordaba a Friedrich. Pensaba en las advertencias veladas que me había hecho al despedirse y que, tras tantas revelaciones, iban cobrando un sentido completo. Yo misma había elegido el conocimiento como alternativa a la ignorancia, y poco a poco todo lo que no sabía había comenzado a revelarse.

**TERCERA PARTE**

# ABANDONO

# 27

Los primeros meses de mi embarazo transcurrieron entre náuseas, vómitos y un cansancio constante que me hacía dormitar la mayor parte del día y me sumía en la pereza, reforzada por el calor de aquellos meses. Más allá de esos trastornos, mi cuerpo todavía no había cambiado. Mi tripa apenas despuntaba y mi estado en general era bueno, aunque ni un solo día tras mi vuelta había dejado de tener pesadillas. En todos aquellos malos sueños aparecía Diego y Felipe nunca estaba presente. También estaba mi hijo, siempre un varón, al que con angustia yo trataba de esconder y preservar. Diego entraba en mi casa acompañado de soldados norteamericanos dispuesto a llevarse al niño lejos de mí y yo me afanaba en esconder al pequeño, tratando de contener su llanto. La angustia y el miedo me embargaban por entero en aquellas escenas donde luchaba por salvar la toma de la casa de San Miguel por parte de aquellos extraños que irrumpían armados y sin consideración alguna. No quedaba ni rastro del hombre que había conocido meses atrás, junto al que había descubierto mi pasión y sexualidad y con el que había soñado un futuro feliz embargado de un amor real y compartido. Aquel Diego era otro hombre, prácticamente un desconocido, duro, feroz y desconsiderado, al que solo importaba hacerse con nuestro hijo para alejarlo de mí. Le suplicaba, le imploraba que dejara al niño a mi lado, que confiara en mí para educarlo…, pero todo resultaba inútil. «¿Quién va a educar a mi hijo?, ¿un invertido? —me gritaba—. ¡Jamás! ¿Me has entendido? ¡Jamás dejaré que eso ocurra!». Después sus soldados encontraban al niño y se lo llevaban. La criatura lloraba desesperada, extendiendo sus brazos hacia mí, reclamándome. Pero yo no podía hacer nada para recuperarlo y Bernardita y las chicas del servicio me sujetaban para que no corriera tras él. Mis gritos desgarrados lo inundaban todo y por fin me despertaba gritando, angustiada y empapada en sudor.

Felipe siempre era el primero en llegar corriendo a la habitación. Por supuesto, no habíamos vuelto a compartir dormitorio, pero se había trasladado más cerca de mi cuarto para atenderme. Todo lo que había ocurrido en aquel inmediato pasado había servido para dejar claras nuestras respectivas posiciones. Yo había descubierto la pasión con otro hombre, me había entregado a él y había aprendido lo que el amor significaba en toda su dimensión. Sabía que jamás podría aspirar a algo así con Felipe, y que tampoco él sentiría la más mínima atracción física por mí. Sin embargo, el mutuo cariño y respeto fue recuperándose con el tiempo y se hizo especialmente conciliable y sólido con mi nuevo estado. Debo reconocer que me sorprendió su actitud. Desde que había conocido la noticia de mi embarazo, la ilusión por convertirse en el padre de la criatura que crecía en mis entrañas lo había embargado por completo. No solo asumió que a todos los efectos legales aquel hijo sería suyo,

llevaría sus apellidos y sería depositario de todo lo que los Ayala habían conseguido en aquellas tierras durante años; de alguna manera creo que Felipe colocó en aquel giro del destino toda su felicidad incompleta, como si aquel niño en cuya gestación no había intervenido viniera a colmar sus expectativas de vida.

Desde el primer momento había comenzado a hacer ilusionados planes de futuro para la criatura, y no le importaba lo más mínimo que fuera hembra o varón. Sus atenciones hacia mí se habían multiplicado y se había convertido en el modelo de padre que espera con emoción la llegada de su primer vástago. Que aquel hijo no fuera realmente suyo no le pesaba en absoluto porque simbolizaba la esperanza de ese cambio con el que tanto había soñado.

—Ya verás, Lota. Nuestro hijo vivirá otra vida. Y cuando le hablemos del pasado, casi no lo creerá —decía sonriendo y pleno de ilusión mientras me acariciaba la cabeza—. Con él llegará el cambio.

Tengo que reconocer que sus gestos me enternecían, aunque todavía, en aquellas primeras semanas de embarazo, me mantuviera ausente. Mi experiencia con Diego me había dejado anestesiada, sumida en una cadencia taciturna de la que mi embarazo aún no había conseguido salvarme. Veía el ánimo de Felipe como una emoción lejana que apenas lograba rozarme y me sentía ajena a mi realidad de futura madre. Sin embargo, Felipe no se rendía. Ignoraba mi aire sombrío y esquivo endulzándolo con mimos y cuidados tiernos sin esperar nada a cambio. Y creo que fue justo esa generosidad suya el bálsamo que, poco a poco, consiguió que yo fuera participando de aquella especie de realidad paralela en la que ambos ofrecíamos la imagen de un matrimonio ilusionado y compacto cuando, paradójicamente y en realidad, nuestro vínculo era más fraternal que marital.

Bernardita, por su parte, también recibía con desconcierto aquella relación nuestra. Consciente de la realidad de Felipe, miraba su entrega con cierta prevención aunque siempre manteniendo las formas. Pero más allá de ese detalle, su verdadera preocupación en aquellos primeros meses de mi embarazo era preservar mi salud. Mis pesadillas no le resultaban nada nuevo, puesto que padecer lo que las tagalas llamaban el *asuang* durante el embarazo era casi una tradición de la que ninguna mujer preñada podía escapar. Aun así, como ella misma había dicho en innumerables ocasiones, las españolas eran menos fuertes que las filipinas y los abortos resultaban una constante entre las mujeres de mi origen, especialmente durante las tres primeras lunas.

Desde el momento en que estuvo al tanto de mi estado, sus preguntas sobre Diego se habían multiplicado. Me había interrogado sobre su complexión, sobre detalles de su físico como el tamaño de los pies, las manos o la anchura del pecho. También había mostrado especial interés por el olor de su aliento, el color y la disposición de su dentadura y la predominancia de su vello. Una vez que rendí cuentas sobre todos aquellos extremos, Bernardita respiró tranquila y una mañana se levantó convencida de que el hijo que esperaba sería un varón.

—Tendrás un parto complicado porque será grande, pero tendrá un llanto vivo al nacer. Estará sano y será fuerte.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, a medio camino entre la sorpresa y cierto temor —. ¿Cómo puedes estar segura de todo eso?

—Lo he soñado esta noche. Ya verás como dentro de poco tu tripa saldrá y se hará picuda. Debes estar tranquila. Yo estaré a tu lado.

Generalmente, Bernardita terminaba sus buenos augurios con un hondo suspiro, que me trasladaba su inquietud. Sabía que en el fondo, y aunque no lo dijera, le preocupaba que no quisiese a aquel hijo que esperaba. Y tenía razón, porque aquel temor se había ido apoderando de mí, torturándome desde el primer momento que fui consciente de estar embarazada. La idea de ser una madre desnaturalizada y sin rastro de amor hacia su criatura me parecía terrible y día a día me vaciaba en busca de un instinto que no terminaba de encontrar en mi interior. Me sentía atrapada y sumida en aquel tiempo que hacía que mi embarazo progresara sin que yo hubiera asimilado mi nueva situación, ajeno a mi voluntad, como un hecho consumado pero que yo no había decidido.

Todo parecía haber vuelto a la calma. En enero se había afirmado que Primo de Rivera daba por liquidada la insurrección, y la colonia y España parecían haber acogido la noticia con entusiasmo; sin embargo, las buenas noticias habían coincidido con un agravamiento del estado de salud de mi madre, una situación que durante los meses anteriores todos habíamos ignorado de manera más o menos consciente. Siguiendo las advertencias de Bernardita, yo me había mantenido aislada en la casa de San Miguel de diciembre hasta febrero, teniendo contacto con la realidad de mis progenitores tan solo con la información que me llegaba a través de las visitas que Felipe realizaba de tanto en tanto a Intramuros. Durante aquel tiempo mi padre no había aparecido por casa ni una sola vez, lo que había hecho crecer mis iniciales recelos. Siempre que volvía de visitarlos, solía evitar conscientemente hablar de ellos, en especial de la situación de mi madre. Sus palabras se hacían correctas, al comentar hasta qué punto parecía mi madre ausente o al hablar de su estado de salud precario aunque estable. Día tras día, aquel no querer abrir los ojos a lo que ya sabía comenzó a pesarme de una forma sorprendentemente angustiosa, fuera de aquellas pesadillas y fruto de un poso involuntario pero real como la gravedad de la propia vida.

A principios de febrero no pude aguantar más el desasosiego y, pasando por alto las protestas de Bernardita, decidí visitar la casa de mis padres en Intramuros, donde me recibieron con sorpresa y cierto desasosiego. Mi padre se encontraba fuera y la jefa del servicio, sin las maneras y la experiencia de Bernardita, se sintió un tanto intimidada al verme sin previo aviso en la puerta.

—Señora, su madre no está en disposición de recibir visitas.

—No soy una visita —repliqué enérgica—. Soy su hija.

—Pero, señora, hace mucho que no viene a verla y quizá no sea una buena idea.

La prevención quedó suspendida como una amenaza en el aire. Notaba que mi

presencia no era bien recibida y me enfadó la posibilidad de que se hubieran dado órdenes para evitar que viera a mi madre.

—No me iré de aquí sin verla —aclaré rápidamente—. Así que tenemos dos opciones. O me acompañas por las buenas a su habitación, donde sé que está ahora mismo, o subo las escaleras por mi cuenta.

Estaba decidida a cumplir mi amenaza y debí resultar tan convincente que aquella mujer se decantó por no oponer resistencia alguna a mi iniciativa.

Según iba acercándome a la estancia donde se encontraba mi madre, una sensación extraña me asaltaba. La casa se había vuelto oscura y, lo que en otro tiempo había sido un hogar alegre y lleno de la vida, con más de veinte moradores entre los criados, mis padres y yo misma, ahora se mostraba extrañamente silencioso y tétrico. Sentí cómo regresaba a la infancia con cada peldaño que subía, cómo me iba haciendo diminuta mientras me preparaba para el peor de los encuentros. Por desgracia, no me equivocaba. Al abrir la puerta del cuarto, un olor intenso lo inundó todo. No tardé en darme cuenta de que el servicio había optado por quemar incienso para enmascarar el hedor de aquella habitación que parecía llevar meses sin ventilarse.

Tendida en la cama, de lado y de espaldas a mí, se encontraba mi madre. Escuchaba su costosa respiración y percibía la densidad del aire de aquel cuarto: supe que llevaba meses en cama. Todo, como aquel aire, se hacía espeso y plomizo y me arrancaba un miedo intuitivo y primario. Mi cuerpo entero parecía dictar orden de retirada, llamarme a salir con urgencia de aquel espacio donde no podía esperarme más que la peor de las imágenes. Sin embargo, fui yo misma la que se mantuvo estática en el umbral de la puerta, incapaz de dar un paso atrás, decidida a no escapar de una situación que sentía que llevaba esperándome meses, incluso años…

—¿Cuánto hace que no se levanta de la cama?

—Desde diciembre.

—Carlota…, ¿eres tú? Hija mía…

Su voz irrumpió en aquel espacio terrible como un bálsamo dulce, capaz de infundirme el valor suficiente para acercarme hacia ella. Noté cómo una lágrima corría sin control por mi mejilla al tiempo que mi voz se mantenía firme y no dejaba rastro de afectación.

—Sí, madre… Estoy aquí.

Como si mi madre y yo fuésemos dos imanes de polo opuesto, me sentí atraída a su lado, aunque me acerqué a ella más temerosa que decidida. Se mantenía de espaldas, le faltaba la fuerza necesaria para volverse hacia mí. Lo que era tan solo una suposición se convirtió en certeza una vez que pude verla. Su cuerpo, nunca demasiado grueso, se había reducido a la mitad de lo que era. Aquellos meses en cama habían anulado su musculatura y le era imposible moverse de forma voluntaria. Aun así, cuando me coloqué a la altura de su mirada, reveló gran regocijo al verme.

—¡Carlota!

—Sí… Estoy aquí. A tu lado.

Mi mano cogió la suya al tiempo que notaba su respiración débil y acelerada. Recuerdo que su pálido rostro llamó mi atención. Su piel parecía seca y consumida, como si se hubiera convertido en una fina capa de papel arrugado. Traté de buscar en mi memoria esa tarde de apenas dos años y medio atrás en que fuimos al evento en el Cabildo, donde había reencontrado a Felipe y donde, de alguna manera, había comenzado mi recorrido hacia la madurez. Recordaba el porte erguido de mi madre, su elegante vestido, sus elegantes maneras y su contundente carácter.

—¿Cómo has tardado tanto, hija mía? ¿Es que te ha ocurrido algo?

Su voz se había vuelto tímida y angustiada, lo que me hizo volver inmediatamente a aquella habitación y enfrentarme a la imagen demolida de aquel recuerdo. Me enjugué las lágrimas con tanta discreción como pude, mientras tomaba aire para hablar de la manera más sosegada posible. Pensé en todo lo que había vivido y no le había contado. Lo que ya era imposible contarle.

—No, madre. A veces todo se complica y no podemos hacer lo que debemos… Pero ahora estoy aquí, a tu lado…

Su mano aferró la mía con fuerza, como si ratificara aquel esperado encuentro. Sus ojos me miraban fijamente.

—Siempre le pregunto a tu padre por ti —dijo respirando con alivio—. Y él siempre me dice que estás bien y que no hay nada que temer… ¿Seguro que esos rebeldes no andan cerca de tu casa?

—No, no… No tienes que preocuparte. Se ha firmado la paz…

No parecía escucharme. Su mirada se teñía de miedo y sus ojos se desorbitaban.

—Esos indios… Dicen que cortan gargantas y que prefieren vernos muertos a todos… Rezo todos los días por todas esas almas que hemos perdido, por nuestros mártires… Casi no duermo pegada a mi rosario, pero los muertos… cada vez son más…

Apreté su mano con fuerza, tratando de hacerla volver a la realidad de la que ella misma se alejaba.

—Estoy… estoy embarazada… —dije en un intento de acaparar su atención—. Espero para el mes de julio.

Noté cómo realizaba un esfuerzo notable para no cerrar los ojos. De pronto, su gesto se tornó agradable.

—Será un niño, ya lo verás.

—Bernardita dice lo mismo.

—¿Qué sabrá esa india? Supercherías de estas tierras… —lanzó en un acopio de carácter—. Tu cara está redonda y estás más guapa de lo normal. Si fuera una niña, te robaría belleza. Como es niño, te la da.

—Eso será —dije concediendo, incapaz de cuestionarla—. En cualquier caso, no te preocupes. Estoy bien.

—Es una lástima que no vaya a llegar a conocer a mi primer nieto.

—¡No digas eso!

Pero como única respuesta me miró de soslayo segura. Después cerró los ojos cansada. Su voz se hizo llamativamente débil.

—Carlota…, hija…

Tragué saliva al tiempo que me acercaba a ella. Su voz se hacía cada vez más y más débil.

—Eres mi única hija, lo único que voy a dejar del todo mío a este mundo… No creo haber sido una buena madre. Tampoco creo que me haya permitido serlo… Solo he hecho lo que he podido como harás tú con ese hijo que llevas dentro.

Aferré su mano con fuerza tratando de contener mi emoción. Sentía su vida entera encima de la mía. Su falta de oportunidades y entendimiento, su imposibilidad de asimilar un mundo nuevo, su situación incómoda en medio de un devenir del que no había formado parte…

—Carlota, he intentado enseñarte lo que la vida me había enseñado. Mostrarte lo que se esperaba de una señorita… Quizá me equivoqué…, pero es que nada ha sido como habíamos pensado que sería… Con la ayuda de Dios, lo que yo te enseñé era lo único que podía darte…

Me incliné sobre ella y le di un beso en la frente. No llegaba a estar húmeda pero sí algo pastosa y fría, desconocida a mi tacto, ajena a nuestra vida en común. Solo pude susurrar:

—Me enseñaste bien. Tranquila. Ahora solo piensa en descansar…

—Descansar… Ojalá pudiera… Tengo tanto que rezar.

Su respiración se hizo más densa y dejó de hablar. Me apretó la mano hasta que una de las chicas de servicio entró en la estancia pertrechada con una palangana y una jarra.

—Es hora de limpiarla.

Asentí asustada. Ignorando mi presencia, la criada encendió algo de incienso y despojó a mi madre de las sábanas que protegían su cuerpo. Después, le subió el camisón y dejó a la luz varias gasas que cubrían tramos de su espalda. Me acerqué como la polilla atraída a la luz, incapaz de separarme aunque temerosa de quemarme. La chica parecía responder a una acción mecánica y aprendida. Retiró las gasas y dejó a la vista varias llagas abiertas y llamativas úlceras. Su cuerpo, consumido y sometido al roce constante de la superficie de la cama, tenía destrozada la fina piel que lindaba con la columna. Cada día había que limpiar aquellas escaras, pero el agua de rosas y el jabón ya no bastaban y aquellas llagas se mostraban purulentas y olorosas, víctimas de la progresiva infección.

Me asaltaron las náuseas, perdí fuerza y tuve que apoyarme en el aparador cercano. Incapaz de atender a aquella realidad siniestra, retrocedí hasta la puerta y, sin decir nada más, di media vuelta y bajé las escaleras lo más rápidamente que pude. El llanto se apoderó de mí. Unas lágrimas que nunca antes había derramado por mi madre y que ahora me parecían pocas.

Mientras volvía a casa fui consciente de mi bajeza al escapar de aquella manera. Trataba de justificar mi acto de cobardía en la necesidad de estar tranquila, de cuidar de mí misma puesto que traía un hijo al mundo, pero la agonía de mi madre y sus palabras pesaban demasiado y sabía que me perseguirían sin darme tregua.

Tras una semana de reflexión, escribí una detallada carta a Friedrich sobre mi situación y la necesidad de trasladarme a casa de mis padres en Intramuros debido al frágil estado de mi madre. Sabía que no le quedaba mucho tiempo y, por mucho que me costara, había tomado la firme decisión de estar junto a ella hasta el final.

Lamentablemente, los acontecimientos respaldarían lo oportuno de mis actos. A mediados de febrero se produjo la voladura del Maine en Cuba. Días después y como presagio de la gravedad del asunto, el *Diario de Manila* cerraba sus puertas dejándonos sin informaciones oficiales esos días. El miedo comenzó a invadirme y recordé las premonitorias palabras que Friedrich me había trasladado en sus cartas sobre los peligros a los que nos enfrentábamos desde que se inició la insurrección en Cavite dos años antes. Filipinas era una ventajosa presa codiciada por las potencias. Por un lado Japón, crecido tras su victoria en China años atrás, era un vecino demasiado cercano y peligroso, una razón más que suficiente para que Estados Unidos mirara estratégicamente hacia el Pacífico. Por otro, y por si todos aquellos riesgos fueran pocos, también las potencias europeas apostaban por expandirse y movían piezas en aquel incierto tablero. Nos habíamos convertido en el cordero perdido en medio de una llanura abierta y rodeado de lobos. Mientras me trasladaba a casa de mis padres, reposaba la idea de lo que supondría una inmediata confrontación con los norteamericanos, convencida de que esta vez no lucharíamos contra fuerzas rebeldes faltas de instrucción militar, medianamente armadas y presas de luchas de poder intestinas. Esta vez nos enfrentaríamos a una gran potencia mundial.

Mientras nos trasladábamos a Intramuros, Bernardita notó mi desasosiego y sin mediar palabra me apretó la mano para tranquilizarme. No podía contarle que no solo me torturaba la idea de una inminente guerra contra los Estados Unidos, sino también la implicación de Diego, el padre de mi hijo, en todo aquel asunto.

# 28

Casi un mes después, el cónsul español en Hong Kong dio aviso a Primo de Rivera sobre la concentración de la escuadra norteamericana. Todo apuntaba a que la flota se preparaba para partir rumbo a Manila, y las idas y venidas de mi padre para reunirse con los principales de la ciudad se convirtieron en constantes. El estado de alarma en el que estábamos inmersos resultaba dolorosamente obvio.

Ante aquellas circunstancias, tan solo conseguía animarme el pensar que al menos la salud de mi madre garantizaba que no fuera del todo consciente de la gravedad de la situación a la que nos íbamos a enfrentar. Sin embargo, el trance no se precipitó. Como ya había ocurrido dos años antes, todo pareció quedar en suspenso. Las noticias no llegaban y la situación no parecía evolucionar en ningún sentido. Aquella calma lánguida e incierta crispaba los nervios, pero también nos daba cierto espacio; empecé a pensar que el necesario para armarnos de fuerzas nosotros mismos antes de enfrentarnos a un hecho definitivo.

Enseguida me di cuenta de que trasladarme había sido la decisión adecuada. Casi desde que regresé a la casa de mi infancia y con la inestimable ayuda de mi siempre fiel Bernardita, asumí el cuidado directo de mi madre, tratando de controlar la aversión que me producía su cuerpo llagado. Bernardita preparaba emplastos de hierbas que recordaban en su olor al azufre y que estaban destinados a combatir la infección. Aunque los apliques le resultaban muy dolorosos, no tardamos en ver cómo los ungüentos daban resultado, cauterizando en buena medida las fístulas. Mi alegría ante aquellos pequeños progresos contrastaba con el pesimismo de la propia Bernardita.

—Demasiado grandes —decía refiriéndose a sus llagas—. Demasiada carne perdida que no podremos recuperar. Una herida abierta es siempre una herida peligrosa.

La angustia me oprimía el pecho. Por un lado, el peligro inminente al que nos enfrentábamos, sin saber todavía nada cierto sobre las intenciones de los norteamericanos o de nuestro propio Gobierno. Por otro, la culpa por no haber intervenido antes en la situación de mi madre y procurarle una ayuda que, según Bernardita, hubiera resultado sanadora meses atrás. Y como acompañamiento de todo ello, Diego siempre presente en mis pensamientos y, sobre todo, en mis pesadillas.

Afortunadamente y tras pasar las tres primeras lunas, mi estado se fue asentando. Mientras todo apuntaba hacia lo incierto, yo me encontraba mucho mejor. Mi barriga comenzaba a crecer y las náuseas a desaparecer al mismo tiempo que mi padre bramaba en contra de nuestro destino. Las tertulias en casa se teñían de desazón, reproches y desilusión. También de una soterrada violencia, alimentada por una

frustración que poco a poco se había ido apoderando de todos nosotros, cada vez más desprendidos de España y de nuestros dirigentes. Esa situación se había acentuado a partir del 11 de abril, cuando Fernando Primo de Rivera confirmó la renuncia a su cargo de gobernador ante el previsible choque con los norteamericanos.

Nunca había visto a mi padre tan nervioso y excitado. A pesar de haberlo intentado varias veces desde mi llegada, había un asunto complicado de abordar con él sin terminar discutiendo. Desde el agravamiento del estado físico de mi madre y su necesaria permanencia en cama, mi padre había dado órdenes precisas al servicio para que su confesor don Fermín Costa no volviera a poner un pie en la casa. La situación se había convertido en un problema, dado que mi madre reclamaba una y otra vez su presencia, angustiada por el tema moral y su penitencia constante por las almas cristianas que caían por cientos en su mente. Hablar de este tema con mi padre se había convertido en un imposible.

—¿Sabes lo que han hecho esos sacerdotes del demonio y sus procuradores en Madrid? Han asegurado que siempre han hecho gala de patriotismo en estas islas y que, a pesar de no estar de acuerdo, han aceptado siempre las medidas reformistas del Gobierno —decía rojo de ira—. ¡Que vengan y me digan desde cuándo!

—Pero eso no tiene nada que ver con don Fermín.

—¿Crees que Nozaleda no está detrás de todo esto? Y si está Nozaleda, está Costa. Las comunidades monásticas unidas como no se veía desde el siglo XVII. ¿Para qué? ¿Para prestar apoyo a una población pobre y asustada? ¡No! Para protestar airadamente contra las críticas que les caen. Colocan la decisión final sobre la mesa del Gobierno, ofreciendo su retirada de distintas regiones si es que el Gobierno lo pide. ¿Y si no lo hace? Entonces exigen mayor apoyo. Volver a la legislación indiana de hace siglos y optar por ser cristiano o masón. ¡En esto se resume todo el problema! A esa dichosa obsesión con los masones.

—¡Pero los masones y las órdenes religiosas no tienen nada que ver con el estado de madre! —protestaba con desesperación—. ¿No te das cuenta de que es innecesario y hasta cruel no permitir que don Fermín venga a verla y confortarla?

Incapaz de abordar la cuestión, mi padre me daba la espalda. Notaba que aquello se había convertido en algo casi insoportable para él, más allá de la presencia de Fermín Costa. Porque lo que realmente no podía asumir era el declive de su esposa.

—No es necesario. Tu madre solo nos necesita a nosotros.

De esa manera se daba por concluida la conversación y la presencia de Costa quedaba indefinidamente vetada.

Desde mi traslado a casa de mis padres, las visitas de Felipe habían sido continuas, para ver cómo prosperaba mi embarazo, dar parte del estado de La Clementina e intercambiar con mi padre rumores sobre la situación. Pero aquel día la visita se tiñó de funestas noticias que desde el primer instante entendí que Felipe no sabía cómo abordar. Decidida, mucho más segura de mí y convencida de que la incertidumbre solo podría hacerme daño, le forcé a que me contara qué era lo que

sabía.

—Estados Unidos ha roto relaciones diplomáticas con España. Está confirmado.

Le miré de frente. Sabía lo que aquello significaba. De ese momento a una declaración oficial de guerra solo había un paso.

—¿Cuándo?

—No sabemos. Suponemos que será cuestión de días.

Sin casi darme cuenta, me llevé las manos a la tripa al tiempo que asentía, consciente de lo que suponía eso. Felipe se acercó a mí.

—He cerrado nuestra casa y he hablado con tu padre y con el mío. Debes quedarte aquí y hacer todo lo que ellos te digan.

—¿Por qué me hablas como si no fueras a estar?

Él me miró con cierta tristeza. Me cogió la mano y la besó con cariño. Por unos segundos me sentí ridícula, nuevamente una niña, ajena a la realidad.

—Sabes que nuestro ejército es pequeño y tendremos que ampliar la defensa. Habrá un reclutamiento general, Carlota. Antes de que eso ocurra he decidido presentarme voluntario.

—¿Qué?

—Corren rumores de que Emilio Aguinaldo va a entrevistarse con el cónsul norteamericano en Singapur.

—Pero… firmaron la paz. ¿Cómo es posible?

—Una mentira para ganar tiempo. Los americanos han estado detrás desde el principio. Aguardando el momento adecuado, esperando para tener una justificación…

Quedé paralizada. En ese instante, más que en ningún otro, fui consciente de la implicación de Diego en aquel asunto que medía tiempos y estrategias. Si las palabras de Felipe eran ciertas y la vinculación entre el Katipunan y los americanos era un hecho, Diego podía haber sido, casi con toda seguridad, el contacto que había orquestado aquella unión.

—No queda otra, Carlota. Escucha. Si todo se torciera, he hablado con mi padre para que disponga tu salida lo antes posible. Debes marcharte…, aquí las cosas pueden ponerse difíciles.

—Pero mi madre…

—No importa. Debes prometerme que cuidarás de ti misma. Pase lo que pase —dijo colocando su mano en mi tripa—. Ya no solo se trata de ti.

Asentí, disciplinada, incapaz de llevarle la contraria en aquella terrible situación en la que nos encontrábamos. Esa noche Felipe durmió en casa de mis padres y volvimos a compartir cama, como en los viejos tiempos. Tardamos en dormirnos, uno frente al otro, mirándonos en silencio, conscientes de que podría pasar mucho tiempo hasta encontrarnos de nuevo y de todo lo que podía ocurrir en ese intervalo. Tras largas horas finalmente se quedó dormido y yo noté una punzada en mi tripa. El hijo que esperaba comenzaba a moverse dentro de mí.

Al día siguiente, cuando desperté, Felipe ya no estaba.

Apenas un día después, mi padre me informó sobre el discurso triunfalista que el nuevo gobernador, el general Basilio Augustín y Dávila, había pronunciado y donde, tal y como había vaticinado Felipe, se hacía efectivo el reclutamiento obligatorio de todos los funcionarios públicos menores de cincuenta años. Se aclaraba públicamente que la situación obligaba a tomar armas a todo español peninsular y a los hijos de estos mayores de veinte años que tuvieran salud para soportar los rigores del servicio militar. También podían afiliarse como voluntarios los extranjeros residentes en las islas y se daba orden de prohibición de ausentarse del territorio que comprendía la Capitanía General a cuantos se declaraba obligados a tomar las armas. La traición y la deserción serían castigadas con pena de muerte.

Aquel día fue intenso. No teníamos noticia de Felipe y mi padre había salido varias veces de casa con el único objetivo de completar la información que ya estaba a disposición de todo el mundo. Por mi parte, más allá del lógico nerviosismo, trataba de centrarme en las curas de mi madre al tiempo que intentaba tranquilizar al servicio, que, no enterado al completo de lo que estaba sucediendo, reaccionaba con lógico malestar a nuestro alboroto creciente.

Mientras me hallaba en la cocina esforzándome en serenar el ánimo de las dagalas más jóvenes, Bernardita llegó hasta mí, más excitada de lo normal.

—Niña —me reclamó con urgencia—, ven conmigo.

Noté inmediatamente su ansiedad, que se hizo palpable cuando me cogió del brazo, casi arrastrándome a la salida hacia el zaguán del patio.

—¿Qué ocurre?

Ni siquiera tuvo que contestarme. Con la mirada señaló hacia abajo. Allí, en medio del patio se encontraba Diego. Al verlo, todo mi cuerpo vaciló, como una hoja bamboleada por el viento. Me quedé mirándole, petrificada, sorprendida de mi propia reacción. Bernardita me susurró al oído:

—Pediré que nadie salga al patio hasta que se marche.

Con paso incierto comencé a bajar la escalera que me conducía hacia él. No había cambiado demasiado, quizá estaba algo más delgado, pero apenas si se apreciaba. Su piel seguía dorada y el pelo, algo más largo que la última vez que le vi, se mostraba brillante. Permanecí anclada en mi sorpresa, tratando de asumir que continuaba ejerciendo sobre mí el mismo influjo de meses atrás. Mi corazón palpitaba acelerado y me temblaban las piernas al acercarme a él. Seguía presa de aquella atracción y de los efectos que su mirada generaban en todo mi cuerpo. Tuve que hacer un esfuerzo para zafarme de aquella influencia al tiempo que me aproximaba a él tratando de centrarme, casi exclusivamente, en pensar si mi embarazo sería evidente ante su mirada. Por su parte, como si tratara de minar mi confianza con su seguridad, Diego también vino a mi encuentro.

Se inclinó hacia mí y trató de besarme, pero me mantuve en mi dureza, retirándome e impidiéndole la intimidad. Noté su desconcierto y también cómo

dentro de mí poco a poco el enfado iba ganando espacio al nerviosismo.

—¿Cómo sabías dónde estaba?

A esas alturas no me extrañaba su nivel de información. Por unos instantes temí que estuviera también al tanto de mi embarazo y decidí no preguntar más. Por su parte, no llegó una respuesta.

—Escucha, Carlota. No hay tiempo. He venido porque estaba preocupado por ti.

—¿Preocupado?… ¿Por qué? —Contuve la respiración erguida, angustiada—. ¿Por qué tendrías que estarlo?

—Ya lo habrás escuchado. La flota estadounidense está reunida en Hong Kong, preparada para atacar…

Respiré tranquila. No era mi embarazo lo que le había llevado hasta mí. Durante unos efímeros instantes me sentí halagada por su preocupación… hasta que volví a situarme en la realidad. Diego sabía lo que no tenía por qué saber.

—¿Por qué tienes más información sobre los norteamericanos que la propia Capitanía General?

—Eso no importa ahora, Carlota. ¡Estoy hablando de tu seguridad!

—Te equivocas —interrumpí—. Esto es justo lo que importa. Porque has estado perfectamente al tanto de todo desde el principio. —Ni siquiera se molestó en negarlo, tan solo me miró sin parpadear. Temí que descubriera algo distinto en mí, algo que hiciera pensar en mi embarazo—. ¿Vas a decirme que estás preocupado por mí y por mi familia? ¿Va a decírmelo la misma persona que ha procurado el encuentro entre el cónsul de Estados Unidos en Singapur con el Katipunan? Dime una cosa, ¿cuánto tardará Aguinaldo en desembarcar en Manila amparado por los americanos? ¿O es que ya está llegando a Cavite?

—Escucha, Carlota… Aunque ahora no lo entiendas… Esto es lo mejor que le puede pasar a estar islas.

—¿A costa de cuántas bajas, Diego? Dentro de tus cálculos, ¿cuántos hombres van a morir para que todo sea, según tú, mucho mejor? —Negué con la cabeza, tratando de rechazar al hombre del que aún seguía enamorada—. Eres un traidor. Traidor a tu país y traidor a esta tierra.

—¡Eso no es verdad!

—Te has vendido al mejor postor. Si los japoneses hubieran hecho una oferta más suculenta, la flota que ahora estaría llegando no sería la americana. Pero a ti te daría lo mismo. Porque Diego Almagro solo atiende a su propio interés y beneficio —dije con toda la rabia que pude concentrar—. Diego Almagro siempre gana.

Él se revolvió enfadado. Nunca le había visto de aquella manera. Su gesto se contrajo y la ira congestionó su rostro.

—Y yo lo siento… porque esta vez has perdido —rematé con contundencia, conteniendo las lágrimas que notaba se iban concentrando en mis ojos—. ¿Es que todavía no te has dado cuenta?

Lo miré fijamente, consciente de que quizá fuese aquella la última vez que lo

viera. Él mismo debió de sentirlo porque volvió a acercarse a mí. Su olor me erizó el vello e hizo que la sangre encarnara mis mejillas. Temí que en su cercanía rozara mi tripa y percibiera su protuberancia, así que me aparté.

—Desde hoy los traidores están sujetos a la pena de muerte, así que será mejor que te marches.

Cruzamos una última mirada silenciosa y dura, tan intensa y urgente como nuestra relación misma. Me di la vuelta y temblorosa subí la escalera que me había conducido hasta él. Por mi mente cruzaba la idea de desandar el camino y refugiarme en sus brazos mientras le pedía que me sacara de allí, que me llevara lejos del peligro y la enfermedad, lejos de la amenazada Manila, quizá a Singapur o a cualquier otro paraíso donde pudiéramos empezar una nueva vida, el mismo sueño que habíamos iniciado al conocernos. Pero al llegar al final de la escalera, en la azotea donde se situaban nuestros aljibes, noté un escalofrío.

Me di la vuelta para ver que Diego había desaparecido.

Aquel mismo día la flota norteamericana zarpaba desde Hong Kong rumbo a Manila.

# 29

Estados Unidos nos declaró oficialmente la guerra el 25 de abril, y hasta unos días después no tuvimos más noticia. Pronto llegó aviso del avistamiento de cuatro buques que se dirigían al sur de nuestra isla. Ese mismo día también nos enteramos del desplazamiento de nuestra escuadra desde Subic al puerto de Cavite. Aquella información, lejos de tranquilizarme, aumentó mi angustia. No sabíamos si nuestra flota regresaba para defenderse mejor ayudada por las baterías de cañones colocadas en las murallas de Manila, o por miedo a enfrentarse a la poderosa escuadra norteamericana.

A partir de ese momento el trabajo de los soldados, a los que se habían unido los hombres reclutados el día 23, no tuvo tregua. El único de los criados que quedó exento del reclutamiento debido a su merma fue Basilio. Tampoco mi padre y el señor Ayala entraban ya dentro de los perfiles de edad convenidos para unirse a la defensa de la Capitanía, aunque se mantenían al tanto de todo lo que ocurría. El esfuerzo por colocar cañones en los barrios del este, desde Ermita hasta Malate, al tiempo que se montaba una batería en Punta Sangley, cerca del hospital de Cañacao, y seis en Mariveles y la isla de Corregidor, evidenciaba la intención de plantar cara al enemigo.

—Hay que mantener la calma. Campos dice que se han colocado cañones para detener el paso de los americanos.

Pero la calma invocada por mi padre era algo irreal, conscientes como éramos de que nos enfrentábamos a una potencia armada muy superior a nuestra defensa. Así que, realistas por primera vez en mucho tiempo, comenzamos a prepararnos para lo peor. Bernardita llegaba cada día con una noticia de deserción. Las monjas dominicas se habían refugiado en Navotas, en la casa de campo de los padres dominicos; las asuncionistas, en Santa Ana; las hermanas del colegio de Santa Isabel, en Concordia; y así casi todos los colegios adscritos a las distintas órdenes religiosas. En un éxodo que parecía interminable, los hospitales también habían sido trasladados a los arrabales y pueblos cercanos. Incluso los Ayala habían decidido marcharse a su finca de Tagaytay a la espera de ver cómo evolucionaban los acontecimientos, evidentemente dispuestos a salir de las islas rumbo a Hong Kong para ponerse a salvo. Interpreté aquel gesto como una traición hacia Felipe que no estaba dispuesta a perdonarles jamás. Nunca había pensado en mi suegro como un cobarde; sin embargo, notaba cómo en aquellos momentos angustiosos se definían las verdaderas naturalezas. Se revelaba el coraje sorprendente de los que nunca habíamos mirado como valientes, y las cobardías insospechadas de los que siempre habíamos tenido por fuertes.

En el *Diario de Manila* comenzaron a dictarse órdenes en caso de bombardeo por parte de los americanos y la población, asustada, empezó a movilizarse. Sin embargo, lo que no pudimos prever fue un peligro tan inminente. Cuando quisimos darnos cuenta, los americanos habían pasado sin dificultad la isla de Corregidor y sus buques permanecían fondeados no muy lejos del espigón de las obras del puerto.

Poco después de las cinco de la mañana del primero de mayo se pudo escuchar el primer cañonazo. Después todo volvió a quedar en silencio. Casi no había pegado ojo en toda la noche, pero no tenía sueño, supongo que condicionada por el estado de alarma y tensión del que todos estábamos presos. Una media hora después sonó otro cañonazo, esta vez algo más fuerte que el anterior. Bernardita entró en mi habitación.

—Ya están aquí —me dijo temblando como una hoja—. Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

—Pueden ser pruebas de algún cañón. No tienen por qué ser los americanos —dije en un intento absurdo de convencerme a mí misma—. Voy a vestirme.

Por supuesto, no se trataba de ninguna prueba y el fuego de nuestras baterías no tardó en formar un notable estruendo que lo inundó todo. A las seis menos cuarto aumentó el cañoneo de tal modo que los edificios temblaban sin remedio, así que entré en el cuarto de mi madre para tranquilizarla. La encontré encogida en la cama, aferrada a su rosario y con los ojos llenos de espanto. Me senté junto a ella y le cogí la mano.

—Tranquila. Te prometo que no pasará nada —dije esforzándome en resultar convincente—. El ejército sabrá qué hacer.

—Vamos a morir… —balbuceó presa del pánico e incapaz de fijar la mirada en mí—. Nos van a matar a todos.

—Eso no va a ocurrir —le aseguré—. Yo cuidaré de ti.

—¿No vas a dejarme?

Negué tajante, dándome cuenta de que aquella seguridad fingida era lo único capaz de contrarrestar el terror que llevaba meses invadiendo su alma. Le acaricié el pelo hasta notar que su respiración se hacía más tranquila y el sueño conseguía abatirla. Durante aquellos meses tenía por costumbre no dormir de noche y caer rendida a aquellas primeras horas. Le besé la frente antes de retirarme. En la cocina, Bernardita y el resto de las chicas del servicio permanecían reunidas en torno a la mesa, rezando y tapándose los oídos con las manos cada vez que una explosión hacía que todo retumbara. Me uní a ellas en silencio, y presencié cómo Bernardita reprobaba cualquier grito fuera de lugar y las obligaba a seguir las cadencias de padrenuestros y avemarías mientras en sus caras se reflejaba un miedo profundo que no hallaba consuelo en la oración. Rondaban las siete de la mañana cuando nuestro recogimiento se vio interrumpido por la llegada de Basilio, que volvía con noticias del baluarte de San Gabriel. Un oficial de cazadores le había contado que la escuadra enemiga mantenía el combate en Cavite y que Manila seguía fuera de peligro. Aquellas buenas nuevas, acompañadas del cese del cañoneo a eso de las ocho de la

mañana, nos hicieron recuperar por un momento los ánimos, aunque, lamentablemente, aquel optimismo resultó más corto de lo que hubiéramos querido.

—¿Has sabido algo de don Felipe? —pregunté a Basilio, angustiada por saber algo de mi marido—. ¿Te han dicho dónde se encuentra?

Pero Basilio no había conseguido averiguar nada. Al poco escuchamos nuevas detonaciones. Los gritos de terror se habían apoderado de las calles y no pude contenerme por más tiempo. Al asomarme a la ventana principal, vi a la gente correr hacia las puertas del norte, acarreando enseres y llamando a la huida mientras nubes de denso humo nos acorralaban. Decidí ordenar el cierre de todas aquellas ventanas y pedir al servicio que tratara de concentrarse en sus respectivas tareas. En medio de aquel caos desconcertante nos mantuvimos toda la mañana, a la espera de que el enemigo diera tregua.

Por la tarde recibimos la esperada vuelta a casa de mi padre. Llevaba fuera desde el amanecer y venía acompañado por otros dos señores que no tardó en presentarme. Se trataba de Manuel Villalba y Pedro Pablo Herrera, que, procedentes de España, habían tenido la mala suerte de llegar a Manila justo cuando la escuadra norteamericana salía de Hong Kong. Agregados a la Secretaría General y siendo como eran funcionarios del Gobierno de menos de cincuenta años, habían sido inmediatamente inscritos como voluntarios. Al llegar a casa, el señor Villalba —nombrado en enero gobernador civil de la provincia de La Unión y que a tal efecto se había desplazado a las islas— parecía algo mareado aunque aguantaba la compostura. A diferencia de él, el señor Herrera —que había sido destinado a la isla de Bohol como oficial segundo de Hacienda— no podía controlar su nerviosismo y apenas lograba articular palabra y contener el temblor de sus manos.

—¿Cómo está tu madre? —me preguntó mi padre algo angustiado, todavía enrojecido y lleno de polvo.

—Tranquila —mentí por miedo a preocuparlo más de la cuenta—. No te preocupes.

Ni se molestaron en subir al salón principal y mientras se sentaban en la mesa del despacho, yo daba orden inmediata de que les trajeran algo de beber. Enseguida desvelaron que desde fuera de las murallas habían presenciado cómo siete buques acorazados de la marina de los Estados Unidos habían dado buena cuenta de Cavite y nuestra débil flota. El señor Villalba parecía rojo de ira al relatar la que había sido nuestra lastimera respuesta al ataque.

—¡Granadas! ¡Los hemos respondido con granadas que ni siquiera los han rozado!

—Pero ¿y nuestras baterías? —pregunté, recordando la previsión que el capitán Campos le había hecho a mi padre—. ¿Y nuestros cañones?

—En Subic —dijo mi padre abochornado—. Allí siguen, abandonados por los nuestros. Una batería de largo alcance menos con la que contar y que aquí nos hubiera hecho el avío que tanto hemos necesitado.

—¿Entonces?

—Han arrasado la escuadra y destrozado Cavite. Corregidor ya es suya.

Y todos sabíamos que hacerse con la isla de Corregidor era tanto como hacerse con la llave de paso que daba entrada a Manila. Efectivamente, la escuadra americana, orgullosa y consciente de su potencia, no había tardado en colocarse frente a Manila y Binondo.

—Poco o casi nada les han hecho nuestras baterías y, aun así, a la desesperada, nuestra escuadra se ha lanzado a un abordaje suicida —dijo el señor Villalba, roto por el dolor—. Todos esos barcos incendiados y todos esos hombres…

—Han apresado cinco o seis lanchas de vapor después de dejar fuera de combate todos nuestros barcos —aclaró mi padre—. El buque Cristina, incendiado, y el vapor de la Trasatlántica que trajo a los señores Villalba y Herrera hace unos días…

Se hizo el silencio durante unos instantes hasta que Herrera, hasta ese momento mudo, decidió romperlo.

—Lo atacaron con granadas incendiarias. A la segunda granada empezó a arder y la tripulación trató de escapar en los botes… —Sus ojos empañados reflejaban una mezcla de horror y tristeza—. Pero no pudieron hacerlo porque también dispararon contra los botes… Los han matado a todos…

El relato de mi padre y sus acompañantes fue el prólogo de las tristes noticias que pronto llegaron a casa. Nuestra escuadra había sido quemada y destrozada y el número de bajas ascendía a más de cien. Mientras tanto, los americanos se habían colocado frente a Manila, suponíamos que esperando nuestra rendición.

Este mismo día por la tarde se reunió la junta de autoridades. No había tardado en correr la noticia de que al día siguiente empezaría el bombardeo directo sobre Manila, lo que había hecho cundir el pánico de una gente ya aterrorizada. Resultaba imposible ocultar la situación y tuve que explicar las novedades a las mujeres del servicio excusándolas de sus deberes para que pudieran marcharse junto a sus familias o dejar la casa, si así lo consideraban. Al final de la tarde tan solo contábamos con Bernardita y Basilio como empleados, lo que nos daba una sensación de angustia y abatimiento aún mayor.

Mi padre había vuelto con la seguridad de que Felipe no se encontraba entre las bajas de ese funesto día. Sin embargo, tampoco había conseguido obtener información de su plaza de destino.

—Tras la junta, Nozaleda se ha retirado a Santa Ana —me contó abatido—. Me he acercado a don Fermín para pedirle, si fuera posible, que los acompañaras y te unieras a las asuncionistas que están allí refugiadas.

Entendía que al hacerlo mi padre se había comido su propio orgullo. Pedirle un favor al hombre al que él mismo había prohibido su acceso a casa era la mejor de las pruebas de que nos hallábamos en una situación de extrema gravedad. Pese a las prevenciones de Felipe y mi padre, tuve clara mi respuesta:

—No pienso moverme de aquí.

—Te lo vuelvo a pedir, Carlota —me dijo suplicante—. Tan solo te faltan unos meses para dar a luz.

—Puede que don Fermín la haya abandonado, pero yo le he prometido que no lo haré. Además, le prometí a Felipe que le esperaría —dije con firmeza—. Si su familia no ha sido capaz de hacerlo, te aseguro que yo sí lo seré.

Mi padre asintió y su cuerpo entero me pareció más derrotado que nuestra maltrecha escuadra.

—Entre las bajas de hoy se encontraba el capitán Campos —musitó con la cabeza gacha.

Me dirigí hacia el mueble aparador y saqué una botella de licor. Le serví un vaso al tiempo que, en silencio, veía cómo una lágrima resbalaba por su mejilla.

# 30

No sabía si moriríamos o no, pero estaba convencida de que al día siguiente nos bombardearían y la jornada sería de luto. Los rezos agónicos de mi madre llegaban como una triste letanía hasta mi habitación para unirse a la oscuridad, solo mitigada por el relampagueo del cielo. Pensé que la angustia se apoderaría de mí y no podría pegar ojo, pero al meterme en la cama me sorprendió mi tranquilidad. Clavé la mirada en el techo pensando que quizá llegaba al final de mi camino, que ni siquiera vería nacer al hijo que llevaba dentro y que aquello había sido todo. Y, de pronto y para mi sorpresa, mi respiración se hizo profunda y no sentí miedo. Cerré los ojos y pude notar, casi real, el abrazo de Diego y su aliento junto a mí, como todas aquellas noches que habíamos pasado juntos. Y poco a poco sentí cómo la placidez y la tranquilidad me vencían y me entregaba a un sueño profundo arrullada por aquella canción de amor perdido.

Al amanecer abrí los ojos y me dirigí hacia la ventana. A través del capiz pude recibir el aire caliente que llegaba del exterior y la luz blanca que las conchas filtraban… Nada más. Tan solo aquel impactante silencio que, lejos de llamar a la calma, erizaba el vello.

Me vestí con urgencia y, guardándome de que Bernardita me viera, salí a la calle por la puerta de nuestra entrada de carruajes con la intención de respirar aire puro y ser testigo de primera mano de los acontecimientos. Las calles, en otro tiempo tan llenas de nervio, ofrecían ahora una aspecto mortuorio y triste. Por ellas solo circulaban los cargadores y carromateros que a toda prisa sacaban los muebles y objetos principales de las casas, en gran número ya cerradas. A la puerta de las pocas que permanecían abiertas, como la de mis padres, habían acudido los soldados para ordenar su desalojo inmediato en caso de peligro inminente.

En mi camino me cruzaba con soldados y voluntarios camino de las murallas con gesto fúnebre. Recordaba en sus caras los semblantes de aquellos humildes hombres de campo castellanos que, sin otra opción, habían embarcado hacía años rumbo a aquellas islas para garantizar el sustento de las familias que dejaban atrás y con la esperanza de encontrar a su llegada un paraíso bíblico hecho realidad. Aquellos jóvenes de los que me había hablado el capitán Campos y con los que yo misma llevaba conviviendo media vida. Aquellos que se habían entregado a los besos de las dagalas y habían recibido el buyo de su boca con la promesa de una entrega física como no hubieran podido nunca soñar en su tierra… Aquellos mismos hombres, todavía jóvenes, desfilaban hacia una muerte segura, y mi mirada se cruzaba con su semblante desconcertado, como reos camino del patíbulo. Y en todos ellos reconocía el rostro de Felipe, del que no había vuelto a tener noticia.

Al volver a casa ignoré la reprimenda de Bernardita por haber salido a la calle cuando seguíamos a la espera del inminente bombardeo. De esa manera continuamos esperando sin que el ataque previsto llegara hasta que, a eso de la media mañana, recibimos noticias sobre la retirada de la escuadra americana a Cavite y Corregidor.

Mientras las mujeres reían y se escuchaban gritos de júbilo por las calles, reparé en el semblante taciturno de mi padre, que se había refugiado en la soledad de su despacho. Me acerqué a él en silencio, preocupada por un desaliento que no cuadraba con las aparentes buenas noticias que acababan de llegarnos. Permanecía sentado a su mesa, con el mapa de las islas desplegado ante él.

—¿Qué ocurre?

—Es obvio que son superiores a nosotros y en tan solo un día han conseguido doblegarnos. Nos tienen en sus manos y nos piden una rendición deshonrosa que saben que no aceptaremos… Y ahora, ¿se retiran? —El desconcierto en la mirada de mi padre consiguió darme miedo—. ¿Qué sentido podría tener? ¿Qué es lo que están buscando?

—¿No dijo el señor Villalba que estaban a la espera de mayores apoyos para el desembarco?

—Puede ser… Sin embargo, han advertido de los bombardeos para luego no ejecutar la amenaza —replicó mientras componía su propia idea y jugueteaba con la tapa de su reloj de leontina—. Quizá esperan un aliado más fuerte que sus propios apoyos…

—¿Quién? —pregunté turbada—. ¿A quién van a esperar si se bastan por sí solos?

—Al miedo.

La tapa del reloj se cerró con un golpe seco y todo pareció cobrar sentido. Como años antes, cuando los rebeldes del Katipunan tomaron Cavite, el tiempo indefinido que transcurría entre la alarma y los resultados finales se alargaba haciendo de la espera una auténtica tortura y crispando nuestros debilitados ánimos. Esta volvía a ser la estrategia: una amenaza de bombardeo constante que nunca encontraba el momento de convertirse en realidad, como una maldición tenaz de la que no podríamos escapar durante aquellos días de mayo.

Empecé a preocuparme por lo más prosaico. Si mi padre estaba en lo cierto, debía asegurarme de que tuviéramos suficientes alimentos en la despensa como para poder soportar un largo asedio sin desenlace a la vista. Afortunadamente, Bernardita había reparado la dejadez de la anterior jefa de servicio de la casa de mis padres y ambas habíamos invertido tiempo y dinero en hacer acopio de alimentos básicos. Me preocupaba, sin embargo, la carencia de agua y de velas, ya que el asedio había coincidido con jornadas secas y calurosas y, por supuesto, desde los primeros bombardeos se había cortado el suministro eléctrico. No tardamos en recibir noticias de que los americanos habían saltado a tierra y se habían hecho con el polvorín de Cañacao y todo lo que habían querido, dado que nuestras tropas les habían dejado el

paso libre al retirarse hacia Noveleta y Malabón.

—Han cortado el telégrafo, con lo que nos dejan sin comunicación con Europa. Y por si fuera poco, está toda la gente que ha llegado desplazada desde Cavite. Los pillajes se suceden y se han hecho docenas de presos, acusados de alta traición.

Sin embargo, de entre todas las noticias que había traído mi padre ninguna se refería a Felipe. No sabíamos dónde estaba ni qué había sido de él.

—Debes mantener la confianza. Felipe es inteligente y sabrá cuidarse, Carlota. Ya lo verás.

Me sentí mezquina. No podía explicar a mi padre que, aunque me preocupaba su suerte, mi primer pensamiento había sido si Diego podría estar entre aquellos traidores detenidos.

Ocultando aquella realidad, comenzaron a pasar los días sin que arrancase el esperado bombardeo, con el ánimo de todos nosotros basculando del temor a la esperanza. De aquella manera, como convocados por el buen tiempo y la ausencia de nuevas, a la siguiente jornada Bernardita y yo decidimos salir en busca de noticias y de algunas compras, si es que los comercios se decidían a abrir sus puertas. Atenazados por los acontecimientos de los últimos días que los habían forzado a permanecer encerrados en sus casas, gran parte de los vecinos de la ciudad se concentraron aquella tarde y sin previo pacto en el paseo de la Escolta, que se presentaba ante nosotros bañado por aquel sol luminoso que nos hacía olvidar la situación en la que estábamos. Las señoras Pacheco y Velilla no tardaron en salirnos al paso, para interesarse por el estado de mi madre, de mi embarazo y, cómo no, darnos el último parte. Desoyendo la advertencia de los soldados, las viudas se habían negado a abandonar sus casas, pensando inicialmente que la cosa no llegaría tan lejos y que los norteamericanos, al fin y al cabo civilizados, respetarían a las damas. Su inquietud era otra. Las encontré distintas, más descuidadas y torpes que de costumbre. Hablaban con urgencia, arrebatadas y con las mejillas enrojecidas.

—¿Sabes algo de tu marido, Carlota?

Le dije que no. La señora Pacheco me lo había preguntado con la mirada fija en mi barriga, y por primera vez su interés y preocupación me habían parecido sinceros.

—¡Qué desastre! Andamos perdidos, con los soldados dispersos mientras frente a nosotros están los americanos. ¿Cómo es posible que nuestras tropas se hayan retirado de Cavite? ¿Qué va a ser de nosotras?

—¿No has escuchado al señor Cayo? —replicó algo molesta la señora Velilla—. Nuestros cañones eran unos trastos viejos que no tenían nada que hacer contra el enemigo. ¿Qué otra salida les quedaba?

En ese momento las señoras se acercaron a mí, como siempre hacían cuando el cotilleo ganaba enjundia y era digno de escucharse con atención.

—Nos hemos enterado de que esta misma tarde han llegado a Manila las hermanas del hospital de San José de Cavite y algunas del hospital de marina de Cañacao. Venían con enfermos y heridos.

—Han pasado muchos malos ratos en el hospital de Cavite para librarse de la rapiña y las amenazas de los indios. Traían a cuatro recoletos disfrazados de enfermos y tuvieron que esconderlos de los indios o los habrían matado. ¿Te imaginas? Esos salvajes están fuera de control.

—Menos mal que los americanos, que al fin y al cabo son caballeros, acudieron en su auxilio y las escoltaron hasta aquí. Decían que con ellos había un español que intercedió por las hermanas desde el principio, poniendo a su disposición el vaporcillo que las trajo.

—¿Un español? —La noticia llamó inmediatamente mi atención—. ¿Quién?

—No acertaron a contar más. No supieron nada de su nombre. Tan solo un hombre alto, moreno y bien formado al que no identificaban como vecino de Intramuros.

—Que Dios reconozca sus buenos actos, pero que también lo castigue por traidor a su patria. Por si no tuviéramos suficiente con todos esos salvajes que ahora se vuelven contra nosotros, como para tener también traidores entre los nuestros.

Desde el primer momento supe que aquel hombre del que hablaban las viudas era Diego. Volví a notar esa amarga sensación que se había iniciado tras la charla de mi padre y me hacía sentir ruin y baja. Por un lado, me ilusionaba la idea de saberlo vivo, incluso estaba orgullosa por la ayuda que había prestado a aquellas monjas. Por otro, era consciente como nunca de que se hallaba del lado del enemigo y que se había convertido oficialmente en un traidor. Mi turbación debía de resultar evidente, porque esa noche, cuando me disponía a realizar las curas de mi madre, ella misma pareció detectarla. Tenía aquellos pequeños intervalos de lucidez, raptos momentáneos donde su instinto parecía aguzarse. Con esfuerzo extendió su mano hacia mi cara y me acarició.

—No te preocupes… Él estará bien.

Mi mentira se hacía cada vez más pesada. Todos trataban de consolarme respecto a la suerte del padre de mi futuro hijo, sin saber que su identidad no se correspondía con Felipe, sino con la de un hombre al que ellos habrían repudiado de inmediato. Y mientras trataba de acarrear aquella losa, en mi interior solo encontraba razones para seguir angustiada por él. «Tonta, tonta, tonta —me repetía una y otra vez a mí misma —. No le importas lo más mínimo, no eres más que una de tantas que ha pasado por su vida, insignificante y olvidada. ¿Cómo es posible que el mundo se esté derrumbando a tus pies y tú solo pienses en él?». Y a la vez no podía borrar su imagen esperándome en el patio y acercándose hacia mi cuerpo con urgencia, arriesgándose para avisarme de la llegada de los norteamericanos y de los bombardeos. Aunque me lo negara a mí misma una y mil veces, en mi interior algo clamaba por llevarle la contraria a la razón manteniendo que no había podido estar tan equivocada y que aquel hombre me quería.

La tranquilidad del día anterior se esfumó tan rápidamente como había llegado. Los días se sucedían calurosos y serenos, radiantes de claridad, para dar paso a tardes

en las que las nubes negras lo ocupaban todo, semillas de la tormenta que terminaba con contundentes lluvias. Al menos llegaba el agua. Jornada tras jornada nuestro ánimo fue copiando ese modelo. El optimismo nos embargaba por la mañana, cuando irrumpían noticias de que una escuadra española venía a socorrernos. Se elucubraba sobre los barcos que la componían y cómo y cuándo abordarían el ataque al enemigo. Entre estas hipótesis, el desaliento se transformaba en entusiasmo ayudado por la noticia del respaldo de buques extranjeros, franceses, ingleses y alemanes, fondeados en la bahía, o por la historia de la audacia del vapor de cabotaje Méndez Núñez, que, burlando la vigilancia de los americanos, había entrado sin luces por Corregidor y había conseguido descargar las cabezas de ganado que transportaba. Los bancos abrían unas cuantas horas, así que era posible realizar alguna que otra operación y la gente salía hacia el paseo de la Escolta con optimismo renovado.

Sin embargo, las buenas noticias se disipaban con la llegada de la tarde. Con ella el calor se hacía intenso, los nervios comenzaban a crisparse y las nubes cerradas del horizonte anunciaban tormenta. Invariablemente llegaban las malas nuevas, como la posible salida de California de una expedición americana liderada por el general Merrit, dispuesto a desembarcar en Manila y generar el desastre definitivo. A partir de ese momento el ánimo se volvía negro como el propio cielo, las calles que no gozaban de alumbrado eléctrico desde hacía días se hacían aún más oscuras, y los vecinos de Intramuros se encerraban en sus casas, agonizantes, esperando la llegada de un nuevo día luminoso que les devolviera la esperanza a sus agotadas fuerzas. Y así el alba siguiente volvía con la misma y conocida cadencia, con buques extranjeros saliendo y entrando de la bahía, mientras desde los barcos americanos se escuchaban las salvas por el ascenso de su comodoro en premio a su victoria.

Días antes me habían llegado noticias de Sinang desde Hong-Kong. Ella y los hijos de Chan estaban bien, pero, desafortunadamente, no había vuelto a tener noticia de su marido. Pero, si bien todavía podíamos recibir alguna comunicación del interior, aislados por el cable no contábamos con noticias de lo que ocurría en España y Cuba, y la poca correspondencia que llegaba a través de buques ingleses y alemanes procedentes de Hong Kong era atrasada o desalentadora. Mi padre tenía razón: aquel miedo orquestado por los americanos era el peor desgaste al que podíamos enfrentarnos, peor incluso que el bombardeo que llevábamos días esperando y que nunca terminaba de llegar. Y yo volvía a soñar con envolver mis días en el opio de Singapur y dejar atrás aquella pesadilla.

Después de varias jornadas sumidos en ese constante desasosiego llegaron noticias nuevas y alarmantes. Corrían rumores de que el gobernador general trasladaba su despacho fuera de Intramuros, mientras las seis fragatas mercantes que habían permanecido fondeadas en Manila se habían refugiado. Resultaba definitivo que las oficinas y almacenes militares sacaran todos sus aparejos y equipos con idea de trasladarlos a lugares más seguros. Ante tal situación mi padre nos llamó a su despacho.

—Nos trasladamos a Concordia. Basilio y yo nos encargaremos de preparar lo imprescindible —dijo con contundencia mientras se volvía hacia mí—. Carlota, tú y Bernarda debéis ocuparos de tu madre.

—Pero, en su estado, un traslado puede ser peligroso.

—Si los americanos descargan sus baterías, más peligroso será quedarse aquí.

Me agarró las manos con fuerza, como siempre había hecho en los momentos en que el miedo me embargaba; como tanto tiempo atrás, cuando iniciamos nuestro viaje a estas tierras.

—Puede que solo estén jugando con nosotros. Que solo sea una estrategia para que el miedo nos aturda y debilitarnos. Pero no podemos correr el riesgo de quedarnos expuestos a un ataque por mar porque, de concretarse esa posibilidad, no resistiremos. ¿Has entendido? Debemos reaccionar, Carlota. Si no es atacando, al menos poniéndonos a salvo.

Las palabras de mi padre y su seguridad me llenaron de coraje. Asentí con decisión y rápidamente, junto a Bernardita, me puse en marcha. Mientras ella y Basilio organizaban nuestros enseres y los disponían en un carro que ellos mismos conducirían, yo me aseguraba de que el carruaje que iba a llevar mi padre estuviera acondicionado para que el traslado de mi madre fuera, dentro de todo, el más cómodo posible. Andábamos volcados en aquel ajetreo de preparativos cuando un soldado voluntario llamó a la puerta y entregó una carta a Basilio. Rápidamente, reconocí la letra del sobre. Era de Felipe. En ella me informaba de que se encontraba bien y había sido trasladado a las inmediaciones de Cavite, a las órdenes del general Peña.

En el camino fuimos conscientes del éxodo masivo de la ciudad. El calor sofocante y abrasador consolidaba un pánico que, acompañado por las nubes de polvo que levantaban los carruajes, parecía inundarlo todo. El transitar de vehículos en desbandada formaba una calamitosa caravana de desesperación. Mi madre descansaba en mi regazo, mientras mi padre dirigía el carruaje seguido por el carro que conducía Basilio, con Bernardita a su lado.

Eché una última mirada hacia Manila. Intramuros y sus murallas quedaban atrás y pensé que quizá sería la última vez que contemplase de aquella manera la ciudad que me había visto crecer. Dejaba lejos, entregado a la suerte, mi querido malecón, el que me había ofrecido tantas y tan hermosas puestas de sol de meses tibios. Sobre nosotros, un cielo encapotado de nubes plomizas, como si hubiera decidido acompañarme en mi tristeza.

# 31

Encontramos el colegio de Concordia, donde habíamos decidido refugiarnos, convertido en una especie de depósito humano que acogía el gentío desplazado desde Manila sin más opción que el resignarse a su suerte. Algunos que otros seguían hacia el norte por la carretera de Santa Ana, hacia el hospital. Aunque era la opción más segura, el estado de mi madre era cada vez más preocupante. La fiebre arreciaba y pedí a mi padre que detuviéramos nuestro camino en aquel punto.

En los dos cuerpos del edificio había unos cuatrocientos enfermos y las familias españolas de civiles y militares tuvimos que encontrar acomodo en las dependencias que nos habían reservado las monjas, junto a las que todavía permanecían las niñas del colegio de Santa Isabel. Los patios estaban llenos de carruajes, cajas, baúles y otros muebles que los desplazados habíamos ido trasladando.

Al ser la mayoría heridos militares, a mi madre la condujeron rápidamente a la zona médica regentada por las monjas, donde nos restringían el acceso, lo que desde el principio me costó más de una acalorada discusión con las hermanas. No me fiaba del cuidado que ellas podían dispensarle y decidí asegurarme de que alguno de los médicos la visitara para hacer un seguimiento de su estado. Con esa intención caminé hacia la casita de los sacerdotes, donde sabía que los médicos militares estaban instalados. Según avanzaba, el polvo y el transitar de vehículos se hacía intenso, y me trajo a la memoria el ajetreo de un mercado de pueblo. La mayor parte de los carros transportaban víveres y comestibles que la administración militar hacía llegar a los enfermos, y lo que parecía una circulación caótica terminaba rigiéndose por una ley interna e indefinible que hacía que poco a poco cada carro encontrara el lugar preciso donde descargar su mercancía.

Al llegar a la casita solo encontré un par de médicos acompañados por un fraile de los padres paúles. Los galenos se estaban tomando un pequeño descanso y saboreaban el tabaco de sus pipas después de lo que imaginaba una intensa jornada de trabajo. Al descubrirme frente a ellos, rápidamente dejaron el tabaco mientras que el fraile me miraba con interés.

—¿Te ocurre algo, hija mía? —me preguntó—. ¿Sientes alguna molestia?

Con los urgentes acontecimientos que habíamos vivido, había olvidado casi por completo mi embarazo, que, a esas alturas, resultaba más que evidente.

—No…, no se trata de mí. Es mi madre. Acabamos de llegar y se encuentra muy mal. La fiebre empezó a subirle al salir de la ciudad y tengo miedo de que algo le pase.

—Con las hermanas estará en buenas manos —dijo uno de los médicos—. Descuide.

Su displicencia me molestó y me acerqué hacia ellos.

—No. Quiero que un médico la visite y esté al tanto de su estado. Me da igual cuál de ustedes, pero necesito que sea un médico. ¿Han comprendido?

Por su gesto de asombro, entendí que no esperaban una reacción así por mi parte. En ese momento fue el padre el que se acercó hasta mí, tratando de sofocar la situación.

—Tranquila. Estoy seguro de que, ya sea uno de estos dos señores o cualquiera de sus compañeros, estarán encantados de atender a tu madre. No debes temer nada, mucho menos en tu estado.

—¿Cómo puedo estar segura? —dije todavía desconfiada.

—Tienes mi palabra. Soy el padre Mauricio Tarrés y estoy a tu servicio. Si en algún momento tuvieras algún temor, solo has de preguntar por mí o buscarme en la iglesia.

Me cogió las manos y me miró con ternura. Su gesto transmitía una indefinible tranquilidad, como si estuviera muy lejos o quizá muy por encima de todo aquello que estaba sucediendo.

—Ahora, deberías descansar. Has hecho un largo viaje para llegar hasta aquí.

—No estoy cansada —repliqué—. Pero haré lo que usted me pide.

Sin saber por qué, inmediatamente sus palabras aplacaron mi rabia e hicieron que me sintiera algo abochornada y un tanto ridícula en el tono de mi demanda. Volví a las estancias donde tanto Bernardita como yo habíamos sido alojadas, junto con otras señoras y las niñas del colegio. Las mujeres que ya llevaban allí algunos días se ocupaban de consolar a las recién llegadas, muchas de ellas desesperadas al creer que habían perdido sus casas, a sus maridos o a sus hijos. Sabían que con aquel desastre se despedían de lo que habían conocido, amado o, al menos, poseído. Se lamentaban entre lágrimas y suspiros —«¡Dios mío! ¡A qué días hemos llegado! ¿Qué será de nosotras si esto se prolonga?»— y en el fondo se enfrentaban a la misma razón que consumía lentamente a mi madre: una realidad para la que nadie las había preparado; dejar de ser lo que hasta ese instante habían sido para convertirse en mujeres distintas, inmersas en una nueva existencia desconocida e incierta.

En aquellos momentos terribles las oraciones se convertían en un refugio seguro. Las mujeres buscaban el amparo de la fe en el manifiesto que todas las mañanas se llevaba a cabo en la capilla del colegio. Allí imploraban a Dios perdón y piedad para un pueblo afligido, y suplicaban remedio y protección a María Inmaculada. A media mañana los sacerdotes las confesaban junto con las monjas y las niñas del colegio, y ya por la noche las rogativas y los novenarios al Corazón de Jesús inundaban el pequeño espacio con un susurro continuado acompañado de gemidos de desesperación.

Tanto como mi padre, yo era ajena a aquel remedio de la fe. No podía soportar aquella quejosa letanía y, mientras las mujeres rezaban en aquel destierro de arrabal, salía a tomar el aire de la noche si la tormenta daba tregua. Comencé a entender hasta

qué punto todos nuestros sueños empezaban a desvanecerse. Los de unos, ya que aquella tierra tarde o temprano dejaría de ser colonia; los de otros, Felipe entre ellos, porque habían fracasado en un tránsito pacífico hacia otra realidad. Y en medio de todo aquello mi angustia constante atenazada por la creencia de que Diego sería el único ganador de todo aquel desastre.

De pronto, una de aquellas noches, noté cómo en medio de la oscuridad una pequeña mano buscaba la mía. No tardé en descubrir a mi lado a una niña. Me sorprendió encontrarla allí, puesto que a esas horas debería estar durmiendo junto al resto.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté.

—He venido a buscarla porque hay un hombre que la necesita, señora.

—¿A mí? ¿Quién?

—Uno de los soldados heridos. No creen que pase de esta noche. Se lo he oído decir a los médicos.

—¿Y por qué iba a buscarme ese soldado, niña?

—Desde que llegó ha estado hablando de su mujer. Decía que tenía el pelo como el suyo.

—Pero… yo no soy su mujer.

—El padre Mauricio me dijo que viniera a buscarla porque sabía que usted tendría compasión de su pobre alma, para que antes de irse con Dios pudiera cumplir su último deseo.

No me sentía con fuerzas para enfrentarme a la muerte, pero tampoco podía negarme a acompañar a la niña al hospital, así que, casi sin darme cuenta, me encontré accediendo a aquella inmensa sala cuajada de camas y olor a desinfectante que, por mucho que lo intentara, no conseguía enmascarar el de la sangre. La débil luz de un par de lámparas de aceite no bastaba para ver bien y me costó algo de tiempo distinguir al padre Mauricio de pie, junto a una de las camas, con la estola puesta y un crucifijo en la mano, tras brindar la extremaunción al moribundo. Me acerqué con cierto miedo, temerosa. Pero al instante el gesto plácido del padre me hizo sentirme tranquila y de aquella manera me senté en la cama del soldado, cuya cabeza permanecía parcialmente vendada. Estaba demasiado impresionada para articular palabra y solo se me ocurrió coger su mano. Al segundo, el soldado se volvió hacia mí. Era un hombre todavía joven aunque no pude concretar su edad.

—Inés, ¿eres tú?

Busqué con la mirada al padre, que asintió con la cabeza dándome el paso para asumir la impostura.

—Aquí estoy. A tu lado.

—Inés… No sabes cuánta fatiga he pasado en estas tierras. Todo lo que he sufrido. Tenía miedo de no verte más. De morirme y no volver a tocar tu pelo.

Extendió la mano hacia mi cabello y lo acarició con suavidad, casi con devoción.

—Tengo miedo, Inés. —Sus palabras se clavaron dentro de mí, como si fuera el

propio Felipe o Diego quien me hablara.

—No tienes nada que temer —dije mientras le cogía la mano y la besaba—. Ya no sufrirás más. Es hora de descansar.

—Sí… Tienes razón. Hay tormenta. Otra noche más. No sabes cómo es la lluvia en estas tierras, Inés… Si no has visto llover en Manila, es que no has visto llover…

—Pues deja que la lluvia te arrulle.

—Sí, eso voy a hacer, Inesita… Eso haré…

Y cerró los ojos antes de emitir un último aliento. El padre Mauricio se persignó al tiempo que colocaba las manos del muerto una sobre otra y le deseaba el descanso eterno. Salimos juntos del hospital, en silencio, y al llegar al exterior respiramos con necesidad el aire puro, renovado por el viento que comenzaba a soplar. El padre Mauricio se volvió hacia mí.

—Gracias. Tu gesto ha ayudado a su alma a irse en paz.

—No vuelva a pedirme algo así, padre.

Traté de marcharme, pero el padre Mauricio me detuvo.

—Vengo observándote desde que llegaste. Nunca te confiesas ni acudes a la misa de la mañana. Tampoco te unes a las novenas de las señoras… Sin embargo, no veo en ti ni en tu padre culto de masonería. ¿Por qué?

—Porque Dios no va a solucionar nada de lo que está ocurriendo, padre.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la misma razón por la que su fe no es suficiente para confortar a ese soldado, ni a las mujeres que duermen en el barracón. Porque Dios no va a impedir que los americanos nos bombardeen y lo perdamos todo.

El padre Mauricio me miró con desaliento.

—En el fondo estás mucho más sola que esos soldados y esas mujeres que rezan. No tienes nada a lo que aferrarte y tu alma sufre.

—¡Sufro porque no hay salida, padre! —Clavé en sus ojos los míos cuajados de lágrimas—. ¡Porque todo se acaba y no hay nada que yo pueda hacer para remediarlo!

—No todo acaba —dijo mientras miraba mi vientre—. Debes tener fe.

Le di la espalda y me alejé, convencida de que aquella fe que invocaba no nos sacaría de esa agónica situación en la que nos encontrábamos y, a la vez, consciente de que mi final, si es que llegaba, no contaría con la paz de aquellas mujeres que rezaban o aquel soldado que creía haberse reencontrado con la esposa que años atrás dejó en España. Me acosté llena de rabia y desasosegada como nunca. Aquella noche soñé con aquella estancia enorme repleta de soldados muertos, y también con el padre Mauricio, cuyo hábito estaba ensangrentado. Sin embargo, él sonreía.

Al cabo de unos días ni el estado de mi madre mejoraba ni teníamos notificación del bombardeo sobre Manila. Por si fuera poco, comenzó a correr la noticia de que Emilio Aguinaldo había llegado de Hong Kong y estaba en Cavite. Según contaban, había arribado en un crucero americano, lo que evidenciaba —tal y como yo sabía

seguro— el pacto existente entre los katipuneros y los Estados Unidos. No tardó en hacer circular unas proclamas llamando a las armas a sus paisanos y en las que decía, entre otras cosas, que había llegado la hora y que tenían a su favor una escuadra de una nación grande, caballeresca y poderosa; y que no al no haber cumplido el Gobierno General de Filipinas las condiciones de la paz, llamaba a sus leales para «sacudir el yugo de España», rota ya la posibilidad de pacto alguno, puesto que no creía en la palabra de nuestro Gobierno.

La novedad supuso una movilización inmediata. Nos llegaban noticias de Manila sobre la concentración de fuerzas del ejército para redoblar la vigilancia de la bahía y construir trincheras en puntos estratégicos con salida al mar, desde Malate hasta Malabón.

Comencé a notar cómo el temor se apoderaba de aquel lugar al que habíamos escapado por considerarlo nuestra opción más segura. Cada día recibíamos peores noticias que el anterior y todas tenían que ver con los avances de Aguinaldo. Los primeros ataques se habían producido en Cavite, donde estaba la división del general Peña y donde se suponía que se encontraba Felipe. Al parecer, la división de Peña había aguantado el envite con valentía. Sin embargo, con la entrada de junio, las alarmas se habían disparado al saber que no había noticias de Pío del Pilar, el indígena que mandaba las milicias que defendían las orillas del Zapote y que habían enviado desde Manila para reforzar la defensa de Peña. Pronto se supo que los rebeldes habían rebasado esa línea cortando la retirada del general Peña, y se extendió la sospecha de que Pío del Pilar se había unido a ellos.

No volvimos a tener noticia de la suerte que había corrido la división del general Peña, pero sí de la deserción de muchos soldados indígenas que se habían pasado al lado de Aguinaldo siguiendo su proclama. Se hacían corrillos donde se contaban las barbaridades de sus actos y sus sangrientos ataques contra los españoles, con especial saña contra sacerdotes y religiosos que durante tanto tiempo habían practicado abuso de autoridad sobre ellos. Las historias iban creciendo en intensidad según pasaban de boca en boca y las mujeres contaban aterrorizadas cómo durante el día los rebeldes se escondían entre los cañaverales, arbustos y malezas, y por la noche salían de sus guaridas para sorprender destacamentos y avanzadas del ejército causando muertes y mutilaciones.

Mientras las malas noticias nos abrumaban, mi amistad con el padre Mauricio había ido prosperando durante aquellos días de refugio en Concordia. Era un catalán de carácter llano que se hacía cercano y hasta conseguía robarme sonrisas al contarme divertidas anécdotas de su vida en la congregación. Hablar con él era el refugio para escapar de los peores presagios. Sin embargo, ni siquiera la buena disposición del padre pudo evitar el pánico que se apoderó de todos nosotros cuando llegó la noticia de que el fuego tocaba los límites de Pineda, no muy lejos del polvorín de San Antonio. Los rebeldes ganaban fuerza y poco a poco avanzaban hacia nosotros. Tras varios días de incertidumbre, algunos soldados se presentaron en el colegio con el

aviso de que los disparos se habían hecho fuertes por San Pedro Macati y el cementerio de los protestantes, y corrían serio peligro de extenderse por la llanura que se abría ante nuestro refugio de Concordia. Ante la alarma general, salí rápidamente en busca del padre Mauricio.

—Debemos abandonar lo antes posible el colegio y volver a Intramuros. Ahora mismo es el único lugar seguro —me dijo.

Entendí de inmediato. No era tiempo de quejas ni lamentos. Había que preparar una salida ordenada del colegio, lidiar con las monjas y las niñas y todas aquellas señoras muertas de miedo.

—Nos quedan apenas unas horas y hay que desplazar a toda esta gente. Quiero que te encargues de las mujeres. A pesar de tu estado estás más entera que la mayoría y creo que podrás hacerlo. La hermana Leonor se encargará de organizar a las niñas y ayudarte en todo lo que pueda.

—¿Yo? —pregunté sorprendida—. ¿Está seguro?

—¿Qué te parece? La oveja descarriada se convierte en pastora de las demás —dijo con sorna—. Y ahora basta de charla, que hay mucho que hacer.

—¿Y los heridos más graves? ¿Y mi madre?

El padre Mauricio cambió su tono para mirarme con tristeza.

—Varios médicos militares se quedarán con los heridos imposibles de trasladar… Será mejor que hables con tu padre. Él ya ha tomado una decisión.

Aquellas palabras me helaron la sangre. Salí corriendo hacia el edificio donde solíamos pasar la noche y expliqué la situación tan clara y contundentemente como pude. Noté cómo mi tono se había vuelto duro y tajante: no estaba dispuesta a permitir que las señoras se me echaran a llorar y lo envolvieran todo en sollozos que no nos servían para nada. Tal y como me había prometido el padre, las monjas estaban de mi lado.

—Tenemos muy poco tiempo, el justo para que recojan sus cosas, las organicen en los carros y salgamos en caravana de vuelta a la ciudad. Debemos alcanzar la línea de nuestro ejército cuanto antes.

Poco a poco, mansas y discretas, las mujeres se pusieron manos a la obra. Mientras se movilizaban, ayudé a Bernardita y Basilio a organizar nuestros enseres en los carros. Después me ausenté. Acompañada por una de las hermanas, entré en la sala donde mi madre ocupaba una pequeña cama solitaria y encontré a mi padre sentado junto a ella. Avancé con temor, sabiendo de antemano lo que me esperaba. Al verme, mi padre esbozó una media sonrisa al tiempo que miraba a mi madre.

—Duerme… Desde que llegamos está dormida casi todo el día.

—Es por el láudano. Los médicos dijeron que era mejor que no sufriera.

—Tenían razón —asintió él—. Ahora vuelve a parecer ella.

—Padre, tenemos que irnos de aquí. Pronto vendrán y Concordia ya no es segura.

—Sí, estoy al tanto de la situación, Carlota. Pero tu madre no podrá aguantar otro traslado.

—He pedido a Basilio y a Bernardita que organicen el carro de tal manera que pueda viajar acostada… Iremos ligeros, lo menos cargados que podamos para que sea más fácil…

Conforme hablaba, mi angustia crecía y mis ojos se volvían vidriosos. Mi padre se puso en pie y se acercó a mí, aunque yo no quería escuchar lo que estaba segura de que iba a decirme.

—No, Carlota. Tu madre se queda aquí y yo con ella.

Antes de que pudiera replicar mi padre me tapó la boca.

—Escúchame, hija, no hay otra salida… Debes volver a Intramuros y ponerte a salvo. Con un poco de suerte la plaza se terminará rindiendo, los americanos entrarán de forma pacífica y todo habrá terminado.

—Pero… ¿y vosotros?

—Yo estaré al lado de tu madre. Igual que ella se mantuvo a mi lado al principio, cuando iniciamos este viaje que nunca quiso hacer. Se lo debo y me lo debo a mí mismo. Es un asunto entre ella y yo —dijo mientras me acariciaba la cara—. ¿Y quién sabe cómo terminará todo?

Echó mano de su chaqueta y sacó el reloj con leontina propiedad de su abuelo y del que tantas veces había presumido.

—Antes de que te marches quiero que te quedes con esto. —Mis manos lo acogieron temblorosas—. Basilio te dará una pequeña cartera en la que guardo las escrituras de nuestras propiedades y los bonos del banco. En cualquier caso, ya presté una relación certificada ante notario de todo eso al señor Ayala para protegerte si a tu madre o a mí nos sucedía algo. Solo te pido una cosa, hija mía.

Aguanté la respiración, consciente de que no debía quebrarme ante él justo en ese instante.

—Si vuelves a Madrid, no cuentes a tus abuelos nada de estos desgraciados últimos días. Solo háblales de lo bueno de estas tierras, de todo lo que has aprendido en ellas, de los gratos momentos que hemos pasado… —dijo con voz trémula—. No hables de la tortura de tu madre ni de mi dejadez para con ella. Diles que fui un buen marido igual que ella la mejor esposa. Solo cuéntales que fuimos muy felices y que no nos faltó nunca de nada… Si tu camino te lleva de vuelta a España, ¿lo harás?

Nos fundimos en un fuerte y emocionado abrazo que mi propio padre interrumpió conminándome a la salida con la mayor urgencia posible. Me acerqué a la cama de mi madre y le besé la frente, aún caliente y sudorosa. Dormía plácida y serena. Después no pude aguantar más y me di media vuelta, para escapar con paso ligero de la estancia.

En el exterior de Concordia la preparación de la huida lo ocupaba todo y decidí esconder mi estado de ánimo ante todos. Antes de montarnos en los carros y por precaución, pedí al padre Mauricio y a algunos de los frailes que le acompañaban que se quitaran los hábitos y simularan que eran heridos trasladados para que no tuviéramos problemas en el camino. Sabía que los hombres de Aguinaldo mostraban

especial saña con los sacerdotes y quería evitar un altercado. Los padres protestaron, pero finalmente el miedo y la prudencia se impusieron y entraron en razón.

Nuestro convoy se puso en marcha con cierto temor, sin saber si los rebeldes nos saldrían al paso. Contábamos para nuestra protección con un grupo de apenas veinte soldados, algunos de ellos recuperados de los heridos más leves del hospital. Sabíamos que el mayor peligro acechaba en los alrededores de San Pedro Macati, bordeado por trincheras rebeldes. Tenía miedo, pero, situada en el pescante junto a Basilio, apreté con fuerza el reloj de leontina que mi padre me había entregado y cerré los ojos para recordar con nitidez la última imagen que tenía de él. Basilio no entendía por qué no nos acompañaban.

—Y el señor, ¿dónde está? —repetía con insistencia—. ¿Y la señora?

—Tranquilo, Basilio. Están bien —contestaba yo una y otra vez sin cansarme—. En esta ocasión no vienen con nosotros.

Mientras hablaba a Basilio, tenía viva la imagen de mi padre sentado junto a la cama de mi madre, colocando sobre su frente una gasa empapada en agua fría y cogiendo su mano para besarla, con una ternura que resultaba infinita. De ese modo, ante aquella última escena, pude entender que su historia había sido verdaderamente una historia de amor.

Abrí los ojos y me volví hacia Basilio.

—Basilio, ¿mi padre llevaba un revólver?

Él asintió y, de alguna manera, me sentí más tranquila.

# 32

Apenas una hora de viaje después, al poco de cruzar el puente de las Damas, escuchamos los primeros disparos. Inmediatamente el destacamento que nos protegía respondió al fuego y Basilio me pidió que me refugiara con Bernardita mientras él y otros hombres se unían a la defensa de la caravana. Me escondí en el interior del carro que transportaba nuestros enseres y, a pesar de su prevención, asomé la cabeza para ver lo que ocurría. No tardé en entender que un grupo de insurrectos nos rodeaba. Salían de entre la maleza de los bordes del camino pertrechados con fusiles y bolos. A nuestra espalda se escuchaban tiros y los gritos de pánico de las señoras. No conseguía ver los carros en los que se desplazaban los soldados heridos y tampoco advertí cómo uno de aquellos rebeldes se subía al nuestro. Bernardita gritó y entonces me fijé en aquel hombre que me cogió con fuerza del pelo con intención de cortarme el cuello. Al ver la situación, mi *baba-babae*, que hasta el momento se había mantenido agazapada detrás de los baúles, no dudó un segundo y se lanzó sobre él, empujándolo y haciendo que yo saliera despedida.

—¡Suéltala ahora mismo, marrano!

Se enfrentó a él con coraje, arañando su cara y golpeándolo sin tregua. No había mucho tiempo para pensar. Era un hombre no demasiado corpulento, como la mayoría de los filipinos, pero los pocos instantes que me había mantenido sujeta habían bastado para darme cuenta de su fuerza y sabía que era cuestión de muy poco que terminara clavando aquel bolo a Bernardita. Me deslicé tan rápidamente como pude entre los objetos que llenaban el carro. Buscaba mi pequeña maleta de trenzas de palma. Con el incidente se había resbalado, y había caído detrás del baúl más grande y pesado. Deslicé la mano, luchando por alcanzar la tapa, que ya estaba medio abierta. Necesitaba llegar hasta el interior de la maleta, pero mi brazo era demasiado corto y no conseguía mover el baúl, inmovilizado por otros enseres que habían caído y hacían palanca sobre su posición. Mientras tanto, Bernardita seguía peleando con aquel rebelde decidido a matarnos. En un brutal revés, él logró zafarse, y de un golpe la lanzó contra el suelo del carro. El hombre se tocó la cara, ensangrentada tras los arañazos recibidos, y miró a Bernardita con odio.

—*Walang hiya ka!*

Después se acercó a ella y levantó el bolo. Al ver que iba a clavárselo y, en un último intento desesperado por frenarlo, Bernardita cogió el filo del arma e hizo fuerza para apartarla de ella.

—*Anak ng puta!*

La sangre brotaba de las manos de Bernardita, y supe que no podría aguantar por mucho tiempo. En ese momento por fin sentí el roce del metal que estaba buscando.

Mis dedos lograron alcanzar la pistola que Felipe me había entregado cuando empezaron las revueltas en Cavite, y en cuanto la tuve en mis manos la cogí con decisión, apunté hacia el hombre y disparé.

El tiro fue a perderse lejos del objetivo. Sin embargo, bastó para que el asaltante se quedase quieto, mientras yo me incorporaba y me acercaba a él.

—Sepárate de ella ahora mismo o te juro que disparo. Y esta vez no voy a fallar.

No tuve que repetirlo: en un instante había desaparecido. Bernardita todavía temblaba conmocionada y tendida en el suelo del carro, así que rápidamente busqué entre los baúles de nuestros vestidos unas enaguas que hice jirones para colocarlas en sus manos ensangrentadas. A nuestro alrededor, los disparos fueron sofocándose. Enseguida supimos que, temiendo por la suerte de los religiosos y civiles que formábamos la caravana, nuestro destacamento había decidido parlamentar y entregar las armas. La mía no tardó en ser confiscada y, una vez que los rebeldes hubieron registrado carro por carro para descartar sorpresas, nos condujeron hacia un campamento cercano.

Caía la tarde y nuestro destino era incierto. Capturados por los rebeldes y una vez comprobado que los cortes de las manos de Bernardita no eran graves, comencé a preocuparme por la suerte de los soldados y los padres camuflados entre ellos. Las mujeres, monjas incluidas, nos manteníamos todas juntas, prestando especial atención a tratar de calmar los ánimos de las pobres niñas, que temblaban como si la peor de sus pesadillas se hubiera convertido en realidad.

Nos dispusieron en una choza, un *bahay* amplio con techado de nipa, oportunamente escoltadas por milicianos rebeldes mientras veíamos cómo a nuestros soldados y heridos los custodiaban a la intemperie en una explanada en medio del campamento. Respiré tranquila al ver que Basilio y el padre Mauricio estaban entre los detenidos y, al menos, no habían recibido ningún balazo durante el enfrentamiento. Mientras tanto, algunos de los hombres que nos custodiaban se mostraron atentos y nos ofrecieron algo de comida y agua. De entre todos, un soldado joven estuvo especialmente solícito conmigo y pronto averigüé que había sido antiguo alumno de la universidad hasta que terminó alistándose en el Katipunan. No creo que llegara a los dieciocho años y sus modales eran educados y correctos.

Por supuesto, a duras penas pudimos conciliar el sueño. Yo me centré en tratar de consolar a las llorosas y angustiadas señoras, mientras me refugiaba en la idea de que algunos de los soldados de cazadores que nos habían dado el aviso sobre la necesidad de evacuar Concordia, al tanto de nuestros planes, al no saber de nosotros mandarían recado a los destacamentos que protegían Intramuros. La lógica me hacía pensar que al no tener noticias nuestras, tarde o temprano saldrían a buscarnos. Como contrarresto, me torturaba la idea de que la línea de defensa estuviera tan comprometida que el ejército no pudiera prescindir de uno solo de sus soldados para acudir en nuestra ayuda.

Al siguiente día, a primera hora, notamos cierta movilización y me asomé por las

rendijas de las cañas para ver cómo los rebeldes recibían al que parecía su líder. La hermana Sagrario se acercó a mí, hablándome por lo bajo.

—Ese debe de ser Pío del Pilar —me dijo.

—Entonces es cierto que se ha pasado a los insurrectos…

—Dicen que los manda y dirige en los alrededores de San Pedro Macati, su pueblo —me explicó sor Sagrario—. Y también que ha matado a varios sacerdotes y frailes…, por no hablar de lo que sus hombres intentaron hacer con alguna de nuestras hermanas.

Efectivamente, el antiguo jefe de las milicias había sido proclamado general por su nuevo ejército y, después de esperar casi toda la jornada, se dispuso a tomar declaración de todos nosotros. Recostado en una butaca, descalzo, mascando buyo y con un guardia de honor a cada lado, hizo que nuestros soldados se colocasen a su alrededor, de pie y con velas encendidas en las manos.

Reconozco que aquellas formas prepotentes y ridículas despertaron mi rabia. Desde el *bahay* no alcanzábamos a escuchar bien lo que decía, pero reconocíamos sin dificultad la humillación a la que todos los hombres de nuestra caravana eran sometidos. Tras una primera hora de interrogatorios, Del Pilar perdió la paciencia y no tardaron en entrar dos de sus soldados a nuestro *bahay*. Nos miraron de arriba abajo antes de hacer una selección entre monjas y señoras para sacarnos ante la audiencia de su líder. Por supuesto, una de las primeras interrogadas fue la hermana Sagrario, mientras a las demás nos mantenían allí de pie, a la vista de todos. Entre el grupo de soldados, mezclados los heridos con los que no lo estaban, localicé al padre Mauricio y los demás sacerdotes.

—Hermana monja, sabemos que en el colegio de la Concordia había sacerdotes y frailes, y mucho nos escama que en vuestro convoy no fuera ninguno con vosotras. ¿Dónde se encuentran?

—Se quedaron en Concordia, señor —dijo la religiosa con aplomo—. No venían en nuestro viaje.

Del Pilar miró a la hermana de hito en hito sin dejar de mascar. Después se puso en pie y se acercó a ella. Era un hombre delgado al que adornaba un pequeño bigote.

—¿Y qué se puede esperar de una hermana monja si no es fidelidad a los suyos? —dijo con sorna—. Aunque a más de una he conocido yo que vendería su alma al diablo por dinero. Eso sí…, todo para su convento.

Sus hombres rieron la ocurrencia y, sin mediar palabra, Del Pilar cambió el gesto de diversión por otro más serio y escupió aquel detestable buyo sobre la cara de la hermana Sagrario. No pude contenerme por más tiempo.

—Hay que ser muy cobarde para hacer algo así —grité.

Inmediatamente el general rebelde levantó la cabeza y fijó su mirada en mí. Pareció olvidarse de la hermana Sagrario y, mientras esta se unía a las otras mujeres y limpiaba su rostro, se acercó. Reconozco que lo miré con todo el desprecio que pude.

—Y tampoco hay mucha palabra en un desertor.

—Vaya, vaya… Aquí tenemos una señora de pura cepa —dijo volviéndose hacia los detenidos—. Deberían aprender de ella. Dice más verdades y tiene más valor que todos ustedes juntos.

Después volvió a mirarme fijamente y me tocó el pelo.

—No es frecuente encontrar una española con este color de pelo… y tampoco una con una lengua tan viva.

Traté de apartarme de él, pero en ese momento tiró del mechón, obligándome a acercarme a él mucho más de lo que hubiera querido. Al ver el gesto, las señoras exclamaron, alarmadas, al tiempo que los hombres se revolvían inquietos.

—¡Pero sí con esa arrogancia con la que estáis acostumbradas a tratarnos! ¡Dime de una vez dónde están esos frailes del demonio!

—No hay frailes ni sacerdotes. ¡Ya te lo ha dicho la hermana!

—¡Y no la he creído! Como tampoco te creo a ti.

Miró mi barriga. Creo que hasta ese entonces no se había dado cuenta de mi embarazo. En ese preciso instante me soltó.

—Trae mala suerte discutir con embarazadas, sobre todo cuando cae el día. No creo que saquemos nada de estas señoras, así que tráiganme unas niñas.

Nos quedamos paralizados cuando varios de los soldados aparecieron con dos de las niñas más pequeñas del colegio. Las hermanas que quedaban dentro del *bahay* gritaban para que los rebeldes no las apartaran del resto, y las niñas, muertas de miedo, lloraban sin consuelo. No sabíamos lo que pensaban hacer con ellas, pero me temí lo peor.

—¿No decía Jesús que dejaran que los niños se acercaran a él? Pues yo digo lo mismo. Incluso estoy pensando en un sacrificio a su altura.

Inmediatamente, dos de sus hombres colocaron dos tocones en medio de la explanada y obligaron a las niñas a situar sus manos sobre la madera, justo antes de sacar sus bolos afilados. A mi mente vino el rehén maniatado en el campamento del capitán Salamanca. El hecho de que ahora las cautivas fueran niñas no apartaba de mí el miedo que me producía imaginarme sus manos amputadas.

—Como no creo que los hombres de Dios que llevan siglos matando a nuestro pueblo tengan el valor para dar la cara y salvar a estas inocentes, quizá alguna de ustedes se apiade de sus pequeñas manos.

La violencia del momento hacía que nos revolviéramos en medio de la indignación y el terror. No sabía si solo era una estrategia o si aquel hombre estaba realmente decidido a cometer aquel acto terrible.

—Ya saben cuál es la respuesta que necesito. Solo una… y no habrá sacrificio que entregar.

Llegados a aquel punto, el padre Mauricio no pudo aguantar más la presión y alzó la voz entre los heridos, confirmándose como uno de los sacerdotes reclamados. Otros de los suyos —quizá sinceramente, quizá porque se vieron en el compromiso tras el gesto del padre— hicieron lo mismo, aunque pude ver cómo un par de ellos,

más muertos de miedo que vivos, se mantenían agazapados sosteniendo aquel disimulo al que yo misma había animado. El general Del Pilar marcó un gesto de satisfacción al conseguir su objetivo y rápidamente ordenó que las niñas fueran liberadas y todas nosotras, devueltas al *bahay* donde habíamos pasado la noche.

Desde allí y a través de las cañas vislumbré cómo obligaban a los sacerdotes descubiertos a arrodillarse ante Pío del Pilar y responder sus preguntas. Después comenzó la lluvia y, antes de que el general de los rebeldes se marchara, me pareció entender que daba instrucciones a sus hombres, de tal modo que los religiosos fueron separados del grupo de los soldados, y permanecieron atados de pies y manos.

Las hermanas lloraban desconsoladas a la espera de un desenlace fatal para todos ellos. Repetían una y otra vez que, si bien las maneras de los insurrectos en los tiempos de Aguinaldo se habían apaciguado, era de todos sabido la especial saña que este predicaba contra los curas, lo que inmediatamente les hacía pensar que más pronto que tarde estos serían ajusticiados, como ya sabían que les había ocurrido a muchos otros de colegios o seminarios capturados por los rebeldes. Volví a mirar a través de la nipa y pude observar cómo, tal y como días antes lo había visto en mi sueño, el padre Mauricio se mantenía tranquilo, rezando con aquel gesto apacible.

Acurrucada junto a Bernardita recordé mi viaje al norte, ese que había comenzado más de un año atrás y en el que había recopilado todos aquellos relatos de abusos y atrocidades cometidos impunemente por los sacerdotes sobre los indígenas, al tiempo que rememoraba todas las denuncias que mi padre había hecho sobre los manejos de las órdenes religiosas en las islas. Sin embargo, al mirar al padre Mauricio solo veía a un fraile vocacional y entregado, igual que en el soldado que vigilaba nuestra puerta solo reconocía a un joven universitario, con la camisa por fuera y los pantalones de rayadillo, con el que podría haberme cruzado más de una vez por las calles de Intramuros. Aquel odio que ahora nos inundaba se había gestado durante demasiado tiempo haciendo que ahora no importara quién era mejor o peor persona. Los rebeldes resultaban tan salvajes y sanguinarios para unos como los sacerdotes y religiosos abusadores y asesinos para otros. Pensé en la suerte que podía correr Felipe, en la de mis propios padres abandonados en Concordia. De aquella manera, obligándome a mí misma a pensar que podría volver a verlos vivos a todos ellos, terminé quedándome dormida.

Empezaba a amanecer cuando el alboroto del exterior me despertó. Se escuchaba ruido de caballos y una acalorada discusión a medio camino entre tagalo y español. Creí reconocer una de aquellas voces, pero, en medio de la ansiedad, preferí pensar que una vez más la imaginación me gastaba una broma pesada. Sin embargo, confirmé mi sospecha cuando la puerta se abrió y Diego entró en el *bahay*. Su mirada barrió los rostros hasta detenerse en el mío. Por unos instantes, apenas un momento, percibí su sorpresa al reconocer mi evidente embarazo. Después, Diego se dirigió a

todas nosotras.

—Señoras, prepárense. Van a volver a Intramuros.

El júbilo y la alegría inundaron aquel pequeño espacio que hasta entonces había estado copado por la desesperación. Mientras las señoras se abrazaban a las hermanas, mi mirada se mantenía clavada en la de Diego, como si ambos entendiéramos que lo que estaba sucediendo tenía más que ver con nosotros mismos que con el resto. Cómo se había enterado él de la detención de la caravana y cómo había convencido a todos para que nos liberasen eran incógnitas que pasaban fugaces por mi mente, demasiado impactada para buscar explicaciones lógicas y solo ocupada en mantener la mirada fija en la suya.

—¿Y los padres? —pregunté—. ¿Qué será de ellos?

Por toda respuesta, Diego salió del *bahay*. Rápidamente nos acomodaron en los carros, de donde habían desaparecido algunos enseres que entendimos como un pago por nuestra libertad. Mientras nos preparábamos para salir, vi cómo Diego terminaba de negociar con los capitanes de Pío del Pilar.

No me quedó ninguna duda de que él y el pequeño destacamento que lo acompañaba venían en nombre de Aguinaldo, y que había hecho valer la doctrina que este mismo había comprometido con sus aliados para aplicar cierto honor durante aquella guerra. En aquella negociación le había costado defender la libertad de los detenidos, pero finalmente, invocando a los americanos y las presiones de los distintos cónsules europeos, había conseguido que los sacerdotes y heridos fueran puestos en libertad y se les permitiera el regreso a Intramuros. El resto de los hombres serían trasladados a Cavite, donde los rebeldes tenían su base junto a los norteamericanos y donde sabíamos que concentraban a todos los prisioneros.

Diego y los suyos nos escoltaron por el camino hasta un lugar seguro. Su caballo se mantuvo cerca de mi carro todo aquel trayecto, pero, de nuevo, no intercambiamos palabra alguna. Al llegar cerca de la frontera sur de Paco, su destacamento se detuvo y nos anunció que a partir de ese momento nuestra caravana seguiría sola ya que, pasada Nueva Nozaleda, no tardaríamos en encontrar la línea de defensa con nuestros hombres protegiéndola y no habría más que temer. Antes de marcharse, Diego se acercó hacia el pescante que ocupaba junto a Bernardita.

—Ese hijo que esperas…

Contuve la respiración durante unos instantes. Aquel era el hombre que nos había salvado. También era el hombre que estaba del lado de nuestros enemigos.

—No tienes de qué preocuparte.

Encajó el golpe con dignidad, aunque noté que le dolía. Después, trató de esquivar mis ojos al hablar.

—Si necesitas algo, camina hacia la medianoche a la Puerta del Parian y pregunta por un hombre llamado Bao-Tian. Solo tendrás que decirle que es para mí.

Después espoleó a su caballo y, junto a sus hombres, salió en dirección este mientras nuestra caravana se ponía en marcha en sentido contrario. La lluvia, como

siempre, comenzó a caer primero ligera, después torrencial.

Al llegar a la línea de defensa, nuestros oficiales nos preguntaron por lo sucedido, pero nadie se atrevió a mencionar al español que estaba del lado de los traidores y nos había salvado. Tan solo yo sabía quién era.

# 33

Entrar de nuevo en Intramuros fue un alivio que duró muy poco.

Durante el día, las líneas rebeldes no parecían con demasiada actividad, pero por la noche, sin importarles lo más mínimo la lluvia, el fuego arreciaba y se podía escuchar con nitidez desde toda la ciudad. Los rebeldes habían establecido su cordón alrededor de los arrabales y pueblos más cercanos a Manila y nuestro ejército solo estaba en disposición de aguantar como podía una cada vez más debilitada línea de defensa, que se extendía por el este desde el polvorín de San Antonio hasta Santa Ana y, del otro lado del Pasig, entre Santa Teresa y Malabón. El cerco se estrechaba y, después del trago pasado con Pío del Pilar, estaba convencida de que las tropas de Aguinaldo se asentaban con fuerza en Macati y tratarían de hacer su entrada por el este.

A la intensa lluvia que mortificaba a nuestros soldados atrincherados se unían las deserciones continuas de todos aquellos milicianos tentados por las proclamas de Emilio Aguinaldo y, por si todas aquellas noticias no fueran lo bastante desalentadoras, no pasó mucho tiempo antes de que nos enteráramos de que el general Monet, al mando de una brigada de unos cinco mil efectivos, había sido retenido en Pampanga, con lo que no solo no podía prestar auxilio a Manila, sino que ni siquiera se quería hablar de la suerte que podía esperarle. Aquella situación me hacía pensar una y otra vez en Felipe, de quien, como del resto de los hombres del general Peña, no habíamos vuelto a tener noticia.

Abrir nuevamente la casa de la calle Legazpi me resultó una bofetada difícil de asimilar. Entrar en aquellos muros sin mis padres me hizo sentir, de pronto, que yo era lo único que quedaba en pie de un pasado que agonizaba herido de muerte y acosado por aquel estruendo de disparos. Fui consciente como nunca de que me encontraba sola y comenzó a pesarme aquel legado que se colocaba sobre mis hombros sin dejarme alternativa. Entré en la casa y subí rápidamente a mi cuarto mientras Basilio terminaba de curar las manos heridas de Bernardita. Me tumbé en la cama, sucia y exhausta, con los pies hinchados y el cabello enredado. Y lloré. Lloré sin consuelo hasta que no pude más y me quedé dormida, ignorando el sonido de los disparos que llegaban hasta mi ventana.

La mañana siguiente despertó luminosa y callada y Bernardita me avisó de que mi baño estaba listo. Me levanté con una cadencia lenta, arrullada por el calor y la luz que entraba por todas las ventanas. Al caminar notaba una sensación extraña, una mezcla de cierta irrealidad que me hacía mirar la casa entera con otros ojos, como si todo lo que llevaba allí inmutable durante años pareciera nuevo. Recorrí la sala y pasé por el comedor rumbo al cuarto de baño, donde la bañera de loza esperaba llena de

agua. Me desvestí lentamente, apreciando mi ya abultada barriga. Los movimientos de mi futuro hijo habían ido disminuyendo en intensidad aunque de tanto en tanto podía sentirlo dentro de mí. Mi tripa y mis pechos habían cambiado mucho y no dejaban rastro de la niña que en otro tiempo se metía en aquella bañera perfumada con pétalos de sampaguita. Respiré hondo bajo la luz del sol que pugnaba por filtrarse entre el nácar del capiz. Después cerré los ojos y me sumergí en el agua.

Todos los que habíamos salido de Intramuros para refugiarnos en los arrabales habíamos regresado a la ciudad y los hospitales volvían a prestar servicios dentro de las murallas. San Juan de Dios, la Escuela Municipal, el Beaterio de la Compañía, el Seminario, el colegio de San Juan de Letrán y parte de la universidad estaban ya ocupados por los enfermos. Por lo demás, el bloqueo endurecía nuestras condiciones y cada salida de Bernardita en busca de comida era escucharla volver de mal humor. La carne de vaca ya se pagaba a veinte duros la arroba.

—¡Es un robo imposible! Tendremos que conformarnos con la de carabao, que también he pagado por un ojo de la cara. ¡Y ni siquiera sé si con las hojas del tanglad podré disimular ese amargor que suelta!

Basilio y yo no nos quejábamos, pero ella mascullaba entre dientes enfadada con el mundo entero. La conocía demasiado bien como para comprender que era aquella su manera de hacer salir el miedo que la atenazaba porque sabía, casi con seguridad, que si la situación se prolongaba no nos quedaría otra que comer búfalo y después caballo, hasta quedarnos sin carne que llevarnos a la boca.

Al llegar a Intramuros me había despedido del padre Mauricio ante la promesa de que me visitaría con cualquier noticia que llegara de Concordia, donde, junto a mis padres y los heridos y parte de los médicos, habían quedado varios sacerdotes de su orden. Desde la intervención de Diego no nos habíamos vuelto a ver, pero, tal y como me había prometido, el padre no tardó en visitarme. Con él traía noticias algo desconcertantes.

Al parecer, varios jefes militares se habían acercado al convento y un teniente coronel les había increpado para que cogieran las armas.

—Aquel teniente estaba fuera de sí. Gritaba y nos decía que todos éramos españoles, que debíamos dejar nuestros hábitos, cerrar el convento y ponernos en primera línea para morir por la patria. ¿Puedes creerlo? Fue una escena muy desagradable. Hoy mismo nos hemos enterado de que el teniente coronel está loco y ha sido puesto a buen recaudo. Y todo por los tiros que ya se han oído desde Malate.

Las noticias congelaron mi ánimo. El enemigo acechaba.

—¿Tan cerca están ya?

—Me temo que sí. Aunque no tenemos todo perdido. Esos cañones de rodada que han colocado, ¿lo has notado?, contienen su fuego. Bastan unos cuantos disparos para que su fusilería se detenga. Ayer mismo, hicieron una acometida regular hasta las diez y cuarto que repitieron dos veces…, pero los cañones ponen siempre fin a su empeño.

—¿Y mis padres? ¿Se ha sabido algo? ¿Hay noticias de Concordia?

—Sabemos que han caído algunas balas en el colegio, pero mientras se sostenga la línea de defensa, parece que no hay peligro —dijo el padre sin demasiada convicción—. Lo importante es que no desesperes. Nuestros soldados están dando ejemplo en las trincheras y los voluntarios de Manila también prestan grandes servicios haciendo guardia en las puertas y custodiando los edificios importantes. Esta situación terminará en cuanto nuestra escuadra llegue. Solo debemos aguantar un poco más.

—¿De verdad cree que todas esas buenas palabras van a conseguir tranquilizarme? ¿A quién debo hacer caso? —dije enfadada—. Usted asegura que viene la escuadra española cuando ayer mismo en la calle se aseguraba que nada se sabía de ella.

El padre Mauricio cambió el gesto al advertir mi mirada franca como un reto.

—Y ¿qué alternativa tenemos, hija? ¿Rendir la plaza?

Nos mantuvimos en silencio por unos instantes. Creo que en el fondo ambos sabíamos que era la única opción que nos quedaba. Sin embargo, como casi todos los hombres y mujeres de la ciudad, parecíamos negar la realidad por pura cabezonería, obligados a mantenernos en aquella situación sin fin y que nos anclaba a aquella desesperada agonía. El padre se acercó a mí.

—Escucha, Carlota. De tus padres no he tenido noticia, pero puede que sepa algo de tu marido.

—¿Felipe? —Aquello sí que no lo esperaba—. ¡¿Qué ha sabido?!

—Hace unos días nos llegó noticia de un padre dominico que estaba preso en Cavite y logró escapar tras pasar muchas miserias. Después de recuperarse ha contado las malas condiciones de los prisioneros y también que compartía encierro con el general Peña y los hombres que habían sobrevivido de su columna. ¿No dijiste que con ellos estaba tu marido?

El corazón comenzó a latirme deprisa. Al menos era una esperanza. Felipe podía ser alguno de aquellos presos, lo que también significaba que podía estar con vida. Me despedí del padre Mauricio agradeciéndole la visita y aportando un pequeño donativo a la suscripción abierta para confeccionar unos capisayos de hule con los que proteger del agua a los soldados de las trincheras, pero ya no pude dejar de darle vueltas a la idea de que Felipe quizá estuviese en Cavite malherido. Todavía me torturaba haber llegado tarde a atender a mi madre, y no poder hacer nada por él me quemaba la sangre. Sin embargo, aunque mi razón quisiera negarlo, yo sabía que quedaba una vía. Aquella misma tarde y aprovechando la luz, comencé a escribir una nota.

Como cada noche, cené algo ligero en compañía de Bernardita y Basilio, después leí un rato y a eso de las diez me fui a mi cuarto con la excusa de que quería dormir. Pero, lejos de acostarme, me mantuve sentada en la cama, con la nota que había escrito guardada ya en un sobre, y esperando a que tanto Bernardita como Basilio se

retiraran. Me enfundé en una capa ligera para protegerme de la lluvia y con sigilo caminé hacia la salida de la azotea, donde la brisa previa a la tormenta comenzaba a mover las hojas de la citronela, que desprendía su agradable olor a limón. Bajé los escalones descalza y de puntillas y, una vez en el patio, enfilé el zaguán para salir de la casa sin ser vista. Al pisar la calle sentí una mezcla de alivio y temor. Hacía un buen rato que se escuchaban los disparos de fusiles y la contestación de nuestros cañones desde las murallas. A aquellas horas las calles permanecían desiertas y nadie, a excepción de los soldados y voluntarios, caminaba por ellas por miedo a recibir una bala perdida. Me aferré con fuerza a la carta que llevaba en la mano y caminé lo más ligera que pude. Afortunadamente, la Puerta del Parian, tal y como Diego había dicho, no estaba lejos de mi casa. Mientras andaba hacia ella, y para conciliar mis nervios, repasaba mentalmente todo lo que le había escrito:

> *Jamás pensé en pedirte ayuda, pero los momentos desesperados que vivimos no me dejan otra alternativa. He sabido que mi marido puede estar prisionero en Cavite…*

Comenzó a llover y al pasar junto a los muros de San Juan de Letrán tuve que detenerme. Los disparos de fusiles habían crecido en intensidad y desde el baluarte de San Gabriel decidieron contestar con severos cañonazos que hicieron que me temblara el pecho y se me saltaran las lágrimas. Se podía ver cómo se habían colocado grandes trozos de madera gruesos y largos en el baluarte, formando troneras de protección. Volví a ponerme nerviosa. Entre la espera para salir de casa y la parada, me acercaba peligrosamente a la hora convenida para hacer el contacto y no había tiempo que perder. Tras la respuesta del cañón y, tal y como me había advertido el padre Mauricio, el fuego cesó. Aproveché para moverme deprisa en dirección a la puerta; recordar mis palabras a Diego me dio coraje para avanzar.

> *Si en algo ha valido todo lo que hemos vivido, te suplico que compruebes si está vivo y, de ser así, hagas lo que esté en tu mano para que sea devuelto a Manila antes de que su muerte sea segura.*

Llovía mucho cuando llegué a la puerta. Hacían guardia ante ella unos soldados voluntarios, y al verme casi no dieron crédito. Trataron de apercibirme para que volviera a casa, pero insistí para que me dejasen pasar. Era cuestión de vida o muerte contactar con Bao-Tian. Estaba en aquella discusión cuando otro soldado se acercó hasta mí haciendo que los demás se retiraran. Le repetí el nombre de aquel a quien buscaba y me pidió que le esperara lo más pegada posible a la muralla. En aquel momento el fuego comenzó de nuevo y varias balas pasaron demasiado cerca. Una de ellas impactó en el brazo de uno de los voluntarios y otro me empujó hacia el antemural del foso interior, debajo de unas troneras formadas por bayones. Aquellos sacos de hoja de palmera protegían las cabezas de los soldados, que se afanaban en contestar el fuego enemigo a fuerza de descargas de sus propios fusiles. Nuevamente, otro de nuestros cañones situado en la batería de Parian hizo fuego. Su estruendo

dominó todo durante unos minutos, e impidió escuchar los gritos de dolor del soldado herido, que se retorcía en el suelo mientras trataba de contener con la mano la hemorragia del brazo destrozado. Como antes y tal y como me había contado el padre Mauricio que sucedía tras las andanadas de nuestros cañones sobre los rebeldes, los disparos se detuvieron y se hizo el silencio. En ese momento el soldado que me había hecho esperar vino a por mí, me sacó rápidamente del contrafoso y me condujo de nuevo hasta la puerta.

—Este es el hombre al que busca. ¡Por Cristo! ¡Dese prisa y márchese de aquí!

El soldado corrió a atender a su compañero herido y me dejó sola frente a un hombre menudo y delgado.

—¿Bao-Tian?

Asintió con urgencia al tiempo que yo le tendía el sobre.

—Esto…, esto es para Diego.

Sin exigirme ninguna explicación más, se dio media vuelta y se perdió entre la oscuridad y la lluvia. Mientras lo veía marchar, recordé las últimas palabras que le había dedicado a Diego en aquella nota.

*Si no encuentras motivos suficientes para hacerlo recordando lo que un día nos unió, solo te pido que al menos pienses en el hijo que espero y en la necesidad de salvar a su padre.*

Me llevé la mano a la tripa y me alejé a paso rápido de la muralla. A mi espalda el tiroteo no tardó en volver a comenzar.

Los siguientes días fueron jornadas de angustia. Recibimos noticia de que nuestra escuadra no llegaría hasta el 20 de julio, lo que aumentaba nuestro bloqueo y la sensación de desamparo, porque no estábamos convencidos de poder aguantar el asedio sin apoyos durante tanto tiempo. A aquella mala noticia se unía la cada vez más segura llegada de la prometida escuadra norteamericana, aquella que debía dar apoyo al comodoro que seguía dominando nuestra bahía. Nuestras necesidades crecían y mi tripa había comenzado a descender: el parto se acercaba. El padre Mauricio vino a buscarme una de aquellas mañanas de calma e insistió en que le acompañara a un paseo. Supe en ese momento que las noticias que traía no eran buenas, pero accedí a caminar de su brazo. Nos mantuvimos en silencio escuchando nuestros propios pasos sobre los adoquines de piedra hasta alcanzar los alrededores de la plaza de los Mártires de la Patria.

—¿Han llegado noticias desde Concordia? —le pregunté al fin.

—Sí, hija mía. La línea de defensa no podía garantizarles seguridad y los últimos ataques fueron muy duros… Han llegado algunos hermanos, acompañados de soldados heridos y…

Respiré hondo y decidí completar lo que él no se atrevía a decirme.

—… mis padres no se encontraban entre ellos.

—El padre Prudencio me aseguró que tu madre murió tan solo un día después de

nuestra marcha. Él mismo le dio la extremaunción y vio cómo pasaba a manos de Nuestro Señor. Tu padre no se separó de su lado ni un solo instante y al arreciar el combate…

Nuevamente, lo interrumpí con un gesto. Prefería no seguir escuchando cómo tras la pérdida de mi madre él había decidido entregarse a una muerte segura. La Puerta de Isabel II estaba abierta y me acerqué hacia ella. Toda la arboleda que había desde allí hasta la Luneta había sido talada. Ni un arbusto, ni una rama había quedado en las calzadas de Arroceros y las Aguadas. Jamás, en toda mi vida, podría haber imaginado los paseos de la ciudad de aquella manera. El padre Mauricio se aproximó a mí y apoyó su mano en mi hombro.

—Al menos todavía queda el jardín botánico.

Al volver, comuniqué el hecho a Bernardita y Basilio, que se mostraron muy afectados y comenzaron a rezar por las almas de mis padres. Mientras lo hacían, yo regresé al despacho y observé con ternura los mapas, libros y revistas de mi padre. Coloqué el reloj de leontina que me había entregado encima de la mesa y por un segundo le recordé allí sentado, discutiendo con otros señores o enseñándome tal o cual particularidad de las islas. Me pareció sentir que acariciaba mi cara al tiempo que invocaba aquella frase que le había acompañado media vida: «Sin ilustración pública no habrá verdadera libertad».

Y lejos de ahogarme en el llanto, no pude evitar sonreír.

Poco después, supimos que Aguinaldo había pasado una comunicación al capitán general diciéndole que ordenase recoger a los prisioneros enfermos que permanecían en Cavite. Así fue como supe que Diego había recibido mi mensaje. Efectivamente, no tardaron en mandarnos aviso de que Felipe se encontraba en San Juan de Letrán, de vuelta.

# 34

Cuando Aguinaldo anunció el decreto de traslado de los heridos desde Cavite, un gesto generoso ante el ejército español, algunos lo interpretaron como una muestra de buenas maneras hacia los norteamericanos y, por extensión, hacia los distintos cónsules que aún mantenían relaciones con nuestras islas y preparaban, aunque no quisieran admitirlo, la llegada de un nuevo Gobierno. Yo, por mi parte, y a pesar de todas estas justificaciones, no pude pensar en otra cosa que no fuera la intervención de Diego en el asunto en respuesta a mi carta.

Felipe había perdido tanto peso que casi estaba irreconocible. Antes de ser capturado había recibido un tiro en la pierna derecha y, aunque al principio la herida no parecía revestir gravedad, la escasísima comida y los trabajos forzados a los que había sido sometido en Cavite hicieron que aflorara la disentería. Los médicos no eran demasiado optimistas sobre su estado. Consideraban que su pierna era prescindible y, si la infección prosperaba, optaban por la amputación como opción más eficaz. Él se negaba a la idea de ser mutilado y a solas me imploraba que le sacara de allí cuanto antes. Lo que no sabía, y yo tampoco me atreví a contarle, es que lo que realmente les preocupaba a los médicos era la disentería. Viendo su estado y sufriendo por su angustia, negocié con los religiosos su salida del hospital. No me costó demasiado que aceptaran, dado que nuestra casa estaba muy cerca y, a fin de cuentas, liberábamos una cama para otro herido. Acordé con uno de los médicos militares que vendría dos veces por semana a visitar a Felipe y, si su estado empeoraba, le mandaría recado. Procuré que estuviera lo más tranquilo posible en nuestro traslado a casa y de aquella manera los dominicos de Letrán nos prestaron una camilla y unos voluntarios para el transporte. Al tumbarse en la amplia cama del cuarto de mis padres, noté que respiraba tranquilo y sentí que el orgullo que me había tragado al pedir aquel favor a Diego había valido la pena.

Preferí no hablarle de mis últimos meses, de nuestra huida y vuelta a Intramuros, la muerte de mis padres y el abandono de los suyos. Él tampoco me preguntó, no sé si por ausencia de su mente o por negación consciente de las malas noticias. Se limitó a interesarse por mi estado y la cercanía del parto. Sin embargo, no tardé en notar que algo había cambiado en él. En los momentos en los que la fiebre, las hemorragias o el dolor de la pierna le daban una tregua, le encontraba demasiado ausente. Sus ojos reflejaban una mezcla de impresión y tristeza difícil de definir pero fácil de reconocer. Supuse que se trataba de la reacción lógica a todo lo que había visto durante el enfrentamiento. Los hombres a los que habría tenido que matar, los compañeros heridos, enfermos o muertos y todo lo sufrido durante su reclusión en Cavite… Pero, aun sin saber exactamente de qué se trataba, sospechaba que había

algo más. De alguna manera mi intuición decía reconocer aquella amargura suya, como si yo misma hubiera pasado por aquello, como si fuera parte de algo más hondo y ajeno a toda la desgracia que estábamos viviendo. Mi intuición me hablaba de una herida en Felipe que los médicos desconocían, pero era mortal de necesidad. Igual que yo, Basilio lo percibió en su estado.

—¿El señor también se va a morir?

Al escucharlo, Bernardita le reprendió con dureza, pero, consciente de que las sensaciones en Basilio eran más puras que en cualquiera de nosotros, traté de llegar más lejos.

—¿Por qué me preguntas eso? —dije con temor—. ¿Qué es lo que has sentido?

—El señor no tiene ganas de seguir entre nosotros —respondió Basilio con total calma—. Ha venido a esta casa a morir, como los animales cuando se hacen viejos y les llega el final. Hace ya un tiempo que lo decidió.

Me quedé pensativa y después subí a ver a Felipe. Mientras le colocaba compresas húmedas y frescas en la frente caí en la cuenta de que desde su llegada no le había preguntado por la suerte de Pedro. Quizá su ausencia tenía mucho que ver en el estado que Basilio y yo habíamos percibido. Quizá antes de marchar como voluntario había encontrado algo en Pedro que no esperaba y quizá, como a mí, aquella misma guerra se lo había arrebatado. No me atreví a preguntar, pero comencé a entender. No me costó demasiado tiempo averiguar que Pedro había evitado la muerte del propio Felipe en Cavite y, a causa de las heridas recibidas, había muerto en sus brazos.

Unos días después Basilio llegó excitado de la Capitanía General con el anuncio del avistamiento de la temida expedición estadounidense. Según le habían dicho, estaba compuesta de tres transportes y un crucero que podían llevar casi tres mil hombres. Al pánico inicial, generado por la idea de que los americanos reforzados se unieran a las fuerzas de Aguinaldo y ejecutaran un ataque definitivo, le siguieron nuevas especulaciones cuando no se produjo el desembarco esperado y disminuyeron considerablemente los tiroteos. La novedad nos regaló algunas noches silenciosas, aunque era una calma que ya no podíamos disfrutar, acostumbrados al cambio de paso constante del enemigo, y convencidos de que aquellos intermedios en los ataques estaban diseñados para que nos resultaran aún más duros los golpes posteriores.

En aquellos días la desbandada continuaba y todos aquellos que tenían contactos y podían marcharse de Manila lo hacían. Volvían a España o se refugiaban en Hong Kong, igual que los Ayala o el propio Nozaleda y Costa. Solo los que no tenían posibles o estaban obligados a defender la plaza quedaban en Manila. De aquel triste destino no escapaban las viudas Velilla y Pacheco, que, según me contaba Bernardita, se habían atrincherado en sus casas y no salían a la calle más que a lo imprescindible, muertas de miedo y con escasos recursos económicos.

Comenzábamos julio cuando el padre Mauricio volvió a traer malas noticias.

—Los rebeldes han atacado al destacamento de Santolán y nuestros soldados han tenido que retirarse a San Juan del Monte.

—¿Y los depósitos de agua?

—Todo requisado…

Como resultado del ataque a San Juan, los depósitos y las máquinas que allí se protegían estaban ahora en manos enemigas, lo que complicaba más todavía nuestra comprometida situación, limitando peligrosamente nuestro acceso al agua. El padre Mauricio se sentó. Por primera vez en tanto tiempo lo encontré abatido.

—Ya no nos queda ni el jardín botánico —dijo desolado—. Ni aquella pequeña esperanza.

En sus visitas, solía pasear junto a él, recorriendo la muralla que nos protegía y llegando incluso a salir a alguno de los paseos ahora yermos y casi desconocidos.

—¿Cómo sigue tu marido?

—La pierna continúa infectada y la disentería lo consume.

—Carlota, hay algo que por prudencia no te he preguntado, pero a lo que no dejo de dar vueltas desde que salimos de Macati. Aquel hombre, aquel español que intercedió por todos nosotros… —El padre se detuvo antes de continuar, como si tratara de armarse de valor para abordar ante mí lo que de verdad le inquietaba—. Lo vi hablar contigo antes de marcharse con los suyos y estoy convencido de que tú lo conocías. ¿Es así?

No pude negárselo. Necesitaba compartir aquel peso que me atenazaba.

—Es una historia larga y complicada que viene de atrás. Le pido, por favor, que si en algo me estima, no pregunte más.

—Como quieras, aunque debes saber que siempre estaré a tu disposición. Esa ha sido mi misión todos estos años: dar consuelo al que no lo encuentra.

Pero el consuelo era algo a lo que ya no aspirábamos. Felipe no me preguntaba demasiado por las últimas noticias. Caminaba poco, ayudado por Basilio, y muchas veces lo hallaba mirando hacia las ventanas o tomando el aire en la azotea mientras su mano jugueteaba con las plantas. Solía mirarlo desde la distancia, consciente de su estado y de lo que podía ocurrir. Me reconocía poco afectada por aquella realidad. Las renuncias y las pérdidas comenzaban a pasarme factura, me habían hecho más fría, distinta. Empezaba a acostumbrarme a las tragedias que me rodeaban y aquella tarde, al mirarme en el espejo, fui de veras consciente de que aquella mujer que estaba ante mí jamás volvería a ser la que había sido en el pasado y que aquella guerra dejaría en mi interior una huella muy profunda.

Las comunicaciones detenidas y la falta de información a la que nos sometían nuestras autoridades hacían que todos los que estábamos en la ciudad nos planteáramos una y otra vez las mismas preguntas. ¿Cuánto tiempo conseguirían los soldados sostener la línea de defensa? Y si esta se vulneraba, ¿cuánto lograría aguantar Intramuros? ¿Se agotarían los víveres y comestibles? ¿Llegaría la escuadra que debía salvarnos antes de que eso ocurriese? ¿Era factible pensar que en un

enfrentamiento en la bahía nuestra escuadra tenía algo que hacer contra los americanos?… Demasiadas preguntas amontonándose, demasiado clamorosas para no ser escuchadas. La junta civil de defensa se vio obligada a hacerse eco de las quejas y decretó un arancel al que tenían que sujetarse los que vendían comestibles para evitar los abusos. Si no respetaban la normativa, se enfrentaban a importantes multas y, al menos, de aquella manera se detendría la implacable subida de precios.

Desde el inicio de las hostilidades, los diarios habían seguido publicándose y el de Manila informaba que aquellas noches pasadas, desde las trincheras de Santa Ana, Singalong y San Antonio, se habían hecho más de quinientas bajas al enemigo, mientras que nosotros solo habíamos sumado cuatro heridos. Tras intensas jornadas de bombardeo, el padre Mauricio me mandó una nota, anunciándome que se esperaba una noche más tranquila de lo normal debido a que el señor Blanco, coronel de las milicias rebeldes, y un secretario de Aguinaldo entrarían en la ciudad dispuestos a hablar con el capitán general con objeto de pactar algún acuerdo. Me hablaba de una carta de un español residente en Hong Kong que daba fe de que los rebeldes tenían un contacto entre los americanos que les transmitía información sobre la posición de estos en un futuro Gobierno. No pude evitar pensar en Diego como ese contacto. Quedaba probado el vínculo que tenía con Aguinaldo y, sin embargo, comencé a sospechar que los datos no terminaban de encajar. Nuestra separación se había producido después de que yo fuera testigo de su relación directa con los americanos, y me costaba creer que fuera precisamente él el encargado de traicionarlos. Me preguntaba de qué lado estaba Diego y cuándo definiría su bando si al final la baraja se partía en dos.

Según las informaciones que llegaban de los Estados Unidos, se decía que contaban con más de quinientos alistados para destinos en las islas, lo que hablaba de su intención de acaparar el Gobierno ignorando de aquella manera a los nativos que habían peleado por la independencia de la colonia. No era algo nuevo. Desde hacía tiempo se venía hablando de posible falta de entendimiento entre los dos bandos e, incluso, se había llegado a asegurar que cuando los americanos habían pretendido izar la bandera en Cavite, los de Aguinaldo no lo habían consentido. La idea de la disensión interna del enemigo inflamaba los ánimos de nuestra población cautiva, aunque, lejos de tranquilizarme, a mí solo me generaba más inquietud. Mi escepticismo se había encallecido y no podía dejar de pensar que aquellas conjeturas sobre luchas intestinas eran la justificación que necesitábamos para pensar que aumentaba el margen de tiempo para que nuestra escuadra llegara desde España y salvara la situación. Por otro lado, ya no podía zafarme del peligro acuciante, ya que, atendiendo a la misma idea, el enemigo recrudecería su ataque para conseguir cuanto antes derrotarnos.

Pero los rumores sobre la falta de acuerdo entre los americanos y los rebeldes no tardaron en desmentirse con contundencia. La prueba nos llegó de la mano de los nuevos bombardeos contra las trincheras de Singalón que pronto se extendieron por

gran parte de la línea de defensa. El sonido de los disparos de los enemigos eran de Mauser, lo que indicaba que se habían reforzado y que los Estados Unidos estaban detrás de ese abastecimiento y del mejor manejo de la artillería que poco a poco iban demostrando los rebeldes. De aquella manera fueron sucediéndose los días de julio, entre los intermitentes ataques y la crispante espera del golpe definitivo de los americanos que nunca llegaba. En un intento por levantar los ánimos, los diarios se esforzaban en glosar las heroicidades de nuestro ejército, narrando las muestras de coraje y resistencia en el enfrentamiento con los americanos y los rebeldes indígenas. Aplaudían los gestos de valor de los soldados, aunque, con menos hombres, rodeados y por lo general sin cañones para responder a la fuerza americana, daban por segura su derrota en las plazas en aquel desproporcionado choque de fuerzas.

Tratar de recuperar la normalidad era un ejercicio imposible de asumir bajo aquellas circunstancias. Se sucedían los relatos de escaramuzas y atentados como el ocurrido contra el vapor Bohol, que había salido de Cebú con rumbo al pueblo de Maubán, en la provincia de Tayabas. El capitán y el teniente del navío habían desembarcado para visitar al párroco del pueblo e informarse de si desde allí se podía llegar por tierra a Manila. Mientras el párroco les aseguraba que no podrían, puesto que los pueblos de alrededor estaban sublevados, los españoles notaron que cerca del convento merodeaban grupos armados con bolos. El teniente, desconfiado, decidió volver al día siguiente para aclarar extremos con el párroco y, mientras lo esperaba en un camarín leyendo unos diarios, los rebeldes lo sorprendieron y asesinaron, para hacerse después con el vapor y obligar al capitán a conducirlos a un pueblo vecino para saquearlo. El capitán y la tripulación aprovecharon un momento de descuido para desarmarlos y volver a Cebú, donde los entregaron al gobernador de la provincia y fueron sentenciados a pena de muerte. Pero no todos los incidentes terminaban a favor de nuestro lado. La Compañía General de Tabacos había tratado de seguir con su actividad, aunque no podía quedar ajena al estado de guerra y uno de sus vapores, el Compañía de Filipinas, había sido víctima de un motín. La tripulación indígena había matado al capitán, dos de sus oficiales y uno de los maquinistas para después poner rumbo a Cavite y entregar el vapor a los americanos. Aunque la compañía había reclamado y exigido ante los cónsules de las potencias extranjeras en la capital presión sobre los americanos para que el buque fuera devuelto, no había recibido respuesta alguna.

Mayo y junio quedaban atrás en la memoria y la ciudad misma se mostraba sorprendida de haberse convertido en el relevo de aquella Numancia que habíamos estudiado en los libros de historia. La llegada de la segunda expedición americana con cuatro nuevos transportes con miles de hombres hizo que de nuevo arreciara la inquietud con la que se esperaba la venida de nuestra escuadra. Los americanos contaban con unos cinco mil hombres, que, unidos a los rebeldes de Aguinaldo, significarían nuestra derrota. Estaba segura de que mi padre la había imaginado mucho antes, incapaz de creer que podría resistirse al enemigo por espacio de

cuarenta y cuatro días sin perder terreno, defendiendo una línea muy extensa, sin contar con relevos de soldados y sufriendo las lluvias propias de la época.

Bernardita, a mi espalda, se quejaba de la falta de existencias.

—Una cosa es que ya casi no quede harina de trigo y que tengamos que conformarnos con arroz, pero ¡nueve pesos la arroba por carne de carabao! ¡Es un robo! Terminaremos comiendo caballo y, muy pronto, sardinas de lata. ¡Y tú te empeñas en seguir ayudando a los dominicos! ¡Te has vuelto loca, niña!

Ignoraba sus palabras. Desde que había sacado a Felipe del hospital, había dado orden de entregar parte de nuestros víveres a San Juan de Letrán, consciente de que pasaban verdaderos apuros para alimentar a los enfermos. Desde allí llegaba aquella mañana el sonido de las campanas porque se había consagrado un novenario al Corazón de Jesús para suplicar por un alivio de nuestra situación. Observaba desde la ventana cómo la gente caminaba en procesión hacia la iglesia del colegio, como si esa fuera la única opción posible, la única que nos quedaba. El cielo completamente nublado y cuajado de una lluvia fina y constante convertía los caminos en lodazales, entorpeciendo movimientos y horadando el ánimo entero de una ciudad sitiada. Y sin saber muy bien por qué, me encontré en la calle, caminando en medio de aquel tumulto y uniéndome a vecinos y enfermos del colegio que ponían rumbo hacia la capilla principal. Entre el olor a incienso, los cirios encendidos y las plegarias, recordé el lamento del padre Mauricio sobre la desesperanza a la que me abocaba mi falta de fe, la misma razón que movilizaba a toda aquella gente y que me hacía reconocerme en su misma angustia. De pronto, de la manera más inesperada, aquella compañía me hizo sentir reconfortada.

Mientras Manila rezaba, nuestros enemigos instalaban tiendas de campaña y fortificaciones entre Pineda y Parañaque, cerrando el círculo. Durante aquellos mismos días, los diarios se apresuraban a desmentir informaciones publicadas en los periódicos de Hong Kong a través de la agencia Reuters. En ellas se aseguraba que la escuadra española, al mando del almirante Cervera, había caído derrotada en Santiago de Cuba y que había recibido orden de regreso a España. A pesar de los intentos del gobernador general Dávila por negar la noticia, todos pensábamos que era solo una forma de tranquilizar los ánimos para que la población no sucumbiera al pánico, ahora que la escuadra ya no llegaría en nuestra ayuda y la rendición de la plaza de Cuba se presentaba como la antesala de nuestro irremediable destino.

Efectivamente, recibí una última visita del padre Mauricio con noticias directas de Capitanía General que dotaban de veracidad a los rumores que ya envenenaban toda la ciudad.

—Dávila lo ha intentado por activa y por pasiva. Ha urgido una y otra vez en peticiones desesperadas a Madrid la presencia de la escuadra de refuerzo. Y también ha explicado una y otra vez que no podría resistir un ataque de vanguardia, retaguardia y bombardeo, que la situación no se puede aguantar por más tiempo… Pero el desfase de los telegramas no juega a su favor. Madrid le pide que siga

resistiendo y agradece la heroicidad mostrada.

—¿Ha presentado su renuncia? —pregunté con desaliento, recordando todo lo que mi padre había criticado sobre la salida de Primo de Rivera cuando la situación se puso difícil.

—Ha dicho que con la fuerza que ahora mismo cuenta no puede garantizar la plaza. Pero creo que era una manera de forzar al ministro de la Guerra para que envíe refuerzos, más que quitarse de en medio. Es un hombre de honor.

El padre Mauricio se aferraba al espejismo de una esperanza que ya se había desvanecido. Dávila podía ser un militar de carrera y un hombre de honor, como él decía, pero ni estaba loco ni aceptaría una masacre. Como casi todos nosotros, el gobernador general lo daba todo por perdido y aseguraba que no podría garantizar la defensa de la plaza sin los esperados y tantas veces reclamados refuerzos. Mi visión sobre la situación era clara.

—Con Cuba perdida y la escuadra de vuelta a España, ya no habrá ayuda, padre. Lo sabe Dávila, lo sabe usted y lo sabe todo el mundo. —Agarré las manos del padre Mauricio, consciente de que ahora era yo la que debía quitarle aquella venda de los ojos—. Nos han abandonado a nuestra suerte. Esa ayuda ya no llegará. ¿Es que no se da cuenta?

El religioso me miró fijamente y temí haber aniquilado con mis palabras ya no solo su esperanza, sino también su fe. Me apretó las manos y me dedicó aquella sonrisa tranquila. Supongo que no se atrevió a invocar a Dios como nuestra última esperanza. Sin embargo, al verle marcharse por la calle, observé un paso lento y cansado, como si arrastrara una invisible y pesada carga.

Al día siguiente, como tantas otras mañanas, ayudé a Felipe a asearse y tomar algo de leche. La fiebre había arreciado y, aunque mi insistencia y la del médico que lo visitaba eran constantes, se negaba a ser trasladado al hospital. De la misma forma que le había ocurrido a mi madre antes que a él, notaba cómo su cuerpo se consumía, como una vela que poco a poco llegaba al final. Le ayudaba a llevarse la cuchara a la boca con una atención mecánica, viéndole pero sin mirarle, absorta en la imagen de los paseos desiertos y las últimas conversaciones con el padre Mauricio. Mi lejanía era tal que no me di cuenta de que lloraba hasta que una de sus lágrimas me mojó la mano. Entonces me miró, aun cuando sus ojos quedaron fijos en algo que estaba más allá de ese cuarto.

—La vida sin él ya no tiene sentido.

Aquellas palabras no solo se referían a él mismo y su truncada historia de amor con Pedro. Tampoco hablaba por él la culpa por haber sobrevivido gracias al sacrificio de su amante o unos erróneos sentimientos de honor y claudicación imposibles de soportar. No. Sentí que aquellas palabras cobraban una dimensión extraordinaria y me envolvían, haciéndome entender que en sus silencios de días previos Felipe se había reconocido en mí en aquel mismo estado y me dedicaba ahora, en su momento más débil y cerca de un final consciente, las palabras que yo

misma no fui capaz de pronunciar. Felipe daba voz a lo que durante tanto tiempo yo misma había sentido, y con ello me brindaba el oxígeno que, sin saberlo, llevaba meses reclamando.

Con aquella consciencia salí de su habitación. Eran las diez de la mañana cuando sentí un cañonazo más cerca y más fuerte de lo que venía siendo habitual, tanto que el tazón de leche resbaló de entre mis manos y cayó al suelo. Salí a la azotea para cerciorarme y no tardé en comprobar que los disparos entraban en Intramuros. Salí corriendo hacia la cocina, donde se encontraba Bernardita.

—¡Al sótano! ¡Hay que bajar al sótano! —me gritó angustiada—. ¡Deprisa!

—Felipe.

Di media vuelta y corrí hacia su cuarto, consciente de que Bernardita venía tras de mí y que Basilio ya subía por las escaleras en nuestra ayuda. Entonces escuché aquel silbido aproximándose. Contuve la respiración y miré hacia las ventanas mientras todo mi cuerpo se detenía. Noté las manos de Bernardita sobre mis hombros, sus gritos de alarma y la fuerza con que tiraba de mí hacia el suelo… Tan solo unos instantes después, la explosión lo llenó todo.

# 35

Permanecí en el suelo, sin llegar a perder el conocimiento pero completamente sorda. El capiz de las ventanas había saltado en mil pedazos y veía trozos de madera y todo tipo enseres esparcidos por la sala principal, aunque no era capaz de valorar hasta qué punto la explosión había dañado la casa. Vi que parte del artesonado de madera de las paredes y la barandilla de la escalera había caído, también a Basilio tratando de ponerse en pie entre los desperfectos. Bernardita comenzaba a moverse, conmocionada como yo tras la explosión. Me miraba y sus labios se movían, solo que no podía escuchar lo que estaba diciendo. Ignoré sus llamadas de atención y, como pude, me incorporé y caminé hacia el cuarto de Felipe mientras notaba aquel zumbido de los oídos que me hacía avanzar tambaleándome y casi sin equilibrio. Estaba decidida a llegar hasta su cuarto, pero percibí algo extraño. Entre mis piernas caía un líquido incesante, como si estuviera orinando. La cantidad y el hecho de no poder controlarlo me hicieron pensar en que la explosión me había alcanzado, pero al mirarme no encontré rastro de sangre o laceración alguna, tan solo aquella sensación que hacía de mi entrepierna un verdadero torrente. En ese momento, un dolor agudo punzó mi barriga obligándome a plegarme sobre mí misma y haciéndome tomar conciencia inmediata de que el parto había comenzado. Cuando el dolor de la contracción se detuvo, traté de volver a caminar y acercarme al cuarto de Felipe, pero Bernardita había llegado hasta mí y me impedía seguir andando. Su voz, al principio lejana, difuminada por el zumbido que todavía gobernaba en mis oídos, se hacía poco a poco más clara y próxima.

—Tenemos que bajarte al sótano, niña. Estás de parto. No puedes seguir aquí.

Miré por última vez al cuarto donde estaba Felipe, al tiempo que Bernardita intentaba llevarme hacia las escaleras que Basilio trataba de despejar. Escuchamos nuevos cañonazos, ahora algo más lejos, a la vez que las contracciones volvían a doblarme de dolor.

Ya en el sótano, las velas daban una luz tenue a aquel lúgubre y húmedo espacio donde mi hijo iba a venir al mundo. Bernardita pidió a Basilio que rescatara el colchón de mi cama para colocarlo en el suelo y poder atenderme mientras él, a pesar del riesgo de los cañonazos, salía en busca de una comadrona que asistiera aquel parto, si es que era capaz de encontrarla en aquellas condiciones. Las contracciones se hacían cada vez más fuertes e intensas y yo escuchaba mis propios gritos, mitigados por la todavía parcial sordera. En los descansos entre contracción y contracción, Bernardita me pedía que respirara con calma y me apretaba la mano.

—Sobre todo no te agotes. Si pierdes las fuerzas, no tengo chocolate que darte y esto puede ir para largo, niña.

—¿Y Felipe? —preguntaba yo ignorando su consejo—. ¿Cómo está?

—Ahora no debes preocuparte de eso. Respira, Carlota. Tú solo respira y piensa que cuando todo esto termine, tendrás a tu hijo en los brazos.

Y una nueva contracción volvió a hacerme gritar y esta vez Bernardita se agachó para mirarme.

—¡Santo Dios! Pero si ya estás casi acabada. Escúchame, niña. Voy a subir a la cocina a por unos paños y agua. Pero si te viene el dolor, procura no empujar. ¿Me has entendido?

Asentí, al tiempo que volvía a retumbar la casa por un cañonazo cercano. Observé el gesto contraído de Bernardita, incapaz de disimular la preocupación. ¿Y si otra bala impactaba en la casa y esta se nos caía encima? Consciente y en un alivio de mis dolores, fui yo la que apreté su mano.

—Tranquila, que no empujaré.

Bernardita salió corriendo, y yo traté de ignorar el intensísimo dolor que sacudía mis riñones. Me toqué la tripa, completamente endurecida, e intenté recuperar la calma.

—Vamos a tener que hacer esto tú y yo solos, así que será mejor que me ayudes.

Desde que me supe encinta, era la primera vez que hablaba al que iba a ser mi hijo quizá porque era consciente, como no lo había sido hasta ese momento, de que por fin había llegado la hora de enfrentarme a su realidad.

Notaba cómo las contracciones iban haciéndose más fuertes y su intervalo disminuía. No tenía ganas de empujar, pero las punzadas ya se hacían terribles, envolviéndome casi por entero y obligándome a cerrar los ojos y aguantar la respiración para contener aquel dolor insoportable. Había perdido completamente la noción del tiempo cuando noté que una mano agarraba la mía. Pensé que mi ayuda estaba de vuelta, pero al instante advertí que la mano que me apretaba estaba muy fría y no tenía las cicatrices que aquel bolo le había hecho un mes atrás a Bernardita. Abrí los ojos y junto a mí encontré a Felipe, con su sonrisa tranquila y su dulce gesto de siempre. Al verlo no pude evitar las lágrimas. Por toda respuesta, él se echó a reír.

—¿Qué te pasa, Lota? ¿Por qué lloras?

—Pensé… Pensé que habías muerto.

Felipe volvió a sonreír, al tiempo que miraba mi barriga.

—Los ilocanos dicen que en los partos solo deben estar presentes los padres y la comadrona, para que el alumbramiento no sea más laborioso de lo normal.

—No creo que encuentren una partera con el bombardeo.

—Entonces, solo estaré yo —dijo mientras se inclinaba para besarme—. A tu lado, como siempre.

Un nuevo dolor me hizo gritar, mientras notaba aquellos labios fríos en la frente y una pequeña corriente de aire fresco hacía oscilar las llamas de las velas. Al pasar el dolor, miré fijamente los ojos azules de Felipe.

—Ya no tienes fiebre.

Negó con la cabeza y sonrió de nuevo. Me fijé en que se encontraba de pie, sin rastro de la herida de la pierna, ni de los signos a los que el rigor de la disentería le había condenado en aquellos últimos días. Me pareció aquel Felipe, joven y entusiasta, al que había despedido tanto tiempo atrás en el malecón. Al que había envidiado y tanto había añorado. El amante imposible y el amigo leal. Y, sobre todo, como mi padre antes que él, el hombre fiel a sus ideas.

—Debes cuidar de este niño, Carlota. Asegurarte de que crece sano y, sobre todo, libre. Libre del pasado… de su padre…, de intereses y conjuras…

Asentí. La fuerza de su mano ya no era tan clara y las contracciones, poco a poco, habían ido desapareciendo.

—Y hasta de ti misma… ¿Tendrás la fuerza suficiente para, llegado el momento, dejarlo marchar?

Noté cómo una de mis lágrimas resbalaba por el surco que había formado la piel del contorno de mis ojos. La gota caía y traspasaba la mano de Felipe, que ahora se hacía etérea, casi transparente. Cerré los ojos al tiempo que me decía a mí misma que tendría ese valor que Felipe me había solicitado. Justo entonces, escuché un llanto entre mis piernas. Abrí los ojos y vi mis manos ensangrentadas, agarrando con fuerza aquel cuerpo todavía unido a mí por un cordón sanguinolento. Y de pronto sentí una excitación inesperada que, mientras mantenía a la pequeña criatura cogida, me llevó a desabrochar con premura mi camisa para colocarlo piel con piel sobre mi torso mientras mis manos lo cubrían proporcionándole un calor inmediato y urgente. Su llanto cesó de inmediato.

Bernardita y Basilio, acompañados por una partera, entraron en el sótano en ese preciso instante. Al verme en aquel estado no pudieron simular la sorpresa y escuché cómo la partera reía y, sin saber que yo también hablaba tagalo, comentaba con Bernardita que no parecía primeriza y mucho menos española por haber parido al estilo de las tagalas que vivían en los cañaverales junto al Pasig.

Siguiendo la tradición, la comadrona cortó el cordón del niño con un trozo de caña y quemó el extremo ya cortado para cauterizar la herida. Después se dispuso a extraer la placenta, que debía sacar entera a riesgo de la temida infección. Mientras la partera procedía, yo observaba cómo Bernardita limpiaba al niño y lo envolvía en paños limpios mientras sus ojos oscuros y abiertos parecían mirarme fijamente, intensos y brillantes como jamás podré volver a recordar otros. Me pareció oír sus voces acompañándome en aquel último momento.

—La señora tiene que empujar —decía la partera—. Todavía hay que sacar la placenta.

—¡Niña! ¡Niña! —Escuché la voz de Bernardita con un matiz de urgencia y temor—. Debes sacar todo lo que te queda. ¡Carlota!

Y, de pronto, noté que toda mi fuerza desaparecía, hundiéndose en una oscuridad imprecisa pero cálida y placentera.

Mi último recuerdo antes de perderme en la nada fue respirar hondo…, respirar

hondo…

# 36

Cuando volví a la plena consciencia me encontré tumbada en una cama limpia de sábanas de hilo. Me incorporé rápidamente, algo asustada, incapaz de entender dónde estaba y qué era exactamente lo que había ocurrido en aquel intervalo de inconsciencia. Por unos instantes pensé que mis recuerdos habían sido solo un sueño y que todo lo que mi memoria daba por cierto no era tal. Sin embargo, no tardé en darme cuenta de que mis pechos estaban a punto de estallar y que mi cuerpo entero acusaba las secuelas del parto, lo que en gran manera devolvía la cordura a mi memoria: lo que tomaba por ensoñación se había convertido en algo real.

Mis dudas se resolvieron en parte al ponerme en pie. Una estabilidad extraña y a la vez conocida me hizo deducir que estaba a bordo de un barco y, por consiguiente, fuera de Intramuros. Consciente de que había sido madre y no tenía a mi hijo al lado, me movilicé de inmediato, pero cuando iba a salir de aquel camarote desconocido se abrió la puerta y frente a mí se presentó la última persona que esperaba encontrar. Hubiera reconocido aquella voz atronadora hasta en el fin del mundo.

—¡Querida, por fin has despertado!

Friedrich sonrió, supongo que divertido ante mi mirada incrédula y desubicada. Me acerqué tambaleante a mi amigo, al ver que tras él estaba Bernardita con el niño en brazos, a salvo y vivo.

—Pero ¡por Dios! Vuelve a la cama. Todavía estás muy débil y debes descansar. Ya ves que tu hijo está bien.

Friedrich me acompañó a la cama y Bernardita me entregó al niño. Dormía plácidamente mientras que yo no terminaba de entender nada de lo que había ocurrido.

—¿Cómo…?

—Perdiste el conocimiento, pero te coloqué al niño en el pecho. Ha comido lo que ha necesitado hasta ahora… No te preocupes.

La respiración relajada de mi hijo hizo que mirara a Friedrich desconsolada y perdida. Mientras Bernardita volvía a hacerse cargo del pequeño, me refugié en el abrazo de mi amigo, escudriñando su olor de esencias… y me sentí por fin en casa, protegida.

—Ya no tienes nada que temer… Aquí estás protegida de los bombardeos.

—¿Cómo? —titubeé insegura y débil—. ¿Dónde… estamos?

Me hallaba en un buque alemán, en la bahía. Después del inesperado encuentro se completaron las informaciones que habían quedado en el aire tras mi inconsciencia.

—Recibí tu última carta, en la que me anunciabas tu marcha a la casa de tus padres para cuidar de tu madre —me explicó Friedrich—. Saber de la declaración de

guerra me alarmó, aunque reconozco que no comencé a preocuparme hasta hace como un mes, cuando entendí que el asedio os pondría las cosas cuesta arriba. Viajé hasta aquí en uno de los primeros buques alemanes que se acercaron a la bahía y traté de buscarte. Pero la casa de tus padres estaba cerrada.

—Viajamos a Concordia para refugiarnos del bombardeo… Pero allí todo se complicó.

—Al cabo de los días tan solo conseguí información sobre Felipe. Sabía que estaba en Cavite y que las cosas por allí estaban todavía peor, que podía estar herido o preso… A partir de ese momento puse todo mi empeño en seguir vuestra pista y hasta hace poco no tuve noticia de que Felipe había sido trasladado a San Juan de Letrán. Tuve que esperar a obtener permiso para volver a bajar a tierra y finalmente llegué a tu casa… el día en que diste a luz.

La llegada de Friedrich, justo en aquel momento, resultó decisiva. Cuando los cañones cesaron, se ocupó de nuestro inmediato traslado al buque. Poco a poco la claridad entraba en mi mente.

—La casa… El bombardeo…

Friedrich me cogió la mano.

—La bomba cayó demasiado cerca del cuarto de Felipe, Carlota. Y según me ha contado Bernardita, él se encontraba demasiado débil por las hemorragias y aquella herida…

—Ya sé que ha muerto.

Comencé a recordar con precisión la presencia de Felipe a mi lado durante el parto del niño, pero no le conté nada de aquello a Friedrich.

—Lo siento. Lo siento mucho, Carlota. Si hubiera llegado antes… Si al menos hubiera podido hacer algo…

Apreté su mano con fuerza y esta vez fui yo la que sonrió, para tranquilizarle.

—No podías hacer nada. Nadie podía.

—Si aquel aviso me hubiera llegado antes, quizá habría sido posible… Pero cuando lo recibí, los americanos bombardeaban y no había forma de acercarse a la ciudad, ni siquiera con los vaporcitos que vulneraban el bloqueo.

Quedé pensativa.

—¿Qué aviso?

—Recibí una nota sin firma, que me informaba de que Felipe se encontraba contigo en Intramuros. No di importancia a que fuese un anónimo. Al fin y al cabo, había movido todos mis contactos para averiguar vuestro paradero y las informaciones en estos días son complicadas.

Pensativa, le di vueltas a lo que Friedrich me había contado, convencida de que Diego estaba detrás de aquel aviso. Entendía que recurrir a mi amigo alemán, con suficientes contactos para sacarme de la ciudad, era la opción más segura. Sin embargo, no terminaba de encajarme su ausencia ante una situación tan desesperada como la que habíamos vivido y en la que yo podría haber corrido la misma suerte que

Felipe. Algo en mi interior me decía que Diego había estado presente y que, quizá Friedrich por desconocimiento y Bernardita por encubrimiento, no me lo habían desvelado. Nuevamente, la dualidad de Diego y su juego indefinido me torturaban.

Mientras me recuperaba en el buque, a salvo de los bombardeos, en la ciudad y sus alrededores se vivía la antesala del fin. Cuando pude recuperar las fuerzas suficientes, fui testigo de la llegada de nuevos transportes americanos con tropas de desembarco. Friedrich aseguraba que, unidas a las que ya existían, sumaría unos doce mil hombres, que fijarían los acuerdos necesarios con los rebeldes para rendir la plaza de una vez por todas. Pude ponerme al día de las noticias atrasadas de los corresponsales de los periódicos y vetadas todo aquel tiempo por el bloqueo. Asistí en aquellas lecturas a una visión más completa de la magnitud del desastre. Recorría con desazón las informaciones sobre los desembarcos en Cuba y el acorralamiento del almirante Cervera, que confirmaban la jornada desastrosa del 3 de julio. Según se expresaba la prensa, la opinión en España era favorable a enviar a Filipinas la esperada escuadra de reserva que finalmente nunca había llegado… Sin embargo, al ver cómo entraban en la bahía los nuevos transportes norteamericanos, el acopio de hombres y el despliegue de torpedos, me convencí de que la presencia de nuestra escuadra —compuesta tan solo por tres o cuatro torpederos— habría terminado en un completo desastre.

El caos se apoderaba de todo y propiciaba decisiones inexplicables y precipitadas. Tras los últimos cables del gobernador general, Madrid había decidido destituir a Dávila y ceder su cargo al interino Fermín Jáudenes. Nada podía escapar ya de aquella guerra. Y yo menos que nadie. En la cubierta de aquel barco, con mi hijo en brazos, seguía escuchando el cañoneo constante, un estruendo que ya llevaba dentro de mí. Sabía que ya no podría olvidar el ruido seco del Matiser o el estallido de las balas explosivas. La pérdida de todo lo que había sido mi vida, de todos los seres a los que había amado, de la tierra que formaba parte de mí misma.

Pedí a Friedrich que me ahorrara el terrible espectáculo final y que me sacara de allí en cuanto fuera posible.

—¿Estás segura? Tu casa, tus posesiones…

Pero nada de aquello me importaba ya. Prefería estar lejos y no ver el final. Tan solo me preocupé por mandar notificación de la muerte de Felipe a sus padres y una nota al padre Mauricio, para que supiera que me encontraba bien, que tenía al niño conmigo y me marchaba de aquel desastre.

Pocos días antes de nuestra partida, Bernardita y Basilio se presentaron ante mí. Aunque todo estaba dispuesto en Hong Kong para nuestra llegada y Friedrich no tenía ningún inconveniente en llevarlos con nosotros, ambos se habían puesto de acuerdo para no abandonar su tierra. Traté de discutir con ellos y hacerlos entrar en razón, más aún teniendo en cuenta la responsabilidad que mi padre me había hecho

adquirir sobre Basilio. Sin embargo, Bernardita me aseguró que ella misma se ocuparía de su cuidado y que nadie se aprovecharía de él mientras ella estuviera a su lado.

Aquella nueva pérdida, esta vez consciente y decidida, me quemaba todavía más que las anteriores. No podía perder también a mi *baba-babae*, menos aún después de todo lo que habíamos vivido juntas y con mi hijo tan pequeño. Notaba que Bernardita sentía lo mismo, atenazada por aquella sincera tristeza pero incapaz de abandonar su tierra, de alguna manera alentada por los nuevos momentos que parecían a punto de llegar, donde previsiblemente los indígenas como ellos tomarían las riendas del Gobierno y harían de Filipinas algo más cercano y real para ellos, aunque supusiera tener que desandar lo andado, desaprendiendo lo que les había sido enseñado desde que habían nacido.

—No tienes de qué preocuparte, niña. Basilio y yo sabremos cuidarnos. Y de paso, cuidar de la casa de San Miguel para que esté lista para tu vuelta. ¿No querrás que esta criatura crezca en cualquier sitio?

—No quiero dejaros… No podré estar sin nosotros.

—Podrás. Claro que sí. Ya has aprendido. Eres mucho más fuerte de lo que tú misma crees.

Bernardita se acercó a mí y, al abrazarme, noté cómo temblaba en la lucha por controlar la emoción del llanto. Acarició la cara de mi hijo al tiempo que lo miraba con ternura.

—Todavía no tiene nombre. ¿Cómo lo llamarás?

Felipe me había hecho prometer que no le pondría su nombre y, por supuesto, yo misma había descartado el de Diego. Debía encontrar entre mis recuerdos un nombre preciso para aquel hijo nacido entre la desesperanza y un mundo nuevo. Y, de pronto, recordé a un humilde hombre que trabajaba su tierra cerca de Vigan y que, solo movido por una idea de justicia, había sacrificado su vida al defender los derechos de los pobres niños que juraban que no habían robado. De alguna manera, el sacrificio de aquel hombre representaba el motor de toda aquella situación que habíamos vivido. Y, de alguna manera también, quería que aquel recuerdo quedara impregnado en la nueva vida de mi hijo, como un aprendizaje que ninguno de nosotros debía olvidar.

—Andrés… Se llamará Andrés.

Bernardita asintió complacida. Volvió a acariciar su cara, y noté una seguridad distinta en ella.

—Tendrá suerte. Antes de marcharnos de la casa hice lo que había que hacer con la placenta. No tienes de qué preocuparte.

En ese momento no caí en la cuenta. Seguía demasiado aturdida, superada por la situación que me hacía sentir débil tanto física como anímicamente. Solo encontré fuerzas para hacerle prometer a Bernardita que contactaría con el padre Mauricio y que tanto ella como Basilio permanecerían a su lado hasta que todo terminara.

Disciplinada, Bernardita me aseguró que así lo haría.

Y de aquel modo, a los pocos días, el buque se puso en marcha rumbo a Hong Kong alejándonos del asedio final a todos los que nos refugiábamos en su interior, atenazados por una culpa indefinible que nos hacía sentir al mismo tiempo supervivientes y traidores. Mientras abandonábamos la bahía, me aferré a mi hijo y le hablé bajito.

—Esta es la tierra en la que has nacido y a la que un día volveremos. Te lo prometo.

Con la bahía cada vez más y más lejos, Friedrich se acercó a mí y apoyó la mano en mi hombro. Aunque estuviera a mi espalda, sabía que era él.

—Decías que tenía que crecer sin marchitarme y que debía entender más allá de lo que me contaban —dije sin separar la mirada de la bahía—. Creo que ya he aprendido a hacerlo…

—Nunca pensé que tendrías que sufrir tanto para llegar a ser una mujer distinta, Carlota.

Casi no escuché sus palabras y seguí hablando, encerrada en mi propio pensamiento.

—Y, sin embargo, con cada día que pasaba, con cada nuevo cambio que llegaba, con cada paso, con cada aprendizaje… me empeñaba en seguir conservando esa esencia del ayer, como si algo dentro de mí me dijera que no debía olvidarlo. Como si me obligara a pensar que los ojos que vieron por primera vez esta bahía eran los ojos que debían permanecer intactos todo este tiempo.

—¿Te negabas conscientemente al cambio?

—Me negaba a perder el asombro.

Suspiré. Escuché la sirena del barco, anunciando su paso. El olor del mar y aquel sonido me transportaron años atrás, a la mismísima llegada a Manila. Creí sentir la mano de mi padre apretando con fuerza la mía, infundiéndome valor.

—En esa inconsciencia había algo puro y limpio… Algo que no quería que quedara enterrado para siempre. Dejar eso atrás no es florecer, Friedrich. —Noté cómo mis palabras calaban hondo en mi querido amigo, aunque él no quisiera admitirlo—. Es, simplemente, aceptar nuestra derrota ante lo que nos rodea.

—¿Y qué otra cosa podemos hacer? La vida implica rendirnos a la evidencia, *kleine*. Podemos luchar contra la corriente, pero, más tarde o más temprano, esa fuerza que nos impulsa se desvanecerá. —Dibujó una sonrisa desconcertante, como si le hiciera gracia verbalizar algo que hacía tanto tiempo había asumido como incuestionablemente cierto—. Ante eso tan solo puede consolarnos nuestra propia consciencia. Sabernos pequeños y al capricho de las circunstancias.

Friedrich suspiró y cogió a mi hijo en sus brazos mientras yo echaba un último vistazo a Manila. El malecón y las obras del puerto quedaban atrás y, por unos instantes, sentí que me desmoronaba ante aquella imagen de abandono. La ciudad entera quedaba, como decía Friedrich, entregada a la soberanía de su destino

inmediato. Sabía que aún llegarían los últimos coletazos de pundonor, la demostración estéril de que carecíamos de una auténtica defensa mientras que nuestro supuesto honor se mantenía inquebrantable. Un último estertor inútil que acarrearía dolor y muerte.

Me negué a seguir mirando y di la espalda a la bahía para toparme de frente con la imagen de Friedrich acunando a mi hijo en aquella cubierta. Rastreé sus ojos y no tardé en reconocer en ellos el destello de la ilusión y, con él, el remedio a su claudicación, como si pese a todo el ocaso de sus días hubiera resucitado con mi rescate y el encuentro inesperado de aquella criatura.

Aquella luz de nueva esperanza me hizo recuperar el aliento perdido. Y recordé las palabras que el padre Mauricio me había dicho en Concordia. No todo terminaba. Aquel final hacía que algo inesperado y nuevo germinara entre los escombros.

# 37

*Querida Carlota:*

*Te escribo estas líneas junto a la ventana, viendo llover desde mi cuarto del colegio de Concordia, por fin tranquilos, una vez pasados los días terribles que vivimos desde tu marcha. Como ya sabrás, la guerra ha terminado y supongo que lo vivido en estos últimos meses de enfrentamiento daría para llenar un libro entero. Sin embargo, he de confesarte que siento que, a pesar de lo cercano que está todo, ya comienzan a desdibujarse algunas impresiones en la memoria y me niego a que esto ocurra. Modestamente solo aspiro a relatarte con cierto detalle lo vivido desde que te fuiste, persiguiendo la intención de que te hagas una idea clara de lo sucedido.*

*Siguiendo tu petición, mandé a Bernardita y Basilio a nuestro colegio de Labooan, junto a las hermanas, las niñas y los criados que allí permanecían. Me parecía el lugar más seguro donde podían estar y así quedó demostrado cuando a las once de la noche del primero de agosto escuché descargas de fusilería en San Antonio Abad y Maitubic. Nada que no hubiéramos escuchado antes, acostumbrados como estábamos a los bombardeos de los últimos meses, aunque según los rumores todo apuntaba hacia el ataque definitivo el día 2 o el 3 de agosto. Estaba en el primer sueño cuando desperté sobresaltado. Escuché con atención y no tardé en distinguir tremendos y frecuentes cañonazos. El padre Ochoa y yo nos levantamos al mismo tiempo y salimos a encontrarnos con los canónigos y capellanes que se hospedaban en el seminario. Eran las doce menos cuarto, y, según nos dijeron, el fuego había empezado a las once y media. El vecindario de Manila se había alarmado y lleno de miedo se asomaba a las ventanas a la espera de ver qué se le venía encima. La caballería entraba y salía, ya fuera acompañando a los arreos que llevaban municiones o comunicando órdenes y transmitiendo partes.*

*Era evidente que los rebeldes nos atacaban con energía, saliendo de sus trincheras y avanzando hacia los nuestros con sus cañones de tiro rápido. Cuatro disparos por cada uno de los nuestros. Esperábamos el fin, pero el fin no llegaba y la angustia se prolongó durante un tiempo que me pareció eterno. Cuando todo terminó escuché a algún militar confesar que en toda la campaña de Cavite no habían oído fuego tan horrible y que agradecía haber estado prevenido gracias a que una india de los bahais de los cañaverales avisó por la mañana que aquella tarde nos iban a atacar por San Antonio Abad y Singalong y se reforzaron las trincheras en esos puntos. Volví a reflexionar sobre la delgada línea que separaba a los rebeldes indígenas dispuestos a matarnos y los que estaban entregados a perder su vida con tal de luchar por nosotros. Ante ese sinsentido no tuve más remedio que emocionarme, al recordar tus palabras y reflexionar sobre nuestra responsabilidad en todo lo ocurrido.*

*Todo me resultaba un sinsentido y la prensa del día siguiente parecía darme la razón. En* La Voz Española*, un artículo reseñaba que hacía ya tres meses que había comenzado el fin, justo cuando Dewey destruyó nuestra escuadra. Recordé el mes de mayo, cuando la derrota de los barcos del almirante Montojo había minado un ánimo que rápidamente habíamos repuesto. También rememoré la petición masiva de armas para defender el país entero ante un enemigo común, con la idea siempre puesta en rechazar a los refuerzos que Dewey había solicitado para consolidar la posesión de Cavite. Nos habían repetido que desde Madrid prometían refuerzos cuya llegada debíamos esperar para los primeros días de julio. Y de aquella manera, supliendo con esperanza ataques, hambre, lluvia, traiciones y soldados extenuados, nos habíamos aferrado a la esperanza. Visto con cierta perspectiva, ahora creo que cometimos el error de menospreciar al enemigo, un enemigo al que su Gobierno nutría de relevos y armamento mientras que el nuestro nos abandonaba a nuestra suerte haciéndonos conscientes de la orfandad desde comienzos de junio. Tengo que reconocerte que no pude aguantar más. Maldije a Sagasta, acusándole de traidor por abandonarnos a nuestras debilitadas fuerzas. Una vez que me hube tranquilizado, tuve que confesarme con el padre Ochoa para tratar de limpiar aquel odio que poco a poco había ido creciendo en mi interior, fruto de tantas penalidades pasadas. Aún hoy sigo luchando contra ese resentimiento.*

*Las lluvias no nos dejaron en todo ese tiempo y, si bien es verdad que por un lado nos perjudicaban, por otro sabíamos que jugaban a nuestro favor al entorpecer los movimientos del enemigo. El segundo día de agosto nos llegó eco de un cablegrama por el cual quedaba destituido el general Augustín, haciéndose cargo del Gobierno general el segundo cabo, señor Jáudenes, al que tocó vivir días siguientes de agonía, ya que el comodoro yanqui no tardó en exigir la rendición de Manila, fijando un plazo de cuarenta y ocho horas,*

*pasado el cual atacaría por mar y tierra. A partir de ese momento se reunieron la Junta de Autoridades y los cónsules extranjeros y resolvieron como primera medida la evacuación de la colonia extranjera y la de varias señoras españolas con destino en vapores mercantes rumbo a Mariveles o Corregidor. Entre esas damas se encontraban las señoras Velilla y Pacheco, que desde tu marcha me habían pedido referencias, creo que bienintencionadas, sobre tu situación y la del niño. Hasta donde sé, creo que llegaron con bien a Mariveles.*

*Nuestro gobernador se apresuró a contestar al comodoro americano agradeciéndole su advertencia al tiempo que le manifestaba que no disponía de lugares seguros para albergar a enfermos, ancianos, señoras y niños. Pero, sobre todo, insistió en que no rendiría la plaza mientras siguieran existiendo españoles que la defendieran. Comenzó también a decirse que los cónsules extranjeros habían enviado una comisión al comodoro para solicitarle ocho días de prórroga.*

*De esta manera el día 6 de agosto la ciudad quedó dividida en cuatro zonas, y se aconsejó a los vecinos de Manila que se retiraran a los arrabales, y se dictaron órdenes sobre la circulación de carruajes, y se señalaron las puertas que estarían cerradas o abiertas. Esas mismas puertas de las murallas, junto con los bajos de los conventos, las iglesias y las casas de más sólida construcción, quedaban marcadas como lugares de refugio durante los bombardeos. La sentencia estaba fallada y a partir de ese momento se desencadenó el pánico. Me encontré con familias enteras que salían de los arrabales sin saber qué partido tomar, conscientes de que esa decisión podía acabar con la vida de sus hijos y mujeres amén de la suya propia. Unos apostaban por que la ciudad quedaría convertida en escombros; otros parecían convencidos de que sería el fuego lo que terminaría con todo y daría lugar a escenas terribles. Por mi parte, yo había decidido no moverme del seminario y, en caso de peligro inminente, trasladarme a la catedral, que como sabes estaba muy cerca y sabía que tenía buenas bóvedas. Sin embargo, aquella tarde cambié de parecer. En la portería el padre Ochoa me dijo que pensaba quedarse en Concordia y no volver a Manila hasta ver qué ocurría. No podría decirte si fue el miedo o la desilusión los que dictaron la determinación de irme también hacia Concordia, haciendo una parada previa en Labooan para recoger a Bernardita y Basilio. He de contarte que, al llegar al colegio de Labooan, las hermanas que allí se encontraban me informaron sobre visitas que Bernardita había estado recibiendo de un extraño hombre. Hablaban de un español gallardo y moreno que se movía a caballo y que parecía contar con el beneplácito de los rebeldes. Me recordó a aquel otro que nos ayudó en nuestra reclusión con Pío del Pilar y al que tú parecías conocer, pero la urgencia por trasladarme a Concordia hizo que no entrara en honduras y no quise preguntar sobre el asunto a Bernardita.*

*La lluvia se prolongó desde las diez de la noche hasta las cinco de la mañana y llegamos a nuestro destino calados hasta los huesos y llenos de barro. A las doce y media terminaba el plazo fijado por el comodoro, pero, transcurrida dicha hora, no escuchamos los cañones. Ignorábamos las causas de la suspensión del bombardeo, ya que apostábamos por un ataque de los americanos y los rebeldes de Aguinaldo por mar y tierra. Aun así, habían comenzado a llegarnos rumores de que los indios rebeldes sospechaban de la actitud de los americanos en su campamento de Malibay. Los insurrectos querían hacerse con Manila a toda costa, proclamar la independencia y constituir la República Filipina, dejando a los americanos restringidos a su papel de aliados y pagando sus servicios con algunas concesiones. Por supuesto, los americanos parecían no participar de esos planes. Entre los rumores que llegaban, se decía que los rebeldes se habían reunido con varios capitanes filipinos de nuestro ejército asegurando que si los americanos atacaban por las trincheras, ellos los replicarían por retaguardia. Prometían enviar ganado y no disparar un tiro contra los españoles a cambio de munición. No sabíamos hasta qué punto todo aquello era cierto. Sin embargo, durante el día fijado como ultimátum por parte del comodoro no se escuchó ni un solo tiro y los siguientes días, aparte de la retirada de los buques extranjeros de la bahía y una nueva petición de rendición por parte del comodoro contestada por el gobernador general Jáudenes de la misma manera, los rebeldes iban cumpliendo su palabra de no disparar un tiro contra los nuestros y nos proporcionaron unas cien cabezas de ganado, aunque nuestras autoridades, desconfiadas y temiendo una trampa, solo permitieron que pasaran la línea de defensa los que iban desarmados. Tampoco aceptaron entregarles las municiones solicitadas ni que se unieran a nosotros para formar un solo ejército. Supongo que la confianza de los militares, igual que la de todos nosotros, hacía tiempo que estaba herida de muerte, convencidos de que los americanos trataban de ganar tiempo para no recurrir al bombardeo y minimizar sus posibles bajas.*

*Las noticias comenzaron a aclararse el 11 de agosto, cuando los buques americanos se colocaron frente a la ciudad. Los indios de los pueblos insurrectos, lo mismo hombres que mujeres, pasaban en grupos a Manila y arrabales; traían pollos, gallinas, huevos y pescado que vendían a precio de oro. Aun así, resultaba sospechoso ver cómo iban y venían de Manila, saliendo con mucho más de lo que entraban como si se tratara de un saqueo. Empecé a tener la sensación de vivir un armisticio tolerado por nuestras autoridades. Y entre todos, militares y jefes incluidos, comenzó a correr la idea de la capitulación como el remedio más cabal. A mi mente vinieron las palabras de tu padre sobre lo que supondría una resistencia agónica. El sacrificio de*

*muchas vidas y la destrucción total de Manila. Un hecho heroico pero inútil.*

*Creo que eran un poco más de las seis y media del 13 de agosto cuando después de la misa sonó un cañonazo, que fue contestado con nutrido fuego de fusilería. Nuestros artilleros disparaban hacia las trincheras del enemigo. Habían visto que los insurrectos se movían, atacando nuestras líneas. A eso de las nueve y media nos dimos cuenta de que empezaba el cañoneo desde el mar, pero a una hora de Manila no podíamos distinguir bien de qué punto tiraban ni adónde dirigían los proyectiles. A eso de las diez menos cuarto vino un parte diciendo que habían rebasado las primeras trincheras, ordenando que se retirasen todas las tropas situadas en Santa Ana y Paco. Todo el edificio retemblaba con el estruendo de los cañonazos y muchas granadas pasaban por encima de la casa e iban a explotar demasiado cerca. Terminamos refugiándonos en la bóveda de la escalera del patio interior mientras que las niñas del colegio, las hermanas y los criados buscaban refugio en la ropería. A las diez y media cesó el cañoneo para dar paso a la fusilería.*

*Entre tanto continuaba la retirada de nuestras tropas de Santa Ana, pero sin pegar un tiro ni ser molestadas apenas por los insurrectos, lo cual nos hizo suponer que obedecía a algún plan convenido. Desde una de las ventanas y con la ayuda de unos gemelos observé cómo pasaban nuestros últimos soldados, dejando casi abandonados a los que defendían la trinchera más avanzada hacia San Pedro Macati. A los pocos minutos de abandonada esta trinchera, vi que unos veinticinco insurrectos salían de un camarín y, tras ocuparla, empezaban a disparar contra nuestra retaguardia. En ese momento aumentó el tiroteo y al paso de nuestros últimos soldados por el puente de las Damas empezó a salir del camarín toda la turba insurrecta. Estábamos expuestos a la llegada de los rebeldes. Los primeros que entraron fueron un oficial y el comandante. Orgullosos con la victoria obtenida, no perdieron tiempo en prometer total seguridad a las hermanas. Una vez que supimos que los padres teníamos las mismas garantías, decidimos salir de nuestro cobijo. Antes de marcharse del colegio nos dejaron una guardia. Quedamos hablando amablemente con ellos al tiempo que algunos oficiales pedían caballos porque los suyos estaban cansados.*

*Nos hallábamos con un grupo de insurrectos en el patio exterior cuando empezó a oírse tiroteo en las afueras del colegio; eran salvas de otros por la que llaman gran victoria. Uno de los cabos que allí se encontraban mandó que disparasen vivas al aire, pero el miedo de las madres junto a las niñas del colegio encerradas en la ropería hizo que la celebración se anulara. A las cinco de la tarde llegó nuestro conocido general Pío del Pilar junto a su Estado Mayor compuesto de algunos oficiales, jefes, ayudantes y secretario, unos doce en conjunto; todos a caballo y casi todos descalzos. Le enseñamos todo el colegio y el general se mostró atento y complaciente. Esa misma noche tuvimos certeza de que los norteamericanos habían tomado posesión de la ciudad y la rendición había sido consumada.*

*Al día siguiente se presentó en el colegio un secretario de Pío del Pilar con un escribiente. Nos hicieron firmar un acta duplicada, por la que se aseguraba que en la entrada de sus tropas no habían cometido abuso alguno ni habían robado nada. Me sorprendió la disposición del secretario, que hablaba un perfecto castellano y era práctico en la organización de papeles. Todo parecía ordenado y tanto él como los demás hombres de Pío del Pilar, muy distintos a nuestra experiencia del pasado, se mostraron correctos y educados con todos nosotros. Sin embargo, la incertidumbre no tardó en volvernos a acorralar. No sabíamos nada de la retirada general de nuestras tropas, ni de la capitulación o la entrada de los americanos en la ciudad. Las malas noticias llegaron al poco. Los insurrectos de Artemio Ricarte habían entrado por Singalong y se habían desplazado desde la Tabacalera hasta el puente de Ayala. Su comportamiento no había sido como el de los hombres de Pío del Pilar y a su paso habían saqueado las casas de los españoles, robando y destrozándolo todo. Dos de ellos entraron en el colegio pidiendo mil duros y caballos, amenazando con registrar toda la casa y preguntando por la madre superiora y por los padres. Aunque todo terminó con los oportunos pagos y la protección de oficiales, que no permitía el paso a nadie que no tuviera el beneplácito de las madres.*

*Dos días después volví a Manila para encontrarme con una Babel desolada, con ocho mil soldados, voluntarios, oficiales desarmados y quince mil americanos ocupando nuestros cuarteles, el fuerte de Santiago, los edificios públicos y parte de los arrabales mientras los insurrectos se hacían con los barrios cercanos. Hoy por hoy no podría decirte qué pactos tienen unos con otros. A veces notamos el descontento de los rebeldes, lo que nos lleva a pensar que tarde o temprano chocarán con los norteamericanos. También he de decir que estos manejan con soltura la diplomacia y que están decididos a evitar todo enfrentamiento con los indígenas mientras la ocupación sea interina. De esta manera, los hombres de Aguinaldo parecen convencidos de que Manila quedará para ellos, lo que implica el nacimiento de la República Filipina, protegida y amparada por los Estados Unidos. Por regla general no quieren de ningún modo el dominio y soberanía de España, ni aun con la autonomía; creen que hemos sido crueles y tiranos con ellos y desean a toda costa la independencia, que traerá, según ellos, una época de dichas y prosperidades. Sueñan esa república que siempre mantienen en sus bocas. Y la sueñan como la más perfecta del mundo.*

*Carlota, una nueva época ha empezado. Los norteamericanos están demostrando que son hombres prácticos, y que prefieren el comercio a la guerra. Esto no quiere decir que sean perfectos. Si bien es verdad que se muestran correctos en muchas cosas, en otras impera la ley del más fuerte. Más que militares, han venido aquí negociantes, barrenderos de calles, estibadores de muelle y aguadores de oficio con los que debemos aprender a convivir.*

*Mientras lo logramos, sigue lloviendo sin descanso. Bernarda y Basilio preguntan por tu hijo y yo te recuerdo con sincero afecto sin saber dónde llegará esta carta y este relato. Espero que a tus manos.*

*Que Dios te bendiga y acompañe,*

*P. Mauricio, C. M. de San Vicente Paúl*

La carta llegó a Hong Kong con un mes de retraso. Allí me encontraba en la casa amplia y luminosa que ocupaba junto a Friedrich desde nuestro desembarco. Leí el relato en aquel entorno plácido, rodeada de olores de especias y una extraña calidez.

En mi mente, las imágenes que el padre Mauricio me había trasladado cobraban cuerpo y mis pesadillas volvían a acorralarme noche tras noche. A partir de ese momento, los meses siguientes pasaron con urgencia. Mientras Andrés crecía, yo imaginaba una y otra vez aquellas escenas de pánico y desesperación. Había vuelto a tener noticias de Sinang y tanto ella como la familia se encontraban al completo y a salvo en Vigan después de que, tanto Chan como Ponciano, hubieran sido liberados. Pensaba en los conocidos, en las inexplicables visitas de Diego a Bernardita en Labooan, y en mis sueños me torturaba la posibilidad de que hubiera resultado herido o muerto. Envuelta en aquella constante angustia, llegó diciembre y con él la rúbrica de aquel final. El Tratado de París decretaba el desenlace de mi pesadilla, declarando a Estados Unidos propietario de Puerto Rico y Filipinas y el inicio de la que luego sería la larga, espesa y casi insoportable humillación española. Recuerdo que Friedrich se mostró especialmente atento aquel día, como si tuviera ante sí a una mujer doblemente viuda. No hablé demasiado y, una vez que Andrés estuvo dormido, me retiré a mi cuarto para descansar, convencida de que oscuros sueños me harían despertar llorosa y empapada. Sin embargo, aquella noche no tuve las mismas pesadillas de siempre.

Me vi a mí misma tumbada en el sótano de la casa de Intramuros tras el parto. Permanecía inconsciente y pálida, pero, como si pudiera salir de mi propio cuerpo, me levanté y caminé hacia la parte de arriba de la casa. El bombardeo había cesado y, aunque la casa había quedado muy dañada, no tardé en reconocer una pequeña cuna dispuesta en un rincón del despacho de mi padre. Allí mi hijo dormía con placidez. Lo miré con ternura, orgullosa de haberlo traído al mundo, maternal por fin y después de todas aquellas dudas que había arrastrado durante aquellos meses.

De pronto escuché ruidos en el patio y salí. En uno de los rincones, distinguí a Basilio cavando la tierra al pie de un árbol. No entendía muy bien por qué hacía aquello, justo en aquel terrible momento, con la casa casi destruida y mi cuerpo inconsciente en el sótano. Junto al portón escuché de pronto la llegada de un caballo. Contuve la respiración y al minuto comprobé que mi intuición no me fallaba. Diego entraba en el patio y Bernardita salía a recibirle con Andrés en brazos. Traté de

acercarme a ellos, advertir a Bernardita para que no hiciera tal cosa. Pero, por mucho que lo intentaba, no emitía sonido alguno y tampoco parecía que ellos me viesen. Emocionado, Diego besó al niño.

—Ya sabe lo que debe hacer. Solo usted puede hacerlo —dijo Bernardita con tono trascendente—. ¿Ha traído el papel?

—Sí, aquí lo tengo.

Diego sacó un papel escrito cuyo texto no alcancé a ver. Bernardita asintió y él se acercó al lugar donde Basilio había cavado. Desconcertada, seguí sus pasos y vi algo en lo que no había reparado hasta ese instante: una olla descansaba en el suelo, y en su interior había una materia sanguinolenta y viscosa, parecida al hígado de un animal. Diego cubrió el recipiente y lo introdujo en el hueco de la tierra. Después colocó su papel encima de la tapa y comenzó a enterrarlo. Una vez terminada la tarea, se levantó y se dirigió hacia Bernardita y el niño.

—El alemán ya está avisado. En unas horas vendrán a buscaros. ¿Crees que podrá aguantar el traslado?

—Es fuerte —asintió Bernardita—. Solo está agotada.

—No tendréis nada que temer. Y tampoco después. —Diego se acercó a Bernardita y le cogió la mano—. Si tuvieras cualquier problema, ya sabes cómo avisarme. Solo te pido una cosa…

Vi cómo los ojos de Diego se tornaban llorosos. Bernardita seguía asintiendo.

—Le mantendré al tanto de lo que me sea posible sobre ella y el niño. Pero no me pida que la traicione. Es mi niña, mi princesa… y yo nunca podría traicionarla. Lo que hago lo hago por su propio bien y el del niño, porque sé que es la única garantía para que sigan vivos.

—Eso te honra, Bernarda. Pero has de entender que yo tampoco renunciaré a mi hijo. ¿Lo comprendes?

Mi respiración se hizo agitada y una última y angustiada respiración me hizo despertar. Aterrorizada, corrí hacia la cuna de Andrés. Mi hijo dormía plácidamente. Lo cogí y lo abracé con fuerza mientras mis ojos se perdían en el recuerdo de algo que Bernardita me había contado hacía muchos años, cuando me hablaba de espíritus y anitos mientras me peinaba frente a la ventana. Una vieja tradición ilocana decía que había que colocar la placenta en una olla y cubrirla con un papel escrito que conjuraba a las fuerzas protectoras para que la criatura recién nacida creciera sana y llegara a ser ilustrada y talentosa. Para que llegara a buen término, aquella acción solo podía llevarla a cabo el padre del recién nacido.

De ese modo entendí que, más allá de su posición en el nuevo Gobierno de las islas, ya fuera del lado de Aguinaldo o del de los americanos, Diego era de sobra consciente de su paternidad y nunca renunciaría a ella.

Aquella mañana en el desayuno, mi ánimo andaba perdido entre aquellas revelaciones y el recuerdo de la advertencia que el espectro de Felipe me había hecho antes de que yo perdiera la consciencia tras el parto. Supongo que mi amigo alemán

intuyó que algo había cambiado en mí.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me preguntó Friedrich con cierta tensión—. Sabes que podríamos volver a Europa. Podrías volver a España con tus abuelos a Madrid… O si lo prefieres, seguir a mi lado. No tendrías que preocuparte. Asumiría mis responsabilidades con el niño.

Miré a Friedrich con amor. Sabía que era sincero y que su cariño hacia mí, y sobre todo hacia el pequeño Andrés, había crecido hasta llegar a sorprenderle. Sin embargo, ambos éramos conscientes de que nuestro encuentro, fundamental y determinante en nuestras vidas, tarde o temprano tocaría a su fin, igual que España y Europa ya no podían ser una opción para mí.

Había tomado una decisión respecto a mi destino y sentía que me embargaba un convencimiento tan potente como el de un ciclón en tiempo de *tag-ulan*. Como la propia Manila, me acogía a un primitivo instinto de lucha que me impulsaba a resurgir de entre mis propias cenizas.

—Volveré a Manila y mi hijo vendrá conmigo.

Cerré los ojos y respiré hondo. Sabía que con los americanos todo sería diferente, que se abría un tiempo nuevo, incierto y distinto, pero también sabía que no podía vivirlo lejos de la tierra que me había visto crecer, donde mis padres habían terminado sus días y donde quería que mi hijo se desarrollara.

Una ligera brisa movía el vuelo de mi falda mientras caminaba hacia el jardín, con la mirada perdida en la línea del horizonte. Por unos instantes me pareció que estaba junto al Pasig, que el olor de las sampaguitas lo inundaba todo y que la mano de Bernardita peinaba mis cabellos al tiempo que me susurraba: *Vuelve a casa, princesa. Todos te esperamos*.

Y pude sentir cómo mi estómago se contraía temeroso de la catástrofe y, a la vez, hambriento de un esplendor que peleaba por llegar a mi vida.

# Nota de la autora

Quiero agradecer a una serie de personas su compromiso y participación en esta novela. En primer lugar a Raquel Gisbert, mi editora, ya que gracias a su empeño terminé llegando a la fascinante Filipinas de finales de siglo. No fue un camino fácil, pero su confianza, paciencia y complicidad hizo posible que no me rindiera. También quiero agradecer su implicación al equipo de Planeta, por saber cuidar con mimo y dedicación a los autores llegados del audiovisual, y a Laura Navarro por estar presente en un principio casi olvidado.

También quiero agradecer su apoyo a las personas que han estado a mi lado en el largo y complicado proceso de documentación. A Pablo Tobías por acompañarme a Filipinas en tiempo de lluvias. A Luis Eduardo Aute por abrir las puertas de su casa y emocionarnos con el recuerdo de su abuela Julieta. A Jesús Valbuena por sus sabios consejos fruto de la experiencia, con la esperanza de que me disculpe por no haber llegado a Baler. A Pilar Ruiz por ayudarme a recopilar la primera oleada de documentación. A Izaskun Granda por sus estupendas y concretísimas notas sobre fotografía y a Ángel Yagüe por escribir un maravilloso anexo histórico que puede disfrutarse en la edición digital de esta novela.

Tampoco puedo dejar pasar la oportunidad de hacer un breve recorrido por la bibliografía consultada para acercarme, aunque sea mínimamente, a la colonia más lejana, exótica y olvidada. De ella destacaré solo los textos publicados o que han sido relevantes para esta novela, dejando aparte las consultas sobre los usos y costumbres de la época cuya documentación ha sido conseguida por muy distintas y variadas fuentes, entre ellas la indispensable consulta a las ediciones de *La Ilustración Española y Americana* y distintos testimonios fotográficos de la época.

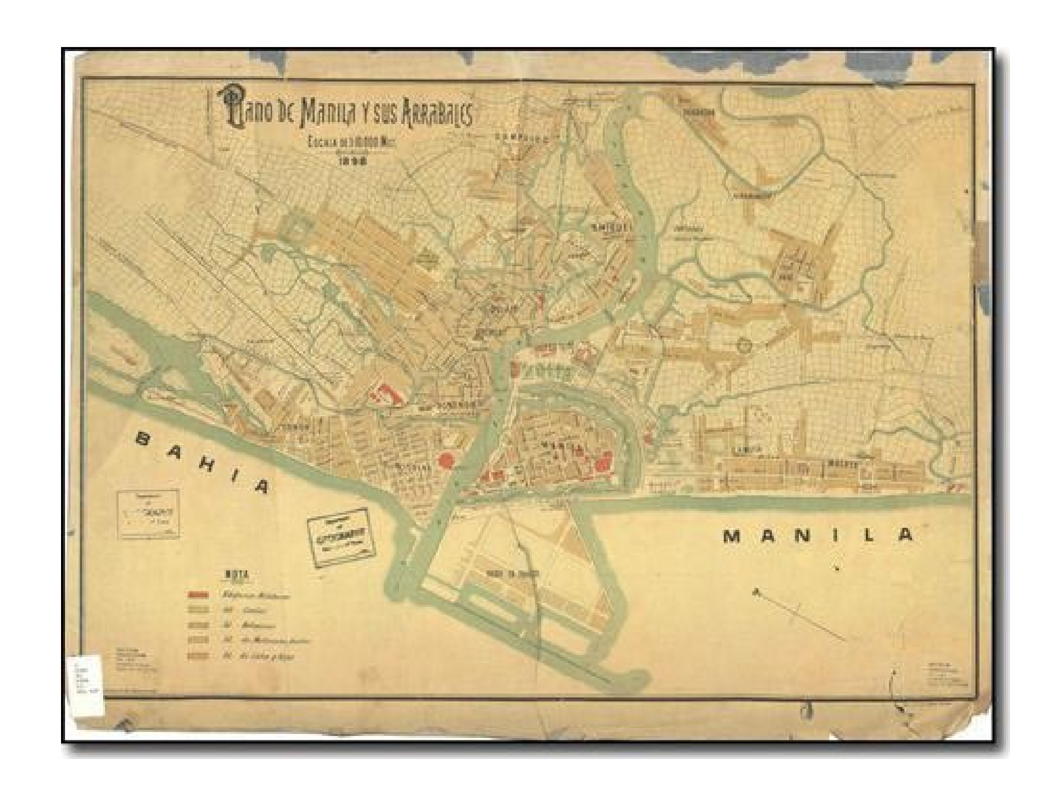
Algunos de los referentes bibliográficos consultados son *Filipinas y el 98* (Lourdes Días-Trechuelo), *La enseñanza de la agricultura en la España del siglo XIX* (Eloy Fernández Clemente), *Las estaciones agronómicas y las granjas experimentales como factor de innovación en la agricultura española contemporánea* (Jordi Cartañà), *1890. La peculiar administración española en Filipinas* (Jorge Alberto Liria Rodríguez), *Sucesos de las Islas Filipinas del Dr. Antonio de Morga* (Epifanio de los Santos Cristóbal), *Polavieja y su manifiesto en la crisis de valores de 1898* (Alfredo López Serrano), *Vida cotidiana y sucesos históricos en Manila durante la guerra hispano-norteamericana* (Begoña Cava), *Las comunicaciones en Filipinas durante el siglo XIX* (María Isabel Piqueras), *Las órdenes religiosas y la crisis de Filipinas* (Roberto Blanco), *De Barcelona a Filipinas: impresiones de un viaje* (Manuel Villalba), *La guerra olvidada de Filipinas 1896/1898* (Andrés Mas),

*Filipinas ayer. Vida y costumbres tribales* (Blas Sierra), *Folklore Philipino* (Isabelo de los Reyes), *Vida y escritos del Dr. Rizal* (Wenceslao E. Retana), *Bonifacio's Unfinished Revolution* (Alejo Villanueva), *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de las Islas Filipinas* (Manuel Buzeta), *Anales españoles 1899. Orden S. Vicente de Paúl* (desconocido).

Virginia Yagüe

# Filipinas, la colonia olvidada

## Ángel Yagüe




Las Filipinas fueron siempre, y en gran medida siguen siéndolo ahora, la colonia olvidada que solo venía a la mente de los españoles para recrear nostalgias, más imaginadas que reales, como el caso de los *Últimos de Filipinas*, aquel grupo de militares que se resistió tenazmente a aceptar la realidad de la amarga derrota, a perder la ilusión de ser integrantes de una potencia universal, y se refugiaron en un heroísmo desgarrado y orgulloso que solo servía para lavar, con un leve paño de autoestima, el Desastre que representó para España el fatídico año de 1898.

Después de la pérdida de las islas a manos de la nueva potencia, cuya capacidad bélica había sido subestimada por los irresponsables formadores de la opinión española, la nostalgia se apoderó de aquellos que habían conocido las islas del Pacífico, de los que sabían lo que se había perdido, mientras que para la gran mayoría la pérdida de las Filipinas no fue sino un aguijón adicional que se sumaba a las heridas de una derrota sentida como humillación. Lo que de verdad dolía era Cuba, que quedó anclada en el subconsciente colectivo para representar el paradigma de la peor calamidad de la que, sin embargo, se podía sobrevivir a fuerza de tesón: «¡Más se perdió en Cuba!», se dice para sobreponerse a una situación desdichada que exige esfuerzo y sacrificio. Pero no quedó un sentimiento parecido con respecto a Filipinas, que para la mayoría de los españoles solo era el lugar donde apoyar, al otro lado del mundo, el pie del gigante español. Y cuando el gigante se demostró con pies de barro, y la idea de ser *potencia* se desvaneció, se pasó rápidamente a un olvido, a una

representación de las Filipinas como integrantes de un pasado, a veces glorioso, pero desvinculado de la realidad del presente.

La lejanía de las islas del Pacífico hizo, desde siempre, que la relación de las Filipinas con la metrópoli se tratase de forma subordinada a las de otras posesiones, fundamentalmente las americanas y caribeñas, que representaban el verdadero potencial no solo económico, sino también simbólico, de las ansias de grandeza española.

Sin embargo, en el último tercio del siglo XIX, la importancia geoestratégica del área del Pacífico iba en constante crecimiento y el interés de las verdaderas potencias coloniales de la época, que llegaron a repartirse África como si de un pastel se tratase, en la conferencia de Berlín de 1885, también abarcó las tierras del sudeste asiático. Esto se refleja con claridad en los incidentes que afectaron a la isla de Joló, en el sur de Filipinas, que fue objeto de las apetencias británicas y, más tarde, en el crítico incidente de las Carolinas, en 1885, cuando una Alemania dirigida por el puño de hierro y la lógica pragmática y realista de Bismarck, que no entendía de más nacionalismo y sentimientos de orgullo que los de los propios alemanes, intentó apoderarse de esas islas de soberanía española, situadas miles de kilómetros al este de las Filipinas, para mejorar su posición en la competencia colonial con el resto de las potencias europeas. Pese a que la presencia efectiva española en las Carolinas era más bien testimonial, el intento alemán de imponer hechos consumados, con sus barcos de guerra, se consideró una afrenta al honor español, y la situación se tensó hasta el punto de peligrar el enfrentamiento armado. Finalmente la crisis se solventó apelando a la mediación del papa León XIII, manteniendo España su honor, representado en la soberanía de las Carolinas, pero concediendo derechos comerciales y de pesca, y permiso para establecer explotaciones agrícolas, concesiones que luego se extendieron también al Reino Unido. El incidente de las Carolinas dejó en Bismarck un sentimiento de desprecio hacia los políticos españoles de la Restauración, que, a su parecer, fueron culpables del peor de los pecados en los que un político responsable puede caer: falta de realismo y apreciación equivocada de las propias capacidades y de las dinámicas que mueven el mundo del presente. En 1885 no se produjo el choque con Alemania porque Bismarck consideró que el botín no merecía la pena y valoraba más un equilibrio europeo en el que España cumplía una función en la estrategia alemana de aislar a Francia. Seguramente Alemania nunca consideró seriamente una guerra con la que despojar a España de sus posesiones coloniales, en gran medida porque el resto de las potencias europeas exigirían su parte del pastel, y el sistema de alianzas en el Viejo Continente, que tan trabajosamente se había tejido, quedaría seriamente alterado. 1886 no fue el Desastre español, pero constituyó un serio aviso del que algunos políticos españoles fueron conscientes, y provocó reacciones en la prensa peninsular, y en la opinión pública, similares a lo que después se produciría en 1898, cayendo rápidamente en la tentación de apelar a la heroica numantina como intento desesperado de solucionar lo

inevitable.

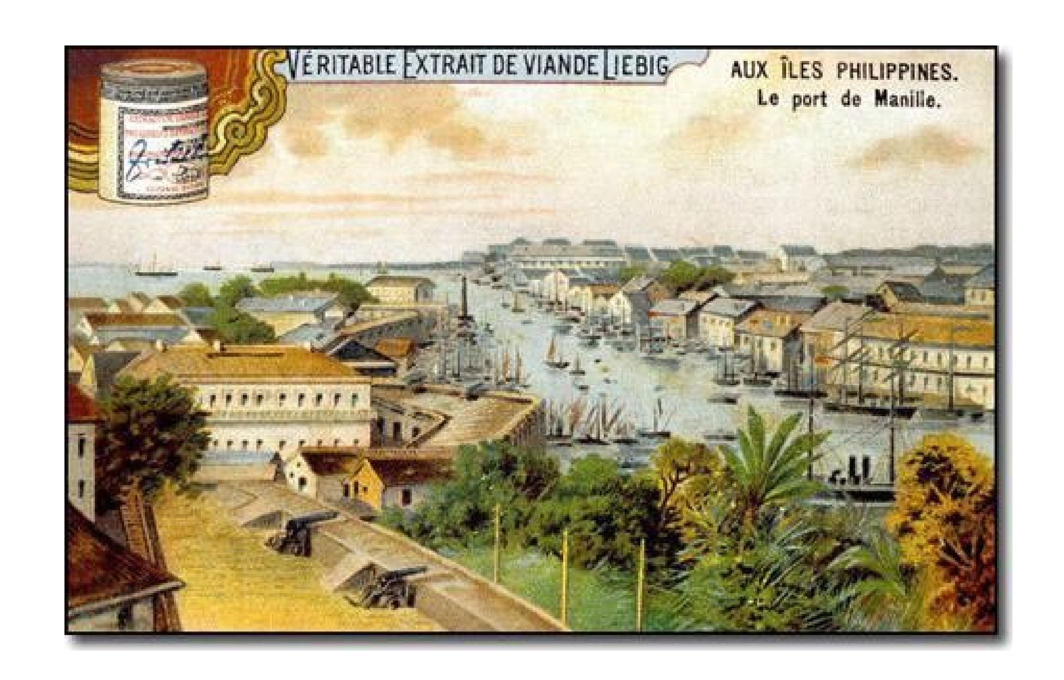
La política exterior de la España de la Restauración se definía por lo que Cánovas había llamado *recogimiento*, que no era más que el reconocimiento de la debilidad de la nación con respecto al resto de las potencias europeas y la necesidad de concentrarse en los problemas internos, evitando aventuras exteriores. Pese a ello, ya en tiempos de Alfonso XII, hubo significativos acercamientos de España a Alemania, buscando la cobertura de la potencia emergente, y apenas dos años después de la crisis de las Carolinas, en 1887, se firmó el acuerdo secreto hispano-italiano que suponía el alineamiento español con la Triple Alianza (Alemania, Austria-Hungría e Italia) en el que el centro de interés se focalizaba en el norte de África, quedando las colonias ultramarinas del Caribe y del Pacífico fuera de cualquier acuerdo. Los avatares de la política europea llevaron a que este alineamiento español con la Triple Alianza terminase cancelado en 1895, cuando la guerra definitiva estaba ya lanzada en Cuba y la presión de los Estados Unidos de Norteamérica sobre la isla iba aumentando. España buscaba una cobertura para sus colonias que las potencias europeas no estaban dispuestas a ofrecer en un tiempo en el que se imponía, en las relaciones internacionales, el concepto darwiniano de supervivencia del más fuerte y del destino de dominación del las naciones *vivas* del norte sobre las naciones *decadentes* del sur.

Desde la primera insurrección cubana que se desencadenó en 1868 con el Grito de Yara, apenas unos días después del destronamiento de Isabel II por la llamada *Revolución Gloriosa*, el centro de interés político y militar español se concentró en la isla caribeña. Sin embargo, los problemas de Cuba ayudaron a que se revelase el papel de alternativa que podían representar las Filipinas como colonia, suministradora de materias primas, por una parte, y consumidora de bienes metropolitanos por otra. Sin llegar nunca a desplazar a las islas caribeñas, el interés por Filipinas creció en la década de los ochenta, en paralelo a su crecimiento económico y demográfico, que, solo en parte, estaba impulsado por la actividad española, puesto que contaba con una fuerte presencia comercial e inversionista extranjera, fundamentalmente británica.

En 1887 los madrileños asistieron con una mezcla de curiosidad, asombro y autoestima por su reafirmación como potencia colonial a la Exposición de Filipinas, organizada en el Parque del Retiro, donde se ocupó el llamado *Pabellón Central* (hoy Palacio de Velázquez) y el Palacio de Cristal, que fue construido expresamente para la ocasión, al igual que el estanque que está a su entrada. Esta exposición debe encuadrarse en el contexto del movimiento exhibicionista de las exposiciones universales, o internacionales, que se desarrollaron en la segunda mitad del siglo XIX y en las primeras décadas del XX, mediante las cuales las naciones europeas mostraban su capacidad de dominar y *civilizar* el mundo. Con la Exposición de Filipinas se buscaba atraer la atención sobre las islas, resaltar sus potencialidades como lugar para la inversión, fomentar el intercambio comercial con la metrópoli y modernizar la presencia colonial española, acercando la realidad indígena a la

metrópoli. Para lograrlo se llevaron a Madrid productos agrícolas representativos de la producción filipina y también se transportaron viviendas típicas, animales domésticos, armas, utensilios, obras de arte, artesanías y un grupo de los propios nativos, mostrándose todo ello en una mezcla de espectáculo didáctico y exótico, donde los visitantes podían apreciar directamente las costumbres de los *salvajes*. Esta exhibición de grupos de nativos, transportados desde sus lugares de origen a los centros metropolitanos para ser observados como si fueran atracciones de feria, fue frecuente tanto en el marco de exposiciones universales como de iniciativas privadas, asociadas a veces a espectáculos circenses. El destino de muchos de los nativos participantes en estas exhibiciones era la muerte, causada tanto por el choque climático como por las inadecuadas atenciones a sus necesidades materiales. No ocurrió así en la Exposición de Filipinas de Madrid, en la que una representación de los temibles y famosos igorrotes, de los moros de Mindanao, de gente de las Carolinas y de un *negrito* exhibió sus formas de vida, incluyendo sacrificios de cerdos para purificar con su sangre las cabañas en las que se alojaron, paseos en sus barcas a remo por el estanque artificial y fabricaciones artesanales, entre las que destacó la elaboración de las fibras de abacá, producto de gran importancia para la fabricación del cordaje de los navíos, entre otras cosas. *Pocos* de los nativos filipinos de la Exposición de 1887 murieron (de un total de 45 filipinos murieron 3, lo que representa un porcentaje asombrosamente bajo en comparación con otros eventos similares de la época) y las referencias que aparecieron en los periódicos del momento, que a buen seguro reflejaban la actitud general del público, muestran un considerable respeto y deferencia hacia ellos.

Pero una cosa eran las exposiciones y los propósitos de acercamiento bienintencionado, que se hacían ante la mirada de la capital y la observación distante de los periodistas europeos, y otra, bien distinta, la situación social en la colonia. Para hacerse una idea de lo que era la vida en las Filipinas a finales del siglo XIX conviene que hagamos un breve repaso del origen de la presencia española y descubramos las peculiaridades que la distinguen de otras regiones cercanas.




Las primeras noticias del archipiélago vienen de la expedición de Magallanes, que en su circunvalación al globo terrestre arribó al archipiélago en 1521, después de pasar por la isla de los Ladrones, actual Guam. El portugués, al servicio de Carlos I, murió en un enfrentamiento con los nativos, y las dos únicas naves que quedaban en la expedición decidieron partir de esas peligrosas islas hacia su verdadero objetivo, que no era otro que las Molucas, las islas de las especias. Desde allí, uno de los navíos tomó la vuelta por oriente intentando, sin éxito, cruzar el Pacífico en sentido inverso, mientras el Victoria, capitaneado por Elcano, consiguió llegar a la península Ibérica después de bordear el cabo de Buena Esperanza, esquivando la vigilancia portuguesa. La competencia por controlar el comercio de las especias, en la que Portugal llevaba ventaja, era la motivación española, y la interpretación de tratado de Tordesillas (1494) que proponía un meridiano, difícil de determinar con los medios técnicos de la época, para dividir el mundo en una parte reservada a los portugueses y otra a los españoles, fue solo un instrumento de esa competencia. Cuando quedó claro que los españoles podían llegar a Asia por el Pacífico, las dos coronas, que estaban en buenas relaciones por el matrimonio de Carlos I con Isabel de Portugal, llegaron a un acuerdo de reparto en el tratado de Zaragoza (1529), por el cual la monarquía hispánica vendía sus pretendidos derechos sobre las Molucas a Portugal y retenía los del archipiélago de Filipinas (que aún no se llamaba así), suponiendo una ubicación del mismo más al este de lo real. Un aspecto importante es que la navegación de los españoles debía hacerse obligatoriamente desde la península Ibérica hacia el oeste, topándose evidentemente con América, mientras que los portugueses navegaban bordeando África y apoyándose en los asentamientos que habían establecido en la India. Esto vinculó durante siglos la colonización española de las Filipinas al Virreinato de Nueva España (México), desde el que se enviaron las expediciones para su conquista, alguna de la cuales, como la de Rui López de Villalobos (1543), terminó en fracaso. El éxito en la colonización vino de la mano de Miguel López de Legazpi, quien, enviado por el virrey de Nueva España, invirtió su fortuna personal

en una expedición que, desde México, consiguió primero instalarse en la isla de Cebú y desde allí conquistar la más prospera y comunicada isla de Luzón. Legazpi, al mando de un reducido número de españoles, procedentes de Nueva España, unificó bajo su mando las tribus filipinas más importantes y propició la actividad misionera, que hizo conversiones masivas entre los nativos. De aquí vienen dos de las principales características que distinguen a las Filipinas, su catolicidad y su fuerte relación con América. La conquista de Filipinas se hizo en nombre de la corona y no hubo reclamaciones señoriales que pretendiesen derechos políticos exclusivos, ni rebeliones de ese cariz, como las que se dieron en el Virreinato del Perú.

La Gobernación General de las Islas Filipinas dependió siempre del Virreinato de Nueva España, hasta que México consiguió su independencia en 1821; entonces la dependencia se hizo directamente de las autoridades de la península, con la consiguiente dificultad y retraso en las comunicaciones, que debían, literalmente, atravesar el mundo de uno a otro extremo. En el siglo XVI, Felipe II, que apremió a sus virreyes de Nueva España para que conquistasen y mantuviesen el archipiélago en manos españolas, desoyó a sus consejeros que le indicaban la conveniencia de abandonarlas dado lo improductivo de una empresa que no solo no generaba beneficios, ya que no había especias ni metales preciosos, sino que acarreaba gastos importantes para las arcas reales. Quizá por un sentimiento de orgullo hacia unas islas que llevaban su propio nombre, o como reflejo de la obligación de difundir, o imponer, la fe católica, el *rey prudente* siempre se negó a abandonar el dominio del archipiélago y aplicó un sistema de subvención *(el situado)* que nutría las cuentas de la administración local con fondos procedentes de México y que servía principalmente para costear los gastos de defensa.

Las islas no producían lo que costaban al sistema colonial español. Su producción agrícola mejoró con los métodos y las especias importados desde México, pero nunca llegaron a constituirse en elementos de exportación. Pese a la potencialidad de los recursos mineros, estos nunca se desarrollaron con intensidad durante la dominación hispana, lo que constituyó una diferencia fundamental con respecto a la riqueza de las explotaciones de plata peruana y mexicana. Donde estaba el verdadero potencial de las Filipinas en el siglo XVI era en su condición de puente con los grandes productores y mercados de China y de India. Las mercancías de lujo chinas se recibían en México, abasteciendo a un mercado ávido de lujos y rebosante de plata recién acuñada en las cecas americanas. Esta potencialidad comercial fue explotada por medio de un monopolio estatal que, siguiendo los principios económicos del mercantilismo imperante en la época, impedía el libre comercio. El Galeón de Manila se llenaba con productos asiáticos proporcionados por los comerciantes chinos asentados en la bahía de Manila, que los vendían a cambio de buena plata mexicana, y viajaba una vez al año, hasta Acapulco, atravesando el Pacífico por la ruta de vuelta (tornaviaje) descubierta por Andrés de Urdaneta en 1565, y que desde las Filipinas, con escala en Guam, llegaba hasta las costas californianas por el Pacífico norte,

aprovechando la corriente de Kuro-Siwo. El Galeón de Manila fue un elemento clave para las Filipinas, ya que sostuvo su economía hasta el siglo XVIII y proporcionó el medio de transporte para la constante renovación de los cuadros administrativos y militares, y sobre todo religiosos, del archipiélago.

Otro dato distintivo de las Filipinas con respecto a las colonias españolas de América fue siempre su bajísima población de origen peninsular en comparación con la indígena. Nunca se produjeron corrientes migratorias importantes de españoles al archipiélago, quizá porque las esperanzas de enriquecimiento personal eran pocas en comparación con América. Los españoles presentes en la colonia eran los funcionarios encargados de la administración, los militares y los clérigos, que actuaban simultáneamente como misioneros y como encomenderos. El comercio, fuera de la gestión del Galeón, que se hacía desde la administración, quedaba en manos de la colonia china, los *sangleyes*, y de una más reducida colonia japonesa que fue expulsada en tres ocasiones entre finales del XVI y mediados del XVII, por desconfianza sobre la posibilidad de una invasión japonesa o por su resistencia al pago del tributo y a la prestación personal. La colonia china también protagonizó levantamientos, pero a diferencia de la japonesa fue siempre en aumento y constituyó una parte fundamental de la economía filipina, centrándose siempre en el comercio, ya que los intentos de algunos gobernadores generales por emplear a los chinos en labores agrícolas terminaron en fracaso.

Los españoles peninsulares iban a las Filipinas por mandato, ya sea administrativo, militar o religioso, más que por iniciativa propia, y su tendencia era a intentar el regreso lo antes posible, alegando todo tipo de motivos, entre los que destacaban las enfermedades tropicales.

La organización del trabajo agrícola en las islas se hizo por medio del sistema de encomiendas, por el cual un titular, ya fuese público o privado, obtenía el derecho de recaudar y apropiarse de los impuestos sobre un grupo de indígenas, y en contraprestación se comprometía a su protección, a cuidar de su evangelización y educación, y a organizar la producción. Los encomenderos no obtenían la propiedad de la tierra, pero podían transmitir su derecho por dos generaciones (aunque Felipe III, en el siglo XVII, lo amplió a tres) y se apoyaban en una élite indígena que era la que realmente organizaba el trabajo y recaudaba los impuestos.

La organización política impuesta por el sistema colonial español respetó las estructuras jerárquicas nativas dando a sus élites protagonismo y poder decisorio en todo lo referente a la administración local. La máxima autoridad política era el gobernador general, que tenía el mando civil y militar, pero no el judicial, que quedaba a cargo de la Real Audiencia. Las islas se organizaron en provincias dirigidas primero por alcaldes mayores y más tarde por gobernadores civiles, y en municipios, al frente de los cuales se designaba a los *gobernadorcillos* (alcaldes nativos), que se encargaban de las gestiones locales, de la recaudación de los tributos y coordinaban a los jefes de barrio o cabezas de Barangays, que eran la prolongación

de las jefaturas tradicionales de los filipinos. Todos los filipinos entre los 16 y 60 años estaban obligados a una prestación personal en forma de trabajo (el polo), que se empleaba principalmente en la ejecución de obras civiles y militares. Esta prestación también se aplicó a las colonias china y japonesa. También se impusieron ventas forzosas de productos agrícolas, a precios bajos, tasados por los funcionarios, destinados al suministro tanto del Galeón como de los contingentes militares y administrativos concentrados en las escasas ciudades costeras. La élite indígena, que colaboró decididamente en el sistema, quedaba exenta tanto de la prestación del servicio personal como del pago de tributos.

Una parte importante de nativos quedó fuera del alcance de la cristianización, que se entendía tanto en su aspecto puramente religioso como en su incorporación al sistema económico productivo de la encomienda. Grupos de moros de Mindanao y de Joló permanecieron reiteradamente hostiles a la dominación española y realizaban expediciones piráticas sobre las poblaciones de las Visayas y de Luzón, haciendo que el objetivo por dominarlos fuese siempre una de las obsesiones de los gobernadores generales de Manila.

El sistema colonial de Filipinas funcionaba con un reducido número de peninsulares colocados en la cúpula administrativa y militar, muy concentrados en Manila y sus alrededores. Solo los clérigos, prácticamente en su totalidad pertenecientes a las órdenes religiosas que fueron incorporándose a la empresa evangelizadora, tenían una presencia en todo el territorio y, por tanto, constituían para los filipinos la imagen simbólica del poder español. Los frailes, cuyo objetivo teórico era la conversión, fundaron iglesias en todos los pueblos y se involucraron no solo en la gestión espiritual de los nativos, sino en la organización política y económica de los municipios. Los nombramientos de los poderes locales nativos siempre se hacían con consulta previa, y visto bueno, de los frailes, que controlaban el mundo de sus parroquias, asignaban nombres cristianos y ejercían como enlace entre el poder político centralizado del gobernador general y los nativos, quienes en la mayoría de los casos no conocían a ningún otro español más que al párroco-fraile de su aldea. Los frailes se constituyeron así en intérpretes, no elegidos, de las voluntades y derechos de los nativos, y ejercieron esa función de forma efectiva en muchos aspectos, ya que protegieron a la población de una explotación desmedida y cruel que podría haberse producido de forma similar a lo que había ocurrido en algunos lugares de América, y asimismo abogaron por la consideración legal y humanitaria (que no igualitaria) de la población, llegando a eliminar la posibilidad de la práctica del esclavismo, que era habitual antes de la conquista.

Esta función de puente que ejercían los frailes se vio muy reforzada por el hecho de que utilizasen las lenguas nativas y evitasen enseñar el español. El uso exclusivo del lenguaje nativo cumplía varias funciones. Por una parte facilitaba, obviamente, la comunicación y confianza de los nativos hacia el fraile divulgador del cristianismo y por otra, evitaba el acceso del nativo a los ámbitos culturales y administrativos

propiamente coloniales, con lo que el estamento clerical se configuró como un eslabón ineludible, y por lo tanto poderoso. Los dominicos, franciscanos, agustinos recoletos, y también los jesuitas, se negaron a enseñar a leer y escribir en español de forma general, entre otras cosas para evitar que los filipinos tuviesen acceso a la *peligrosa* literatura protestante y herética, y más tarde masona, lo que constituía una de sus obsesiones. Adicionalmente, permitía mantenerlos aislados en sus cápsulas lingüísticas, ya que el gran número de idiomas hablados en el archipiélago dificultaba mucho la comunicación, que hubiera sido más fácil a través de una *lengua franca* como el español. Pese a que hubo mandatos reales que obligaban a la enseñanza del español, estos fueron ignorados por las órdenes religiosas, que recelaban del acceso a la cultura de los nativos.

Con esta organización social y política, y con una economía de producción agrícola que se limitaba a abastecer las necesidades propias, se llegó a mediados del siglo XVIII, cuando la dinastía borbónica introdujo nuevos enfoques en la gestión colonial. Ya no se trataba solo de mantener una posición estratégica y de asegurar la cristianización, sino que había que sacar partido a las colonias en beneficio de la metrópoli, y para ello se hicieron cambios legislativos y organizativos. Se trataba de conseguir el control efectivo de todo el territorio y de asegurar un flujo fiscal efectivo que sufragase los costes de la colonia, que por otro lado iban en aumento, ya que los enfrentamientos con Gran Bretaña exigían fuertes inversiones defensivas. Las autoridades eran conscientes de que la excesiva delegación y la práctica autonomía de las entidades locales propiciaban numerosos abusos y retenían las recaudaciones tributarias casi en su origen. En 1762, durante la guerra de los Siete Años, en la que España se alineó con Francia en contra de Gran Bretaña, en función del *pacto de familia* de las dinastías borbónicas, los ingleses ocuparon Manila (también lo hicieron en La Habana) por un periodo de dos años, durante el cual afloraron las tendencias, hasta entonces subterráneas, de resistencia al sistema colonial, tal como estaba montado.

Además de mejorar la marina de guerra y las defensas de Manila, se reforzó el poder del gobernador general y se instituyeron nuevos controles para intentar evitar las permanentes corruptelas. Se multiplicó por siete el tributo indígena y se identificaron productos nativos que pudieran generar beneficios, estableciendo monopolios estatales (estancos) sobre la producción de tabaco y alcoholes. Paralelamente, en 1785 se creó la Real Compañía de Filipinas, que obtuvo el monopolio del comercio directo entre el archipiélago y la península, que ahora ya se podía hacer por el Índico, bordeando el cabo de Buena Esperanza, y promocionó el cultivo y transformación de productos nativos, como el índigo, el azúcar, o la pimienta, con lo que se intentaba romper la dependencia de la conexión mexicana, que por otra parte siguió operando con el Galeón de Manila hasta 1815. Al igual que en la península, el movimiento ilustrado creó, con iniciativa pública, una Real Sociedad Económica de Amigos del País de Manila (1871), donde se divulgaban y

promocionaban los avances en técnicas agrarias para mejorar la producción, se becaba a estudiantes que eran enviados a Europa y se importaban maquinarias modernas.

Cuando las colonias americanas consiguieron su independencia, el nuevo sistema colonial de Filipinas siguió en marcha, basado en los estancos y, en menor medida, en los intercambios comerciales. La llama independentista americana no prendió en Filipinas, ya que no existía en el archipiélago una clase criolla, adinerada e influyente que apostase con claridad por la independencia, como sucedía en América. Pese a que las reformas borbónicas, con su aumento de control y de presión fiscal, provocaron numerosos altercados y resistencias, el edificio colonial se mantuvo y entró en el siglo XIX preparado para aprovechar las oportunidades que ofrecía la demanda creciente de productos tropicales en el mercado mundial y la tendencia al libre comercio. Sin embargo, los cambios políticos que introdujo la Constitución de Cádiz, y más tarde la de 1837, revelaron las ansias de representación, finalmente no atendidas, que ya hinchaban el espíritu de los filipinos.

La tendencia al libre comercio, que era bandera liberal, propició la apertura de los puertos filipinos al comercio internacional, primero el de Manila y luego el resto de los puertos importantes de las islas. Se permitió el comercio con destinos y navíos competidores con los españoles y se admitió la inversión de extranjeros, tanto en negocios de explotación agrícola como en almacenes, industrias transformadoras y comercio internacional. El azúcar, algodón, índigo, abacá, tabaco, café, y más tarde la copra (aceite de coco), constituyeron motores de desarrollo y de riqueza que no afectaron al grueso de la población, sino a unas élites, principalmente extranjeras (británicas), y a un pequeño sector indígena integrado fundamentalmente por mestizos, que consiguieron enriquecerse asociándose a los negocios de producción y de exportación, inicialmente de algodón y luego de azúcar y abacá.

Los monopolios se mantuvieron en vigor hasta la década de los ochenta, pero, poco a poco, fueron perdiendo su utilidad y se vieron muy afectados por la práctica generalizada del contrabando, hasta que finalmente fueron abolidos.

El fuerte crecimiento económico no tuvo su paralelo en un desarrollo político. El sistema colonial se mantuvo, a grandes rasgos, con las mismas características que en el siglo anterior. La estructura de poder siguió teniendo su cúspide en el gobernador general, con un poder casi omnímodo, que llegaba a la capacidad de no aplicar, si así lo consideraba conveniente, las leyes generales que se promulgaban en la península. Los filipinos nativos eran considerados españoles y las Filipinas se consideraban una parte integrante del territorio nacional, pero no disfrutaban de los mismos derechos que los peninsulares. Tras una breve etapa en la que Filipinas tuvo representación en las Cortes de Cádiz (aprobándose el final del Galeón de Manila a propuesta del representante filipino), se volvió pronto a la idea de que los nativos filipinos no estaban preparados para autogobernarse y que necesitaban de la dirección de los europeos, sin la cual irían al caos y a la anarquía. La legislación novecentista

española, a partir de la Constitución de 1837, mantuvo siempre la discriminación hacia los filipinos, incluso cuando, ya en la Restauración, se concedió representación en Cortes a Cuba y Puerto Rico.

La vida política peninsular oscilaba entre periodos conservadores y breves destellos liberales en los cuales se abrían posibilidades de apertura que despertaban esperanzas, pero que no se concretaban en las Filipinas. En algunas etapas como en el periodo de la Unión Liberal se acometieron proyectos de acción internacional que buscaban recuperar el prestigio y la presencia de una España que no sabía, ni siquiera, medir sus propias fuerzas. Mencionemos, como ejemplo, la participación en la aventura de Indochina, comenzada en 1858 en colaboración con Francia, en la que, aprovechando un episodio de represión religiosa contra misioneros españoles en Annam (Vietnam), se propició la invasión de Cochinchina (Vietnam sur) con participación de fuerzas españolas procedentes de Filipinas, casi exclusivamente nativas, comandadas por el coronel, luego general, Palanca. El resultado fue la creación del imperio colonial francés de Indochina, en el que España, pese a una significativa participación militar, no tuvo ningún beneficio. Esto pone de manifiesto la importancia estratégica que las islas Filipinas tenían a mediados y finales del siglo XIX, cuando las potencias imperialistas europeas, entre las que quería, pero no podía estar España, se aprestaban a expandirse por Asia y por el Pacífico.

Cuando la Revolución Gloriosa de 1868 expulsó a la reina Isabel II y las noticias llegaron a Manila, con la consiguiente esperanza de libertad de prensa, reunión y asociación, libertad religiosa y descentralización administrativa, la inquietud reinó entre las élites de españoles peninsulares residentes en Filipinas, que tenían una mayoritaria posición conservadora, representada especialmente por los frailes, quienes temían que su preponderancia y sus posesiones se convirtieran en objetivo de los liberales, de la misma forma que lo habían sido en la península. El nuevo gobernador general, La Torre, intentó introducir reforma liberales, pero chocó con la fuerte oposición de los residentes españoles y de la comunidad religiosa, para quienes la propaganda contraria a la monarquía, los libros y folletos republicanos, constituyeron los precedentes de los sucesos de Cavite de 1872 y del levantamiento de 1896.

En el mismo año de 1896 se abrió el canal de Suez, con lo que el tiempo de viaje entre la península y Filipinas se redujo a apenas 45 días, lo que permitió un contacto cultural y económico sin precedentes hasta entonces. Los sectores nativos enriquecidos enviaron a sus hijos a estudiar a España y a Europa, con la consiguiente difusión de ideas liberales y nacionalistas que ya no podían ser controladas y aisladas. Filipinas estaba ya ineludiblemente conectada al mundo cultural europeo y a la economía internacional a través de los negocios de los extranjeros.



Como hemos dicho, los frailes fueron el principal sector opuesto a cualquier tipo de cambio político y social en Filipinas y terminaron por convertirse en el principal objeto de odio por parte de los nacionalistas filipinos, que los acusaban de todo tipo de injusticias y manipulaciones para con los nativos. Los frailes acaparaban la titularidad de las parroquias filipinas, realizando una función que claramente debería haber quedado fuera de su actividad, que teóricamente no era otra que conseguir la conversión de almas al catolicismo. Durante siglos las órdenes acumularon propiedades agrícolas que explotaban a la par que ejercían una labor misional, que a finales del siglo XIX solo estaba justificada en algunos territorios de Mindanao y en sierras remotas. La titularidad de las parroquias debería haber pasado, según el derecho canónico, al clero civil, que en ese tiempo estaba integrado casi exclusivamente por nativos, a quienes las influencias de las órdenes religiosas peninsulares cortaron el paso aduciendo su incapacidad intelectual, su deficiente moralidad y, en los tiempos de los que hablamos, su pretendida deslealtad hacia la soberanía española. Había, pues, sobre todo en Manila y en sus cercanías, como en Cavite, un buen número de clérigos civiles (curas) que reivindicaban de forma cada vez más notoria su derecho a ejercer el cargo de párroco, que como sabemos tenía gran ascendencia social, simbólica e incluso administrativa desde el siglo XVII, pero que tenían que conformarse con funciones subalternas. Al mismo tiempo los hijos de la clase enriquecida y formada en la cultura española constituían un grupo de presión cultural y política. Eran *los ilustrados*, que aun siendo numéricamente escasos, ejercieron gran influencia sobre la sociedad isleña.

En este ambiente, con el precedente del levantamiento cubano de 1868, que comenzó la guerra de los Diez Años, y con gran inestabilidad en la península, donde pronto surgiría el nuevo estallido carlista y donde Amadeo de Saboya ya pensaba en su renuncia, estalló el motín de Cavite, que se presenta siempre como inicio del

nacionalismo filipino y el precedente del levantamiento definitivo de 1896. En Manila Rafael de Izquierdo había sustituido como gobernador general a La Torre y los *experimentos* liberales quedaron en suspenso, con gran satisfacción de los frailes. El motín de Cavite se desencadenó en la noche del 20 de enero de 1872 cuando un grupo de soldados de artillería, destinados en el arsenal, se levantaron en armas, mataron a su comandante y se apoderaron del fuerte de San Felipe, dirigidos por el sargento nativo Lamadrid, junto con dos tenientes peninsulares que estaban cumpliendo arresto disciplinario. Al no conseguir la adhesión de las tropas de infantería del 7.º Regimiento, también nativas, terminaron refugiándose en el fuerte, donde fueron asediados en la mañana del 22 de enero por tropas procedentes de Manila, que en dos horas consiguieron la rendición de los pocos supervivientes.

Lo más importante no fue el motín en sí mismo, que no pasó de ser un intento grave en el centro del poder militar español, sino que, de forma muy rápida, la autoridad gubernativa arrestó a tres miembros del clero secular nativo, dos de ellos destinados en la catedral de Manila, acusándoles de dirigir el levantamiento de Cavite, cuya intención era tomar el poder en las islas, asesinar a la totalidad de la población peninsular y acceder a la independencia. Los religiosos, José A. Burgos, Jacinto Zamora y Mariano Gomes (a veces abreviados como GOMBURZA), eran destacados defensores de los derechos del clero secular nativo y estaban agriamente enfrentados a los frailes de las órdenes religiosas. Su juicio fue rápido y su condena a muerte por rebelión se cumplió, por el cruel método del garrote vil, el 17 de febrero de 1872.

No hay acuerdo sobre los verdaderos motivos del motín. Una de las interpretaciones más extendidas, asumida por los nacionalistas filipinos, es que fue el descontento de los trabajadores del arsenal, por perder el privilegio de exención de la prestación personal y del pago del tributo, lo que causó la revuelta; sin embargo, no figuró ningún trabajador entre los acusados, muchos de los cuales fueron también condenados a muerte, aunque luego conmutada la pena por prisión, ni hay referencias a huelgas o protestas en las informaciones enviadas de Filipinas. También llegó a plantearse que el motín fue instigado por los frailes para dar un ejemplo a las autoridades civiles de lo necesaria que era su presencia para mantener a las islas controladas. Otra de las interpretaciones mantiene que el motín era solo una parte de la conspiración general que se venía preparando con la ayuda extranjera, especialmente por vía de las logias masónicas, y que, en realidad, fracasó porque hubo descoordinación entre los que iban a levantarse en Manila y los de Cavite, que interpretaron erróneamente unos cohetes festivos como señal de inicio del levantamiento. Algunas comunicaciones del gobernador general, Izquierdo, abundan en esta interpretación, que encaja con la presencia de buques de guerra alemanes, ingleses y estadounidenses en las inmediaciones.

Lo que no está claro es la implicación directa de los curas nativos ejecutados, puesto que lo único que quedó atestiguado en el juicio fue el uso de sus nombres

(principalmente el de Burgos), que transmitían el prestigio de su posición contra los frailes, como señuelo para reclutar a integrantes del motín. Por ello hay un cierto consenso sobre la injusticia de sus muertes y sobre el efecto que las mismas tuvieron en el movimiento nacional filipino. Como ejemplo podemos citar el caso paradigmático de Rizal, que en una carta a su amigo Mariano Ponce reconocía que, de no haber sido por el motín de 1872, se habría convertido en jesuita y nunca hubiera escrito *Noli me tanguere*.

La conjunción del descontento por la discriminación de los filipinos, que seguían sujetos a la prestación personal, al pago de la cédula personal y al tributo, y que aun siendo formalmente españoles no eran iguales, porque no tenían representación en Cortes, ni las islas eran consideradas como provincias españolas, amén de ser regidos por leyes especiales, junto con el acceso cada vez más extendido, pero aún muy limitado, a la educación y a la conexión internacional, fraguó en un creciente sentimiento nacional. Los hijos de los hacendados filipinos estudiaron en los colegios e instituciones educativas de Manila como Santo Tomás o San Juan de Letrán, creados por los jesuitas después de su reincorporación, y consiguieron empleos influyentes como abogados, gestores comerciales asociados a las compañías internacionales, contables o maestros, amén de los ya mencionados clérigos seculares. Muchos de los ilustrados, entre los que estaban José Rizal, Hilario del Pilar, Graciano López Jaena, los hermanos Luna y José M.ª Panganibán, se instalaron o estudiaron en la península, se afanaron en difundir las reivindicaciones de reforma e igualitarismo, sin llegar a proponer la independencia. Para ellos el uso del idioma español y el catolicismo eran elementos básicos de la cultura e identidad filipinas y los problemas se centraban en la miopía de la administración y en el mantenimiento de un sistema misional sin sentido, que solo beneficiaba a una casta de frailes, fanáticos y opresores. Los ilustrados se organizaron en asociaciones entre las que hay que destacar *La Propaganda*, cuyos miembros aportaron dinero para que Hilario del Pilar pudiera editar en Barcelona el quincenario *La Solidaridad*, que se distribuía en las islas e incluso en Hong Kong. La práctica totalidad de los ilustrados se encuadraron en organizaciones masónicas, sobre todo a través del Gran Oriente Español, cuyo gran maestre, Miguel Morayta, catedrático de Historia de España en la Universidad Central de Madrid, simpatizaba con los planteamientos reformistas y había creado la Asociación Hispano-Filipina, desde donde se impulsó la creación, en las islas, de logias reservadas parar filipinos ante la dificultad de que estos se encuadrasen en las ya existentes para españoles. Los ilustrados en España intentaron, sin éxito, impulsar las reformas, pero no tuvieron ninguna respuesta de los gobiernos conservadores. El único intento serio por aplicar un programa reformista consistente lo protagonizó Antonio Maura, que fue nombrado por Sagasta como ministro de Ultramar en 1892. Sus propuestas fueron bien recibidas por los ilustrados, pero recibieron una fortísima contestación por parte de los españoles peninsulares de Filipinas, encabezados por los frailes, quienes mantenían que cualquier reforma, y la

tolerancia con la masonería, llevaría a problemas mayores. El rechazo en las Cortes de su programa de reformas llevó a Maura a dimitir como ministro de Ultramar y los cambios se quedaron en proyectos.

Entre los ilustrados, fue José Rizal el más notorio. En 1887, el mismo año de la Exposición de Filipinas, se publicó en Berlín su novela, *Noli me Tangere*, calificada inmediatamente como antiespañola por los frailes mientras que se celebraba, como reflejo de la realidad filipina, por los partidarios de las reformas. Al año siguiente hubo una manifestación en Manila en la que se gritó ¡Viva España! ¡Viva la Reina! ¡Viva el Ejército! ¡Mueran los frailes! y terminó con la presentación de un escrito al gobernador civil pidiendo la expulsión del arzobispo de Manila y de los frailes. El joven oftalmólogo Rizal, dotado de grandes dotes intelectuales, ganó pronto prestigio en las islas, en las que muchos esperaban su regreso de Europa para alentar la lucha por las reformas. Cuando al fin, en 1892, Rizal volvió a Manila, llevado en parte por la presión que la administración colonial y los frailes ejercieron sobre su familia, le faltó tiempo para fundar la Liga Filipina, una asociación de personas, generalmente bien acomodadas, que se comprometían a asistirse mutuamente y a promover las reformas. Quizá debido a esta actitud militante se descubrieron en su equipaje panfletos ofensivos contra los frailes, con lo que el gobernador general, que había tenido un buen acercamiento inicial a Rizal, tuvo que castigarle condenándole a la deportación en Dapitán, isla de Mindanao, donde se dedicó a ejercer la oftalmología.

Entre los miembros de la Liga Filipina estaba Andrés Bonifacio, quien con el exilio de Rizal llegó al convencimiento de que solo la lucha armada conseguiría cambiar la situación de los nativos de las islas. En consecuencia se aplicó en la fundación de una nueva organización que terminaría por ser la protagonista del levantamiento definitivo. El Katipunan, que significa Suprema y Venerable Asociación de hijos del Pueblo, se concibió como una organización secreta que tomaba bastantes de sus métodos de las logias masónicas, tan bien conocidas por los ilustrados. El secretismo se mantuvo a ultranza imponiendo un método de alistamiento triangular en el que cada miembro contactaba a dos nuevos, y solo a estos conocía, para evitar que una delación terminase con toda la organización. También se establecieron comités regionales y nacionales que adoptaron nombres con resonancia masónica. El presidente del Consejo Supremo del Katipunan se denominaba *el Supremo*, cargo que en poco tiempo recayó en Andrés Bonifacio.

A diferencia del movimiento de La Propaganda y de la Liga Filipina, el Katipunan tenía un carácter decididamente popular y se dirigía directamente hacia la consecución de la independencia, considerando a los frailes, y al conjunto de los españoles, como enemigos sin matices. La mística del secretismo, los rituales de iniciación, que incluían cicatrices en lugares concretos del cuerpo, la simplicidad del mensaje político, que identificaba claramente contra quién luchar, así como un ideario moralizante y de apoyo mutuo, caló rápidamente en las clases populares, especialmente en los campesinos.

El secreto se guardó bien durante años, y cuando Bonifacio pensó que ya estaban dispuestos para actuar, consciente de la importancia de contar con dirigentes de prestigio internacional, intentó convencer a Rizal para que dirigiera el movimiento, por medio de un emisario que le visitó en Dapitán, a lo que Rizal se opuso por considerarlo prematuro y arriesgado.

Los frailes, dado su contacto diario con el pueblo filipino, ya tenían noticias de que algo se estaba tramando y el gobernador general ya había recibido muchos avisos en este sentido, pero no fue hasta agosto de 1896 cuando la delación de un katipunero, y el registro en la imprenta del *Diario de Manila*, pusieron al descubierto el complot que en poco tiempo pretendía matar a todos los españoles y tomar el poder de las islas. El gobernador general, Blanco, declaró el estado de sitio y la rebelión, obligada por las circunstancias, se produjo el 22 de agosto. Andrés Bonifacio y el resto del Consejo Supremo del Katipunan se reunieron en Balintawak, rompieron sus cédulas españolas y declararon la revolución con el llamamiento a que todos los pueblos se levantasen en armas contra los españoles, siendo considerados como traidores y enemigos los que no lo hicieran. Este fue el *grito de Balintawak*, que dio comienzo al levantamiento que afectó exclusivamente a la zona de etnia tagala, en el centro de Luzón, alrededor de Manila, reflejo de la composición del Katipunan que no se había extendido a otras regiones.

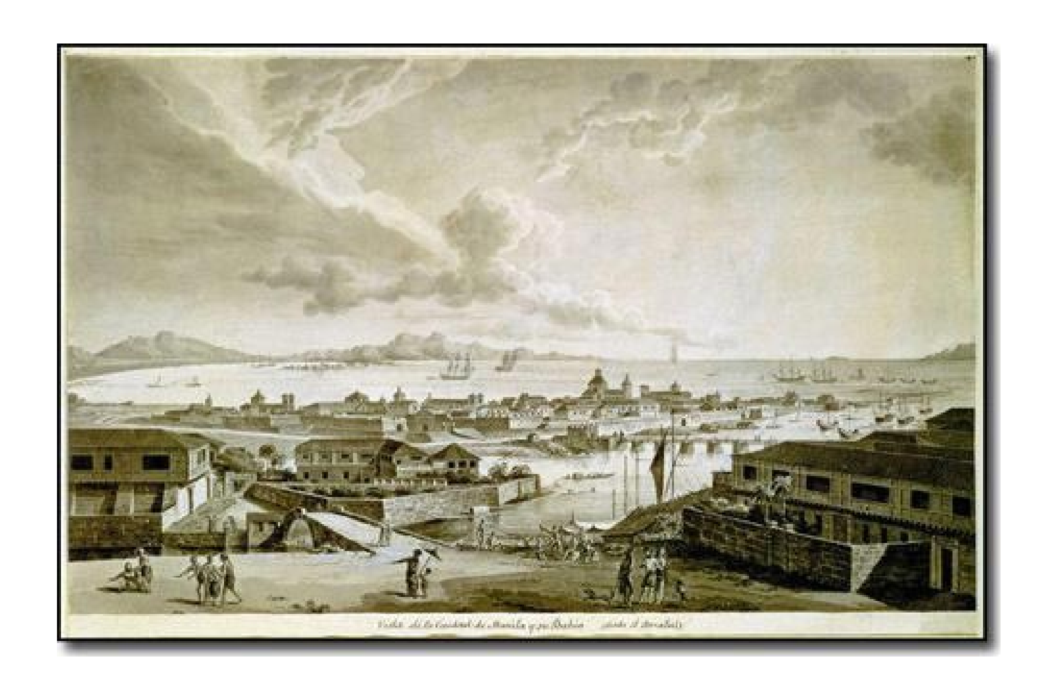
Rizal quiso permanecer ajeno al conflicto y solicitó su incorporación, como médico, al ejército español que combatía en Cuba. El gobernador le concedió ese permiso, y Rizal viajó en barco hasta Barcelona, pero al llegar a esta ciudad fue encarcelado y, después de unos días, mandado de regreso a Filipinas, donde un proceso se había iniciado en su contra, considerándole promotor y dirigente de la sublevación. A su regreso a Manila, fue juzgado por rebelión, y condenado a muerte, que se ejecutó por fusilamiento el 30 de diciembre de 1896 en el parque de la Luneta, en Manila.

Desde agosto la rebelión fue en aumento y tomó los peores tintes cuando Emilio Aguinaldo consiguió el control de la provincia entera de Cavite convirtiéndola en el núcleo del poder rebelde, y muchas tropas indígenas, encuadradas en el ejército español, desertaron. Por el lado español el general Blanco fue sustituido por el general Polavieja, que con nuevos refuerzos peninsulares acometió la pacificación de las provincias centrales, consiguiéndolo en una campaña desarrollada en la primavera de 1897, después de lo cual tuvo que ser sustituido, por causa de enfermedad, por el general Fernando Primo de Rivera. Este, después de algunos intentos fallidos de llevar una política benevolente, acometió la reconquista de Cavite. Pronto surgieron desavenencias entre Andrés Bonifacio y Emilio Aguinaldo que terminaron con la ejecución de Bonifacio, acusado de traición, con lo cual Aguinaldo quedó como líder absoluto de los rebeldes. La insurrección seguía en pie pese a perder sus principales bastiones en Cavite, y la actitud de Primo de Rivera se enfocó hacia una solución negociada, con una política de amnistías y excarcelaciones que, con sensibles

altibajos, culminó en el acuerdo de Biacnabató, lugar donde Aguinaldo estaba sitiado, en diciembre de 1897. Por este pacto los rebeldes entregaban sus armas, siendo sus dirigentes exiliados a Hong Kong a cambio del pago de una indemnización. En realidad Primo de Rivera estaba intentando comprar la paz en una contienda en la que veía casi imposible vencer por las armas a largo plazo.

Las más de las interpretaciones sobre la paz de Biacnabató la plantean como un alto el fuego, como una pausa, y no como una solución definitiva al conflicto. El mismo contenido de los acuerdos difiere de las fuentes españolas a las filipinas, según las cuales Primo de Rivera se comprometió a tomar medidas contra los frailes y a emprender reformas políticas, que nunca llegaron a producirse. Por su parte los insurrectos comenzaron desde Hong Kong los contactos con EE. UU. para volver a la contienda en plazo breve, y en algunas regiones se mantuvieron los grupos armados que seguían hostigando a las tropas españolas y que en alguna región, como Tarlac, pretendían actuar como un gobierno establecido.

El pacto de Biacnabató se recibió en la península como una victoria por la que el gobierno podía ahora desentenderse de la cuestión filipina y concentrarse en el asunto más preocupante, que no era otro que el de Cuba, donde la presión de EE. UU. se hacía cada vez más agobiante, con continuas amenazas de intervención. La explosión del acorazado estadounidense USS Maine en la bahía de La Habana el 15 de febrero de 1898, en la que murieron 256 marinos norteamericanos y en la que nada hace suponer una responsabilidad española, fue empleada por los magnates de la prensa, Hearst y Pulitzer, para azuzar a la guerra, repitiendo la frase «¡Recordad el Maine, al infierno con España!», y finalmente EE. UU. lanzó un ultimátum para que España se retirara de Cuba, a lo que el gobierno español contestó con una declaración de guerra en caso de que se produjese una invasión. Mucho se ha escrito sobre la posibilidad de que la explosión del Maine fuese provocada por los propios estadounidenses para conseguir una excusa para la guerra; sea esto cierto o no, lo que sí estaba preparando con antelación la marina estadounidense era su despliegue en el Pacífico, cerca de Hong Kong, con la previsión de atacar las Filipinas. Aunque la guerra era a causa de Cuba, y España esperaba que el escenario de la guerra se circunscribiese al Caribe, los dirigentes estadounidenses vieron muy pronto la oportunidad de apoderarse de la práctica totalidad del imperio ultramarino español, y prueba de ello es que la primera acción de la guerra no fue en el Caribe, sino en la isla de Luzón, donde, el 1 de mayo de 1898, la armada estadounidense, comandada por el comodoro Dewey, destrozó, con poco esfuerzo, a la española que defendía el puerto de Cavite. Después, el 3 de julio, la flota española del Caribe, comandada por el almirante Cervera, fue igualmente hundida por la armada norteamericana en la bocana de la bahía de Santiago de Cuba, y el Desastre terminó por precipitarse.



En Filipinas, después de la batalla naval de Cavite, las fuerzas terrestres españolas se concentraron en la fortaleza de Manila, mientras que los insurgentes filipinos, de nuevo bajo el mando de Aguinaldo, y pertrechados por los estadounidenses, tomaban el control de la práctica totalidad de las zonas rurales del centro del país, acosando a los pequeños y dispersos destacamentos españoles, algunos de los cuales resistieron heroicamente, como el de Baler o el de Tayabas.

Aguinaldo colaboró con los estadounidenses, aportando contra los españoles la fuerza terrestre de la que carecían en ese momento los norteamericanos, que se limitaron a vigilar desde sus barcos y a hostigar las posiciones costeras españolas. Mientras tanto, las tropas de Aguinaldo terminaron por cercar la ciudad de Manila. Las esperanzas del general Basilio Agustín, que defendía la ciudad, estaban puestas en la flota de auxilio que desde la península se dirigía hacia Filipinas, pero esta fue detenida por Gran Bretaña, que, alegando una falsa neutralidad, denegó el paso por el canal de Suez, obligando a su regreso a España. Cuando estas noticias llegaron a Manila, cundió el desaliento.

El 25 de mayo una fuerza de desembarco estadounidense de 20 000 hombres, que había salido de San Francisco y estaba comandada por Wesley Merritt, tomó la isla de Guam y luego se unió a la escuadra de Dewey frente a Manila. El 7 de agosto los norteamericanos amenazaron con el bombardeo de la ciudad, si no se rendía en 48 horas.

Por su parte Aguinaldo había formado un gobierno y proclamó la independencia de España el 12 de junio, contando con el apoyo de los estadounidenses, que sin embargo siempre fueron ambiguos en sus compromisos, y cuando llegó el momento del asalto definitivo sobre Manila, dejaron claro que no permitirían la participación y protagonismo de las fuerzas filipinas. Esto provocó los primeros enfrentamientos entre filipinos y norteamericanos y fue el comienzo de una segunda guerra de liberación filipina, esta vez contra EE. UU., que también terminó con resultado

negativo.

Las negociaciones de paz entre EE. UU. y España comenzaron en agosto de 1898, en París, por lo que las autoridades españolas pidieron a los militares que defendían Manila resistir para tener alguna baza de negociación; pero no pudo ser. Manila fue bombardeada el 13 de agosto, y el 14 se rindió, con lo que el general Merritt se instaló en el palacio de Malacañán y emitió su primer comunicado a los filipinos. Una vez ganada la guerra, las demandas de los estadounidenses fueron en alza y terminaron por imponer su soberanía en Puerto Rico y también en la totalidad de Filipinas, todo ello ante la mirada complaciente de Gran Bretaña y cierto asombro por parte de Francia y de Alemania, que tal vez no habían previsto la agresividad de la expansión estadounidense en el Pacífico. Sin embargo, también Alemania se benefició de la derrota española, ya que, ante la imposibilidad de defender los archipiélagos de las Carolinas y las Marianas, sin la base de las Filipinas, España terminó vendiendo estos territorios a quienes protagonizaron aquel intento de anexión de 1885. De este acuerdo hispano-alemán quedó excluida la isla de Guam, que pese a formar parte del archipiélago de las Marianas, quedó en poder de EE. UU. en virtud del tratado de París.

Como es natural, pese al intento de ocultar el contenido completo del tratado de París a los filipinos, estos terminaron por conocerlo, y se sintieron engañados por los estadounidenses, que se habían presentado inicialmente como amigos de su independencia. La reacción de Aguinaldo fue la convocatoria del congreso de Malocos y la proclamación, el 21 de enero de 1899, de la Primera República Filipina, que fue la primera república independiente de Asia. Contra ello los estadounidenses desembarcaron en las Filipinas 70 000 hombres, una fuerza mucho más numerosa, mejor equipada y abastecida de lo que nunca fue el ejército español, y terminaron por vencer la resistencia de los filipinos en una guerra que duró tres años. En los años posteriores, de dominación norteamericana, muchos intelectuales filipinos reivindicaron la herencia cultural española para defender su identidad. Los estadounidenses trataron a las Filipinas como una colonia y, al igual que en el caso español, nunca hubo una igualdad jurídica y política entre filipinos y estadounidenses; sin embargo, ofrecieron muchas más posibilidades de autogobierno y de participación y siempre pusieron la independencia en el horizonte, mientras que el desarrollo económico del archipiélago se incrementó apreciablemente en las primeras décadas del siglo XX. Filipinas solo consiguió su independencia después de la amarga experiencia de la invasión japonesa y de la Segunda Guerra Mundial.

La pérdida de las Filipinas quedó eclipsada en el imaginario de los españoles por la pérdida de las islas caribeñas, que ocuparon gran parte de los sentimientos de frustración y pesimismo, y luego de regeneración, transmitidos por la generación del 98. La idea de Filipinas fue borrándose lentamente de las mentes de los españoles, de igual forma que el idioma español fue decreciendo paulatinamente en las islas en favor de un pujante inglés. Las reflexiones sobre lo que se había hecho, lo que se

había dejado de hacer, y sobre lo que había conducido al Desastre, se centraron mucho más en Cuba que en Filipinas, quizá porque resultaba más cómodo olvidar que tratar de entender una realidad tan lejana y difícil de explicar. Los españoles supervivientes de la colonia se enrocaron en sus opiniones sobre la culpabilidad de las tímidas reformas emprendidas y sobre lo conveniente que hubiese sido mantener siempre una actitud de firmeza y represión para con los nativos. El interés curioso hacia el exotismo que representó la Exposición de Filipinas de 1887 se transformó, en la primera década del siglo XX, en una huida hacia el intento de olvidar lo doloroso de la experiencia y hacia la búsqueda de otros motivos en los que enfocar las necesidades de un sentimiento imperial que pesaba como algo inherente a lo español, y que poco tiempo después encontraría lugar en el norte de África.

Aunque existen paralelismos evidentes entre la evolución política y los acontecimientos de Cuba y de Filipinas, lo cierto es que las diferencias fueron enormes tanto en la composición social como en la estructura económica y en los principales actores de su historia. Los dirigentes políticos españoles se empeñaron en meter en el mismo saco a Cuba y a Filipinas, y cuando los levantamientos se produjeron, en tiempos coincidentes, intentaron trasladar las soluciones, tanto militares como de arreglo negociado, de uno a otro lugar, intercambiando incluso a los propios generales al mando. El protagonismo de los frailes de Filipinas no tiene su correspondencia en Cuba, de la misma forma que no existió en el Pacífico un tráfico de esclavos negros, ni el conflicto asociado a su emancipación, ni una clase industrial capaz de influir en las decisiones del gobierno de Madrid, como la hubo en Cuba. Pero quizá lo que más diferenció el proceso filipino fuese la existencia de un grupo aplastantemente mayoritario de nativos que, parcialmente aculturados a la europea, pero manteniendo una gran diversidad, construyeron un sentimiento nacional y consiguieron su independencia después de una lucha esforzada y cruenta. Esto hace que las Filipinas de 1896 sean mucho más el ejemplo y precedente de los procesos de Indonesia, de la India y de Indochina, del siglo XX, que espejo del Caribe español de finales del XIX.